

ADIÓS A CINECITTÀ

LA VIDA PUEDE SER LA MEJOR PELÍCULA

JULIÁN COMAS



ADIÓS A CINECITTÀ

LA VIDA PUEDE SER LA MEJOR PELÍCULA

JULIÁN COMAS

B

ADIÓS A CINECITTÀ

JULIÁN COMAS



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Te recuerdo cada día

Roma, 2017

Su madre solía decirle que todos tenemos un lugar en el que podemos sentirnos como en casa, aunque nunca hayamos puesto los pies allí. Jerry Weintraub descubrió, nada más verlo, que el suyo era ese.

Una cálida sensación de familiaridad le recorrió el cuerpo cuando, tras un trayecto de media hora desde Piazza Nazionale, emergió de la boca de metro y se encontró frente al edificio de acceso a los estudios: dos torres de planta rectangular que flanqueaban un cuerpo central de líneas rectas, con una puerta acristalada y otras dos, para vehículos, a los lados.

Y en la parte superior, en caracteres elegantes que destilaban un cierto aire *art déco*, aquella única y mágica palabra.

CINECITTÀ.

Sintió la dentellada amarga de la desazón al pensar que dentro de muy poco todo aquello ya no existiría. Debería haber leyes que protegieran lugares como aquel, se dijo. Ordenanzas que amparasen a los creadores de sueños de la codicia de especuladores y financieros. Pero no las había. Hacía tiempo que se había resignado a que las legislaciones no se hicieran para cobijar a los artistas, sino para proporcionarles una coartada a los mercaderes.

Empezaría el reportaje con aquella reflexión, decidió. Solo una pincelada social, sin pasarse. A la revista, que era quien le pagaba el viaje, la política se la traía al paio. Lo que le pedía era glamour, anécdotas de las grandes

estrellas. Devolverles a sus lectores el aroma de una época dorada del cine que se había extinguido, como los dinosaurios, ya hacía mucho tiempo. Se consoló pensando que, si también conseguía colarle el tema al suplemento del periódico, quizá podría explayarse un poco más. Cuando le había sugerido el artículo al redactor jefe, no le había hecho ascos a la idea. Pero sin comprometerse a nada. Ahora mismo, en España importaban otras cosas. Por mucho que Cinecittà fuese uno de los grandes iconos del cine europeo, comprometer seis u ocho páginas a echarle un último vistazo antes de que sucumbiera bajo las garras de los promotores inmobiliarios era mucho comprometer. Y si lo hacía, había añadido, dejando una esperanzadora puerta abierta, sería pagando más bien poco.

¡Como si en España alguna vez pagasen mucho!

Jerry todavía no terminaba de creerse que hubiese cambiado la arena de las playas de Malibú y las estrellas del Walk of Fame por los arcos neomúdejares de Las Ventas o las maravillas del barrio de Malasaña. Pero ya llevaba casi cinco años viviendo en un pequeño apartamento a dos pasos de Herrera Oria, en la Ciudad de los Periodistas —aquella idea de colocar a los de su gremio en un mismo barrio aún le parecía ligeramente inquietante, pese a haber constatado que lo que menos abundaba en la ciudad, eran periodistas—. Y no se había arrepentido ni una sola vez. Su padre, que había luchado en la Brigada Lincoln con dieciocho años recién cumplidos, le había contagiado desde niño su fascinación por aquel país de contrastes tan marcados. Y, después de que Angela le sacara los ojos con el divorcio, había aceptado la oferta de un editor amigo que, habiendo pasado por un trago similar, le había echado un cable ofreciéndole escribir un libro sobre la loca aventura del productor Samuel Bronston en la España de los sesenta.

Tal y como estaba, habría aceptado escribir una monografía sobre la pesca del barbo en Nueva Gales del Sur.

Había volado a Madrid para un viaje de documentación de dos semanas y ya llevaba casi un lustro. Los hombres de su familia debían de llevarlo en los genes... Gracias a su dominio del idioma —otra cosa más que agradecerle al viejo— enseguida había encontrado trabajo en diversos medios. En aquel país nadie quería contratar a un redactor fijo, pero un colaborador *freelance*, con buenos contactos en Hollywood, era otra cosa. Y entre aquello y los restos del naufragio de su vida anterior, había tenido suficiente para establecerse.

Sabía que algún día regresaría a Los Ángeles. Pero no tenía prisa en echar de menos los paseos por El Retiro, las tardes en el Prado o en el Thyssen o las croquetas de bacalao de Casa Labra. Todo a su tiempo.

Ya había divagado bastante. Regresó a la mítica entrada, tratando de imaginarse cuántas cosas habían cambiado en aquel lugar desde que lo inaugurase, el mismísimo Benito Mussolini, ochenta años atrás. No demasiadas: la boca de metro frente al portón, la amplia avenida que te permitía llegar en coche y, por supuesto, el enorme edificio de apartamentos del otro lado de la calle. Pero poco más. Por una vez, el régimen del Duce había hecho las cosas bien. Mussolini se había gastado cuatro millones de liras de 1937 en una infraestructura destinada a hacer posible «que la Italia fascista difunda a todo el mundo lo más rápidamente la civilización de Roma». Y, con ese dineral, el arquitecto Gino Peressutti se las apañó para levantar, en solo 457 días, 73 instalaciones. Incluidos platós, centrales eléctricas, oficinas y despachos, laboratorios, salas de proyección, almacenes de *attrezzo* y talleres de construcción. Una auténtica ciudad del cine, tan bien diseñada que apenas había necesitado unos pocos retoques en ocho décadas de existencia y funcionamiento.

Si sus generales hubiesen sido igual de eficaces que sus arquitectos, pensó Jerry con sorna, otro gallo le habría cantado a aquel dictador de opereta que quería parecerse a los césares, aunque su segundo nombre fuese,

irónicamente, tan cartaginés como Amilcare.

Recordó, con un deje de nostalgia, los grandes cineastas que habían trabajado allí: Fellini, De Sica, Wyler, Mankiewicz, los dos Vidor, Wise, LeRoy, Reed, Coppola, Scorsese. La cantidad ingente de imágenes inolvidables que habían sido concebidas y rodadas más allá de aquella entrada emblemática: La carrera de cuadrigas de *Ben-Hur*. La Roma de Nerón. La Troya de Príamo. Y todo para terminar albergando la casa del concurso televisivo *Grande Fratello*, que, si no lo remediaba un milagro, sería lo último que se habría hecho en los estudios.

Jerry suspiró. ¡Si FeFe levantara la cabeza! Claro que, con su sentido del humor grotesco, puede que hasta le hubiera parecido divertido: un montón de personajes dignos de *Amarcord* utilizando su amado plató número 5 para hacerse populares en todo el país a base de airear sus bajos instintos en las ondas hertzianas.

Y si el maestro hubiese sido capaz de encontrarle la gracia a aquel chiste malo, ¿quién era él para no reírse?

Caminó lentamente hasta el portal. Le habría encantado poder franquearlo a bordo de un Alfa Romeo descapotable, rojo, como las estrellas de los viejos tiempos. Con una mujer hermosa de enormes gafas de sol y pañuelo en la cabeza en el asiento del copiloto. Pero lo que le pagaba la revista no daba para tanto. En lugar de eso, había estado a punto de enarbolar el carnet de prensa para ahorrarse la entrada. Ya se estaba llevando la mano al bolsillo cuando le pareció que el fantasma del feroz ujier Pappalardo lo atisbaba, colérico, desde el interior de su garita.

Tranquilo, don Gaetano, no se sulfure, que soy legal.

Arrepentido, sacó la cartera y abonó los casi veintidós dólares que le daban derecho a visitar la exposición, más la visita guiada en inglés. ¿Cómo podía querer que aquello se mantuviese abierto si se escaqueaba de pagar la

entrada?

Suspiró. La coherencia y la economía se llevaban a palos. Como tantos otros matrimonios.

Algo se removió en su interior apenas traspasó el mítico acceso. Como si hubiese frotado la lámpara maravillosa y estuviese a punto de ver aparecer al genio. Su primer deseo cumplido fue el de encontrarse con la *Venusia* —la cabeza coronada de la diosa que Fellini había usado en *Il Casanova*—, brotando del césped, delante mismo de la entrada. En la película, recordó, emergía del agua, frente al Puente de Rialto, rodeada de góndolas y fuegos artificiales. No era su Fellini favorito, aunque todavía se estremecía al pensar en la pareja inclasificable que formaron en ella Donald Sutherland y la desaprovechada Tina Aumont.

Buen comienzo.

Se internó en el paseo arbolado que conducía al corazón del recinto, mirando a su alrededor en busca de más tesoros. Desde aquella perspectiva, los estudios se parecían más a una bonita urbanización privada que a una factoría cinematográfica. Trataba de no imaginarse todo aquello convertido en el sueño de un promotor inmobiliario: sustituyendo platós, almacenes y talleres por hoteles, restaurantes, gimnasios, un centro de belleza, piscinas y hasta un gigantesco aparcamiento subterráneo. Vale, puede que Fellini hasta le hubiese encontrado el chiste a lo del *reality*, pero se apostaba lo que fuese a que imaginarse toda aquella orgía de cemento sepultando su santuario no le haría maldita la gracia.

Tampoco a él, la verdad.

Un vistazo al reloj le corroboró que llevaba el día entero allí.

Se le había pasado como un suspiro.

Lo había visitado todo, desde el espacio Cinebimbicittà, reservado a los más pequeños, hasta la tienda de souvenirs. Las horas se le habían escabullido deambulando por los tres espacios de la Mostra: la exposición que contaba con todo lujo de detalles la historia, los rodajes y los misterios que rodean a casi cualquier película. Había comido sentado en una de las sillas de director del muy *fashion* Caffè di Cinecittà y se había paseado por los decorados que reproducían la antigua Roma, la Florencia medieval y el Templo de Jerusalén. Y, por supuesto, había peregrinado hasta el mítico Teatro Cinque, donde Fellini había rodado la mayoría de sus obras maestras, para rendirle su íntimo homenaje al adorado *maestro*.

Le quedaba poco menos de una hora antes de que lo echaran y todavía le faltaban los decorados donde Scorsese recrease el Five Points de 1830 para *Gangs of New York*. Rebuscó en el bolsillo trasero del pantalón y extrajo el arrugado mapa del complejo que le habían entregado con la entrada. Tenía un buen trecho, pero le daba tiempo. Pese al dolor de pies, echó a andar a buen paso. Dejó atrás los enormes galpones con techos a dos aguas que habían albergado tantas historias irrepetibles y se encaminó al extremo del recinto donde se levantaban las fachadas de una Nueva York que ya solo existía en el recuerdo y el celuloide.

Se encontró los decorados inesperadamente desiertos. Había sido una jornada poco concurrida y estaba a punto de terminar. Pudo deambular en solitario por aquellas pocas calles, tan falsas y tan auténticas a un tiempo. La Gran Manzana era otro de esos lugares donde nadie era forastero del todo y él se consideraba parte de ella, por mucho que hubiese vivido la mayor parte de su vida en Los Ángeles —un lugar donde, por el contrario, hasta los nativos se sentían extraños.

Se paseó sin prisa por las aceras desiertas, pasando bajo los carteles de negocios fundados por los diseñadores de producción: Saxe & Robertson, St.

Nicholas Hotel, Calenberg Volpel & Co., Gwitt Piano Studio, Tilman's Flowers. Se notaba que nadie había rodado allí en años: paredes desconchadas, manchas de humedad, ventanas sin cristales. La calle entera necesitaba una mano de pintura, unos cuantos carpinteros y, por encima de todo, alguien que gritase de nuevo aquello de «¡Aaaaacción!» y le diese sentido al tinglado.

Llegó hasta el final de la acera. En un rincón, incongruentes, descubrió varios plafones que alguien había usado para fijar viejos afiches de las superproducciones que Hollywood había rodado allí en los cincuenta. Jerry tenía las paredes de su apartamento empapeladas con carteles parecidos. Los repasó. Audrey Hepburn, Mel Ferrer y Henry Fonda le devolvieron el atisbo, ataviados de nobles zaristas, desde el de *Guerra y paz*; Robert Taylor, con casco y armadura de tribuno, y Deborah Kerr, bellísima dentro de su túnica de esclava, le ignoraron para mirarse el uno al otro, llenos de deseo, en el de *Quo Vadis*. Y Rock Hudson, con uniforme del ejército italiano, y Jennifer Jones, vestida de enfermera de la Cruz Roja, ni siquiera se percataron de su presencia, ocupados como estaban en besarse apasionadamente en el de *Adiós a las armas*.

—¿La ha visto?

La pregunta, formulada desde atrás y de forma tan directa, le cogió por sorpresa. Pegó un respingo y se volvió para descubrir a un anciano al que no había visto durante todo su paseo. No necesitó más que un vistazo para sentir una corriente de simpatía por aquel hombre. Empuñaba un bastón con desgana y se notaba que era muy mayor. Pero, por debajo de los años y las arrugas, uno todavía podía adivinar el joven apuesto que había sido alguna vez. Los ojos, de un azul líquido y transparente, destilaban un brillo travieso y socarrón que se reía del paso del tiempo. Jerry pensó que, si llegaba a alcanzar su edad, querría ser como él.

—¿Disculpe?

—Le preguntaba si la ha visto —se explicó el viejo, con el inglés cantarín que solo pueden gastar los italianos—. La película. *Adiós a las armas*.

Jerry esbozó una sonrisa:

—Pues sí. Las he visto todas, en realidad.

—¿Estas? —quiso saber el viejo, levantando el bastón para hacer un ademán que englobaba los tres carteles.

—Bueno, sí. Esas y casi todas las demás. Me llamo Jerry Weintraub. Escribo sobre cine. Me he pasado tanto tiempo en una sala a oscuras que a veces pienso que las he visto todas. Dígame un título y me apuesto lo que quiera a que me lo he tragado.

El viejo meneó la cabeza, aceptando el reto:

—Así que un título al azar, ¿eh? Verá, es que podría decirle muchos... Porque ese *todas* suyo supongo que incluye a las producciones italianas que se rodaron aquí. Las tragedias de Doris Duranti y Clara Calamai, los romances de Alida Valli y las fantasías históricas que encumbraron a la desdichada Luisa Ferida...

El brillo socarrón que Jerry había adivinado hacía unos instantes se hizo más patente: *touché*.

Se lo merecía. Por sobrado.

Levantó los brazos, admitiendo la derrota.

—Yo me refería... Pero no, me ha pillado usted. Admito que las italianas las desconozco.

El anciano meneó otra vez la cabeza. *Americani!* Su tono era beligerante cuando insistió:

—¿Sabe que van a cerrar todo esto?

—Sí. Por eso estoy aquí. No quería dejar de verlo antes de que desaparezca. Voy a escribir un par de artículos...

El anciano se encrespó.

—¡Una vergüenza! ¡Cambiar Cinecittà por una bolera, un parking subterráneo, unos cuantos apartamentos para ricos y un Conad City! Escriba sobre eso, señor periodista americano. ¿No es usted el Cuarto Poder? Pues haga algo, ¿no le parece? ¡Denúncielo! ¡Impídalo!

Jerry se encogió de hombros.

—Le agradezco que me considere tan influyente. Pero me temo que ahora es usted quien ha visto demasiadas películas. Si es capaz de decirme la última vez que un artículo de un periódico extranjero logró paralizar una gran operación urbanística en Italia le prometo que estudiaré el caso de pe a pa e intentaré copiar al dedillo el estilo de mi ilustre colega. Adelante, ¡ilumíneme!

El anciano arrugó los labios en una mueca divertida y encajó el golpe con deportividad. Esta vez era a él a quien habían pillado. Tomó a Jerry por el brazo y señaló el afiche de *Adiós a las armas* con la punta de su bastón.

—Volvamos a las películas. Esta, por ejemplo. ¿Qué me dice? ¿Le gustó al señor crítico cinematográfico?

Jerry estuvo a punto de aclararle que él no hacía crítica, sino información cinematográfica, aunque a veces un género y otro se confundieran peligrosamente. Al final desistió y se limitó a responder:

—Si le soy sincero... no demasiado. Quiero decir, el espectáculo está ahí, por supuesto. Paisajes magníficos, grandes escenas. El dineral que se gastaron se ve en la pantalla. Pero al conjunto le falta fuerza. Y ellos dos eran demasiado mayores para sus personajes. Si me da a elegir, me quedo con la versión de Borzage, con Gary Cooper y Helen Hayes.

El anciano no estuvo de acuerdo:

—¡Ya estamos otra vez con la canción de siempre! —protestó—. Mire, es evidente que no eran los chavales que describe Hemingway en su novela,

que, por otro lado, está sobrevalorada. Pero no me negará que Hudson y Jones hacían una pareja fantástica. Él pocas veces estuvo mejor que aquí. Y ella, bueno, ¡ella se muere francamente bien, al final! Además, estaba De Sica...

Jerry no había rehuído una discusión sobre una película en su vida. Ahora tampoco pensaba hacerlo. Iba a disparar su réplica cuando el anciano le interrumpió:

—¿Sabe qué? No me haga mucho caso. Nunca he podido ser del todo imparcial con esta. Después de todo, ayudé a hacerla...

Aquel hombre era una caja de sorpresas.

—¿Qué quiere decir con que ayudó...?

El viejo suspiró. Melancólico.

—Trabajé aquí más de medio siglo, amigo mío. Haciendo decorados. Estas manos, que ahora no sirven ni para bajarme la bragueta, levantaron el circo de *Ben-Hur*, las murallas de Troya, la carroza de Cleopatra. Y le hablo de esas porque son las que habrá visto. Italianas, ni le cuento...

Jerry sintió que se le aceleraba el corazón. Ya no era fácil encontrarse con un pedazo de historia viva como aquel. Alguien le estaba haciendo un regalo. Su reportaje sería diez veces mejor con un testigo de primera mano.

—¿Conoció a Fellini?

—¿Que si le conocí? Él me prestó mi primer Simenon, amigo.

—¿Y a De Sica?

—Le gané veinte mil liras en una noche de póker. Luego se las tuve que prestar para que pagase a otro. Nunca me las devolvió. Era el mejor hombre del mundo.

Jerry sintió que le temblaban las piernas. Tenía que grabar todo aquello. ¿Le quedaba suficiente batería en el iPhone? Rebuscó en los bolsillos mientras el viejo continuaba:

—Veo que le interesan las historias. Podría contarle docenas. ¡Cientos! Pero ninguna tan buena como la que tiene que ver precisamente con esa película —dijo, levantando de nuevo el bastón para señalar el cartel de *Adiós a las armas*.

Jerry soltó una maldición. Como siempre, el móvil agonizaba. ¿Cuándo fabricarían uno que no se muriese precisamente cuando más falta te hacía?

En fin, daba igual.

—Me encantaría que me la contase, señor...

El viejo señaló las escaleras de un portal.

—Así que le gusta escuchar, ¿eh, *giornalista americano*? Pues está de suerte, porque a estas alturas, hablar es el único placer que todavía puedo permitirme. Sentémonos, ¿quiere? Desde que cumplí los noventa mis piernas ya no son las que solían. —Le dirigió una mirada de odio al bastón—. Nunca lleve uno de estos, hágame caso. Pocas cosas te hacen sentir más viejo.

Más ligero de lo que sus palabras harían suponer, fue hasta los escalones del decorado y se agarró a la barandilla de hierro para dejarse caer. Acompañó el gesto con un gruñido. Jerry se sentó a su lado, impaciente como un niño.

—Todo empezó en la primavera de 1957. A Roma la llamaban *Il Hollywood sull Tevere* y David O. Selznick y su gente estaban a punto para empezar a rodar...

Roma, marzo-agosto, 1957

Arthur Fellows colgó el teléfono con una mueca de disgusto. Se acercó al mueble bar y se sirvió una generosa dosis de bourbon, con mucho hielo. Echó un trago, salió al balcón de la suite y se quedó pensativo, contemplando el paisaje. Llevaba meses alojado allí y la vista todavía lo impresionaba igual que el primer día. El cielo de Roma: repleto de cúpulas, torres y bóvedas que, en gris, blanco y rosa, competían por no quedar sepultadas entre tanta historia. Tejados grises de pizarra que brillaban repitiendo en su superficie otros tejados de tejas rojizas, dándole un efecto multiplicador a la ciudad desordenada. Campanarios medievales se alternaban con bóvedas barrocas y apenas un poco de verde entre tanta piedra. Al fondo, el exceso de mármol blanco del monumento a Víctor Manuel II presidía aquella vista que podría parecer un decorado si no fuera por el barullo que subía de la calle. Desde su posición privilegiada intuía el trazo caprichoso de las callejuelas retorcidas donde se levantaban, indiferentes, las cúpulas, torres y bóvedas que distinguía sin reconocer. De repente, las campanas empezaron a sonar y fue como si un coro de carillones entonase la misma canción.

Se maravilló una vez más: aquella ciudad tenía más iglesias que bares Los Ángeles.

Acababa de cumplir los cuarenta y era la primera vez que gozaba del privilegio de ocupar una habitación como aquella. Se recordó con diecinueve,

durante el rodaje de *El jardín de Alá*. Sentado en una estación de tren en mitad del desierto, a más de cuarenta grados a la sombra, esperando a que le telegrafiasen el guion del día para montarse en el coche del estudio y recorrer a toda velocidad las seis millas que lo separaban del set. Con las ventanillas abiertas, empapado en sudor y tragando polvo a más no poder. ¡Dios, qué importante se había sentido! Sin aquellas páginas que le habían confiado a él y solo a él, el resto del equipo no podía hacer otra cosa que buscar una sombra y sestear.

El jardín de Alá había sido su primer trabajo para Selznick International Pictures, recién incorporado gracias a la recomendación de su tía Marcella, la mano derecha del dueño. El poderoso David O. Selznick había decidido hacer realidad aquella fantasía arábiga en tecnicolor, con Charles Boyer de cisterciense en plena crisis de fe y Marlene Dietrich como una improbable heredera que abandonaba su enclaustrada existencia para visitar el norte de África en busca de renovación espiritual. La fiesta había salido por dos millones doscientos mil pavos. Pero, como aún seguía sucediendo, solo los miembros más destacados del equipo se alojaban con comodidad. El resto, a pernoctar en cuchitriles que habrían logrado que incluso el monje protagonista arrugase el entrecejo.

En el cine, como en la vida, la jerarquía lo es todo.

Había tardado dos décadas en trepar por el escalafón. En ir de un cuartucho de mala muerte, en mitad de ninguna parte, a la lujosa suite de la Via Veneto que ocupaba ahora. En pasar de chico de los recados a productor asociado. De don nadie a pez gordo. Alguien podría pensar que eran pocos, pero veinte años parecían cuarenta si uno los pasaba haciendo de todo para Selznick. Aguantando sus invectivas. Su mordacidad. Su necesidad enfermiza de controlarlo todo. Y, por encima de todo, sus malditos memorandos. Cualquiera otro le habría mandado a...

Esbozó una sonrisa cansada y volvió adentro. La mierda pasada ya daba igual. Se había revolcado en ella a base de bien, de acuerdo. Pero el olor se iba con un baño, mientras que la experiencia se quedaba para siempre. Gracias a eso, se conocía el negocio al dedillo. Había jugado en todas las posiciones y siempre bien. Y ahora, por fin, David había decidido nombrarle capitán del equipo. Y no en un partido cualquiera, no. En toda una final de la Superbowl. Con *Adiós a las armas* su jefe estaba decidido a levantar otra *Lo que el viento se llevó*. Y si él le ayudaba a conseguirlo, su techo sería el cielo.

Arthur Fellows quería tocar el cielo. Se lo había ganado. Con creces.

Pero para ganar aquel partido tendrían que jugar de otra forma. El juego se había transformado y todo el mundo aún estaba intentando adaptarse a las nuevas reglas. La gente ya solo pagaba una entrada si, a cambio, se le proporcionaba un gran espectáculo. Algo colosal: cientos de extras yendo de un lado a otro de la pantalla. Ciudades de ensueño. Batallas campales. Fastuosidad.

¿Demasiado para los sesenta y un centavos que se dejaban en taquilla? Por supuesto. Pero ese, amigo, no era el problema del público, sino de los productores.

Las películas cada vez costaban más dinero y los fracasos se pagaban cada vez más caros.

Igual que cualquiera en Hollywood, hasta el gran Selznick tenía heridas que lamerse. Y de las que dejaban una buena cicatriz, Fellows lo sabía mejor que nadie. ¿Resultado? Después de tres décadas en las que había estado detrás de más de ochenta títulos —casi a tres por año—, desde 1950 David apenas había puesto su sello en dos películas.

Dos en siete años.

Ambas, desastrosas en taquilla.

Corrección: *D-E-S-A-S-T-R-O-S-A-S*. Así: con todas las letras y en

mayúsculas.

Ninguna carrera, ni siquiera la del tipo que había estado detrás de *Lo que el viento se llevó*, era capaz de soportar más tropiezos. Demasiada gente le tenía ganas. Ya se sabe: quien siembra vientos...

Además, aunque le costase reconocerlo, David ya no era la fuerza de la naturaleza que había sido cuando llevó a la pantalla la turbulenta historia del capitán Rhett Butler y la señorita Scarlett O'Hara. Ahora tenía cincuenta y cinco años, el pelo blanco y el corazón más fatigado de lo que cabría esperar. Demasiadas preocupaciones y demasiada dexedrina. Y otros *demasiados* de los que nadie querría tener que hablarle a un biógrafo.

En resumen: era su momento. Tenía que serlo.

Fellows apuró el whisky y se sirvió otro. Estaba empezando a beber demasiado, se daba cuenta. Pero es que ahora necesitaba un par de copas. Llevaba días conduciendo un camión cargado de nitroglicerina por una carretera llena de baches y, al final, todo el asunto le había estallado en la cara. Miró con rencor el teléfono blanco desde el que acababa de recibir la noticia de boca del mismo John Huston: el muy hijo de su madre se largaba.

Renunciaba.

Kaputt.

Con su acento de chico malo de Missouri y aquella voz grave y pulida por el humo que volvía locas a las mujeres, podría habérselo dicho más alto, pero no más claro: al diablo la película, al diablo David, y al diablo todo el puñetero asunto. ¡Un cuarto de millón de dólares podía parecer mucho dinero, pero se convertía en calderilla cuando uno tenía que tragarse toda aquella mierda para ganárselo!

Había decidido que no le compensaba.

Lo siento por ti, Artie, muchacho. Sé que apostaste por mí y lamento dejarte en la estacada. Pero una semana más en la misma ciudad y acabaré

pegándole un tiro a ese hombre, compréndelo. Te debo una.

¿Ya está? ¿Te debo una? ¿Se suponía que eso lo solucionaba todo?

Fellows echó otro trago.

¡Maldito John y malditas excusas! ¿Por qué le hacía esto? Y, precisamente, *ahora*. ¿Acaso no le había dejado muy clarito de qué iba a ir la cosa cuando, medio año atrás, había volado hasta la puñetera Tobago para ofrecerle el trabajo, en persona?

Aquello era un encargo. Muy bien pagado, pero un encargo. *Capisci?*

Incluso aunque su integridad de artista —suponiendo que John tuviese algo remotamente parecido— no le hubiese dejado otra que retirarse, había tenido tiempo de sobras para hacerlo mucho antes. Cuando su marcha les hubiera hecho menos daño.

¿De verdad no se había dado cuenta de que no podía trabajar con David hasta cuatro días antes de empezar a rodar?

¿Cuatro días?

¡Y un cuerno!

A su jefe se le podía acusar de muchas cosas, pero nunca de no ser diáfano en expresar lo que quería. Él estaba presente cuando había mirado al director a los ojos y se lo había advertido una vez más: *esta va a ser una película Selznick, no una película Huston. ¿Te parece bien, John?*

Y al maldito John se lo había parecido. Doscientos cincuenta mil pavos a cambio de dirigirla. *Solo* dirigir. Guion y montaje quedaban en manos del productor. Desde luego, no era su estilo. Pero cuando se quería vivir a lo John Huston, hacía falta mucho dinero. Y, de vez en cuando, no quedaba otra que guardarse el traje de artista en el baúl y tragarse sapos como ese para poder seguir viajando, bebiendo y fornicando como solo un condenado irlandés era capaz de hacerlo.

Con que se lo hubiese dicho un par de meses antes él habría podido...

¿A quién diablos quería engañar?

La culpa era suya, se castigó mientras vencía la tentación de servirse una tercera copa y dejaba el vaso vacío en el mueble bar. Todo el mundo se lo había advertido: no había habitación en el mundo lo suficientemente grande como para albergar a aquellos dos egos. Pero él no había querido escucharles. Tenían una historia de amor y de guerra entre manos, y Huston era la elección idónea para filmarla. Allí estaban *Éramos desconocidos* o *Medalla roja al valor* para demostrarlo. Además, ya había trabajado con Jennifer antes y habían congeniado. Para David eso era algo primordial: que Jennifer estuviese contenta. Y con John lo estaba.

Podría conseguirlo, se había dicho. Hacer que funcionase. Los conocía bien a ambos. Sería la grasa que suavizaría los engranajes cuando algo los encallase. Sería el productor que hacía milagros. El que conseguía que todo llegase a buen puerto. El mago.

Pobre idiota.

Durante los seis meses que había llevado la preproducción, el castillo de naipes se había mantenido milagrosamente en pie. David tenía la cabeza puesta únicamente en el guion y se pasaba las horas obligando al pobre Ben Hecht y a sus dos Oscar a hacer una revisión tras otra. Hasta diez, habían acumulado. Mientras, a miles de kilómetros, John se dedicaba —o eso decía— a aquellas largas planificaciones suyas de cada escena que hacían temblar los bolsillos de los productores. Un par de veces, mientras hablaban por teléfono, le había dejado caer que aquella era una película de acción y que David y Ben estaban obsesionados solo con el maldito romance. *Si los ves, recuérdales que entre beso y beso allí se libraba una jodida guerra*, le había pedido con aquel retorcido humor irlandés que hacía reír a tan pocos.

Fellows había oído la tormenta que se fraguaba. Pero había preferido pensar que podrían capearla. En ese momento, lo que le preocupaba de

verdad era no pasarse del presupuesto. Había dejado las objeciones de John de lado y solo le había pedido que, rodara lo que rodase, se asegurase de hacerlo a tiempo y sin gastos de última hora.

¡Tranquilo, Artie! Como siempre, nada será fácil, pero todo se hará, le había insistido el otro. Casi podía oler el humo de los cigarrillos y el aroma del whisky a través de la línea telefónica mientras lo embaucaba. ¡Qué idiota había sido creyéndole!

Lo que tenía que pasar había pasado apenas pusieron todos los pies en Roma. David había querido empezar con los ensayos cuanto antes y Huston había aceptado de mala gana —lo que le apetecía de verdad era irse de excursión a las Dolomitas, a inspeccionar exteriores—. Los primeros días de ensayos habían transcurrido con una lentitud exasperante. Jennifer se lo había comentado a David y a este le había faltado tiempo para correr a la máquina de escribir.

Por la mañana, con las tostadas y el zumo de pomelo, la camarera le había dejado sobre la mesa un sobre con otro de sus temidos memorandos.

El regusto amargo de la fruta no había sido nada comparado con el que le habían dejado aquellas dos páginas pulcramente mecanografiadas: *Estaría siendo cándido contigo si no te expresase hasta qué punto estoy descontento de la forma en la que están yendo las cosas* —le había escrito—. *Cada hora cuenta, Arthur. Me encantaría saber cuanto antes qué piensas hacer para evitar pérdidas que, bajo ningún concepto, podemos permitirnos.*

A la hora de la verdad, ni siquiera había tenido tiempo de enfrentarse al problema. Huston se había encarado directamente con David y, sin paños calientes, le había exigido cambios en el guion. Había que suprimir muchos diálogos, modificar otros tantos y quitarle metraje al romance para dárselo a la guerra. Aunque eso implicara recortar algunas de las mejores escenas de Jennifer. De no hacerlo, la película sería un jodido desastre, había vaticinado.

Y se había quedado con aquella sonrisa socarrona que tanta gente en Hollywood había deseado alguna vez borrarle de un puñetazo.

Fellows se lo podría haber dicho aquel día, en Tobago: David se dejaría extirpar la vesícula a lo vivo antes de acceder a retocar una escena de su precioso guion. O de privar a su mujercita del lucimiento al que la había acostumbrado durante quince años de matrimonio.

Así de claro.

Fiuuuuuu. Alguien había abierto una ventana, y el castillo de naipes se había ido al garete. Había sido bonito mientras había durado.

Cuando su secretaria le había avisado de que lo esperaban a cenar en la villa que el señor Selznick había alquilado en el selecto *rione* Prati, a orillas del Tíber, ya había supuesto que se le atragantaría el postre.

Pero no hasta ese punto.

La manera como David lo había tratado aquella noche era algo que no se olvida. Algo que solo habría aceptado alguien como él, acostumbrado a soportar cosas parecidas desde que era un adolescente. Solo la necesidad que tenía de hacer aquella maldita película le había impedido mandarlo todo al garete y volverse a casa.

En lugar de eso, se había quedado y había prometido que lo arreglaría todo con John. *Solo necesito un par de días para hacerle entrar en razón, David. Confía en mí.*

Cuarenta y ocho horas, sin embargo, eran algo que Selznick no creía que pudiera permitirse. Antes del mediodía, un conductor le había llevado a Huston otro sobre, con dieciséis páginas mecanografiadas a un espacio. El memorando, del que él también había recibido copia, era tan sincero y prolijo como solían serlo todos: *A tu manera, John, tú eres tan individualista como yo. Pero aquí no puede haber dos individualistas, solo uno. Y ese solo puedo ser yo. El único favor que te pido es que, si no te ves capaz de hacer la*

película sin resentimientos, sin reproches o sin la sensación de que va a ser mala solo porque será como yo la concibo, entonces no la hagas. Si esto llega a suceder, y no es mi deseo, puedes estar seguro de que te protegeré delante de todos. Estoy preparado para presentarme delante de tus amigos críticos de Nueva York y de la industria entera como el tiránico productor incapaz de entenderse con su talentoso artista. Estoy acostumbrado al papel. Lo he interpretado muchas veces. Y he aprendido que nada importa excepto la película. Pero si crees que todavía puedes poner todo tu entusiasmo en ella, entonces sería un estúpido —y no creo que pienses que lo soy— si prefiriese a cualquier otro antes que a ti.

Lo había firmado muy, muy sinceramente.

No había servido de nada.

Huston ni siquiera lo había leído entero. Antes de terminar la página cuatro —le había confesado— había tirado el resto a la papelera y le había pedido a su secretario que fuese haciendo las maletas.

Hasta allí habían llegado.

Luego había cogido el teléfono y lo había llamado: No puedo decirte lo aliviado que me siento, Artie. Sí, sí, ya lo sé: me advertiste de que esto iba de fabricarle un vehículo a Jennifer, para que se luciera. Y creí sinceramente que sería capaz. Al fin y al cabo, ella era una buena actriz. Pero no mejora con los años, ¡al contrario! ¿Te has fijado en lo que ha empezado a hacer con la boca cuando habla? ¿Es que nadie va a decirle que deje de hacer esas malditas muecas? ¡Parece un maldito payaso! Deberías hacerle ver a David que, desde que está con ella, no ha vuelto a hacer una sola película que valga una mierda.

Sí, claro.

Hacérselo ver.

Para él era fácil decirlo. Al día siguiente a mediodía estaría en Hollywood,

bebiendo bourbon y leyendo guiones. Se rumoreaba que Zanuck lo esperaba con los brazos abiertos para ofrecerle *El bárbaro y la geisha*. Pues suerte con eso. ¡A ver qué salía de meterlos a él y a John Wayne en el mismo plató! Sería como mezclar un bidón de gasolina con una caja de fósforos.

Fellows se dejó caer en el sofá, mullido como la cama de un monarca. Basta de darle vueltas. John se había largado. Cuanto antes pasasen página, mejor para todos. La cuestión era: ¿cómo lo dejaba eso a él? Al productor que había apostado contra viento y marea por un tipo que era su amigo personal y que había saltado del tren incluso antes de salir de la estación.

Pues con el culo al aire.

Ya desde el primer día, David se había asegurado de hacerle ver lo poco que confiaba realmente en él. Juraba que se moría de ganas de promocionar a su gente. Pero, cuando por fin se había decidido a hacerlo, parecía incapaz de verlo en otro papel que no fuese el del chico de los recados.

Ser tan condescendiente y suspicaz a un tiempo era algo que solo David O. Selznick podía hacer tan condenadamente bien.

Aun así, en los seis meses que llevaba en Italia, inmerso en la preproducción de la película, había sabido apartar la presión a un lado para concentrarse en hacer su trabajo. La experiencia que había acumulado un par de años antes como jefe de producción para King Vidor en *Guerra y paz* — una película aún más cara y grande que esta— le había venido de perlas. Estaba satisfecho con los exteriores que había elegido. Y más aún con los acuerdos que había firmado con el ejército italiano para que le proporcionasen tropas como extras a precio de saldo. Trabajando sin un guion definido la mayor parte del tiempo y siempre esperando el siguiente memorando que le echase en cara la poca experiencia que tenía y la enorme responsabilidad que se había depositado sobre sus hombros.

Más de una noche, al regresar al hotel, se había sorprendido añorando

aquel cuartucho en mitad del desierto, la carretera polvorienta y la estación de tren en la que nunca se bajaba ni se subía nadie.

Luego, miraba a su alrededor y se decía que por nada del mundo volvería allí. David era todo lo tiránico, cruel y mordaz que un ser humano podía llegar a ser. Pero si estaba en aquella suite también era gracias a él. Se había pasado media vida demostrándole que se merecía que lo tuviera en nómina. Y ahora también se lo demostraría.

De acuerdo, pues: basta de lamentaciones.

Tenía que encontrar a alguien que estuviera disponible para dirigir la película. Alguien que pudiera empezar ayer y que tuviese el mismo estatus que tenía Victor Fleming cuando David lo puso tras la cámara para sustituir a Cukor en *Lo que el viento se llevó*. Se incorporó sobre el respaldo del sofá y arqueó el cuerpo para alcanzar el auricular. Lo levantó con la punta del índice y el corazón y tiró del hilo, sin importarle que el aparato cayera a la alfombra. Marcó el número de su secretaria y escuchó la cantinela, ya familiar, de la telefonista de su hotelito. Le habría gustado tenerla alojada allí, en vez de hacerla ir y venir cada vez que pasaba algo. Pero David no le había autorizado el gasto. ¿Medio año en el Grand Hotel? ¿Una secretaria? Era joven y tenía un par de piernas, ¿verdad? Pues que las usara.

Escuchó su voz de cantante de club nocturno al otro lado de la línea.

—¿Diga?

—Kate, soy yo, Arthur. ¿Tienes a mano algo para escribir?

—Un momento, por favor, señor Fellows.

Se la imaginó saltando de la cama, con la misma bata blanca y corta, con estampado de corazones rojos, que le dejaba las piernas al aire a Doris Day en *Juego de pijamas*. Solo que las de su secretaria eran mucho más bonitas.

—¡Lista!

—Necesito que contactes a Barry Brannen tan pronto como llegue a su

oficina. Que haga unas llamadas y averigüe en qué situación están Wellman, Wilder, Vidor y Reed. Cuál de ellos podría venir cuanto antes aquí para hacerse cargo de la película. Y por cuánto.

—¿King Vidor?

—*Charles* —resaltó. Después de *Guerra y paz*, no creía que a King le quedasen muchas ganas de involucrarse en otro gran rodaje en Italia. Lo había visto cansado. Empezaba a estar mayor para ese negocio.

Notó la vacilación de ella viajando por la línea antes de decidirse a preguntarle:

—Entonces... ¿El señor Huston nos deja?

Fellows soltó el aire por la nariz.

—Bueno, es una manera educada de decirlo. Se me ocurre otra un poco más precisa...

—¿No empezará por maldito traidor hijo de...?

El productor no tuvo más remedio que sonreír.

—Lo has dicho tú, no yo. Pero se le acerca bastante, sí.

Ella se rio. Una risa cristalina, como solo podía tenerla alguien joven y lleno de ganas de comerse el mundo. Él se había reído así en otra vida, mientras se tragaba el polvo de medio desierto.

—Señor Fellows... —Carraspeó—. Ya sé que nadie me ha pedido mi opinión en este asunto...

—Adelante, di lo que sea —la animó—. Te aseguro que nunca he estado más abierto a sugerencias que ahora mismo.

—¿Ha pensado en un italiano? Me refiero como director. Hay algunos realmente fantásticos. Ya están aquí y, bueno, me imagino que el salario...

Claro que lo había pensado. Tenían a De Sica en el plató, sin ir más lejos. Seguro que podía interpretar y dirigir a la vez. Y por no mucho más dinero. Lo malo era que después del desastre de *Estación Termini*, David no querría

volver a arriesgarse con un italiano. Ni con De Sica, ni con ningún otro. Por más que ahorrasen.

Se lo hizo ver a ella en pocas palabras.

—Pero era una buena idea —la consoló—. Que eso no te haga callarte la próxima que tengas, ¿de acuerdo?

—No lo haré, señor. Gracias. ¿Algo más?

—Sí. Asegúrate de que todo el mundo sabe a qué hora es el ensayo de mañana. Aunque ese malnacido ya no esté, será mejor que sigamos con el *planning*. ¡Ah! Y que alguien le diga a Rock que ya no hará falta que se corte el pelo como pretendía John. Seguro que dará saltos de alegría. No le hacía maldita la gracia raparse, por muy soldado de la Gran Guerra que lo hiciera parecer.

Kate volvió a reírse.

—Se lo diré a su ayudante, señor. Al menos alguien se alegrará del cambio. ¿Es todo?

—Sí. No... Kate, ¿qué haría yo sin ti?

—Mejor no lo averiguamos, señor Fellows. Buenas noches.

—Sí, eso. Buenas noches.

Fellows colgó el auricular y dejó el aparato en el suelo. ¡Gracias al cielo que tenía a Kate O’Neil! Se la había recomendado Nancy Green, del departamento de producción de Nueva York, y, por deferencia hacia ella, había accedido a entrevistarla. No se había arrepentido. Kate era graduada por UCLA, como la tía Marcella y una breve charla le había bastado para constatar que ambas estaban cortadas por el mismo patrón.

Habría estado loco si la hubiese dejado escapar.

Además de *alma mater*, Kate y la hermana de su madre compartían una belleza que podría haberlas convertido en estrellas de cine, de haber querido. Pero eran demasiado discretas para eso. Preferían moverse detrás de las

cámaras. Su tía tenía veintitrés años, la edad de Kate ahora, cuando David irrumpió como un huracán en la RKO y empezó a echar a todo el mundo que no le parecía lo suficientemente bueno para trabajar con él. A ella no solo la conservó, sino que en pocos meses la ascendió de secretaria a ayudante ejecutiva. *Su* ayudante ejecutiva. Y aún lo sería de haber querido. Pero después de casi diez años de entonar: *Sí, señor Selznick*, Marcella había tenido suficiente. Era lo bueno de echarle el lazo a uno de los médicos favoritos de las estrellas de Hollywood: el dinero ya no suponía un problema.

Kate seguía dándole motivos para alegrarse de su decisión de contratarla. Llevaba con él desde poco antes de haberse establecido en Roma y le merecía la misma confianza que su reloj suizo. No se quejaba ni del tiempo que llevaba lejos de casa, ni de los hoteles de segunda en los que la metían, ni de las horas intempestivas a las que sonaba el teléfono.

Fellows lo tenía decidido: cuando él ascendiera, ella iría detrás.

Lo de contratar a un italiano habría sido la solución perfecta. Pero después de la espantada de John, no se atrevía a irle a David con la propuesta. Pensó en los nombres que le había dado a Barry. No contaba con que Wellman y Wilder estuvieran disponibles. Carol Reed le parecía más factible. Y él y David no se habían llevado del todo mal en *El tercer hombre*. Pero era un director lento y eso jugaba en su contra.

La mejor opción era Charles Vidor. Había oído que, desde que se había casado con la hija de Harry Warner, buscaba proyectos de mayor envergadura de los que había tenido en la Columbia. En ese caso, se juntarían el hambre y las ganas de comer.

Además, un tipo que había sido capaz de trabajar tantos años con el miserable de Harry Cohn —aunque hubiese acabado a la greña con él— debería poder soportar unos pocos meses el yugo de David. Y si había hecho una estrella de Rita Hayworth, Jennifer debería poder sentirse cómoda a sus

órdenes.

Intentó animarse. Había vida después de John Huston.

Había película.

Todavía conservaba su gran oportunidad.

Suspiró. Ya no podía aplazarlo más.

Rescató el teléfono del suelo y le dio a la operadora el número de la villa de David.

Le costó salir de aquel sueño pegajoso que le mantenía los párpados sellados, como si minúsculas manitas de brea tirasen de ellos hacia abajo para impedir que pudieran separarse. Al fin, la luz del amanecer empezó a filtrarse a través de las pestañas y le despertó con una caricia apenas insinuada.

Una luz que no era blanca y exigente, como la que le despertaba siempre en casa, sino dorada y llena de promesas de cosas buenas.

Miró a su alrededor y, por un instante, no consiguió recordar dónde estaba. Le invadió una sensación de zozobra. *¿Qué demonios...?* Pero enseguida notó la respiración, tranquila y acompasada, a su lado y la angustia que lo había zarandeado un instante antes se disipó como humo al abrirse una ventana.

Suspiró, aliviado. No había nada que temer.

Se incorporó con cuidado de no despertar a Carlo. Su amante dormía bocabajo, con la ancha espalda de nadador desnuda y el pelo, muy negro, cortado de manera que dejase al aire la nuca perfecta. Rodeó el lecho de puntillas, para buscar el encendedor y el paquete de Marlboro que estaban en el bolsillo de la chaqueta. Finas líneas de luz naranja empezaban a deslizarse entre los espacios que la persiana dejaba a medio cerrar, atigrando el suelo hasta entonces negro.

Encendió el pitillo, dio la primera calada y dejó escapar el humo por la nariz. Apenas cinco años antes, fumar cigarrillos con filtro como ese era considerado cosa de mujeres. Si lo hubiesen visto, los publicistas del estudio se habrían echado las manos a la cabeza: *¡Rock, por el amor de Dios!* Hoy, después de que el fabricante hubiese inundado todas las cabeceras

imaginables con la imagen de un cowboy de rostro apergaminado fumándose uno, resultaba que no había nada más masculino que aquella cajetilla roja y blanca.

La gente era imbécil.

Echó otra calada y se quedó mirando a su amante, que seguía durmiendo ajeno al mundo. Tenía media cara pegada a la sábana, pero el perfil que quedaba a la vista recordaba a los de las estatuas omnipresentes en aquella ciudad: hombres togados o vestidos con armadura de centurión, con rostros de rasgos perfectos y cuerpos cincelados. Carlo era igual, solo que de carne suave y cálida en lugar de frío mármol.

Recogió los *boxers* del suelo, se los puso y, sin preocuparse de nada más, salió a fumar al balcón. Había demasiada poca luz para que alguien pudiese hacerle una foto. Y, por si eso no fuera suficiente, estaba en el último lugar de Roma en el que alguien esperaría encontrarse a una estrella de cine. El *rione* Testaccio era uno de los barrios más humildes de la ciudad. Una zona sencilla y sin pretensiones, que había crecido en la orilla izquierda del Tíber para albergar a los obreros que se dejaban la vida y la salud en las fábricas circundantes, y que hoy, casi un siglo más tarde, era pródiga en restaurantes y rincones agradables.

El apartamento de Carlo estaba de espaldas al río, orientado hacia la Piazza Santa Maria Liberatrice. Con vistas a la particular iglesia de frontón ornado con arcos y mosaicos de vivos colores que se levantaba en un extremo y a la marquesina del Cinema Vittoria, que sobrevivía en el opuesto. La primera noche, el joven le había contado, entre risas, que, en realidad, le había conocido allí. Viéndole llenar la pantalla en *Obsesión*. Entonces había pensado que era el hombre más guapo del mundo.

Jamás hubiera podido imaginar que un día lo tendría en su cama.

Como la mayoría de los muchachos de su edad, Carlo chapurreaba el

inglés cuartelero que había aprendido, de chaval, de los soldados del V Ejército americano que habían liberado Roma en junio del 44 y después se habían quedado durante casi un año por los alrededores. No tenía ni un ápice de la sofisticación y el mundo que en su país se atribuía gratuitamente a los europeos, especialmente franceses e italianos.

Ni falta que le hacían.

Su joven amor romano era rabiosamente *bello*, estaba lleno de vida y de pasión y no tenía miedo de soñar. Jamás se habría imaginado que llegaría a tener a una estrella de Hollywood entre las pantorrillas, cierto. Pero cuando lo descubrió en aquella fiesta no se había amilanado en absoluto al darse cuenta de cómo lo miraba él. Ni siquiera al reconocerlo. Su mirada ardía con más fuerza que la llama del encendedor que le acercó para prender el pitillo.

En Los Ángeles, él habría tenido que andarse con pies de plomo. Salir huyendo. Allí vivía con el terror a que carroñas como *Confidential* les contasen a sus lectores *los hechos y los apellidos*.

Siempre rodeado por los publicistas, la gente del estudio, la prensa.

Y con Phyllis.

¡Jesús, *Phyllis*! Ni siquiera podía pensar en ella ahora.

En Roma, por contra, todo había sido sencillo. Se había dejado llevar. Había coqueteado con Carlo abiertamente. Y cuando había llegado el momento, le había devorado los labios sin temor y sin remordimiento. Solo por el puro placer de hacerlo. De permitirse ser quien era y no quien los demás esperaban que fuese. Lo había acompañado a su piso sin pensar en las consecuencias y ahora estaba asomado a su balcón, fumándose un Marlboro en calzoncillos.

Se lo estaba pasando en grande en aquella ciudad.

No quería volver a Estados Unidos. Jamás.

Él solo quería ser *Charlie astro de cine*, el personaje que se había

inventado para sus amigos Mark y George cuando las cosas habían empezado a irle realmente bien. El tipo alegre y despreocupado que siempre tenía mesa en los restaurantes de moda, al que todo el mundo invitaba a sus fiestas y con el que todos se peleaban por fotografiarse. El que nunca pagaba y hacía callar a los demás para hablar él.

Hacía años que en América ya no podía ser *Charlie*.

Escuchó el tip-tap de los pies desnudos de Carlo, haciendo ventosa sobre las losetas, antes de verlo aparecer.

—*Ciao, bello* —lo saludó el italiano con una de aquellas sonrisas que desarmaban, mientras le acariciaba el pelo ensortijado.

Se acodó en la barandilla, a su lado, para ver como el sol se encaramaba en el azul del cielo, dejando a su paso las tejas teñidas de rojo.

—¿Me das uno?

—Están en el bolsillo de la chaqueta —respondió el actor—. Tráelos, ¿quieres? Me fumaría otro.

Carlo no se hizo de rogar, fue adentro y regresó con la cajetilla y el encendedor de oro. Se puso dos cigarrillos en la boca, los prendió y le pasó uno.

—Pesa más que una granada de mano —dijo, sopesando apreciativamente el Dupont de oro.

Hudson ignoró el comentario. Durante la guerra había servido en la marina, como mecánico de aviones. Nunca había visto acción de cerca, como Jimmy Stewart o Charlton Heston. No le gustaba que se lo recordasen. Ni siquiera comentarios del todo inocentes como aquel.

—Me encanta fumar —dijo para cambiar de tema, dando una larga calada—. Pagaría al científico que descubriera que es bueno para la salud porque el humo mata los gérmenes.

Esta vez fue Carlo quien no dijo nada. En el poco tiempo que llevaban

juntos se había dado cuenta de que tenía que darle espacio para que dijera lo que de verdad quería decir.

No tuvo que esperar demasiado.

—Odio lo que me espera en casa, ¿sabes? —empezó, sin mirarlo—. Me divertí mucho hasta que hice *Gigante*. Luego, *Life* me sacó en portada diciendo que era el soltero más atractivo de Hollywood y todo se fue al garete. Al principio me encantó. ¿A quién no? Pero enseguida a todo el mundo empezó a entrarle prisa para que me casara. *Tienes treinta años, Rock. ¿Por qué no te has casado aún?* Todas las entrevistas iban a parar al mismo sitio. Durante un tiempo se conformaron con las excusas que me daban los publicistas: que si había estado demasiado ocupado con mi carrera para poder buscarme una esposa. Que si no estaba preparado para algo tan serio como el matrimonio. Pero muy pronto dejaron de tragárselo.

Carlo lo miró con una mezcla de sentimientos. Ser homosexual no era una bicoca en ninguna parte. Y en Italia, menos aún. Él mismo podía contarle unas cuantas cosas sobre aquello. Pero el tono con el que le hablaba era nuevo. Igual que la amargura. Trató de imaginarse cómo sería tener a toda una ciudad; a todo un país; a todo el mundo, ya puestos, pendiente de con quién te acostabas.

Por primera vez, no lo envidió.

—Cuando la conocí, Phyllis era insuperable —continuó el americano, apurando el segundo cigarrillo—. Jamás había encontrado a nadie con su sentido del humor. Ni con esa capacidad innata para que los que la rodeaban se sintieran bien. Te juro que tenía un don para apaciguar los ánimos y suavizar las malas noticias. Era de esas personas que pueden convencerte de hacer algo que habías jurado que nunca harías. Se presentó en el despacho de mi agente pidiendo un empleo como secretaria sin ni siquiera saber escribir a máquina, ¿puedes creerlo? ¡A Henry le gustó tanto que la contrató y hasta le

pagó un cursillo nocturno de mecanografía! Así era antes...

Había recuperado momentáneamente la sonrisa al recordar todo aquello. Carlo sintió una punzada al oírlo hablar con tanto cariño de otra persona.

—Enseguida se metió a todos en el bolsillo. Incluso a mí. Pero cuando Henry empezó a insinuarme que la invitase a cenar, no me apeteció demasiado. Quedamos un par de veces, pero le di plantón en el último momento con alguna excusa de mierda. Al final, a la tercera, fue ella quien me dijo: ¿Para qué, si no piensas ir? Y no quiso. Eso fue muy inteligente por su parte, porque me lo tomé como un reto y no paré hasta que aceptó.

—¿Me estás diciendo que debería haberte dado calabazas un par de veces antes de invitarte a subir? —bromeó Carlo.

El actor continuó su historia, como si no hubiese oído nada:

—Nos hicimos inseparables. Era guapa, fresca y espontánea. Que yo fuese una estrella de cine no parecía afectarla. Hasta me imitaba para tomarme el pelo y hacerme reír. Todos mis amigos la adoraron cuando se la presenté. Íbamos juntos a todas partes y, al final, cuando me compré la casa le pedí que se viniera a vivir conmigo. Ni te imaginas lo aliviado que me sentí cuando aceptó. No sé cómo van las cosas aquí, pero en América que un hombre y una mujer vivan juntos, sin casarse, es algo que solo hacen los bohemios. Pero a mí eso me importaba un comino. Ahora la gente podía comentar a mis espaldas: ¿Sabes que Rock Hudson vive con una mujer?

—Pues en Italia no sé cuál de las dos cosas habría sido peor... —empezó a decir Carlo, pero Rock lo cortó en mitad de la frase. Había empezado a hablar y no tenía ninguna intención de parar. Ni de dejar que el otro metiese baza.

—Al final nos escapamos a Santa Bárbara y nos casamos en secreto. Henry creía que ya había perdido algún buen papel por culpa de lo del matrimonio y que una boda sería lo mejor para que se terminasen de una vez las preguntas. No me importó. ¡Estábamos tan bien! Nunca pensé que lo nuestro se

convertiría en lo que tenemos ahora. Pero fue firmar el maldito papel y acabarse todo. El maldito pedazo de papel la cambió.

Le hizo un gesto para que le pasara otro Marlboro. Había que tener los pulmones de granito para que no te afectara tanto humo, pensó el italiano, rehusando con la mano el ofrecimiento de uno también para él.

La llamita del Dupont le iluminó la mirada triste.

—Te juro que ahora no la soporto. Va por el mundo de esposa de una estrella de cine. Quiere estrenar un vestido nuevo cada vez que salimos. Llama constantemente al estudio para saber dónde estoy. ¡Incluso ha despedido a la señora Truitt sin consultármelo! ¿Puedes creerlo? —El día anterior, le había contado que la señora Truitt era una empleada del hogar que había estado con él desde sus principios en la Universal. *Familia*, la había llamado—. Quería venir aquí, pero gracias al cielo pilló una hepatitis antes de viajar y lleva semanas en el hospital. David me habría dejado volar a Los Ángeles un par de días para estar con ella. Pero la sola idea de compartir la misma habitación me produce... ¡Incluso llamarla me cuesta horrores!

Se instaló un silencio dubitativo entre ambos. El americano no sabía si seguir contándole. Al final, optó por callarse la insistencia de Phillys para que viera a un psicólogo cuando regresase a Estados Unidos. Y también que había empezado a pensar en serpientes y hojas de afeitar cada vez que se acordaba de su dulce mujercita.

Ya había dicho suficiente. Se sentía un poco mejor.

El sol dejó los tejados definitivamente atrás, dispuesto a regalarles otro típico día de primavera romana. Pese a estar casi desnudos, ninguno de los dos tenía frío en aquel balcón. Otra cosa incomodaba a Carlo: desde la primera noche se había impuesto mantener las distancias. Tener a Rock Hudson en su casa era un sueño, por supuesto. Pero podía convertirse en un regalo envenenado si cometía el error de enamorarse. Porque aquello no iba a

durar y la única manera segura de disfrutarlo era guardarse los sentimientos en una caja de plomo y echar la llave.

Ahora que se le abría de aquella manera, ¿cómo rechazarlo sin parecer insensible o egoísta?

Trató de hacerle cambiar de tema. Sabía que le encantaba hablar de trabajo.

—¿Al menos los ensayos marchan bien? —preguntó, poniendo cara de interés—. Porque me contaste que habías tenido que renunciar a otros proyectos para hacer esta película, ¿verdad?

A la estrella se le iluminó el rostro al oírlo.

—Sí, sí. Tenía otro par de ofertas sobre la mesa: una gran historia de romanos que dirigirá aquí mismo William Wyler dentro de unos meses y un drama romántico ambientado en Japón. Joshua Logan habló personalmente conmigo para que hiciera el papel protagonista, pero me pareció un tipo muy estirado. No nos caímos bien. Está obsesionado con lo del maldito Stanislavski. Al final me dijeron que se lo había dado a Brando. Por lo visto, le ha cogido el gusto a sentarse en el suelo y comer con palillos. ¡Que le aproveche! —Carlo no había visto *La casa de té de la Luna de Agosto* y no entendió el chiste, pero su expresión no lo delató. Agradecido de poder olvidarse de su vida marital, Hudson continuó—: Creo que he acertado aceptando esta. Henry me advirtió de lo complicado que era siempre trabajar con Selznick, pero, al fin y al cabo, es el tipo que estuvo detrás de *Lo que el viento se llevó*. Eso tiene que significar algo, ¿no crees? En cuanto a Jennifer, aún no la conozco demasiado, pero parece una mujer muy agradable. Estoy seguro de que nos llevaremos bien. Y, ¡qué demonios!, estamos hablando de una novela de Hemingway, con John Huston tras la cámara. ¡Muy mal se nos tendría que dar para no conseguir un gran éxito con todo esto! ¿Verdad?

Carlo apenas había trabajado de extra en un par de producciones italianas baratas e interpretado un puñado de papeles secundarios en obritas de teatro,

de provincias. No tenía ni idea de cómo funcionaba el negocio del cine en América y, para ser sincero, ni siquiera había visto *Lo que el viento se llevó*. —La Metro se había negado a estrenarla en Italia como protesta por la política proteccionista del Duce con el cine italiano, antes de la guerra—. Pero se apresuró a mostrarse de acuerdo con todo lo que le decía su amante.

Solo quería tenerlo contento.

Hudson miró el reloj. Se le hacía tarde. Tenía que estar en el hotel cuando pasase a recogerlo el coche que lo llevaría a los estudios.

—Tengo que irme. ¿Puedo darme una ducha antes?

Carlo le hizo un ademán teatral con el brazo.

—Al fondo, a la derecha.

—Por supuesto...

Se metió bajo el chorro tal y como le había enseñado un compañero del ejército: primero cuatro minutos exactos con el agua muy caliente y luego la mitad del tiempo a la temperatura más fría que pudiese aguantar. Liz le había tratado de loco cuando le había recomendado aquella técnica durante el rodaje de *Gigante*. *¡Estás majara, Rockabye! Solo un gigantón como tú es capaz de aguantar esa tortura. ¡Yo tomo baños para relajarme, no para terminar confesando mis pecados a voz en grito!*

¡Cómo le gustaría volver a trabajar con ella! Cuanto antes. En realidad, Liz habría sido la elección idónea para el papel de Catherine. No necesitaba fingir el acento británico y tenía la edad del personaje en la novela. Por no hablar de lo hermosa que era. Once años atrás, cuando hizo *Duelo al sol*, Jennifer aún habría podido competir dignamente con ella. Pero ahora no había una sola actriz que pudiera compararse con su adorada Bessie. Aunque, claro, ella no era la señora de David O. Selznick. Y eso no había manera de resolverlo, ni

siquiera teniendo unos ojos color violeta únicos en el mundo.

Era una auténtica lástima. Se moría de ganas de verla y contarle lo que estaba viviendo en Roma. Hablaría con Henry para que les buscara otro proyecto juntos lo antes posible. Lo pasarían de maravilla otra vez.

Como siempre, salió de la ducha mucho más relajado y feliz de lo que había entrado. Aquella combinación de temperaturas extremas lo dejaba a uno listo para afrontar lo que fuera. Se secó apresuradamente el torso y el pelo con una toalla que luego se sujetó a la cintura.

Carlo lo estaba esperando en la cama.

Desnudo.

—Has tardado mucho —se quejó con retintín de mal actor—. ¿En quién has estado pensando tanto rato ahí dentro?

Hudson se rio.

—Pues... en Elizabeth Taylor —terminó confesando.

Carlo puso cara de ofendido, se levantó de la cama y se fue hacia él. Le acarició la barbilla con la palma de la mano y le besó en la boca.

Un beso que ningún censor de Hollywood habría dejado pasar así como así.

—¡Y yo que creía que estabas pensando en mí! Vas a hacer que me ponga celoso, Mr. Hudson. Hay verdades que no le puedes contar a un italiano...

Le devolvió el beso. Con más intensidad si cabía. Aquel hombre le gustaba con locura. Gracias al cielo que no vivía en Los Ángeles.

De un tirón, Carlo le arrancó la toalla de la cintura. Luego, con más suavidad, recorrió la zona con la punta de los dedos hasta que sintió estremecerse los casi dos metros del actor.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para que dejes de pensar en esa zorrilla inglesa y pienses en mí? —le susurró.

Habría querido decirle que Bessie no era ninguna zorrilla. Pero hay

momentos en los que incluso el honor de tu mejor amiga pasa a un segundo plano.

—Se me ocurren un par de cosas... —admitió.

—Déjame que intente adivinarlas, ¿quieres? —Y le arrastró a la cama.

Mientras se dejaba llevar, pensó por un momento en el coche, esperando a la puerta del hotel. En el equipo a punto para empezar a rodar. En David y sus memorandos.

—Démonos prisa —suplicó—. Hoy no puedo llegar tarde al plató...

Cinnia Caputo estaba frenética. ¿Dónde estaba? ¿*Dónde*? Consultó el reloj de pulsera por cuarta vez en menos de cinco minutos. Las manecillas hacían carreras sobre la esferita blanca. Resopló. El *tram* volvía a llevar retraso. Todavía más que de costumbre. ¿Cómo podía retrasarse un tranvía? El autobús, aún se entendía: el tráfico, los semáforos... ¿Pero un tranvía? Sí, ya: también se retrasaban los trenes... Pero no era lo mismo. O no debería serlo. Todos los que cogían el *tram* a esas horas era para ir al trabajo. Los del *municipio* deberían tenerlo en cuenta y pensar más en la gente. Porque, cuando llegase tarde otra vez, seguro que el concejal de turno no se presentaría en el taller para decirle a la *signora* Bianchetti que la culpa del retraso era suya. ¿A que no?

Pues claro que no. Ni el Duce habría tratado de jugársela a la *signora* Bianchetti...

Levantó los ojos y lo vio llegar. ¡Por fin! Se abrió paso por el andén, también más concurrido de lo normal, decidida a coger sitio. Había casi tres cuartos de hora de trayecto hasta el kilómetro nueve de la Via Tuscolana y hacerlos de pie era lo último que deseaba. Por eso se levantaba un poco antes para coger el *tram* en la estación Termini. Pero hoy ni aquello le valdría, a no ser que pelease el acomodo. Dos vagones de tamaño modesto no daban para tanto pasajero sentado.

Mientras el convoy entraba en el apeadero, ella serpenteó para colocarse en primera fila. Difícil: mucho obrero con cara de pocos amigos. Mucho oficinista con ganas de sentarse para leer *Il Messaggero* en paz. Calculó el

lugar donde se abrirían las puertas y continuó con su *slalom* salpicado de disculpas. Tenía la meta al alcance de la mano cuando se dio de bruces contra una espalda salida de vaya usted a saber dónde. Un muro embutido en pana que frenó su trayectoria y no la hizo caerse de espaldas porque no había espacio donde aterrizar. Un rostro curtido, sin afeitar y con la colilla entre los labios se volvió para dirigirle una mirada de reproche. *Che diavolo?* Cinnia se mordió un labio y puso cara de niña buena. *Mi scusi.* La expresión del hombre mutó radicalmente al verla. *Avanti, bella,* murmuró. Y le dedicó un ademán a caballo entre la galantería proletaria y la condescendencia masculina.

Cinnia no se hizo de rogar. Le regaló una sonrisa pizpireta a su benefactor y, cuando las puertas se le abrieron delante, se deslizó al interior del vagón para ocupar uno de los asientos del fondo.

Salvada.

Mientras contemplaba cómo el *tram* se iba llenando hasta los topes, cayó en la cuenta de que la mitad de los pasajeros eran adolescentes gritonas y endomingadas. Aquello se salía de norma incluso para la Termini-Quadraro: la línea con más pasajeras jóvenes y guapas de todas las del transporte público romano. O eso decía la leyenda.

Lo que la había convertido en una pasarela era que, desde que la prolongaron para llegar hasta la puerta misma de Cinecittà, miles de aspirantes a actriz se habían montado en aquellos vagones para ir a hacer cola a la entrada de los estudios, con la esperanza de que alguien les hiciera una prueba. Eran tantas, que los romanos, siempre tan poetas, habían empezado a llamarlo *Il treno delle stelle*.

Aunque la prosaica realidad era que ni una sola estrella se había montado nunca en aquel tranvía. De las incontables candidatas a ser las nuevas Alida Valli, Doris Durranti o Clara Calamai, podían contarse con los dedos de una

mano las afortunadas que habían acabado obteniendo un papelito. Y eso tras haberse dejado las suelas de los zapatos esperando, a pie de calle.

La inmensa mayoría ni siquiera había llegado a traspasar la entrada. Ya se había encargado de eso don Gaetano Pappalardo: el portero que había dado la bienvenida al mismísimo Mussolini el día de la inauguración de los estudios, en el 37, y que aún continuaba en su garita. Custodiando el acceso a la *fabbrica dei sogni* con el mismo celo —y ferocidad— con los que Cerbero guardaba las puertas del Inframundo.

¡Pobrecitas! No tenían ni idea de lo que les esperaba cuando se bajasen del *tram*, pensó Cinnia evocando la severa figura del ujier: eterna gorra de plato, cejas gruesas y erizadas como una columna de procesionaria, papada cardenalicia y nariz de tubérculo. Determinado a no dejar pasar ni la corriente si no estaba inscrita en la lista de entradas del día.

Ella misma había sufrido las iras del feroz Pappalardo no hacía tanto tiempo. Cuando tuvo la ocurrencia de montarse en aquellos vagones por primera vez e irse a hacer cola, como las demás, soñando en dar el salto desde el patio de butacas hasta las pantallas. La ilusión del cine era tan poderosa que no la habían disuadido ni las horas de tedio bajo el sol, ni las puyas de sus compañeras y rivales, ni las expresiones yermas de las que salían, derrotadas, y ya no volvían más. Por fin, una mañana había tenido su premio cuando un hombre había salido y —aquella vez sí— la había elegido junto a otras siete para hacerles la tan deseada prueba. Llevaba bien aprendidos un montón de diálogos de heroínas clásicas —Bettina, Julieta, Silvia—, y también modernas —Frola, Filomena, Mattea— y esperaba poder convencer al director de su valía con cualquiera de ellas.

Por fin, cuando le tocó el turno, alguien le había dado un papel con tres frases: «¿En qué puedo ayudarla?» «Permítame un momento, que lo busque.» «Que tenga buenos días.» Todavía confusa, se puso frente a un foco que la

deslumbraba y escuchó una voz aburrida que le pedía que dijera su nombre y empezase. Recitó las tres frases y volvió a escuchar la misma voz soñolienta decir: «*Grazie. Prossima!*»

Antes de que la llevaran de nuevo a la puerta, había pedido ir al baño. Un hombre, con cara de hastío, no se había atrevido a negárselo y le había indicado el camino. *Fai presto, va bene?* Cinnia se apresuró cuanto pudo, pero al volver su guía ya no estaba. Se había quedado a medio camino de ninguna parte, esperando a que alguien le dijese algo, y por eso pudo escuchar aquella conversación:

—¿Qué te han parecido estas últimas?

—Ninguna nos sirve.

—¿Ni la del pañuelo rojo?

—¡Pse! Tiene cierto ángel, lo admito. Pero no es lo bastante guapa. Las hay a puñados, como ella, ahí fuera. La cámara exige algo más. Si quiero echarle un repaso a mi vecinita me asomo al patio de luces, no pago una entrada. Deberíamos ser sinceros y decirles a esas pobres que no pierdan más el tiempo aquí.

Cinnia se había llevado una mano temblorosa al pañuelo rojo que llevaba anudado al cuello, mientras ahogaba un sollozo para que no supieran que estaba allí. Una mano huesuda se le posó en el hombro y, al darse la vuelta, se encontró con el hombre que la había dejado ir al baño. Una mueca de compasión sustituía a la desgana de hacía un rato. Silenciosamente, la tomó del antebrazo y se la llevó afuera. Cinnia lo siguió, obediente como un corderito.

Ya al aire libre, se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció, sin mirarla a los ojos.

—*Mi spiace* —le dijo. Parecía sincero.

Cinnia se secó las lágrimas.

—*Grazie*.

El hombre le dio un minuto más para que recuperase la dignidad. A él no le parecía que hubiese diez mil más como ella. En realidad, le recordaba tremendamente a su Francesca. También ella se habría puesto en una cola parecida de no haber sido por la maldita guerra.

Cinnia le devolvió el pañuelo, tratando de sonreír.

—Ha sido usted muy amable. De verdad.

Igualita que su Francesca. Incluso en la voz se la recordaba.

—*Senti...* Hay otras maneras de trabajar aquí, si es eso lo que estás buscando... —dijo él, dejándose llevar por un ramalazo—. ¿Sabes coser?

Sí que sabía. Y hasta le gustaba.

El *tram* arrancó con una sacudida que devolvió a Cinnia a la realidad. Las adolescentes, ninguna había conseguido un asiento ni parecía importarles, se reían mientras se agarraban a lo que fuera para no caerse. Demasiado jóvenes para que les hicieran una prueba. Entonces lo entendió: era el primer día de Rock Hudson en Cinecittà. Aquellas niñas hacían pellas solo con la esperanza de verlo un minuto o dos. Las más optimistas hasta soñarían con que les dedicase el ejemplar de *Cinema* que llevaba su foto en la portada. Todas habían visto *Gigante* y todas soñaban con *Bick Benedict*. Más con James Dean, claro. Pero a él ya no lo verían nunca más. Así que se conformaban con Rock Hudson.

Suspiró. A don Gaetano, todos aquellos anhelos adolescentes se la traerían al paio. ¿No estaban en la lista? No pasaban. Así era la vida. Que lo fuesen aprendiendo.

Estuvo tentada de advertirlas para que se ahorrasen el viaje. En realidad, la mayoría de los que trabajaban en los estudios se pasaba todo el tiempo sin verles ni un pelo a las estrellas. Especialmente a las de Hollywood. Los americanos eran muy suyos. Preferían quedarse todo el día encerrados en sus

camerinos y salir solo para rodar. Incluso a los menos divos, una no se los encontraba, así como así, por los pasillos. Cuando rodaron *Guerra y paz*, había podido conocer a Audrey Hepburn solo porque le había dado la lata a la *signora* Bianchetti hasta que accedió a llevarla a una prueba de vestuario con ella. Pero a Henry Fonda o Mel Ferrer, ni olerlos. Ni al guapísimo Jacques Sernas cuando estuvo allí para *Helena de Troya*.

Se quedó en su asiento. ¿Quién era ella para aguarles la fiesta? Al fin y al cabo, ¿qué era lo peor que podía sucederles? ¿Pasarse un montón de horas de pie para nada? Pues bienvenidas al club. A lo mejor, de esa forma se lo pensaban dos veces antes de volver dentro de un par de años, soñando con ser actrices. En lugar de avisarlas, se pasó el resto del camino con una oreja puesta en sus conversaciones: ¿Será Rock tan alto como parece? ¿Y tan guapo? ¡Yo tengo que pedirle tres autógrafos, para amigas que no han podido venir! Oye, que se fastidien. ¡Haber estado aquí! ¿Crees que me dejará darle un beso?

Cinnia sonrió. ¿De verdad había sido tan ingenua alguna vez?

Mejor no responderse a esa pregunta.

Entre tanto sueño imposible, el viaje se le hizo más corto y cuando quiso darse cuenta ya se estaba levantando para bajarse. Las adolescentes se arremolinaban frente a la puerta, compitiendo por ser la primera. No lo habían hecho para ahorrarse el trayecto de pie, pero ahora parecían dispuestas a comerse unas a otras para llegar antes a la puerta de los estudios.

Cinnia se borró de la competición y esperó pacientemente a que le llegase el turno. Al poner el pie en la acera, pudo ver cómo la marea de faldas plisadas, escotes de corazón y melenas ondulantes se estrellaba contra el dique infranqueable que formaban el *commendatore* Pappalardo, su gorra con visera de charol y el uniforme de botones dorados. Habría hecho falta diez veces más muchachas para provocarle una sola gota de sudor a aquel titán.

Mientras se arreglaba la ropa, observó al portero señalándoles con un índice severo el lugar donde podrían esperar. O me dejan el paso libre, *signorine*, o se me van para su casa. ¡Aquí, interrumpiendo el tráfico, no pueden estar!

¿Cuántas veces debía de haber pronunciado esas mismas palabras? Juraría que había dicho exactamente lo mismo, palabra por palabra, la primera vez que ella se plantó frente a él, con la intención de entrar sin pase. Cinnia sintió una satisfacción algo mezquina viéndolas bajar las cabezas y replegarse, resignadas, al rincón adonde las relegaba el ujier. Si aquel muro hablase podría contarle todo —pero *todo*—, sobre el arte de esperar y la anatomía de la espalda femenina. Caminó sin prisa hasta la entrada, sabiéndose observada por docenas de ojos que esperaban con ansia verla fracasar. Casi pudo notar como todas contenían la respiración al ver aparecer la figura gris y esférica del conserje, plantando ambos pies frente a la garita.

Cinnia apenas redujo el paso.

—*Buon giorno*, don Gaetano.

—*Buon giorno, signorina* Caputo. ¿Mucho trabajo hoy?

—Como todos los primeros días de rodaje. Qué le voy a contar. ¿Y usted?
—Ladeó la cabeza de forma casi imperceptible en dirección a la larga hilera de muchachas que la observaban, sin creerse lo que estaban viendo.

—Nada que no podamos manejar... —respondió él, poniendo una mueca de suficiencia bajo el tubérculo nasal.

Cinnia le regaló una última sonrisa cándida y atravesó el umbral seguida por la mirada pontificia de Pappalardo y la letanía de lindezas que le dirigían las indignadas postulantes que se quedaban fuera. ¡*Eh!* ¿*Qué tiene esa que no tenga yo?* ¡*Enchufada!* ¿*Qué te has creído?* ¡*A la cola, fresca!*

Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no sucumbir a la tentación de volverse y hacerles un gesto. ¡Primas!

El portero las ignoró. Huérfano del Duce, él solo rendía cuentas al director de los estudios. Y, si acaso, a la autoridad competente.

Debidamente acreditada, por supuesto.

Cinnia agradeció la sombra que le proporcionaban los pinos, plantados en hilera legionaria, mientras recorría el familiar trayecto que la separaba de los talleres. Volvió a mirar el reloj. *Dio mio!* ¿Era esa hora? Estaba a punto de meterse en un buen lío. Pero si ahora se iba derecha a la máquina de coser, el resto del día tendría el alma en un puño. Se había pasado el fin de semana pensando en él. En volver a verlo el lunes. Y esta mañana se había vestido para gustarle: con su mejor falda larga azul cielo, blusa blanca ligeramente ceñida y sandalias marrones, a juego con el pañuelo que llevaba al cuello.

Hasta el espejo le había sonreído al verla así.

Tenía que pasarse por el plató, aunque solo fueran cinco minutos. Ya vería luego cómo se las apañaba con la *signora* Bianchetti.

Cuando llegó al cruce, se detuvo, cargada de dudas. A la derecha, él. A la izquierda, su obligación. Sus padres no la habían educado para correr detrás de los chicos como una cualquiera. Ni para llegar tarde al trabajo.

Echó una mirada desesperada al camino que llevaba al Teatro 8, donde todo estaba a punto para empezar con el rodaje de *Adiós a las armas*.

Solo serían cinco minutos, volvió a prometerse. Lo imprescindible para que la viera y poder cambiar un par de frases con él. Se quedaría después de la hora para recuperar el tiempo. El rato que hiciera falta.

Tomó el ramal de la derecha y apenas había dado unos cuantos pasos cuando escuchó la voz severa, llamándola:

—¡Cinnia Caputo! ¿Adónde crees que vas, si puede saberse?

Le dio un vuelco el corazón. La *signora* Bianchetti podía ser mucho más

rigurosa. Pero el tono no estaba para bromas. Se volvió, mordiéndose el labio inferior, y se encontró con la mirada vagamente azul de su jefa, censurándola.

—¿Has olvidado el camino que lleva al taller, niña?

Cinnia buscó alguna piedra en el suelo bajo la que esconder los ojos, sin saber qué responder. Su jefa era una mujer alta, con mucha clase, que había envejecido sin complejos. A punto de jubilarse llevaba el pelo, todavía oscuro, peinado a lo *garçon*, y no hacía ningún esfuerzo por ocultar ni las arrugas, que se le concentraban en el cuello y alrededor de los ojos, ni los kilos de más. Vestía siempre de oscuro y con esa elegancia innata que solo tienen los que se gustan cuando se miran al espejo. La leyenda de su belleza, prematuramente marchita, era conocida por todos los que trabajaban allí. Y se relacionaba siempre con otra que hablaba de un amor que no había tenido un final feliz. Aunque esta segunda perdía consistencia cuando se descubría que Isabella Bianchetti llevaba treinta años casada con un reputado cirujano del Ospedale San Raffaele Termini, con el que tenía dos hijos ya mayores.

—*Signora* Bianchetti, yo...

—¡No! Si no piensas decirme la verdad, prefiero que no me digas nada — la atajó. Pero lo que había en sus pupilas de color indefinible no era enojo—. Hoy empieza el rodaje, *vero*?

—Sí. Esta mañana...

La *signora* arrugó los labios. Aquella expresión seguro que había hecho estremecerse a más de un hombre.

—¿Ha llegado ya Mr. Hudson?

—Noooo... No estoy segura. En realidad, yo...

—Ibas ahora a verlo. Sí, ya. Estáis todas igual...

Como una niña pillada con la mano dentro del bote de galletas, Cinnia intuyó que lo mejor era no abrir la boca.

—¡No sé qué os ha entrado a todas con ese hombre! Es apuesto, eso salta a

la vista. Pero Henry Fonda le da diez vueltas en la pantalla, y no se montó este revuelo cuando estuvo aquí. Aunque, claro, a vosotras os importa poco cuál de los dos sea mejor actor, ¿no es así?

Cinnia continuó parapetada en su silencio prudente.

—¿Lo has leído? —le preguntó su jefa, de repente.

—¿Perdone? —respondió Cinnia, que no se esperaba la pregunta.

—El libro. *Adiós a las armas*. ¿Lo has leído?

Cinnia asintió, sin ver adónde quería ir a parar.

—¿Y te gustó?

—Me pareció la historia más triste del mundo. Lloré cuando ella muere al dar a luz. Y él se queda tan terriblemente solo...

Así que lo había leído de verdad. La *signora* Bianchetti la miró con indulgencia. Pocas cosas le gustaban más que los libros. Acaso las películas.

—Sí. No hay nada peor que perder a un ser amado —dijo, como para sí misma—. Y todos acabamos perdiendo alguno... —Se quedó unos momentos callada y luego, ya con otra voz muy distinta, añadió—: Me decepcionas, Cinnia Caputo: ¿cuánto llevas trabajando aquí?

—Casi dos años. —Ella la había contratado. Tendría que saberlo mejor que nadie.

—¿Y aún no has aprendido que las estrellas nunca llegan temprano al plató? Mr. Hudson todavía tardará un buen rato en honrarnos con su presencia, créeme. Y, cuando lo haga, será para correr a meterse en su camerino, como un soldado correría al búnker en mitad de un bombardeo. ¡Basta de perder el tiempo! Anda, vamos al taller. Tenemos un regimiento de uniformes en los que hacer arreglos. Y nuestro departamento nunca hace esperar al resto.

Cinnia miró un momento el enorme tejado a dos aguas del Teatro 8 que sobresalía entre las copas de los pinos. Ahora ya no tenía forma de ir. ¡Toda

la culpa era del *tram*! Si hubiese ido a su hora...

Siguió mansamente a la *signora* Bianchetti hasta el cruce y, juntas, tomaron el camino de la izquierda. La jefa se volvió y le preguntó, como si fueran amigas de toda la vida:

—Habiendo leído la novela: ¿De verdad no te parecen demasiado mayores para sus personajes? ¡Tab Hunter y la *signorina* Hepburn habrían sido mucho más adecuados!

—*Bene, benissimo. Bel lavoro.*

El director artístico Mario Garbuglia estaba satisfecho. Su gente volvía a estar a la altura. Los decorados del hospital inglés habían sido construidos respetando hasta el mínimo detalle los bocetos de Junge. Y cuando se trabajaba en una película Selznick —Arthur Fellows le había insistido mucho en ese aspecto—, el último detalle significaba *el último detalle*.

Cualquiera habría pensado que el artista que había dibujado aquellos bosquejos los había copiado de lo que estaba viendo ahora y no al revés.

Se paseó entre camas de sábanas blancas y cabeceras de barrotes blancos, con mesillas de madera, cada una con su botella de cristal, su vaso a juego y su plato metálico blanco con ribete azul. Todo había sido pensado minuciosamente y todo tenía que estar de esa manera.

No parecido: idéntico.

Pasó, sin prisa, al decorado vecino, que recreaba la sala de las enfermeras. *Bene, bene*. Nevera blanca, de cuatro puertas; mesilla con mantel a cuadros y una bandeja con tres vasos. Infiernillo, con la cafetera de porcelana y el cacharro a juego. Perchas para los uniformes. Lámpara de cristal en el techo. *Ottimo lavoro*. Comprobó también los espacios. Los actores podrían moverse a sus anchas, igual que los técnicos.

Impecable.

Garbuglia quería dar el do de pecho. El año anterior había sido coordinador de construcción de los suntuosos decorados de *Guerra y paz*, aunque su nombre se había quedado sin aparecer en los títulos. A esas alturas ya había

trabajado en una decena de películas y no necesitaba que le dijeran que sabía hacer su trabajo. Pero, después de tanto esfuerzo, no verse acreditado por ninguna parte le había dolido más de lo que cabría esperar. Como le había confesado a un amigo: era como ver a un hijo ganar una medalla olímpica desde un rincón de la gradería, sin poder correr a abrazarlo para que todos supieran que era tuyo.

Esta vez, su papel era más importante: director artístico. Y su contrato especificaba que su nombre aparecería como tal en la pantalla. No para que lo llamasen de Hollywood y poder hacer carrera al otro lado del Atlántico, no era eso. No tenía ningunas ganas de dejar su país. Pero ya en *Guerra y paz* le había parecido que los americanos los miraban por encima del hombro. Y eso sí que no. Podían tener más dinero que ellos y hacer películas más grandes, *okey*. Pero, a igualdad de condiciones, estaba dispuesto a apostar con cualquiera que quisiera perder su dinero que un equipo italiano se implicaría mucho más y estaría dispuesto a mayores sacrificios para conseguir que la película quedase lo mejor posible.

Era como les habían enseñado a funcionar y, hasta el momento, no había visto nada que le hiciera pensar que no podían estar a la altura de los mejores.

Después de lo visto, cuando su jefe supervisase personalmente el trabajo solo podría felicitarlo. Y él deseaba aquel reconocimiento. Porque Alfred Junge, el diseñador de producción en quien había confiado Selznick para su gran regreso al primer plano, podía tener un Oscar en la repisa de la chimenea y hasta un boceto colgado en la Royal Academy de Londres. Pero el *tedesco* también se lo tenía muy creído. Y, si bien el trato entre ambos había sido siempre exquisito, la antipatía que se profesaban podía palpase camuflada bajo toneladas de cortesía y buenas maneras.

Oír de labios de Junge que el trabajo de su equipo era impecable sería la mejor manera de ganar aquella partida que nadie aceptaría jamás haber

entablado.

Se volvió para echar un vistazo a los técnicos que iban de un lado a otro, pendientes de dar los últimos retoques, o de cualquier otra cosa que a él no le pareciese que estaba como debería. Enseguida localizó la camisa a cuadros, la barba canosa y la calva reluciente de Bardo. Como siempre, desaliñado como una cama sin hacer. Levantó el brazo para llamar su atención.

El maestro carpintero se acercó enseguida.

—¿Qué sucede, *commendatore*? ¿Algo no está bien?

Garbuglia le miró con aire de reproche. Desde sus treinta años recién cumplidos, le sonaba extraño que alguien que le doblaba en edad —cuanto menos— le llamase *commendatore*. Ya el primer día le había pedido que le apease el tratamiento. Que lo llamase solo por su nombre, como hacía el resto. Bardo le había dedicado una sonrisa socarrona y le había prometido que así lo haría. Y ya no había dejado de llamarlo *commendatore* ni una sola vez. Garbuglia había terminado entendiendo que aquella bromita era su manera de demostrarle cuánto lo respetaba, pero no desaprovechaba nunca la oportunidad de recordarle al técnico que, a los treinta, uno aún no podía ser *commendatore* de nada.

—En absoluto. Todo perfecto. Dales la enhorabuena a tus chicos, han hecho un trabajo de primera.

Bardo puso los brazos en jarras y miró a su alrededor, sin tratar de ocultar su orgullo.

—Bueno, no son los salones de los Rostov o los Bolkonsky, pero han quedado aparentes. Creo que *Herr Junge* no tendrá más remedio que admitir que son lo que pidió.

Garbuglia le miró, sorprendido. No le había contado ni una palabra a Bardo, ni a nadie, de sus rifirrafes personales con el diseñador de producción, aunque era evidente que al otro no le habían pasado desapercibidos. Y eso

que solo habían estado juntos una vez en el plató. El resto del trabajo había sido siempre en despachos, lejos de la primera línea.

—Bardo, ¿cómo demonios sabes...?

—¡Por favor, *commendatore*! Estaba con ustedes aquel día, aquí mismo, cuando nos dio instrucciones como si tuviéramos cinco años. Si me permite que se lo diga, Togliatti le echa a Gronchi miradas mucho más cariñosas de las que usted le dedicaba a él. No me malinterprete, ¿eh? A *Herr Junge* le metieron el Oscar por el culo la noche que lo ganó y todavía nadie se lo ha sacado de allí.

El director artístico no pudo contener la carcajada. Que Bardo tuviese la misma opinión que él de su jefe le cargaba de razón. El maestro carpintero era una institución en Cinecittà, del mismo calibre que la *signora* Bianchetti o el *usciere* Pappalardo. Siempre contaba que él ya vivía allí antes de que Vittorio Mussolini convenciese a su padre para comprar todos los terrenos entre la Via Tuscolana y la Via di Torre Spaccata y edificar los estudios. Y que ni primero el Duce ni luego el Führer ni ahora los magnates de Hollywood habían conseguido echarles de allí, ni a él, ni al *Manifesto Comunista* que llevaba siempre en el bolsillo trasero de los pantalones.

Aunque reconocía que hubo una época en que lo llevaba bastante menos visible que ahora, eso sí.

—¡Grecchi! ¿Se puede saber en qué planeta andas?

Al oír como zarandeaban de aquella manera su apellido, Gino despegó los ojos de la puerta del Teatro 8 y los levantó para encontrarse con la expresión traviesa de Bardo.

—¿A quién esperas ver entrar por esa puerta, *ragazzo*? ¿Al Papa?

Pillado en falso, se levantó del suelo, donde había estado sentado con las

piernas cruzadas, para tratar de equilibrar la situación gracias a su altura. De pie, le sacaba diez centímetros al maestro carpintero. Pero ni por esas.

—No estaba esperando a nadie —se defendió—. ¿Por qué lo dices?

Bardo hizo como si oyera llover. Llevaba varios días sospechándolo, pero ahora estaba seguro.

—¿Me preguntas por qué? —Adoptó su característica postura de maestro de escuela benévolo—. ¿Quizá porque son más de las once y todavía no he visto a esa *cucitrice* tuya dejarse caer por aquí? Va a ser que la fiera de su jefa también la ha pillado y hoy no la deja salir.

Gino le miró como si se hubiera vuelto loco. Pero su voz no era lo suficientemente resuelta cuando lanzó el contraataque:

—¿De quién hablas? Tú chocheas, Bardo. ¡Te estás haciendo viejo ante mis ojos!

Aquella reacción tan airada no sirvió más que para reafirmar a Bardo.

—Hijo, ¿te parece que no tengo ojos en la cara? Esa *ragazza* lleva una semana seguida viniendo cada mañana, con los pretextos más peregrinos que todos mis años son capaces de recordar. Nunca había visto a nadie con semejante inventiva. ¿De verdad te creíste que el color de los uniformes de las enfermeras tiene que ir a tono con el de los decorados? ¿O que necesitaba hacerse una idea de la iluminación para estar segura de que se iban a ver los galones? *Per favore!* Esa chica viene aquí cada día por un solo motivo: ¡verte! ¿Y tú qué haces? ¡El *pazzo*, eso haces! Como no espabiles vas a dejarla escapar. Y, créeme: será el peor error de tu vida. ¡Ah! ¡Si tuviera veinte años menos, te la levantaría yo mismo!

Testarudo, el muchacho adoptó una postura de dignidad ofendida:

—¿De quién hablas, *anziano*? ¿De Cinnia Caputo? ¡Tú deliras! Esa chica viene solo por trabajo y porque se lo manda la señora Bianchetti. Todo lo demás solo lo veis tú y el vino que te tomas por las mañanas en lugar del

café. Hazme caso y empieza a cuidarte un poco, *fossile*, o pronto tendremos que ir todos de funeral.

Bardo puso una teatral cara de espanto cuando oyó nombrar el cementerio. Pero enseguida levantó un poco más la voz, para hacerle sentir aún más incómodo, y prosiguió como si nada:

—Sí, ya, la chica viene solo por trabajo. Y, claro, consulta todos esos temas de vestuario contigo. Porque el único con quien la veo hablar es con el *commendatore* Grecchi. ¡A ver, muchachos! —Se volvió hacia varios compañeros que habían dejado lo que estaban haciendo y los miraban sin disimulo—: ¿Alguno ha visto a la costurerita hablar con alguien más que no sea este *cazzo*? ¿No? *Nessuno*? Pues ya me contarás, chaval. ¿O es que te han ascendido y no me lo han comunicado?

Gino no supo qué decir. Miró a un lado y a otro, esperando que alguien le echase una mano. Pero era más divertido buscarle las cosquillas que sacarlo del atolladero. Ningún buen samaritano aparecería por el camino.

Al contrario.

Hizo el ademán de mandar al diablo al maestro carpintero e intentó perderse entre los decorados. Bardo se llevó las manos al pecho y lo llamó poniendo voz de falsete:

—Romeo, ¿tan rápido te marchas? ¡Quédate! Todavía falta mucho para que amanezca. Es el ruiseñor, no la alondra, quien canta. ¡No te vayas!

Alguien, Gino sospechaba que había sido el propio Bardo, le había puesto el mote de Romeo ya hacía algún tiempo. La ocurrencia se había hecho popular y la mayoría había empezado a llamarle así. Seguramente, porque el muchacho era realmente bien parecido: tenía el pelo rizado y de un rubio sucio, los ojos claros y una boca de labios finos casi siempre enmarcada por una barba de días, que le hacía parecer algo menos aniñado.

Gino detestaba la broma y se lo había hecho saber a su amigo, pero Bardo

había replicado:

—¡No te quejes tanto, chaval! A mí me han llamado cosas mucho peores. Además, te pega. ¿Sabes que Shakespeare probablemente no había visto a un italiano en su vida? Seguro que, en su cabeza, el Montesco era un chico guapo, más o menos de tu tipo. Pareces más *inglese* que italiano, ¿no te lo han dicho nunca?

Aun así, desde aquel día el mote había caído en desuso. Hasta hoy, que Bardo había decidido desempolvarlo.

Gino se estaba revolviendo para decir algo, cuando una voz cortante llegó desde el otro extremo del decorado.

Era Fiore, el encargado del Teatro 8.

—¿Se puede saber qué carajo os creéis que estáis haciendo? —los reprendió, mucho más agrio de lo que la situación requería.

Aunque era de la misma quinta que Bardo, Fiore parecía bastante más joven gracias a la mata de pelo oscuro que aún conservaba sobre la cabeza y a la perilla solo ligeramente canosa que le ocultaba el mentón. Tenía los ojos de un azul acuoso, la nariz puntiaguda y la mandíbula cuadrada. De haber ido adecuadamente vestido, habría podido pasar fácilmente por un galán marchito al que ya solo le ofrecían papeles de padre severo o de senador romano. Sin embargo, llevaba la misma ropa de trabajo, cómoda y remendada, que ellos. Y tenía las manos igual de callosas.

—¡Los *americani* no os pagan lo que os pagan para estar de juerga! —les ladró—. Empezaremos a rodar en cualquier momento. Quiero a todo el mundo haciendo lo que debe. A los que hayáis terminado aquí, os esperan en el Teatro 4. ¡Moveos!

El buen humor se agrió como la mahonesa en verano. Un grupo de trabajadores —el más numeroso— recogió rápidamente herramientas y trastos y desfiló hacia la salida. El resto, que se quedaban por si hacía falta

cualquier arreglo o el director se descolgaba con un invento de última hora, se dispersaron en todas direcciones, esperando que el recién llegado no se fijase en ninguno en concreto.

Bardo fue el único que permaneció donde estaba, aunque sin la sonrisa en la cara. El ademán rígido y casi desafiante sustituyendo a la postura carnavalesca que había adoptado para tomarle el pelo a su amigo. Cualquiera que lo viese pensaría que estaba retando al capataz. Por un brevísimo instante, las miradas de ambos se cruzaron, y el ambiente se crispó aún más. Pero fue solo un momento, porque Fiore rehuyó el envite y cambió su trayectoria como si delante no hubiese nadie.

Gino los estaba viendo, y habría llegado a creer que Fiore podía ver a través del maestro carpintero de no ser porque sabía, como todo el mundo en Cinecittà, que aquellos dos hombres nunca, *nun-ca*, se dirigían la palabra.

Y mejor para todos que siguiese así.

Fiore continuó su inspección en dirección opuesta mientras Bardo le dedicaba una mirada de desprecio y escupía en el suelo.

—*Fascista di merda...* —murmuró lo bastante alto como para que Gino pudiese oírlo.

El muchacho se le acercó, conciliador. Su amigo estaba lívido. No recordaba haberlo visto nunca de aquella manera. Dos hombres que se odiaban como aquellos solo podían compartir el mismo ambiente si hacían un gran esfuerzo por ignorarse. Ellos lo conseguían desde mucho antes de que Gino hubiese empezado a trabajar allí.

—¿Qué mosca le habrá picado? —le dijo, pasándole un brazo por los hombros al maestro carpintero, cariñosamente—. No estábamos haciendo nada.

Bardo se relajó un poco.

—Fiore es un hijo de mala madre. No necesita que hagamos nada para que

le entren ganas de jorobarnos. Se habrá levantado echando de menos al Duce y a la camisa negra que tuvo que convertir en trapos de fregar, para poder salvar el culo. Eso es todo.

Gino había oído las historias que se contaban del capataz: Fiore había empezado en Cinecittà a finales de los años treinta, de la mano del mismísimo Luigi Freddi, el primer director del complejo y un alto jerarca del régimen de Mussolini. (Las malas lenguas aseguraban que la hermana de Fiore le dedicaba algo más que sonrisas y caídas de ojos al buen *signore* Freddi...) Hasta entonces, no había sido más que un galán mediocre que ganaba lo justo para ir tirando en escenarios de segunda. Pero enseguida había conseguido algunos papelitos secundarios, que deberían haber sido para actores mejores que él, pero sin hermanas tan bien predispuestas.

El futuro era suyo.

Y entonces, el Duce había decidido invadir Grecia para extender su imperio y todo se había ido por la taza del váter. Al principio, Fiore había podido eludir el reclutamiento, pero en el otoño del 43, cuando las cosas se habían puesto feas de verdad, no le había quedado otra que seguir a sus amos al norte, para participar en aquella farsa que la RSI había bautizado como Cinevillaggio. Un Mussolini agonizante trataba de mantener a flote su amada producción cinematográfica desde la Guidecca de Venecia. Pero la oratoria grandilocuente ya no bastaba. Su estrella se había apagado y ya casi nadie le seguía. Los medios que se pudieron trasladar desde Roma fueron irrisorios. Y aún menos los profesionales que respondieron a la llamada de la República de Saló. Del puñado de filmes que trataron de rodarse durante el año que duró aquello ninguno llegó siquiera a estrenarse.

Tampoco el que protagonizó él, que no salió ni de la sala de montaje.

The End para la Italia fascista.

Por significación y méritos, Fiore debería haber terminado como las pocas

estrellas que eligieron seguir a Mussolini en su última aventura: fusilado, como el *Camicia Nera* de Osvaldo Valenti y su desdichada Luisa Ferida, o en el exilio, como Doris Duranti. Pero, de alguna manera que nadie sabía con certeza —circulaban versiones para todos los gustos, la favorita de Gino era la que situaba a Fiore en la misma cama que el general Patton—, había conseguido caerles simpático a los americanos. Como resultado, no solo lo habían mantenido lejos del patíbulo o de la jaula, sino que hasta lo habían devuelto a Cinecittà apenas los estudios —casi en ruinas— dejaron de ser un campo de prisioneros y volvieron a la actividad para la que habían sido diseñados.

Eso sí, esta vez detrás de las cámaras y sin vuelta atrás posible.

El resto era historia.

O leyenda. Porque, aunque todo el mundo sabía que se odiaban, nadie en los estudios conocía la causa real de aquel resentimiento. Se daba por sentado que había motivos políticos de por medio. Pero, por no haber, no había historia oficial siquiera. Solo una gran nebulosa que envolvía a aquellos dos adversarios irreconciliables en una bruma de misterio y rencor.

—¿Algún día me contarás qué te hizo? —preguntó el muchacho—. ¿O qué tú a él? Porque tuvo que ser algo muy gordo para que sigáis así veinticinco años después.

—No nos hicimos nada —replicó Bardo, viendo desaparecer a su enemigo por el otro extremo del plató—. Tipejos como Fiore arrastraron a este país a la peor época de su historia. De eso no hace demasiado, pero los jóvenes parecéis empeñados en pasar página. Con esa actitud solo conseguiréis que, en un par de décadas, haya otro pequeño César paseándose por los pasillos del Palazzo Chigi. Y si no, al tiempo...

Gino le miró con pesar. Aquello no era propio de él. Bardo era de esas personas que se hacían querer incluso cuando te buscaban las cosquillas.

Nunca tenía un no para nadie y todo el mundo le debía algún favor, que sabían que no se cobraría.

—Seguro que tienes tus motivos —dijo al fin—. Pero lo que hay entre vosotros dos no es bueno para nadie. Ha pasado mucho tiempo. *Nessuno* os pide que seáis amigos. Pero deberíais ser capaces de estar en el mismo *teatro* sin que parezca que os vais a sacar los ojos de un momento a otro. Y eso va más por ti que por él, viejo...

Bardo levantó los ojos para mirarlo directamente. Volvió a sonreír.

—Mira, nene... ese *cazzo* y yo nos odiamos desde antes de que tú nacieras y nunca nos hemos tocado ni un pelo. Ten un poco de respeto y no quieras darme lecciones de cómo tratar a mi único enemigo en este mundo. Ambos sabemos qué líneas no debemos cruzar. Y hasta hoy ninguno lo ha hecho. ¿Qué pasará el día que uno de los dos lo haga? Bueno, quizá Fellini haga una película sobre eso...

Gino sabía que no iba a conseguir nada más, pero aun así hizo una última intentona:

—¿De verdad no piensas contarme lo que pasó? —Imitó su sonrisa socarrona—. Te conviene no irte al otro barrio con ese peso encima. Y a tu edad, cualquier día podría ser el último...

Bardo le soltó una colleja.

—¡Un respeto, *marmocchio!* Ya querrías estar como yo cuando llegues a mis años. —Le miró de arriba abajo, con una mueca de falsa censura—. Te propongo un trato: te lo contaré todo... Siempre y cuando tú me digas antes qué piensas hacer cuando tu *cucitrice* entre por esa puerta. Porque me juego mil liras a que esa chica encontrará la forma de pasarse por aquí antes de que acabe el día, con uno de esos encargos tan urgentes que le hace la *signora* Bianchetti para hablarlos solo contigo. Y eso sí que da para una película. ¡O para dos!

La doméstica —cofia y faldita blancas sobre uniforme oscuro; ademanes menos serviles de lo que cabría esperar—, depositó suavemente la bandeja frente al único comensal. Con la mirada puesta en los papeles en los que estaba concentrado, el señor murmuró un *grazie* desgano y continuó a lo suyo. Sin dedicarles ni un ápice de atención ni a la comida ni a la mujer que se había quedado esperando, por si deseaba alguna cosa más.

—*Grazie!* —repitió David O. Selznick, esta vez más contundente, al verla esperando a su lado.

Ella dio un respingo y se escabulló más allá del jardín. *Grazie!* Tampoco hacía falta ser tan *scassapalle*, ¿no? ¿O es que a aquel *americano* no le habían contado que la esclavitud se había abolido en tiempos de los emperadores? ¡Un respeto para la clase obrera!

Llevaba en aquella casa hacía menos de un mes y ya estaba hasta las narices de sus señores. Y eso que, cuando la habían contratado para trabajar durante medio año en una villa del selecto *rione* Prati, ni más ni menos que para una estrella americana de cine y su esposo, había creído que le tocaba la rifa. Y más aún cuando se había enterado de que aquellos *americani* eran la versión *Made in Hollywood* de Carlo Ponti y Sophia Loren. ¡No se podía creer la suerte que había tenido!

Luego, la pareja había desembarcado en la casa con más bártulos que el V Ejército americano en Anzio y la fiesta había muerto antes de nacer.

Porque él sería mucho más alto que Ponti, *buono*. Pero sonreía poco y sin pizca de alegría. Y se apostaba lo que fuera a que don Carlo no era ni la mitad

de *rompicoglioni*. Respecto a ella, bueno... la pobre no tenía nada que hacer contra los ojos de gata y las curvas de infarto de la Loren. Sí, sí, trataba a todo el mundo con mucha educación, y tenía aires de señora; pero casi no hablaba con nadie. Y, de cerca, se la veía algo estropeada. Por eso debía de preocuparse tanto por mantener las distancias: no quería que vieran lo marchita que se estaba quedando. *Poverella*.

No, si ya lo decía su Fredo, que había luchado contra ellos en Garfagnana, a las órdenes del mariscal Graziani: *estos americanos quedan muy bien en la pantalla y todo eso, pero cuando bajan a la platea, los italianos les damos diez vueltas. ¡O cien!*

David O. Selznick —la «O» no era inicial de nada, la había incorporado al nombre solo porque pensaba que le daba lustre— levantó finalmente la vista del documento y la fijó en el plato que se le había estado enfriando delante. Probó los huevos revueltos e hizo una mueca de disgusto. Odiaba la comida fría.

Hizo sonar la campanilla.

La muchacha tardó bastante más en llegar de lo que sería razonable.

—¿Puede calentarme esto, por favor?

La italiana le devolvió una mirada vacilante. Selznick trató de no desesperarse. Cuando había contratado aquella villa lo había repetido hasta hartarse: el servicio tenía que hablar un inglés fluido.

Inglese? Siccuro, signore. Sin problemas.

¡Y una mierda, sin problemas! ¡Aquella gente hablaba tanto inglés como él yiddish!

Se lo habían advertido y ahora lo sufría en sus propias carnes: en aquel país de gondoleros y cantantes de ópera, los contratos solo servían para que

los malditos picapleitos se ganaran el sueldo. Una vez firmados, nadie pensaba que hubiese que respetarlos.

Inspiró profundamente y miró a la mujer.

—Calentarlo. Ca-li-en-te —dijo, como si ella tuviera cinco años, acompañando la palabra con el gesto de quemarse.

—*Ah! Riscaldarlo. Certo, certo! Subito...*

Se llevó el plato, seguida por la mirada cargada de fastidio del productor. ¿Quién quería huevos recalentados? Debería haberle dicho que los tirase e hiciera otros. Pero con aquella mujer del demonio se le podía ir media mañana para conseguirlo.

Tenía que llamar a su abogado para arreglar de una vez por todas aquel maldito asunto del servicio. Pero, ahora mismo, había cosas más urgentes en su lista.

Desde la espantada del condenado John —¡el diablo lo confundiera!— estaban parados como un velero en mitad de un mar con calma chicha. Gracias al cielo, Andrew Marton había empezado el trabajo de exteriores con la segunda unidad. Y también se habían hecho algunas pruebas de cámara en plató, y más ensayos. Pero cada día que pasaban sin director le costaba una fortuna. ¡Solo por tener a Rock Hudson en Roma le estaba pagando a la Universal 17.000 dólares semanales, por Dios santo!

Se levantó de la mesa. Ya no tenía apetito. Echó a andar por el jardín —al menos en eso había acertado: la casa era magnífica y muy privada—, mientras seguía dándole vueltas al asunto. Llevaba un cuarto de siglo en el negocio y nunca —*¡jamás!*— había producido una película en la que no surgieran problemas de debajo de las piedras. Antes de meterse en aquella sabía que no iba a ser una excepción.

Pero que Huston le hubiese hecho aquella jugada, después de todo lo que habían hablado...

¿Acaso no le había demostrado que cada vez que alguien intentaba adaptar a Hemingway de forma literal la película era un desastre? ¿Es que no había visto *Fiesta* o *Las nieves del Kilimanjaro*? ¿De verdad le parecían buenas? Porque a él, desde luego, no. Ni siquiera la versión de Borzage de *Adiós a las armas* le parecía demasiado conseguida. Lo que pasaba era que todo el mundo conocía al maldito Ernest y sabía que montaría en cólera si alguien se atrevía a cambiarle una sola frase.

Y claro, nadie quería tener a un genio echando pestes de él...

A Ernest ya podía dolerle como un cálculo renal: él y Ben habían hecho un trabajo fabuloso con la novela. Estaba convencido. Le habían dado vueltas y más vueltas, hasta conseguir la mejor adaptación cinematográfica posible. Un guion para ponerlo en un marco. La historia de un romance trágico como no se habría rodado antes. Si aquel hombre no tuviera un ego tan grande, se daría cuenta y le estaría agradecido. Y si John fuese un poco más valiente y no le preocupase tanto lo que dirían sus amiguitos intelectuales del Soho, no se habría empeñado en ser tan fiel a la novela y se habría olvidado de las puñeteras escenas de acción.

En fin, no valía la pena seguir pensando en él. Le quedaba el consuelo de que cosecharía lo que estaba sembrando, seguro. En el fondo, todo el mundo en Hollywood sabía que Huston era incapaz de rodar una película que valiese un níquel sin tener a su padre o a Bogart en ella. Y ahora que el cáncer acababa de llevarse al pobre Bogey, se había quedado sin ninguno de los dos. Los estudios tomarían buena nota de lo que le había hecho. ¡Suerte a la hora de encontrar otro trabajo, jodido irlandés!

Y, si aun así se lo daban, se arrepentirían, no le cabía la menor duda.

No. Huston ya no era problema suyo.

Pero había otros muchos que sí lo eran llamando a la puerta. A aldabonazos.

Quería demostrarle a todo el mundo que continuaba siendo el productor de olfato afiladísimo que había conseguido el mayor éxito comercial de todos los tiempos. El que había descubierto para Hollywood a un inglés regordete e inquietante que respondía al nombre de Alfred Hitchcock. Y *Adiós a las armas* iba a ser su regreso, por la puerta grande, después de una década bastante gris.

Tenía que ser una película grandiosa. Cualquier otra cosa sería percibida como un fracaso.

Llevar aquel libro a la pantalla era un viejo anhelo desde que se editó, en el 29. Pero Jack Warner había sido más rápido que él a la hora de hacerse con los derechos y se le había quedado la espina clavada desde entonces. Para poder desquitarse de una vez, había aceptado unas condiciones que habrían hecho palidecer a muchos: le cedía a la Warner los derechos internacionales de *Ha nacido una estrella* a cambio de los de la novela, y añadía 25.000 pavos más, en metálico, al trato.

En total, casi un cuarto de millón.

Enseguida le había ofrecido a la Fox ser coproductora y distribuidora del film. Nadie en Hollywood tenía más dinero que su presidente, Spyros Skouras —un griego que llevaba cincuenta años en Estados Unidos, pero que conservaba el mismo acento endemoniado que el día que se bajó del barco, procedente de Skourochori—. Tampoco había nadie que controlase más salas donde poder estrenar la película. Pero el magnate había hecho honor a su fama de tipo duro y le había hecho sudar el acuerdo. Al final, solo había accedido a invertir algo más de tres millones de dólares en el proyecto. Y eso a cambio de que Selznick pusiera el millón restante, y de incluir en el contrato una cláusula que lo obligaba a terminar el rodaje en el plazo previsto y sin pasarse del presupuesto.

La penalización por no hacerlo le hundiría. Literalmente.

Entró en la casa y se fue directo a su despacho. El otro gran acierto de aquella casa: grande, luminoso, abierto al jardín y ostentoso como solo podía serlo el de alguien que se dedicaba al cine.

En este mundo solo existían dos clases: la primera clase y la falta absoluta de clase.

Levantó el auricular y marcó el número de Arthur Fellows. Haberle confiado a Artie la responsabilidad de ser el productor asociado de aquella película continuaba siendo su mayor preocupación. Llevaba veinte años a su lado y había demostrado ser competente y, ante todo, leal. Pero también blando y falto del carácter que debía mostrar un productor. Poner toda aquella maquinaria en sus manos no había sido una decisión razonable, ahora lo veía. Se había dejado llevar por los sentimientos y no por la cabeza.

La película le venía grande al bueno de Artie.

Deseó haber seguido su intuición y haberle dado el puesto a Jeffrey. Pero su hijo estaba en París, trabajando para Zanuck en algo llamado *El baile de los malditos*. Un encarguito especial que consistía, básicamente, en hacerles de niñera a Brando y a Monty y asegurarse de que cada mañana estuviesen lo bastante sobrios como para poder rodar sus escenas.

Algo nada fácil, eso se lo reconocía. Pero indigno de un Selznick.

Llevaba semanas bombardeándolo con llamadas y cables, pidiéndole ayuda y consejo constantemente. Esperando que, al final, se cansase de ser el chico de los recados de aquellas dos buenas piezas para correr a su lado y ocupar el lugar que le correspondía de verdad.

Pero Jeffrey estaba contento con lo que hacía. No se estaba dejando tentar.

Además, conocía a Artie desde niño. Se apreciaban de verdad. Incluso después de que Fellows se hubiese visto obligado a despedirlo de su primer trabajo, cuando su padre se había empeñado en meterlo en el negocio con calzador. Su hijo no se sentiría cómodo haciéndole la cama en el momento

crucial de su carrera. Jeffrey todavía tenía demasiados escrúpulos.

Tenía que ser realista: desgraciadamente, aquel tren ya había salido de la estación. No le quedaría otra que estar encima de Artie todo el tiempo, para asegurarse de que las cosas se hacían como es debido.

Al fin y al cabo, ese había sido siempre su trabajo: ser responsable de absolutamente todo. Solo de esa manera la película acababa saliendo como él quería.

—¿Diga?

—Artie, soy yo.

—¡Ah! Hola, David. ¿Ocurre algo?

¡Qué pregunta! Siempre ocurría algo cuando se estaba en un rodaje. Artie debería saberlo. Llevaba unos cuantos a cuestas. Otra muestra de que aquello le superaba...

—Ocurre que Skouras nos hará pedazos si continuamos deshojando una margarita que no tiene pétalos. Necesitamos a un director, y lo necesitamos para *ayer*. Mira, lo he estado pensando: Conozco a Carol Reed y no es el hombre adecuado para un momento así. Demasiado parsimonioso. En cuanto a Wellman y Wilder, son pedir la luna. No aceptarán subirse al carro del que ha saltado John. Ya sabes cómo va esto.

—¿Entonces...?

—Lo he discutido con Jennifer y está de acuerdo: no le demos más vueltas y ofrezcámosela a Vidor. Si acepta, que coja un avión y traiga su culo aquí cuanto antes. Y asegúrate de que le proporcionan toda la información necesaria para que pueda estudiarla durante el vuelo y llegue a punto para empezar. Habla con Shirley y que llame a Barry a una hora que no haga que nos ponga una demanda. Acabemos con esta pesadilla de una condenada vez y hagamos una película.

Selznick sintió la intranquilidad de su segundo al otro lado del hilo.

Todavía se sentía responsable de lo sucedido con Huston.

—Si te parece, yo mismo llamaré a Barry y le insistiré en la necesidad de ir deprisa. —Hizo una larga pausa y añadió—: David, no hace falta que vuelva a decirte cuánto lamento lo sucedido. Lo que nos ha hecho John es imperdonable. Te juro que hice cuanto pude para...

Selznick no lo dejó terminar.

—Artie... No tiene sentido seguir pensando en eso. John es agua pasada. Y ya sabes lo que se dice del agua pasada. Ahora es Vidor el que nos tiene que llevar a buen puerto. Tú asegúrate de darle lo que necesite. Y, por el amor de Dios: ¡que no haya más retrasos!

Roma/Madrid - 2017

Mientras cerraba la puerta de su habitación de hotel, Jerry todavía no daba crédito a lo que acababa de sucederle.

El viejo había hablado sin parar hasta que un guardia de seguridad había aparecido por la esquina del decorado y, casi en tono de disculpa, les había informado de que era hora de cerrar.

El anciano le había hecho un ademán indulgente con la mano. *Va bene, ragazzo*. Luego se había vuelto hacia él:

—Va a tener que disculparme, amigo mío. La hora de cerrar es la hora de cerrar, incluso aquí. —Y había empezado a incorporarse, apoyándose en el bastón.

Ayudándole, Jerry se había apresurado a pedirle:

—No irá usted a dejarme así, ¿verdad? Si me pierdo el final de esta historia me lo estará reprochando el resto de mi vida.

El otro lo había mirado de soslayo.

—Ande, ande, no exagere. Si no son más que las batallitas de un viejo. Ha sido usted muy amable prestándome atención todo este rato. Pero ya ha hecho su buena acción. No es necesario que...

Jerry ni siquiera le dejó terminar.

—No estoy siendo amable, se lo aseguro. No puedo escribir un artículo que salve este lugar. Eso ya se lo he reconocido. Pero puedo escribir un libro

condenadamente bueno con esa historia. Y no podría seguir considerándome a mí mismo como periodista si la dejase escapar, así, sin más. ¿Me comprende?

El viejo meneó la cabeza, accediendo.

—*Commendatore, ma non se la prenda così!* Estaré encantado de contarle el resto... si puede esperar a mañana. Esta noche, me temo que es imposible. Es el cumpleaños de mi nieta favorita y no puedo faltar a la fiesta. En realidad, hace rato que debería haberme marchado.

Jerry torció el gesto. La verdad era que no podía esperar. Su avión a Madrid salía al día siguiente, temprano.

Clase turista. Sin posibilidad de cambio.

Al diablo.

—Solo dígame dónde y cuándo nos vemos y allí estaré.

—¿Por qué no aquí mismo? —propuso—. Lo arreglaremos con los de la entrada para que le dejen pasar sin cobrarle otra vez, ¿verdad, Antonio? —remató mirando al joven guardia de seguridad, que contemplaba la escena en silencio.

—*Consideralo già fatto, maestro* —se había apresurado a corroborar, con devoción, el muchacho.

Jerry se dejó caer sobre la cama. Había sido un día largo. Le dolían los pies y necesitaba una ducha como el comer. Pero antes de dársela, decidió llamar a Mayka, la redactora jefa de la revista, para ver si podía sacarle un cambio de billete. Si tenía que pagarlo de su bolsillo, aquel reportaje le saldría lo comido por lo servido.

Buscó el número en la agenda del móvil y lo marcó, esperando que no se hubiese ido aún a casa.

Mayka no le decepcionó.

—¿Diga?

—¿Qué haces todavía en la redacción a estas horas, mujer? ¿Es que no tienes una vida?

—Tiene gracia que me lo reproches precisamente tú, *desarraigao* —le respondió con un tono que delataba que se alegraba de oírlo—. Si no le echase tantas horas a arreglar vuestras chapuzas, la revista ya habría cerrado hace tiempo. Y mientras yo sea la capitana, *eso no se va a producir*.

Como siempre, Jerry se sonrió con su suave acento andaluz. A los cuarenta y cinco cumplidos, la malagueña era una mujer menuda y abundante, rubia de raíces oscuras y con debilidad por la bisutería excesiva y los estampados vocingleros. Dotada de un sentido del humor punzante y de una energía que parecía inagotable, le recordaba mucho a Adele, siempre y cuando la cantante se acabase de tomar un Red Bull. O dos. Llevaba en la revista desde que había salido de la facultad y había pasado por todas las secciones y cargos, hasta llegar al de redactora jefa. Teniendo en cuenta que la directora —y propietaria de la cabecera— ejercía solo lo imprescindible para aparentar, en la práctica era Mayka quien hacía y deshacía a su antojo.

Había sido ella quien lo había contactado para proponerle su primera colaboración, al poco de instalarse en Madrid. Y también la que —después de una larga noche de trabajo que los había dejado a los dos solos en la redacción, cerrando un suplemento especialmente rebelde—, había decidido llevárselo puesto a casa para protagonizar juntos unas escenas que ya las habría querido Bertolucci para *El último tango*. De eso ya hacía casi dos años y desde entonces hacían *remakes* un par de veces al mes, sin planearlo nunca ni darle mayor trascendencia. Lo justo para que a ninguno de los dos aquellos encuentros pudieran gustarles demasiado y les entrasen ganas de salir huyendo.

—¿Qué quieres? Porque seguro que no me llamas solo para oír mi voz, ¿verdad?

—Bueno, eso también. Pero lo principal es que necesito quedarme un par de noches más en Roma...

—¡No me jodas, Gerardo! No está el horno para bollos... Ya sabes que no me autorizan ni a comprar bolis Bic nuevos. Mucho menos billetes de avión, aunque sean en clase turista de aerolíneas Red Baron.

Él volvió a sonreír. La primera vez que ella le había españolizado el nombre, le había sonado casi como a un esputo. Ahora, las raras veces que lo llamaba Jerry, generalmente cuando discutían por algo, se le hacía insoportable.

Sabía que Mayka no exageraba, pero decidió lucharlo un poco más.

—Mira, he conocido a alguien muy interesante...

—¿Y pretendes que yo te pague tu primavera romana particular? ¡Qué morro tienes!

—Para el carro, que no van por ahí los tiros. —Le contó lo más sucintamente que fue capaz su encuentro de aquella tarde y lo mucho que creía que podía sacar de ahí. Tal vez un libro entero. De un testimonio de primera mano, nada menos.

A través de la línea podía notar cómo el interés de ella crecía con cada palabra.

—Entiendo lo que me cuentas, de verdad —le dijo cuando hubo terminado de escuchar la historia—. Pero tengo las manos atadas, cielo, de verdad. Conseguir que te pagáramos el viaje ya costó Dios y ayuda. No necesitas que te recuerde el mantra de Elisenda cada vez que le saco un tema como este, ¿verdad?

No, no lo necesitaba. Más de una vez se habían reído juntos, imitando la voz nasal de la propietaria, desnudos bajo las sábanas: *¡Para eso están las agencias, niña!* Todo lo resolvía con las malditas agencias. Daba igual el toque de calidad que pudiera aportarle al reportaje un profesional con treinta

años de experiencia.

¿Para qué gastar más si se lo podía pergeñar un becario, por cuatro perras?

Al fin y al cabo, lo único que de verdad apreciaban los lectores eran las fotos. Lo creía a pies juntillas y lo repetía sin complejo alguno.

Así nos va.

Jerry se resignó. Estaba claro que, de haber dependido de ella, otro gallo habría cantado. Pero lo que no puede ser, no puede ser, y, además, es imposible.

—No te preocupes. Tenía que intentarlo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Pues claro que lo entiendo. Y no sabes cuánto lamento no poder echarte un cable. —Hubo un silencio, después llegó la proposición—: ¿Estarás aquí el viernes? ¿O todavía te estarás trabajando a tu señora Stone particular?

—Eres mala, Muriel. ¿No te lo han dicho nunca?

—Todos los días. Pero si quieres comprobarlo de primera mano, podrías pasarte por casa a eso de las nueve y media. Me enseñas lo que tienes y vemos de qué manera le sacamos el máximo rendimiento.

—¿*Le sacamos*? ¿Desde cuándo eres mi agente?

Ella fingió ofenderse.

—¡Ay, hijo! ¡Cómo sois los yanquis con vuestras cositas! Si no quieres mi consejo profesional, no pasa nada. ¡Allá tú y tus Pulitzer! Pero la seta me la comes igual, que llevo una semanita que ni te cuento.

Jerry empezaba a conocerla lo suficiente como para saber que, cuanto más soez se ponía, señal de que más le importaba la cosa. Pero la verdad era que él también la había echado de menos.

—Traeré lo que tenga escrito —accedió—. Y también el vino.

Mayka elevó el tono una octava. Escandalizada.

—Cielo, el vino déjame a mí, ¿quieres? Desde *Entre copas*, los americanos os creéis que entendéis de vinos. Pero eso es como pensar que se

puede saber de fútbol viendo *Evasión o victoria*. Tú trae las páginas y déjame el resto a mí. ¿Estamos, vaquero?

—Me vuelves loco cuando te pones en plan Phyllis Dietrichson —le dijo, aludiendo al personaje de Barbara Stanwyck en *Perdición*, que era una de las películas favoritas de ambos—. Lo haces aposta, ¿verdad?

—Si te portas bien, el viernes te enseñaré mi esclava. —Volvió a bajar el tono, hasta convertirlo en una caricia—. Y, Gerardo... si lo que tienes es la mitad de bueno de lo que me has contado, que sepas que parece cojonudo. No sueltes la presa, ni aunque te den una descarga eléctrica. No sabes la envidia que me das, *jodío*.

Roma, 1957

Kate O'Neil no entendía lo que acababa de pasar.

Irrumpió en el servicio de señoras como si estuviera persiguiendo a alguien y todavía tuvo suficiente presencia de ánimo como para comprobar que todos los cubículos estuvieran vacíos. Se refugió en el último de la hilera, echó el pestillo y se permitió dejar brotar de una vez las lágrimas que le pedían a gritos que las dejase salir.

Llevaba casi medio año en Roma, trabajando de sol a sol. Sin quejarse nunca: ni del sueldo, ni de las responsabilidades ni de lo lejos que estaba de su casa y de su familia. Y creía que lo estaba haciendo razonablemente bien.

Entonces ¿a qué había venido aquella explosión?

Hasta ese día, el señor Fellows no le había levantado la voz ni una sola vez. Más aún: jamás había sido brusco ni desconsiderado con ella. Los primeros días, que su jefe tuviese la apariencia de un funcionario de la Casa Real Británica incluso la había inquietado un poco. Había leído historias sobre lo relajados que eran los ambientes de Hollywood y, si les daba crédito, trabajar para un hombre relativamente joven, soltero y hasta bien parecido podía tener sus riesgos. Lo último que quería era encontrarse parándole los pies a un tipo que pretendía ir más allá de los derechos que le concedían darle un trabajo y pagarle un sueldo.

Pero Arthur Fellows había resultado ser un perfecto caballero. Un hombre

dulce, con sentido del humor y siempre comprensivo. Y Dios sabía que le habrían sobrado razones para perder los nervios en más de una ocasión. Kate, como todos, conocía la temible leyenda de los memorandos del señor Selznick. Por suerte, nunca había llegado uno a su nombre; pero con desesperante frecuencia tenía que dejar sobre la mesa de su jefe alguno de aquellos sobres marrones, tamaño folio, con membrete. Fellows suspiraba con cada nuevo envío, le pedía que saliera para poder leerlos en la intimidad, y luego continuaba como si nada.

Así durante dos estaciones.

Kate había tenido tiempo para apreciar en su justa medida lo afortunada que había sido con el señor Fellows. Cuando, al terminar la universidad, anunció que quería trabajar en Hollywood, todo el mundo dio por sentado que iba a probar suerte como actriz. Pero ella no se había pasado cuatro años hincando los codos en la Biblioteca Powell para obtener una licenciatura por UCLA para eso. Hollywood estaba hasta los topes de chicas tan guapas como ella y con mucho más talento para la interpretación. ¿Qué sentido tenía ser una más? Lo que de verdad la atraía era ser pionera en los despachos. Donde se tomaban las decisiones importantes.

Pero apenas había empezado a moverse en el ambiente de los estudios, había descubierto la dura verdad: a Hollywood le gustaban las mujeres fuertes, siempre y cuando se mantuvieran frente a las cámaras. Allí estaban Scarlett O'Hara, Margo Channing, Hildy Johnson o Tess Millay para corroborarlo. Y hasta toleraba a mujeres poderosas detrás de ellas, especialmente si eran tan hermosas como Barbara Stanwyck, Katharine Hepburn o Joan Crawford. Pero cuando se salía de los platós para subir a los despachos, donde realmente se cocía el negocio, las faldas quedaban recludas tras las mesas de secretarias o las centralitas telefónicas. En el resto, solo pantalones de raya diplomática, habanos gruesos como *bazookas* y

apellidos de resonancias semíticas, que provocaban temblores con solo pronunciarlos: Zukor, Laemmle, Mayer, Lasky, Loew, Cohn, Thalberg.

Selznick.

Kate había tenido que aceptar muy pronto que, pese a sus actrices y sus personajes femeninos inolvidables, el mundo del cine era tan de los hombres como todos los mundos en los que valía la pena vivir. Si quería hacerse un sitio, iba a tener que pelear tan duro como lo habían hecho antes que ella las mujeres en las que pretendía reflejarse: las Pankhurst, Anthony, Nightingale, Earhart o incluso Riefenstahl.

Al primero al que deseaba impresionar era a Arthur Fellows: el hombre al que le había bastado una entrevista de media hora para darle su primera oportunidad. Se lo debía y se había puesto a ello con todo el entusiasmo irlandés que era capaz de desplegar. Sin escatimar esfuerzos.

Y estaba segura de haberlo logrado.

Hasta hacía un rato.

Se le había pasado la llamada a Los Ángeles, vale. Era humana. Desde la espantada de John Huston, todos los departamentos se habían puesto de acuerdo en que hablar con Arthur Fellows era cuestión de vida o muerte. Desde vestuario a diseño de producción, pasando por maquillaje o Segunda Unidad. ¡Pero si hasta había recibido una llamada del *Ministerio della Difesa* solicitando un encuentro con él lo antes posible! ¡Era una locura! Y ella era el único filtro. La encargada de dilucidar qué era cuestión de vida o muerte y qué solamente urgentísimo.

Entre las mil cosas que tenía en la cabeza y las nueve horas de diferencia horaria, Barry Brannen ya debería de llevar un buen rato en la oficina cuando su jefe había levantado el auricular para reclamarle qué había del asunto. Sin ser consciente de lo importante que era aquello para él, a Kate se le había ocurrido hacer una bromita tonta sobre que el tema de Los Ángeles se le

había ido al cielo.

La respuesta del señor Fellows había sido tan inesperada como contundente. En pocas palabras: si no podía hacer una simple llamada telefónica a Estados Unidos, quizá debería ir pensando en volver a casa y buscarse un trabajo más acorde con sus competencias. Algo en la administración pública, quizás. O, aún mejor, encontrar marido y dejar de jugar a juegos de hombres.

Kate había aguantado el chaparrón como había podido, había colgado el auricular y había salido huyendo al baño.

Ahora mismo, dudaba que fuese capaz de reunir las fuerzas necesarias para poder salir alguna vez de allí.

Escuchó el chirrido de las bisagras de la puerta y el *tap* que solo un par de zapatos caros es capaz de arrancarle a un suelo de mármol.

—Kate, cielo, ¿estás aquí?

Reconoció el suave acento sureño de Shirley Harden, la secretaria personal del señor Selznick. Solo la había visto un puñado de veces, pero era como si fuesen íntimas. Shirley tenía ese don: sabía tratar a todo el mundo como a VIP's. Cuando su jefe dejaba cualquier cosa en sus manos, podía estar seguro de que, quien quisiera que fuese, quedaría encantado con ella.

—¿Kate?

Respiró profundamente. No quería que se le notase en la voz.

—Estoy bien, Shirley, de verdad. Saldré enseguida. No tenías por qué molestarte.

—No seas ridícula, cielo. No es ninguna molestia. Si quieres que te lo diga: has tardado mucho más de lo que me esperaba en terminar aquí. Mucho más que yo, sin ir más lejos.

Kate se pasó las puntas de los dedos por las mejillas para secarse las lágrimas y estar un poco más presentable. Abrió la puerta.

—¿Tú has tenido que irte a llorar al servicio alguna vez? —le preguntó, asomándose con timidez.

Shirley le sonrió, solidaria. Allí plantada, impecablemente vestida de rojo y negro, con el pelo oscuro y sedoso como si acabase de salir del salón de belleza y las joyas justas en orejas, dedos y muñecas, parecía imposible que hubiese llorado alguna vez. Era cuatro o cinco años mayor que ella, medio palmo más baja y casi igual de bonita, solo que de una manera muy distinta.

—¿Bromeas, cariño? ¡Soy la secretaria personal de David O. Selznick! Podrías llenar la cisterna de un camión de bomberos con mis lágrimas. Pero, por supuesto, tengo por norma no dejárselas ver nunca a nadie.

Kate se obligó a sonreír. Ahora entendía por qué todo el mundo intentaba robársela al señor Selznick. Lo que no alcanzaba a comprender era la fidelidad de ella.

Kate aceptó el pañuelo que le tendía y se acercó al lavamanos para mojarse un poco la cara. Enseguida se sintió mejor.

Se volvió para mirar a Shirley. No sabía con qué cara regresar a su mesa. Ella adivinó lo que le pasaba por la cabeza.

—Cielo, ¿cómo crees que sé lo que ha pasado? Soy muy buena en lo mío, pero todavía no tengo poderes mágicos. Arthur me ha contado lo sucedido y me ha pedido que viniera a rescatarte. Estaba arrepentido, pero, como comprenderás, no va a disculparse por un error que, después de todo, ha sido tuyo. Aun así, sabe perfectamente que se ha excedido. Te garantizo que si tú no vuelves a mencionarlo, él tampoco lo hará.

Kate parpadeó, indecisa. ¿Pelillos a la mar? ¿Eso era todo?

—Mira, cariño: llevo tiempo observándote. Eres buena. *Muy buena*, debería decir. Yo lo sé, el señor Fellows lo sabe y es hora de que tú empieces a creértelo. A veces, una cosa como la que te ha pasado hoy se soluciona de la manera más tonta. Ya te he dicho que Arthur es el primero en lamentarlo.

No hace falta que te cuente la que se le ha venido encima desde que ese malnacido de Huston lo dejó en la estacada. No se lo tengas en cuenta, ¿quieres? Hacéis muy buen equipo juntos. No conviertas un grano de arena en una montaña. Vuelve a tu puesto, llama a Barry y consigue que se gane el sueldazo que le paga el señor Selznick. Y cuando Arthur salga por la puerta, sonríele como si no hubiese pasado nada. Mañana, ni te acordarás.

Le pasó el brazo por los hombros, como una hermana mayor. Kate sintió que recuperaba el ánimo.

—Gracias —murmuró.

—No hay por qué darlas, cielo. Si no nos ayudamos un poquito entre nosotras, lo que es seguro es que ellos no lo harán. Hazme solo un favor: cuando dentro de diez años seas un pez gordo en la Paramount, la Fox o la Warner, acuérdate de tu vieja amiga Shirley. ¿Lo prometes?

Shirley había tenido razón en todo: había regresado a su mesa, hablado con la secretaria de Barry Brannen y conseguido que le prometiese que harían las cosas tan rápido como fuese humanamente posible. Y, cuando el señor Fellows había salido por la puerta —bastante antes que de costumbre—, ambos se habían comportado como si tal cosa.

Conservaba su trabajo, después de todo.

Antes de irse, él le había pedido que se pasase por el plató para asegurarse de que se habían hecho unos pequeños cambios que había pedido el señor Selznick en persona. A estas horas solo encontrarás a Gastone Medin, la había avisado, pero él sabe de qué va. Es solo otra de las manías de David, pero ahora mismo conviene que *todo* esté a su gusto.

Kate no había perdido tiempo en cumplir el encargo. Irónicamente, la oficina que ocupaban en Cinecittà y el Plató 8 estaban prácticamente en

extremos opuestos del recinto. Había tardado un buen rato en llegar y casi el doble de tiempo en encontrar algún técnico italiano que hablase su idioma y pudiese decirle dónde encontrar al señor Medin.

Al final, su salvador había resultado ser un apuesto joven de pelo claro y ensortijado al que había tomado por compatriota sin dudarlo. Sin fijarse en cómo iba vestido, se le había acercado, resuelta:

—Perdona, ¿puedes decirme dónde encontrar al señor Medin, por favor?

Él la había mirado, divertido, y le había contestado en un inglés bastante potable, pero con más acento que Rossano Brazzi:

—Es aquel de allí —le dijo, señalando a un hombre que se movía entre un decorado que simulaba un hospital—. El alto, con gorra.

Kate no pudo evitar mostrar su desconcierto al escuchar aquella pronunciación con aroma a orégano y aceite de oliva.

—Perdona, he pensado que...

Se quedó a media frase. No sabía de qué se estaba disculpando, pero se sentía un poco ridícula. Desde luego, no era su día.

Él volvió a sonreír. Una sonrisa pícara, esta sí genuinamente italiana.

—Tranquila. Estamos acostumbrados. Los americanos piensan que todo el mundo habla su idioma. O debería hablarlo... Por cierto, con él no tendrás problemas —dijo señalando al escenógrafo—. Es croata. Su lengua es tan endiabladamente difícil que aprenden las de los demás casi sin pretenderlo.

Kate no supo si estaba siendo amable o tomándole el pelo. Se sintió todavía más confusa.

—*Grazie* —murmuró, dándose la vuelta para esfumarse cuanto antes.

—*Niente*.

Medin, un cincuentón de maneras amables que llevaba en el negocio desde

los días del cine mudo, había sido encantador. Le había mostrado uno a uno los cambios exigidos por Selznick —a ella le habían parecido tan insignificantes que dudaba que los espectadores pudieran apreciarlos— y la había tranquilizado al respecto. Había recibido un memorando y estaba aleccionado sobre lo que eso significaba. Podía decirle al señor Fellows que al menos aquel fuego estaba apagado.

Satisfecha, le había dado las gracias y había buscado la salida. Cuando puso los pies fuera de la enorme nave se dio cuenta de que empezaba a oscurecer. Habitualmente, para ir y volver al centro utilizaba el mismo coche que su jefe, pero él ya se había marchado.

Se resignó a coger el *tram*. Echó a andar por la larga avenida salpicada de pinos que llevaba a la salida, y pasó junto al enorme espacio que había dejado el Teatro 7, el único que había resultado totalmente destruido durante la guerra y que aún no se había vuelto a levantar. La jornada terminaba para todos y en el trayecto se fue cruzando con técnicos y extras de otras películas. Aunque ya debería estar acostumbrada, la curiosa estampa que producía ver caminar, en animada charla, a un legionario romano y a una cortesana de Luis XVI siempre le chocaba.

La esencia misma del cine. La magia y la mentira, caminando de la mano. No lo cambiaría por ninguna otra cosa.

Cuando llegó a la puerta, estaba empezando a oscurecer. Desde su garita, el omnipresente ujier vestido como un general de cinco estrellas la saludó con ceremonia. Kate le devolvió el gesto, atravesó el portalón y se dirigió al andén, en el que ya se acumulaban pasajeros, esperando.

Un inglés con acento a orégano y aceite de oliva la saludó desde detrás:
—¡Hola otra vez! ¿Encontró al señor Medin?

Se volvió y allí estaba: aquel muchacho endiabladamente guapo que la había descolocado con solo un par de frases. Su sonrisa, sin embargo, era

ancha y sincera. Kate se relajó. Solo era un chico intentando ser amable mientras esperaban el *tram*.

—Sí. Y fue como usted me dijo: habla un inglés excelente. Aunque el suyo tampoco está mal, señor...

Hizo una pausa, esperando que la utilizara para presentarse. Él se dio cuenta.

—Discúlpeme, ¡qué maleducado! Me llamo Gino Grecchi. Por favor, señorita, no me llame más de usted. Me hace parecer alguien que no soy. ¡Y muy mayor, además!

A ella le gustó aquella manera tan directa.

—Yo soy Kate. Kate O’Neil. —Le tendió la mano—. Encantada de conocerte, Gino.

Él se la estrechó. Tenía dedos de pianista con callos de carpintero. Un apretón rugoso y sincero, de los que a ella le gustaban.

—¿Puedo preguntarte qué hace toda una ejecutiva de Hollywood tomando el *tram*?

La ocurrencia le arrancó una risita.

—¿Quién es ahora el que hace parecer mayor al otro? —se defendió, divertida—. Y, más aún: ¿quién le hace parecer alguien que no es? Solo soy una ayudante. De ejecutiva, nada.

Pero Gino no se dejó convencer tan fácilmente.

—¿No estarás siendo demasiado modesta? Nadie envía a *solo una ayudante* a tratar con un escenógrafo como Medin. O, por lo menos, nadie que quiera hacer bien su trabajo.

Igual que antes la había hecho sentirse confusa, ahora estaba consiguiendo halagarla.

—Bueno, resulta que mi jefe es un hombre muy ocupado...

—¿Para quién trabajas, por cierto?

—Arthur Fellows. Productor ejecutivo.

Gino dejó escapar un silbido de admiración.

—Vaya, vaya. Así que eres *solo* la mano derecha de un pez gordo. ¿Lo ves? Quizá debería volver a hablarte de usted. Podrías despedirme, ¿sabes?

—¡No digas tonterías! —Hizo una pausa y le dirigió una mirada malévola —: No puedo echar al único que habla inglés...

Los dos se rieron. Luego, el *tram* entró en el andén y ambos se apresuraron a tomar posiciones. Nadie quería tener que ir de pie hasta el centro.

Ocuparon dos asientos y, ya sin prisas, él continuó preguntándole. Quería saberlo todo de su trabajo; de cómo lo había conseguido; de qué estaba haciendo tan lejos de casa. A Kate volvió a halagarla tanto interés. No eran las típicas preguntas condescendientes de un chico sorprendido al encontrar a una mujer en un puesto de responsabilidad en una industria donde se manejaba tanto dinero, sino una curiosidad genuina por ella y por lo que hacía. Como si se conocieran desde hacía mucho, le contó que sus calificaciones le habrían permitido buscar trabajo en un gran estudio, como la Paramount o la Fox. Pero el señor Fellows y Selznick Co. se habían cruzado en su camino gracias a una feliz casualidad y ella no había dudado en subirse a ese tren. Cualquiera que hubiese trabajado para David O. Selznick y estuviese vivo para contarle encontraría empleo en una *major*.

Era un reto, y quería superarlo.

—No pienso ser una secretaria toda la vida. Me gustaría producir. Quizás incluso atreverme a escribir. En la universidad siempre me decían que era buena escritora. Pero para eso hay que empezar desde abajo...

Gino la contemplaba con los ojos muy abiertos y una sonrisa incombustible. De vez en cuando hacía algún comentario, pero básicamente se dedicó a escucharla durante todo el viaje. Kate sabía bien lo que era despertar interés en un hombre, pero raramente de aquella forma. Poco a poco

se fue soltando y a mitad de trayecto ya se sentía más cómoda en aquel vagón de lo que se había encontrado en Italia desde que se bajó del avión en Ciampino. Quizás incluso desde antes, si se paraba a pensarlo.

Sin proponérselo, se encontró contándole lo que le había sucedido unas horas antes con su jefe:

—Te juro que ha habido un momento en el que he creído que estaba despedida —concluyó—. No sé qué habría hecho si llegan a echarme, la verdad...

Gino meneó la cabeza.

—Los contratiempos son el pan de cada día de este negocio. Y está claro que tú no tienes la culpa de lo que ha pasado. Habría estado loco si llega a echarte.

Aun a sabiendas de que estaba intentando ser amable, le gustó oírsele decir. Kate no recordaba haberse sentido nunca tan a gusto con un desconocido. Ni tampoco a demasiados chicos que le hubiesen parecido tan guapos de buenas a primeras.

La voz del conductor les anunció que estaban llegando a Termini. En realidad, ella habría podido bajarse un par de paradas antes. Pero no tenía ninguna prisa en separarse de él.

El *tram* entró suavemente en el andén y todo el mundo se levantó para ir hacia las puertas. Ellos fueron los últimos. Cuando salieron a la calle, las farolas estaban encendidas y el neón resplandecía en los letreros de negocios y restaurantes. A Kate solo la esperaban una mesa para uno y una habitación vacía. Se moría de ganas de invitarlo a cenar, pero llevaba el suficiente tiempo en Italia como para saber que, más que en ninguna otra parte, aquel era el trabajo del hombre.

Tuvo que contener un suspiro de alivio cuando le oyó decir:

—Hummm... Si llevas tanto tiempo aquí, supongo que te conocerás la

ciudad de sobras. Así y todo, me apuesto lo que quieras a que soy capaz de enseñarte un par de sitios que no conoce ningún guía turístico. Ni siquiera los de los jefazos de Hollywood, California. No sé... Si te apetece y estás libre este domingo quizá podríamos... ¿ir juntos?

Kate sintió fuegos artificiales estallándole en mitad del pecho. Estaba harta de pasarse los fines de semana paseando sola, leyendo o esperando a que sonase el teléfono con algún encargo urgente del señor Fellows.

—¿Este fin de semana? Déjame pensar... No estoy segura...

Él le dedicó una mirada pícaro.

—*Ti prego, signorina O'Neil: braccio destro dell pesce grosso, madonna di Cinecittà, luce di l'Amèrica... Dai, esci con me una sola volta! Non se ne pentirà.*

Kate no comprendió las palabras, pero supo lo que le estaba diciendo.

No debería salir con un chico. Y menos con un italiano. Y aún menos con uno que le parecía tan... Además, seguro que el fin de semana el señor Fellows terminaría necesiéndola. Siempre sucedía algo.

—Bueno, tal vez pueda escaparme un par de horas...

—*Bravissimo!* ¿Te parece que te recoja a las once? ¿O eres de las que te levantas muy tarde los domingos?

A Kate le gustaba dormir, pero las once le parecieron incluso tarde. Le dio la dirección de su hotelito. Gino no necesitó apuntarla.

—*Ciao, Caterina. Fino alla domenica* —le dijo él, estrechándole la mano otra vez.

Se dieron la vuelta, cada uno en una dirección. Kate apenas había caminado unos pocos pasos cuando cedió al impulso de volver la cabeza.

Él la estaba contemplando. Al verse sorprendido, levantó la mano para despedirse y se alejó rápidamente. Tenía unos andares tan elegantes que pensó que solo faltaba una canción de fondo para que aquello fuese la escena

de un musical.

Una americana en Roma, pensó. Y se echó a reír.

Tenía una cita. Con un chico guapísimo, que iba a enseñarle los rincones más bonitos de la ciudad.

Ya era oficial: aquel día horrible acababa de convertirse en el mejor desde su llegada a Italia.

Se quitó el collar de perlas de doble vuelta y lo dejó sobre el tapete del tocador. Le sentaban de maravilla a su cuello y se sentía cómoda llevándolas. Eran su joya favorita: elegantes y nada ostentosas.

Como ella misma.

Estaba convencida de que no había ninguna casualidad en el hecho de que Perla fuese el nombre del personaje por el que se la iba a recordar. El Oscar se lo habían dado por la dulce Bernadette, sí. A Perla Chávez se lo había robado —de manera injusta— la atribulada Julia Norris de Olivia de Havilland. Eso ya no tenía remedio. Pero la realidad era más tozuda que la Academia y, al final, la indómita Perla sobreviviría a las otras dos y sería la que el público mantendría en la memoria mucho después de que a la mística y a la madre soltera se las hubiese tragado el olvido.

Ojalá pudiera pensar lo mismo de la desventurada Catherine Barkley. Pero no era así. Por mucho que David estuviera convencido de lo contrario y soliese tener razón.

Ojalá también la tuviese ahora...

Se miró al espejo. Continuaba siendo una mujer hermosa, de eso no cabía duda. Las arrugas en las comisuras de los ojos eran casi imperceptibles. La piel todavía tenía brillo... Pero de la belleza de Perla Chávez, que cortaba la respiración y convertía en marionetas a los hombres, ya hacía más de una década. La chica salvaje y caprichosa que se miraba a los cowboys desde arriba y los descartaba con un ademán de la mano se había ido para no volver. Quien ahora le devolvía la mirada desde el otro lado del espejo era su

madre. O, siendo muy generosos, su hermana mayor. Y Hollywood no era amable con las madres. Ni siquiera con las hermanas muy mayores. Llevaba demasiado tiempo viviendo allí como para ignorarlo.

Se rebeló por dentro contra la injusticia de todo aquello. La habían nominado cuatro veces seguidas al Oscar. Era un récord que compartía con muy pocas. Pero, a la hora de la verdad, tenía que reconocer que ni su prestigio, ni su caché, ni su popularidad eran los de Ingrid, Katharine o Bette. Por alguna extraña razón, en el Olimpo de Hollywood, ella se estaba revelando como una diosa menor.

David siempre le decía que todo sería más sencillo sin aquella aversión suya a las entrevistas y a compartir con el público ni un ápice de su intimidad, como hacían las otras. Pero su madre le había inculcado una regla de oro: *nunca des explicaciones y nunca te disculpes*. Y ella continuaba cumpliéndolo a rajatabla. Si el público no se lo perdonaba... Bueno, era problema del público, no suyo.

De todas maneras, no creía que la raíz de todo estuviese ahí. Al fin y al cabo, ella era una creación de David. La más personal de todas. Y su marido tenía muchos enemigos en la industria. Casi tantos como personas le sonreían cada vez que entraba en una habitación. Moldear su carrera hasta el más mínimo detalle había sido tan prioritario para él como conseguir que las películas que llevaban su sello estuviesen a la altura de lo que eso suponía. Consecuentemente, todos los que anhelaban verlo caer de una vez, deseaban que ella se estrellase también.

Sus destinos eran inseparables, como los de Thalberg y Shearer. Si ibas a por uno, ibas a por los dos. Lo sabía todo el mundo.

Torció la boca al recordar el día que conoció a David. Entonces todavía era Phyllis Isley, la jovencísima señora de Robert Walker: otro actor tan prometedor y con tan poca fortuna como ella misma. Una veinteañera, madre

de dos niños pequeños, que sobrevivía trabajando como modelo de sombreros, guantes y joyas y prestando su voz a algún que otro oscuro serial radiofónico, mientras soñaba con el cine.

Antes de tirar la toalla, se había dado a sí misma una última oportunidad: una prueba para el mismísimo David O. Selznick. Antes de la audición, le temblaban tanto las piernas mientras estudiaba sus frases que había tenido que sentarse. Y cuando por fin, lo tuvo delante —altísimo, repeinado y con esos labios y mofletes de empollón que tenía—, se había aturullado tanto que había hecho un desastre de interpretación y había salido huyendo. Para su estupor, David había corrido tras ella, la había detenido y le había dicho que las lágrimas no eran necesarias. Que le había gustado la prueba y que, aunque en ese momento no tenía ningún papel para ella, estaba contratada.

Y en ese instante, sin saberlo, dejó de ser Phyllis Isley para convertirse en Jennifer Jones.

Aunque lo había reconocido en muy pocas ocasiones, ella había sido consciente desde el primer momento de los sentimientos que despertaba en David. Una mujer *sabe* estas cosas. Pero él había sabido ser paciente. Y astuto. Ambos estaban casados —él con la hija del mismísimo Louis B. Mayer, nada menos— y echarlo todo a rodar, así como así, habría podido destruirlos a los dos. En su papel de bienhechor, incluso le había conseguido a Robert un contrato con la Metro, para darle también a su marido la oportunidad de despegar.

Nada comparado con lo que le tenía reservado a ella.

Esperó a encontrar el papel adecuado y cuando se enteró de que se preparaba una película sobre Bernadette Soubirous, la pastorcilla francesa que aseguraba haber visto a la Virgen María en una cueva, se puso en marcha con toda su determinación judaica. Movié todas las influencias que conservaba de sus días en la Metro, se sacó todos los ases que llevaba

escondidos en las mangas y se deshizo de candidatas del calibre de Anne Baxter, Teresa Wright, Gene Tierney o Linda Darnell. Nada lo detuvo hasta conseguir que le diesen el papel principal a ella: una absoluta desconocida.

El día que pisó el plató por primera vez estaba aterrada: una película de dos millones de dólares, con Henry King de director y Charles Bickford, Gladys Cooper y Vincent Price ocupando los camerinos contiguos al suyo. De no haber estado David allí habría sido incapaz ni de rodar la primera escena sin desmayarse.

Pero él había estado siempre a su lado. Animándola. Protegiéndola. Guiándola.

Gracias a él, había derrochado dulzura e inocencia en la pantalla. Y, precisamente la noche de su vigesimoquinto cumpleaños, la Academia la obsequió con un bonito Oscar a la mejor actriz.

De Jane Doe, a estrella.

Con solo una película.

Todo gracias a David.

¿Qué mujer no se habría enamorado de él como una loca?

Y más aún después de aquellos años de angustia que había pasado con Robert, dando tumbos de Tulsa a Chicago, de Chicago a Los Ángeles y, de allí, a Nueva York. Siempre con una mano delante y otra detrás, y con dos niños pequeños a cuestas. Eso no significaba que no lo quisiera. Al contrario. Había estado muy enamorada de Robert. Muchísimo. Era joven, guapo y vulnerable —todo lo que David no sería jamás—. Se había casado con él con los ojos cerrados, pensando que el amor sería suficiente para hacerlos felices para siempre. Y lo habían intentado. Con todas sus fuerzas.

Pero había resultado que solo con amor no bastaba.

No en su mundo.

Ni siquiera cuando a él empezaron a irle bien las cosas y los críticos

alabaron sus trabajos en *Bataan* o *Desde que te fuiste* —que ambos rodaron juntos para Selznick International Pictures, que no se dijera que no promocionaba al marido de la mujer que codiciaba—, había pensado que lo suyo aún tenía salvación.

Ella ya era de David.

Aún no daba crédito a lo que sucedió luego. Sabía que Robert no era un hombre fuerte. Pero llegar a caer tan bajo...

Meneó la cabeza para ahuyentar su recuerdo. Aunque ya hacía casi seis años de su muerte, todavía era incapaz de pensar en él.

Suspiró, cogió la copia del guion que tenía siempre en la mesilla de noche y salió por la puerta que daba al jardín.

Una actriz nunca se sabe el papel lo suficientemente bien. Y el de Catherine Barkley la preocupaba más que ningún otro que hubiera interpretado. No por lo que le había dicho a esa bruja de Hedda Hopper la última vez que tuvo que hablar con ella: que si era un desafío. Que si había que hacerle honor al gran personaje escrito por Hemingway y tan querido por los lectores. Esas eran las clásicas cosas que una le decía a la prensa para no estar todo el tiempo con la boca cerrada.

La verdad era otra.

La habían vuelto a nominar por *La colina del adiós* —nada que decir a que esta vez se lo hubiesen dado a Ana Magnani—, y *El hombre del traje gris* no había ido mal en taquilla. Pero en Hollywood valías lo que tu última película y *The Barretts of Wimpole Street* había sido un desastre en taquilla. Ya no era tan joven. Otro patinazo, especialmente en una película tan grande como aquella, la pondría en una situación muy delicada.

No. Ya no era tan joven. Para ser sinceros, en realidad, ya no era *ni siquiera* joven.

Aunque David se empeñaba en lo contrario. Para él cada día estaba más

hermosa. No quería ni oír hablar de que quizás era demasiado mayor para interpretar a Catherine, un personaje que en la novela tenía solo veintitrés años.

Ella acababa de cumplir los treinta y ocho.

¿De verdad pensaba que nadie se iba a dar cuenta?

Empezando por el cretino de Ernest. Él y David se llamaban *amigo* el uno al otro. Pero las pocas veces que habían estado juntos ella no había detectado ninguna calidez. Simplemente, todavía no habían encontrado un tema en el que discrepar de verdad. Pero ahora que le estaban dando a Hemingway su *casus belli*, no tenía ninguna duda de que le saltaría al cuello a David con todo ese vigor de australopiteco del que tanto le gustaba alardear.

Con eso y con todas las ganas acumuladas durante años por alguien que, públicamente, se jactaba de despreciar todo lo que hombres como David significaban.

¡*Amigo!* Otro par de amigos más como ese y su marido era hombre muerto.

Buscó la sombra de su árbol favorito, se sentó en la tumbona que ya había convertido en su propiedad privada e hizo sonar la campanilla para pedir una *limonata*.

Llevaba una media hora repasando la escena final —iba a ser *su* momento en la película y quería planificarlo hasta el último detalle— cuando oyó el barullo inconfundible que David llevaba consigo a todas partes.

Levantó los ojos del libreto para verlo entrar. Los años empezaban a pesarle: el pelo se le había vuelto completamente blanco; si no se esforzaba en no hacerlo, andaba ligeramente encorvado y, aunque nunca había estado delgado, ahora se le notaban más los kilos. Tenía solo un año más que Bob Hope, pero parecían siete. O diez.

¿Por qué se estaban metiendo en aquel embrollo? No lo necesitaban.

—Vidor ha aceptado —le anunció, yendo hasta ella para besarla—. Estará aquí en cuanto pueda subirse a un avión. Se acabaron las dudas. ¡Vamos a rodar una película!

Se sirvió un vaso del jarro de limonada de la mesilla y se dejó caer en la tumbona contigua.

—¡Maldito país! Si ahora hace este calor, ¿qué pasará en agosto?

Jennifer no se molestó en recordarle cómo ardían las colinas de Sunset Boulevard en verano. Ella no compartía su entusiasmo por el nuevo director. Ni *Gilda*, ni Rita Hayworth le parecían gran cosa. Y Vidor no tenía más perlas en su corona que esas. Aunque sabía que David no opinaba igual.

—Bueno. Espero que no tengamos que arrepentirnos con él...

Su marido echó un largo trago. Dejó el vaso medio vacío sobre la mesilla.

—¿Todavía sigues pensando en John?

La conocía mejor que nadie.

—¡Es que todavía no lo entiendo! Sabes que es diez veces mejor que Vidor. Y siempre habíamos trabajado bien juntos. Confiaba en él. ¿Qué mosca le habrá picado?

David se incorporó. Ya habían tenido aquella conversación. Pero necesitaba que estuviese convencida.

—A John le ha podido el miedo, Jenny —empezó, convencido—. Miedo a que los amigos neoyorquinos de Ernest lo dejen a la altura del betún si no les gusta lo que hemos hecho con la historia. Miedo a lo que pueda soltar el mismo Ernest cuando le pongan un micro bajo el bigote. Ya sabes cómo las gasta nuestro querido *Papá*...

Jennifer arrugó la nariz. Nunca entendería cómo alguien tan poco paternal como Hemingway podía tener ese apodo.

—Me pone enferma que vayas a quedar como un tirano otra vez, cuando es él quien se ha comportado de una manera intolerable.

David meneó la cabeza. No quería hablar más de eso. A esas alturas, oscurecer un poco más su leyenda negra era lo que menos lo preocupaba.

Probó a cambiar de tema.

—¿Qué tal van las cosas con Rock?

Jennifer mudó la expresión. Estaba claro que le gustaba.

—Es un hombre encantador. Y un caballero. No habría soportado tener que trabajar otra vez con un borracho que se cree irresistible, como Holden. ¿Cómo es que todavía hay quien quiera contratarle?

—Es un buen actor. Y sus películas dan dinero. Así de simple —suspiró él. Al menos eso no sería un problema. Aún se estremecía al recordar los constantes reproches de Jenny contra su *partenaire* en *La colina del adiós*. No habría podido volver a pasar por ello. No, teniendo que ocuparse de todo lo demás.

—Las mujeres que pagan una entrada por verlo deberían pasar una tarde con él. Me gustaría saber si volverían a pagarla después de conocerlo.

—Puede que tengas razón. Pero, piénsalo: ¿cuántas estrellas de cine lo seguirían siendo si el público pudiera pasar una tarde con ellas?

Jennifer sonrió al pensarlo.

—Bueno... ¡espero que yo, por supuesto! Y creo que Rock también pasaría ese examen.

Pregúntaselo a la pobre ilusa que se casó con él, dijo David. Pero solo en su cabeza. Sus labios formaron una frase muy distinta:

—Eso ni se cuestiona, querida.

—Adulador —le regañó, suavemente.

Pero él sabía hasta qué punto había dicho la frase adecuada.

—He estado pensando en algo... —cambió de tema ella.

—¿Y piensas decírmelo, o debo adivinarlo yo solito? —Su tono era socarrón.

Ella le lanzó una mirada de reproche. Una mirada de buena actriz, pero que David sabía falsa.

—Tú sabes mejor que nadie cómo es Hemingway. Siempre a punto para gritar a los cuatro vientos cuánto detesta Hollywood y a sus productores. Lo dispuesto que está a mandaros a todos al diablo. La única forma de tenerlo contento es con dinero. Deberías darle un poco.

David arqueó las cejas. ¿Pagar todavía *más* por el libro?

—Querida, tú sabes cuánto nos han costado esos derechos. No es mi culpa si Ernest no pensó en asegurarse un porcentaje en caso de que se rodase un *remake*...

—¡Por supuesto que no! Pero, aun así, deberías pensar en ofrecérselo. Condicionado al éxito de taquilla, por supuesto. Piénsalo. Sería la forma de conseguir que hablase bien de la película. O, al menos, de que no la criticase como suele hacer.

Selznick juntó las palmas de las manos y se las llevó a los labios. No era una mala idea. En absoluto. Hemingway podía ser un malnacido muy cáustico cuando no le gustaba lo que el cine hacía con sus novelas. Y eso nunca era bueno para la taquilla. Pero el dinero le atraía tanto como detestaba que alguien le cambiase una sola coma de sus diálogos.

Un pedazo del pastel podía hacer que mantuviera la boca cerrada.

A ver qué pesaba más, al poner ambas cosas en el fiel de la balanza.

—¿Cincuenta mil? —sugirió—. Una vez que la película empieza a dar beneficios, claro. Es un gasto asumible.

Jennifer le dedicó una de esas sonrisas tuyas que David encontraba irresistibles.

—Veamos si es capaz de rechazarlos...

De pie, con la espalda apoyada en la pared del fondo de la sala, Cinnia veía contonearse a sus amigas al ritmo de las canciones de Johnny Dorelli, Claudio Villa o Nilla Pizzi. El grupo, cuatro muchachos solo un poco mayores que ella que habrían podido pasar por camareros de un restaurante caro sin los instrumentos, atacaba canción tras canción con un entusiasmo que invitaba a perdonar otras deficiencias. Además, el cantante y el guitarra eran bastante guapos. Había oído unos cuantos comentarios golosos sobre ellos de varias chicas a las que no les habría importado que las invitasen a salir.

Ella tenía el corazón en otro sitio.

Había rechazado a un chico tras otro hasta que los demás habían dejado de intentarlo. No tenía sentido darse de bruces contra semejante estrecha. Sintiéndose miserable, se había ido alejando de la pista hasta quedar semioculta en un rincón. Había salido con la esperanza de distraerse y pasarlo bien, pero la triste realidad era que el peso que sentía en mitad del pecho se le hacía cada vez más difícil de sobrellevar.

Estaba barajando irse cuando vio cómo Giulia se le acercaba con una expresión de reproche. Su mejor amiga —una veinteañera de pelo castaño, ojos oscuros y labios sensuales que rompía corazones desde detrás del mostrador de una perfumería en la Via del Tritone— serpenteó con gracia entre las sillas vacías hasta llegar a su lado.

—Detrás de esa cortina se te vería aún menos —le soltó, apuntando con el mentón a las pesadas colgaduras que decoraban la pared—. ¿Se puede saber

de quién demonios te escondes?

Cinnia desvió la mirada. No tenía el cuerpo para soportar una de las broncas de Giulia.

—De nadie. Es solo que no me encuentro bien. Creo que he pillado algo.

—Una de estas, vas a pillar, como no dejes de comportarte como una idiota —respondió la otra, dedicándole un ademán con la mano abierta que hizo tintinear las pulseras de bisutería que llevaba—. ¿Te crees que no te he visto? Has repartido calabazas suficientes como para vaciar el huerto de mi *nonno*. ¡Y al último al que has aviado ya lo quisiera yo para mí! ¿Qué te pasa, *Cin*?

Solo Giulia podía llamarla así. Hizo un mohín que le evitó tener que usar palabras.

—Es por ese Gino, ¿verdad? El carpintero.

—Técnico en construcción de decorados.

Giulia resopló.

—¡Sí, ya! Y arquitecto también, si te empeñas. Me parece que he visto su nombre grabado sobre uno de los accesos al Coliseo.

Cinnia no dijo nada y su amiga bajó dos octavas el tono.

—Pues sí que te ha dado fuerte...

Movió la cabeza afirmativamente. *Muy fuerte*.

—No sé qué más puedo hacer. Llevo semanas intentando tomar el mismo *tram* que él. Haciéndome la encontradiza por los estudios. Tendrías que ver las excusas absurdas con las que me he presentado en el Teatro 8 para poder hablar con él. Me parece que Bardo ya me ha calado...

Giulia le puso la mano en el hombro.

—¡Mira a tu alrededor, *Cin*! Esto está lleno de chicos que se mueren de ganas de bailar contigo. Unos cuantos bastante monos, por cierto. Si ese Gino es tan ciego o tan *pazzo* como para no darse cuenta de lo que se está perdiendo, quizá deberías darle una oportunidad a algún otro, *non trovi*?

Pero Cinnia no estaba de acuerdo.

—Ya. Pero resulta que a mí solo me apetece bailar con él. —Sacudió la cabeza, furiosa consigo misma—. Mírame: te estoy amargando la tarde, *Giu*. Me voy a marchar. Pero tú quédate, por favor. Con una de las dos que eche a perder el domingo es más que suficiente.

Hizo el ademán de irse, pero Giulia la retuvo cogiéndola suavemente del brazo. A veces podía ser un poco irritante, de tan segura. Pero era afortunada de tenerla como amiga.

—*Gesù!* Estás de ese chico hasta las trancas, ¿no es así? ¿Qué voy a hacer contigo?

Cinnia suspiró. Hasta esa misma tarde no se había dado cuenta de lo encaprichada que estaba de Gino Grecchi. La hacía sentirse estúpida. E infantil. Y pava. Y... ¡Cielos!

—Dime una cosa... Ese Gino Mastroianni tuyo, ¿tiene algún tipo de prometida? ¿O sale al menos con alguien?

Cinnia volvió a sacudir la cabeza.

—No estoy segura al cien por cien, pero he preguntado por ahí y nadie lo ha visto con ninguna chica, ni sabe que tenga novia.

La cara de su amiga se iluminó con la misma sonrisa de triunfo que exhibía cuando encontraba la fragancia adecuada para una clienta.

—¡Pues entonces, ánimo, *Cin!* Robarle el novio a otra es ir a la guerra. Pero si de lo que hablamos es de lograr que un *pazzo* abra los ojos, la cosa está ganada antes de empezar. Te diré lo que vamos a hacer: el sábado que viene te espero en la perfumería. Te encontraré una fragancia que hará que el tal Gino caiga rendido a tus pies. Seguro que puedo hacerme con algunas muestras. Le pediré a la *signora* Riva que me deje salir un poco antes e iremos a comprarte un bonito vestido de verano. Con eso, tacones y unas de estas al cuello —le dijo, tocándose las perlitas de pega que llevaba puestas—,

te aseguro que te estará suplicando que salgas con él antes de dos semanas.
¡Como me llamo Giulia Vecchio!

—¿Tú crees? —dijo Cinnia, animándose ante semejante despliegue de aplomo.

—¿Lo dudas? Tendrías que mirarte más al espejo, *Cin*. Eres mucho más bonita de lo que te crees. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? Mira lo que te digo: no me extrañaría nada que, en este mismo instante, ese *pazzo* tuyo esté sentado en su ventana, mirando al horizonte y suspirando por ti.

Cinnia no tuvo más remedio que sonreír al imaginarse aquella escena.
¡Ojalá!

—Y, ahora, ven a bailar, ¿quieres? Darle falsas esperanzas a alguno de estos gallitos nos sentará bien. Además, yo también tendré que encontrar a mi propio Gino algún día, ¿no?

Cinnia forzó una sonrisa y se dejó llevar. Mientras recorrían el camino de vuelta hacia la pista, el grupo atacó *Io*, el último éxito de Domenico Modugno.

*Ditemi
Chi e' quell'uomo che
Mi sembra un angelo
Chi e'?
Io
Sono io
Proprio io
Che amo te
Angeli del cielo
Non toglietemela piu'*

Pensar en la voz de Gino susurrándole aquello al oído la obligó a un esfuerzo aún mayor para no rechazar la invitación a bailar del siguiente chico que se le acercó.

Mientras la contemplaba bajar por las escaleras que daban al vestíbulo, Gino pensó que en su vida había visto una chica tan guapa como Kate O'Neil.

Al menos, no fuera de una pantalla de cine o del papel satinado de las revistas.

Una mujer como aquella era del todo incongruente con un hotelito tan modesto. Como todos, Gino sabía que la gente de Hollywood casi siempre elegía el Grand Hotel para sus estancias en Roma. Pero, claro, aquel lujo estaba reservado para los *capocannoniere*. Los de abajo, como le gustaba recordar siempre a Bardo, daba igual si eran americanos o *italiani*, tenían que pasar con muchas menos comodidades, en establecimientos como ese.

Los privilegios de clase eran los mismos en todas partes.

Pues peor para el Grand Hotel. Ellos se la perdían.

Se recreó en ella. La melena, lacia y rojiza, le manaba a lo largo del delicado cuello hasta estancarse en el nacimiento del busto, contrastando con la piel láctea e incapaz de broncearse que gritaba a los cuatro vientos sus genes irlandeses. Se había puesto un vestido a rayas amarillas y blancas, con un discreto escote que le dejaba la clavícula al aire, rematado con unos zapatos de tacón y unos ligeros guantes blancos. El carmín de los labios, abundantes, competía con el azul líquido de los ojos para llamar la atención de los que la rodeaban. Y, consciente de que no las necesitaba, las únicas joyas que se permitía eran el reloj de esfera diminuta y unos pendientes de bisutería, con circonios engastados en oro falso.

Incluso los pequeños lunares que le salpicaban la cara y el cuello no conseguían sino hacerla aún más atractiva.

Se felicitó por la decisión de llevar chaqueta y corbata, a pesar del calor que ya empezaba a apretar. A su lado, habría hecho el ridículo sin.

Kate le descubrió enseguida, plantado en el centro del diminuto vestíbulo, y le dedicó una sonrisa cálida. Todas las dudas que pudiera haber sembrado con su aparición se disiparon gracias a aquel guiño. Nadie te sonreía así si no se alegraba de verte.

—¡Qué puntual!

Él se limitó a mover la cabeza, en un gesto que podía querer decir muchas cosas. Tampoco iba a confesarle que llevaba veinte minutos deambulando por los alrededores. En lugar de eso, se sacó la solitaria margarita que había estado ocultando tras la espalda y se la entregó, con un gesto teatral.

—Te habría traído flores, pero tu señor Selznick nos paga el 60 por ciento menos que a los técnicos americanos. Y con esos sueldazos...

—Es mi señor Fellows... —se defendió ella, mientras aceptaba la florecilla y se la ponía en el pelo con un gesto espontáneo—. Con el señor Selznick apenas si he cambiado un par de frases en medio año. Y creo que debería dar las gracias por ello. ¿Nos vamos?

Se colgó de su brazo y se dejó llevar a la calle, agradeciendo poder salir de allí. Aunque no sabía muy bien por qué, no quería que él la relacionara con aquel lugar con tan poco encanto. Así y todo, mientras salían al calor de Roma, se sintió obligada a justificar a los que le pagaban el sueldo:

—¿Sabes? Te sorprendería lo que cuesta rodar una película. Mi jefe no para de firmar cheques por miles y miles de dólares. Si la taquilla no responde, no quiero ni pensar en las pérdidas... Es normal que traten de abaratar el presupuesto.

Gino no quería hablar del dinero de otros con Kate. Pero había pasado

demasiado tiempo con Bardo y su *Manifiesto Comunista* como para rendirse sin oponer ni que fuera un poco de resistencia.

—Sí, debe de ser terrible tener la cuenta corriente del tal Selznick. *Poverello!* He oído que se aloja en una villa en *rione Prati*, ¿verdad? ¿Quieres que demos un paseo hasta allí para que te hagas una idea de cómo malvive?

Kate le dirigió una mueca traviesa, capaz de fundir un témpano.

—No me malinterpretes, ya sé cómo viven los productores de Hollywood. Solo te digo que es un negocio de mucho dinero y mucho riesgo. La gente ya solo paga por ver grandes superproducciones y los costes se están convirtiendo en una pesadilla. Es lógico que traten de aprovechar las oportunidades que se les presentan.

—Así que eso somos los italianos para vosotros, ¿eh? ¡Una oportunidad! Y yo que creía que veníais a rodar a nuestro bonito país por la comida, el sol y la música.

—Y no te olvides de los hombres guapos —dijo Kate, agradecida por poder desviar la conversación—. Los hombres guapos son lo más importante del lote. Lo sé de buena tinta.

Gino ladeó la cabeza para mirarla con intención.

—¿En serio? Yo creía que, en Los Ángeles, California, ya teníais a unos cuantos...

—Bueno... Alguno hay, sí. Pero no son como los de aquí. O, al menos, eso me han asegurado. ¿Era mentira?

Otra de esas sonrisas de ángel. Aquella chica lo descolocaba. Carraspeó:

—No. En absoluto. Es solo que, de golpe y porrazo me has convertido en el representante de los hombres guapos de Roma. Y esa es una responsabilidad que no me esperaba, la verdad.

—¿Quién ha dicho que fueses guapo, *signore* Grecchi? Yo solo te contaba por qué rodamos aquí...

Gino la miró con falso rencor. Con dos fintas y un mohín, acababa de burlarlos a él y al *Manifiesto*, poniéndolos contra las cuerdas.

Así que aquello era salir con una americana, ¿eh?

Iba a tener que hacerlo un poco mejor, o quedaría a la altura del betún. Pero, de repente, ella misma lo sacó del atolladero donde acababa de meterlo.

—¡Qué día más bonito! ¿Adónde vamos?

—Antes de decidirlo estaría bien que me dijeras qué conoces ya de Roma. Si llevas tanto tiempo aquí habrás estado en la mayoría de...

Kate bajó la cabeza, un poco avergonzada.

—Bueno, verás: lo cierto es que he estado muy ocupada. La película no se detiene nunca. Siempre hay cabos sueltos. Y yo le dije al señor Fellows que podía contar conmigo los siete días. En realidad, podría decirse que no he visto nada.

Gino la miro, incrédulo.

—¿Pero nada... de *nada*?

Ella sacudió con suavidad su melena incandescente.

—¿Sirve como atenuante haber visto tres veces *Vacaciones en Roma*?

Si se lo decía con aquel tono, le perdonaría que le hubiese disparado al Papa.

De repente, se dio cuenta de que él también sonreía.

Aquello se le había puesto realmente fácil.

Kate no había mirado el reloj ni una sola vez hasta que él le preguntó qué le apetecería comer. Estaban sentados en la escalinata de la Piazza di Spagna, bajo un sol más benévolo de lo que Gino había previsto, con la Trinità dei Monti a la espalda. Ella miraba hacia la izquierda del monumento, tratando de discernir en cuál de aquellas casas habría vivido y fallecido el poeta Keats,

uno de sus favoritos. Cuando se lo comentó, vio enseguida que no sabía de quién le estaba hablando, aunque se esforzase por disimularlo. A cualquier chico de UCLA, aquello le habría hecho perder muchos puntos. Pero lo estaba pasando tan bien con él que no le importó.

—¿Esa es la Via Condotti? —cambió de tema, mirando hacia la calle que se abría más allá de una fuente que representaba una barcaza a medio hundir.

—*Veramente!* Para haber paseado tan poco por Roma, sabes muchas cosas —se admiró.

—No he salido mucho. Pero me compré una buena guía en Los Ángeles y la he ojeado bastante. La verdad es que me moría de ganas de verlo todo. No sé por qué no lo he hecho hasta ahora. Supongo que, a veces, soy tonta.

—Eso, *signorina* O’Neil, cuesta mucho de creer.

A ella le gustó oírsele decir, aunque fingió no darle importancia.

—Pues si esa es Via Condotti, allí tiene que estar el Caffè Greco. Mi libro, que lo sabe todo, dice que es el segundo más antiguo de Italia y que entre sus clientes estaban desde Ibsen hasta Wagner. Me encantaría añadirme a la lista. Podríamos comer algo allí...

Gino hizo un cálculo mental. Via Condotti era una de las calles más chic de Roma. Siempre llena de turistas con las carteras a rebosar. A nadie de Testaccio se le ocurriría poner los pies en uno de sus locales *di gente ricca*. Pero se notaba que a Kate le apetecía mucho.

Si iba con cuidado, seguramente le alcanzaría.

—¡Claro! ¿Por qué no? —Se levantó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. Permítame, *signorina*.

Kate se levantó y se sacudió la falda. Estaba radiante. Era la primera vez que no se sentía sola desde que llegó a Roma.

Caminaron sin prisa hasta el número 86 de la Via Condotti. A Gino, el exterior no le pareció nada del otro jueves: apenas una fachada rebozada en

tono vagamente ocre, un letrero negro que rezaba ANTICO CAFFÈ GRECO, una puerta acristalada de doble hoja, protegida por un toldo semicircular, blanco, y una ventana más bien modesta, con la frase TEA ROOM impresa en el centro.

Después de todo, quizá no fuera tan caro.

Sus esperanzas se fueron al traste nada más cruzar el umbral. El interior era lujoso al viejo estilo: techos artesonados, molduras en las paredes blancas —repletas de cuadros, fotografías enmarcadas y medallones—, mesillas de mármol o de madera maciza y sillas con mullida tapicería color burdeos. Un camarero de nivea pechera y chaqué y pajarita ala de cuervo los condujo hasta una mesilla, en un rincón. A Kate se le iban los ojos detrás de los detalles más insignificantes. Gino no paraba de hacer cuentas. Decidió que no podía tomar nada, si no quería arriesgarse a hacer el ridículo. Cuando ella pidió un sándwich y una copa de vino blanco, él se excusó rápidamente con el camarero:

—*Nient'altro, grazie.*

El hombre le dedicó una mirada cargada de extrañeza.

—*Non mi sento molto bene, veramente* —se justificó el muchacho, con un ademán nervioso.

El camarero entendió. La dirección era estricta: o se consumía, o a ver el panorama desde el escaparate. Pero no tenía ningunas ganas de hacerle aquella faena al chaval. No cuando llevaba a semejante bombón del brazo.

—*Mi scussi, commendatore* —dijo muy formal, y se perdió rápidamente camino del mostrador.

—¿Sucede algo? —preguntó Kate.

—No, no. Es solo que tengo el estómago un poco revuelto y le he dicho que no me trajera nada.

Kate torció el gesto.

—¡Vaya! ¿Por qué no me lo has dicho? No hacía ninguna falta que entrásemos. ¿Quieres que nos vayamos? —Hizo ademán de levantarse—. Voy a decirle que anule el pedido.

Gino levantó la mano para detenerla.

—Por favor, *Caterina*. No. Estoy perfectamente. Es solo que no me apetece comer. No dejemos que esto nos estropee el día, ¿quieres?

Por el tono comprendió cuánto lo mortificaba aquello. Se quedó en el asiento.

—¿Seguro?

—Nunca en mi vida he estado tan seguro de algo, créeme.

Lo creyó.

El camarero le trajo a ella su copa y su sándwich y le dejó a él una jarrita con agua. Gino se lo agradeció con la mirada y él le devolvió un guiño, cómplice. Para que no se le hiciera extraño comer sola, no paró de hablar mientras ella le daba pequeños mordiscos al bocadillo. Se le ocurrió contarle que tenía la costumbre de quedarse con un pequeño recuerdo de cada una de las películas en las que había trabajado. Apenas un souvenir: un elemento minúsculo del decorado, un pañuelo, cosas así.

—¿Y ya tienes pensado qué piensas quedarte de la nuestra?

Gino la miró, dudando si debía confesárselo o no.

—Le he echado el ojo a los galones del uniforme de Rock Hudson...

Ella fingió escandalizarse:

—¿Los galones? ¡Eso es del todo inaceptable! Cuestan treinta centavos cada uno. ¿Es que pretendes arruinar, de un solo golpe, a la Fox y a Selznick Co.? ¡Italianos!

Ambos se rieron de buena gana.

—Dime... —preguntó él, por sorpresa—: ¿Cómo es posible que en todo este tiempo nadie te haya invitado a salir?

Kate se quedó en silencio. No le había dicho toda la verdad. Sí que le habían hecho un par de proposiciones para salir a cenar. Sobre todo, al principio. Pero había alguien esperándola en Los Ángeles, y a ella no le había parecido correcto. En cuanto corrió la voz entre el equipo, dejaron de intentarlo, tomándola por inexpugnable.

Es lo que ella habría querido ser: inexpugnable. Pero cada día que pasaba le costaba más. Las llamadas, al principio casi diarias, se habían ido espaciando. El bufete donde trabajaba Harold tenía un buen caso entre manos. Su gran oportunidad, si trabajaba lo suficiente como para aprovecharla. Y, además, ¿sabes cuánto cuestan las conferencias transoceánicas? ¿Lo comprendes, verdad, nena? Y sí, lo comprendía. Por supuesto que lo comprendía. Pero eso no atenuaba su soledad.

En realidad, quien no entendía nada era él.

La última bronca había estado a punto de ser definitiva. A decir verdad, Kate ya ni sabía dónde estaban.

Y, justo entonces, había aparecido Gino. En el peor de los momentos.

O en el mejor.

No quería pensar en ello. No ahora, que lo estaba pasando tan maravillosamente. No cuando volvía a sentirse guapa y pretendida.

Hizo lo único sensato que se podía hacer en aquellas situaciones: responder a la pregunta con otra.

—¿Y qué hay de ti, *signore* Grecchi? ¿No tienes una novia escondida por alguna parte? ¿O una esposa? Porque deberías saber lo que se cuenta de los italianos allá en Hollywood, California...

La imagen de Cinnia se le pasó un incómodo instante por la cabeza. ¿Por qué, si apenas habían charlado unas cuantas veces? Lo que decía Bardo no

eran más que tonterías de viejo. Hizo un ademán muy transalpino con la mano.

—Me parece que nos confundís con los franceses. Para vosotros, *americani*, todos los europeos somos iguales. Pero la verdad es que no nos parecemos en absoluto. De hecho, nuestro pasatiempo predilecto, desde hace tres mil años, es matarnos unos a otros. La última vez por poco no lo contamos...

Kate se dio cuenta de que había eludido la pregunta tanto como ella. Estuvo tentada de insistir, pero se contuvo. No tenía ningún derecho. Y lo que era aún peor, él podía hacer lo mismo.

El día estaba siendo demasiado perfecto para arriesgarse a arruinarlo.

Cuando decidieron continuar con el *tour*, Gino se las apañó para quedarse a solas con el camarero y la cuenta. Aun con la precaución de no haber pedido nada, aquello lo dejaba tieso. El hombre lo vio rascarse los bolsillos hasta casi hacerles un agujero. Al final, chasqueó la lengua y le devolvió un puñado de liras con un ademán de compasión.

—*Vai, bambino*. Lárgate antes de que me arrepienta —le soltó, señalando la puerta con la mirada—. Y que no me entere de que la dejas escapar. ¡Quién tuviera treinta años menos!

Gino se quedó mirándolo, sin estar seguro de lo que estaba pasando.

—¡Que te largues, pasmado! ¡Invita la casa! *Qualsiasi cosa per l'amore!*

Gino se apresuró a obedecer antes de que su benefactor cambiase de idea. El camarero lo vio deslizarse por el corredor a toda prisa y llegar a tiempo de abrirle la puerta a su chica. Meneó la cabeza, con una sonrisa paternalista. *Giovani!*

Volvió a la caja registradora y agregó sin remordimientos lo que le había perdonado a la cuenta de las dos parejas americanas de mediana edad que acababan de pedir *il conto*. Uno de los dos corpulentos turistas —veterano de

guerra en viaje sentimental, que llevaba sin el menor complejo unos ridículos pantalones a cuadros— pagó sin fijarse siquiera a cuánto ascendía el total.

Y, encima, le dejó una generosa propina.

¿Cómo habían podido perder la guerra contra aquellos tipos?

Empezaba a oscurecer cuando salieron de Santa Maria in Cosmedin. Kate le había pedido expresamente ir allí para ver la máscara de mármol frigio, colocada en el pronaos, que se había hecho famosa en todo el mundo gracias a *Vacaciones en Roma*. Ambos habían visto la película y recordaban la escena.

—¿Sabes que Audrey no interpretaba? —le contó Kate, plantados frente a la cara demoníaca—. La broma no estaba en el guion. Se le ocurrió a Peck y Wyler la metió en la película cuando obtuvo aquella reacción tan auténtica. Ahora, ella tiene un Oscar...

Se quedaron mirando la boca abierta y silenciosa. No había constancia de que se hubiese comido nunca a nadie, pero ni uno solo de los que habían introducido la mano en su interior había dejado de notar un cosquilleo en el estómago.

¿Quién no tiene algo que ocultar?

—¿Juntos? —le propuso Gino, arremangándose.

Kate aceptó. Metieron la mano a la vez y los dos notaron el hormigueo, aunque no hubieran podido decir si lo que lo causaban eran los secretos o el inevitable contacto con la piel del otro.

Sacaron los diez dedos intactos y se quedaron boquiabiertos, contemplándose los, sin dar crédito. Se rieron a la vez.

—La Boca está perdiendo facultades —sentenció Gino, bajándose la manga—. Somos gente del cine y en el cine *todo* es mentira. Gracias al cielo,

el público no quiere verlo y de eso nos aprovechamos nosotros: de sus ganas de soñar. Al menos, eso es lo que dice siempre Bardo. Y estoy de acuerdo con él.

—Hablas mucho de ese Bardo. Todavía no he entendido si es tu jefe o tu amigo.

—¿Bardo? Ambas cosas. Le debo mucho: trabajar en los estudios, sin ir más lejos. —Se quedó un momento pensativo y añadió—: También es la clase de trabajador por la que ningún productor debería pagar el sesenta por ciento menos. Te aseguro que no los tenéis mejores en Hollywood... California.

Kate entendió que esta vez no bromeaba. No como antes.

—Tienes razón. Cuando produzca mis propias películas te prometo que no lo haré.

—¿Vas a producir tus propias películas? ¿En serio?

—Esa es la idea. A producirlas y también me gustaría tratar de escribirlas. Por eso llevo tanto tiempo aquí... Además de por los hombres guapos, por supuesto.

—Por supuesto.

Se quedaron callados un momento. Mirándose.

—¿Y qué hay de ti, *signore* Grecchi? —Rompió ella el silencio—. ¿Serás mi diseñador de producción?

Algo se le removió por dentro. Diseñador de producción. Lo había pensado alguna vez, ¿por qué negarlo? Aunque le parecía inasequible para alguien como él.

Volvió a responder con una pregunta:

—¿Harás tus películas aquí?

—O allí. En Hollywood no falta trabajo para el que quiera probar suerte y esté dispuesto a esforzarse. Si quisieras probar, yo podría abrirte alguna

puerta... Especialmente después de haber sido un guía tan maravilloso. Estoy en deuda contigo.

—¿Lo dices en serio?

—Te doy mi palabra. Y la palabra de un O'Neil es como tener dinero en el banco. Pregunta a cualquiera en Mountain View y te dirá lo mismo.

Le tendió la mano, decidida, y fingió escupir en la palma. Gino le siguió el juego y se la estrechó. Los dos volvieron a sentir ese burbujeo en el estómago. Tardaron más de lo que hubiera sido prudente en dejar morir el apretón.

De repente, Kate sintió vértigo:

—Es tarde. Ya he abusado de ti demasiado tiempo. Debería...

—Escucha... Conozco una pequeña *trattoria* cerca de aquí. Había pensado que quizá te gustaría que fuéramos. En fin, si no tienes nada mejor que hacer, claro.

Kate solo lo dudó un momento. Al diablo con ser la chica que siempre hacía lo correcto. Estaba harta.

—Estaré encantada —dijo, meneando sus cabellos, del mismo color que el atardecer—. Eres muy amable.

Gino sonrió de oreja a oreja.

—Algún día tienes que contarme cómo puedes pasarte el día montada en semejantes tacones. Yo estaría muerto.

—Hay que ser una mujer para eso, *signore* Grecchi —respondió. Y volvió a colgarse del brazo que le ofrecía.

El lugar al que la llevó parecía el decorado de una película: paredes de ladrillos rojos, mesas menudas con manteles de hilo a cuadros y botellas de chianti reconvertidas en palmatorias. Se llamaba Positano y tenía las paredes cubiertas de fotos de aquel pueblecito de casitas blancas, que se encaramaban sobre el acantilado sin miedo alguno para asomarse a una bahía de aguas de

color esmeralda.

En aquel local tan poco pretencioso como sus precios, Gino recuperó el apetito perdido. Cenaron, bebieron un vino fresco y amable que entraba como el agua y cuando Kate empezó a sentir un mareo desconocido en la cabeza, le resultó tan agradable como lo había sido el resto de la jornada.

Se había sentado a la mesa al borde del agotamiento, pero cuando salieron estaba fresca como una rosa. La noche era tibia y fragante, como se suponía que tenían que ser las de primavera en aquella ciudad. Ella era la primera vez que las sentía así.

Ni siquiera fingió que necesitaba pensárselo cuando él le propuso ir a bailar. Hacía siglos que no bailaba. Se dio cuenta de hasta qué punto lo echaba de menos.

Se dejó llevar. De noche, las calles de Roma eran ruidosas y transitadas, nada que ver con la tranquilidad que se respiraba en Mountain View pasadas las seis. Los Ángeles era otra historia, claro. Pero con Harold iban en coche a todas partes. Apenas pisaban la acera.

Harold. Lo desterró de la cabeza.

Siguió a Gino, radiante, a lo largo de aquellas callejuelas de casas viejas e iglesias desconchadas. Jamás dejaría de sorprenderla la cantidad de templos que había en aquella ciudad. Y todos católicos. Su abuela habría estado encantada. Roma entera parecía caerse a pedazos, pero nada más engañoso. Ni los bárbaros, ni el tiempo, ni los mismísimos nazis habían podido con ella. Allí seguía: destilando aquel encanto decadente al que ninguna capital europea podía aspirar siquiera.

Ni en sueños habría sabido regresar sola a su hotel, pero no la preocupaba. Se sentía tan segura a su lado como en el salón de la casa de sus padres.

El local en el que acabaron estaba en una especie de sótano al que se llegaba bajando unas escaleras oscuras y azarosas. En otras circunstancias le

habrían resultado hasta disuasorias, pero la música que subía hasta la calle — alegre, sincopada, sugerente— disipaba cualquier duda. Gino la cogió de la mano y allá que se fueron. Estaba lleno hasta los topes, pero, de alguna forma inconcebible, quedaba espacio para poder bailar.

Kate nunca se había divertido tanto. Al salir, ya de madrugada, se toparon con un fotógrafo que conocía a Gino de vete-tú-a-saber. El cámara se quedó prendado de ella y se empeñó en sacarle unas instantáneas. Ella solo accedió a cambio de que les hiciera un par a ambos y prometiera enviárselas. Le pidió a Gino que se lo tradujera.

Certo, signorina. Nessun problema!

Posó con el mismo desparpajo con que lo habrían hecho Bella Darvi o Virginia Mayo. Coqueta y encantada mientras el *click, click* del obturador la hacía sentirse como una diosa. Pero las que más le gustaron fueron las que se hicieron juntos. Emulando a Ladd y Lake. O a Bogart y Bacall.

Llegaron a la puerta de su hotel pasada la una.

Kate se moría de ganas de que la besara. Llevaba desde la cena deseándolo con todas sus fuerzas. Desde antes, incluso.

—Gino... Lo he pasado muy bien, de verdad. Muchísimas gracias.

—Yo también he disfrutado cada momento, *Caterina*.

Caterina. Le gustaba cómo sonaba cuando se lo decía.

Se miraron a los ojos. Ella había estado evitando hacerlo desde hacía un buen rato. Tenía miedo de caerse dentro si se atrevía.

Nunca le había dado motivos a Harold para que le reprochase nada. No era esa clase de chica.

De repente, sintió un nudo en la garganta. Le besó fugazmente en la comisura de los labios y salió huyendo, atemorizada de lo que pasaría si se quedaba un segundo más a su lado.

—¡Buenas noches! —gritó sin volver la cabeza, para no tener que soportar

su mirada.

Fiore resopló y se obligó a continuar empujando al ritmo de los gemidos de la mujer, cada vez más frecuentes y estrepitosos. Que aullase de esa manera cuando lo tenía encima era uno de los motivos de que ya no viese a ninguna otra prostituta que no fuera ella. Aquellos maullidos de gata en celo lo excitaban hasta el punto de hacerle olvidar los años y conseguir que se sintiera otra vez como el Casanova que siempre había creído ser.

Estaba a punto. Un par de sacudidas espasmódicas, un gruñido, un placentero estremecimiento y un suspiro final que acompañó al movimiento de descabalgarla y quedarse tendido a su lado, resollando.

Liberada, la mujer armonizó la respiración y se quedó mirando el techo. Algunas veces, aquel galán marchito todavía era capaz de llevarla al orgasmo, o a algo que se le pareciera, pero hoy no. Profesional, se había asegurado de echarle el teatro suficiente para que él no fuese capaz de distinguir la diferencia.

Había que cuidar a la clientela.

Siguiendo la costumbre, Loredana se inclinó sobre la mesilla de noche, sacó dos cigarrillos de la cajetilla —Muratti, nada de esos apestosos Nazionali—, los encendió y le pasó uno. Aspiró el suyo y se tragó el humo. Superados los cincuenta, todavía le quedaban jirones de una belleza vulgar y belicosa, aunque la mujer gorda que vivía en su interior estaba ganando por fin la larga batalla que había librado durante toda la vida para que la dejase salir. En los últimos tiempos se le habían ensanchado las caderas, había aumentado una talla y media de sujetador y ya no podía embutirse dentro de

las faldas que se amontonaban, inútiles, en su armario.

Costaba reconocer en ella a la espléndida muchacha que había levantado pasiones entre los jerarcas fascistas hasta conseguir que un subsecretario le pusiera un piso en la mismísima Via del Corso. Desde que una turba de zorras envidiosas la sacase de allí a patadas, pocos días después de la liberación, el resto había sido una cuesta abajo imparable.

Por eso tenía cierta debilidad por Fiore: sus historias se parecían mucho. Si el Duce hubiera sido capaz de cumplir la mitad de sus bravatas, ahora ambos vivirían en el *rione* Prati y se quitarían a los moscones de encima con indulgencia.

¿Quién hubiese podido adivinar que Mussolini no era un semidiós, sino solamente un fantoche?

Echó otra calada y esta vez expulsó el humo, que escribió ininteligibles caracteres cúficos en el ambiente, antes de desvanecerse. Se volvió para mirar a Fiore, que fumaba en silencio, los ojos fijos en la pintura agrietada del techo. Nunca estaba tan callado.

—*Che ti prende, bello?* Ni que se te hubiera comido la lengua el gato.

Su voz lo trajo de regreso al mundo. Aplastó la colilla en el cenicero a rebosar y se incorporó, fingiendo sorpresa.

—*Niente.* ¿Por qué lo dices?

Ella le devolvió una mueca sarcástica.

—Mira, guapo: puede que haga esto por dinero. Pero sé con quién me voy a la cama. Y a ti no te conocería mejor si nos hubiera bendecido un cura. Puedes contármelo o no, eso es cosa tuya. Pero no creas ni por un segundo que puedes engañarme.

Fiore encajó aquellas palabras. ¿Cuánto hacía que se acostaba con Loredana? ¿Siete años? ¿Diez? Algo así. En cierto sentido, había sido su relación más duradera. No era tan idiota como para estar enamorado de una

cortesana, pero tampoco le era indiferente. Si lo fuese, ya se habría buscado a otra más joven y más delgada. Y, en cambio, allí estaba: ansioso por perderse entre aquellos pechos descomunales y de que se lo comiesen sus labios expertos.

De hecho, se sentía halagado de que ella se preocupase por sus cuitas.

—¿Me das otro? —dijo señalando el elegante paquete de Muratti.

Ella se lo alcanzó, y también las cerillas. Fiore encendió uno y se los devolvió.

—Te conté que había estado casado, ¿verdad?

Loredana lo recordaba vagamente. Su ademán, en cambio, fue de una seguridad que no admitía lugar a dudas.

—¿Y te conté también que tengo una hija? —Era una pregunta retórica—. Pues resulta que se casa este verano. Con un buen muchacho, según dicen. Maestro de escuela.

Volvió a callarse. Ella no le dio prisas. Hacía mucho que había dejado de contar el tiempo cuando estaban juntos.

—Fui una mierda de marido —continuó Fiore, tras tomarse su tiempo—. Y soy todavía peor padre. Eso ni lo niego ni tiene remedio. Pero por una vez en la vida quise hacer las cosas bien y pagarle la boda a Michela. Me armé de valor, fui a hablar con Lucia y se lo ofrecí. Lo pagaría todo. Hasta la última lira. ¿Sabes qué dijo? Adelante, *cazzo*, sé un padre por una vez en tu vida. Pero no creas que eso te dará derecho a llevarla al altar. Tu dinero será bienvenido, si te empeñas. Tú, ni de cuerpo presente.

Loredana soltó un silbido de admiración.

—*Cavolo*, tuvo que haberte querido mucho para odiarte tanto...

Fiore bajó la cabeza. Sí, Lucia lo había amado más que ninguna otra mujer de su vida. Él, a cambio, había hecho lo de siempre: ser irresistible un tercio del tiempo y un hijo de mala madre las otras dos terceras partes. Pero,

precisamente por lo mucho que ella lo había adorado, el poso que había quedado al final era doblemente amargo. Tiempo atrás, la habría molido a palos sin dudarlo por hablarle así. Hoy, con la perspectiva que le daban los años, lo único que se veía capaz de hacer era callarse.

—¡Nunca te creerías lo que cuesta una puta boda! ¡El vestido! ¡Las flores! ¡El banquete! ¡El fotógrafo! ¡La música! ¡Incluso el maldito cura quiere su parte del pastel! Y una vez que empiezas nada es suficientemente bueno. Una *maledetta* locura.

Loredana sacudió la cabeza. No había llegado a casarse, aunque una vez un hombre se lo había pedido y ella le había dicho que sí. La confirmación de que hasta ella había sido ingenua alguna vez.

Los hombres solo se casan con las putas en las películas...

Fiore continuaba desahogándose:

—El dinero se terminó enseguida. Pero las facturas no paraban de llegar. Cuando quise darme cuenta ya era demasiado tarde: Lucia se estaba vengando. ¡Y cómo! Todo era lo mejor de lo mejor. Como si la novia fuera la niña de los Borghese o los Montefeltro y no la hija de un don nadie. Tuve que pedir prestado. Mucho. Ni yo me creo cuánto...

—Creía que tenías un buen trabajo, ¿no? —preguntó ella, sorprendida—. En el mundo del cine. ¿Los actores no ganáis mucho dinero?

Al contrario que al resto del mundo, a Loredana no le gustaban las películas. Apenas había entrado en una sala de cine un par de veces en toda su vida. Y seguramente se moriría sin volver a entrar.

—*Algunos* actores ganan mucho dinero —puntualizó él—. Pero yo ya no soy actor. Lo fui. Antes de la guerra. Iba para estrella, ¿sabes? Salí en *Luciano Serra, pilota* y en *Mia moglie si diverte*. ¿No las viste? —Loredana negó cansinamente con la cabeza—. Y estaban pensando en darme un protagonista cuando invadimos Grecia. Pero eso lo cambió todo. En el 44

todavía hice un papel importante en *Fiori d'arancio*, con Andreina Carli. Pero la película nunca llegó a estrenarse. La *Repubblica Sociale* se fue al carajo antes de que la tuviesen montada y yo tuve mucha suerte de no acabar colgado bocabajo, como el Duce...

Se interrumpió. No tenía ganas de recordar a quién se había tenido que vender ni los culos que tuvo que lamer para eludir el patíbulo. A Loredana no le hacía falta. Ella había hecho más o menos lo mismo, aunque le pesaba menos. A ella, Claretta Pettaci no le parecía una mártir, le parecía una pobre idiota.

—Trabajo en Cinecittà —recuperó el hilo—. Pero solo soy capataz. Aunque viviera tres vidas no podría permitirme todo lo que Lucia me ha obligado a gastar. Ahora debo mucho dinero. Muchísimo. Y no tardarán en reclamármelo. Esa gente no se anda con...

Dejó la frase en suspenso, aplastó la colilla en el cenicero y se levantó de la cama. Se fue arrastrando los pies hasta la silla donde había dejado la ropa, cuidadosamente plegada, y empezó a vestirse. En calzoncillos, Fiore parecía mucho más mustio de lo que aparentaba bien vestido y acicalado. La guerra no le había sentado bien a nadie. Y aún menos a los que habían perdido.

Mientras lo veía enfundarse el *attrezzo* de su personaje, a Loredana se le encendió una luz. Se inclinó hacia delante y sus senos de *maggiorata* oscilaron como dos campanas del Vaticano llamando pesadamente a los devotos.

—Entonces ¿trabajas con los *americani*? —preguntó con fingida indiferencia.

Él asintió con desdén.

—Sí. Tantos años después y vuelvo a tener que pasarme el día diciendo *yes, sir. OK, sir*. Es como una maldición. Esa gente es *insopportabile*.

—Dime: ¿Son tan ricos como aparentan?

A Fiore la pregunta le extrañó un poco, pero la respondió igual.

—No todos. Pero los peces gordos sí. Deberías ver los coches y las joyas que gastan el mandamás y su mujer, esa prima donna que se cree que todavía es joven.

Loredana tuvo que hacer un esfuerzo para disimular el efecto que le producía aquella revelación.

—¿Los ves con frecuencia?

¿No quedábamos en que el cine no le gustaba? ¿A qué tanto interés por los *americani*? Se agachó con esfuerzo para atarse los cordones.

—En realidad, no. Mi trabajo se hace casi todo antes de que lleguen los actores. Ahora, ya estoy con los decorados de otra película. Además, han tenido no sé qué problemas con el director y el rodaje está medio parado. Pero cuando lo retomen, ella tendrá que rodar cada día durante seis o siete semanas. Y Cinecittà es grande, pero no tanto. ¿Por qué? ¿Quieres que le pida un autógrafo? —Se calló un momento y luego se vio obligado a añadir —: Te aseguro que, con sus años, tú le dabas diez vueltas a esa Jennifer Jones.

Loredana no habría podido identificar a la tal Jones en una rueda de reconocimiento, pero sabía perfectamente cómo había sido ella, y estaba convencida de que no era un cumplido sin más. Todas aquellas rubias frías y endeble no podían competir con la voluptuosidad de una *donna* italiana de verdad.

—Escucha, Fiore... Tengo un amigo que podría echarle una mano con ese asunto de la deuda. Siempre y cuando tú no seas muy remilgado... Ya me entiendes... ¿Te interesaría?

El tiempo de los remilgos había pasado para Fiore. Si no conseguía la pasta, y de prisa, las cosas iban a ponerse feas de verdad. Sin terminar de entender lo que le estaba sugiriendo, aceptó.

Ella volvió a hacer oscilar sus opulencias, esta vez a propósito, cuando se incorporó para despedirlo. Fiore la besó en la boca y sintió el roce de la punta de las uñas contra la perilla. La entrepierna, hasta entonces exhausta, resucitó como por ensalmo.

—La próxima vez que vengas te diré algo —le prometió, echando el anzuelo antes soltar el sedal—. Y no seas tan caro de ver, guapo. Ya sabes cuánto disfruto de nuestros ratitos juntos.

Fiore asintió. *No más que yo.*

Tenía la mano en el pomo de la cerradura cuando oyó cómo ella carraspeaba.

—Guapo, ¿no te olvidas de nada?

Resignado, se dio media vuelta y dejó los billetes que llevaba preparados sobre la cómoda que había junto a la puerta.

—¿Entonces, la besaste sí o no?

Gino vaciló. La verdad, por mal que le hiciera quedar, era que no estaba seguro. Aquel último beso apresurado, tan cerca de la boca, ¿contaba como un beso auténtico?

—Podría decirse que sí...

—¿Podría decirse? —Bardo lo contempló, socarrón—. ¡Podría decirse! Mira, *bambino*, admito que los tiempos han cambiado mucho y todo eso. Pero... ¿tanto? Porque en mis tiempos si besabas a una chica luego no tenías dudas. O sí, o no.

Gino se revolvió:

—Viejo... ¿Has besado nunca a una americana?

Aquella salida pilló a Bardo a contrapié.

—No... —Tuvo que admitir.

—Pues entonces no pretendas darme lecciones. —Se alzó, triunfante, el joven—. Las americanas son otra cosa. ¡Otro mundo! En América el juego es muy diferente, ¿sabes? ¿O es que no lo ves en las películas? Allí ellas llevan la iniciativa. Piensa en Barbara Stanwyck en *La fiamma del peccato*. O en Lana Turner en *Il postino suona sempre due volte*.

A Bardo le gustaban las buenas películas, y le gustaban la Turner y la Stanwyck tanto como a cualquiera. Pero no tragaba con que aquello fuese el pan de cada día. Ni en América, ni en ninguna otra parte.

—¿Me estás diciendo que tu americana es como Barbara Stanwyck? ¿Con esclava y todo? —Todavía insistió el veterano, recordando la escena del film

de Billy Wilder donde se sentaba, cruzando las piernas, para que se viera bien la alhaja que llevaba puesta en el tobillo y seducir al desventurado Fred MacMurray.

—Te estoy diciendo que Italia es Italia, y América es América. Y lo que vale aquí, no vale allí. Así que no hables de lo que no sabes, anciano. —Se paró un momento para tomar aire, y remató el argumento—: En cuanto a Kate... es mucho más guapa que la Stanwyck. Es incluso más hermosa que Alida Valli, ¡mira lo que te digo!

El muchacho había cruzado una línea roja, a sabiendas. En el universo de Bardo, ninguna mujer era más hermosa que Alida Valli. ¡*Ninguna!* Pero antes de que su mentor pudiera poner el grito en el cielo, se le adelantó contándole la insinuación de Kate sobre ayudarlo a abrirse paso en Hollywood.

Bardo se olvidó de la Valli y dejó escapar un silbido. ¡Hollywood!

—*Tu vuo fare l'americano, ¿eh?* Eso son palabras mayores, *ragazzo...*

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso no crees que sea capaz de hacerlo? ¿Piensas que me viene grande?

Bardo abandonó el tono relajado que había estado usando hasta entonces. La conversación tomaba un derrotero inesperado.

—En absoluto, hijo. —Su voz sonaba como pocas veces la había oído Gino—. Es solo que, a veces, lo que uno sueña no es exactamente igual cuando lo consigue. Verás, en estos últimos años he conocido a muchos colegas americanos. Algunos mejores que nosotros y otros, peores. La mayoría mucho más ricos, eso no se discute. Pero ninguno me ha dado motivos para pensar que estaría mejor trabajando en Hollywood que aquí. Tú tienes capacidad de sobra, Gino. De eso estoy seguro. Pero hay decisiones que uno debe meditar mucho, porque no tienen vuelta atrás.

El joven no estaba de acuerdo.

—Exageras. Italia seguirá estando aquí si decido regresar.

—Italia, puede. Pero ¿qué me dices de la *cucitrice*? A ella no podrás regresar por mucho que lo quieras. ¿Has pensado en eso cuando sueñas con Sunset Boulevard?

Bardo tenía esa facilidad innata para meter el dedo en la llaga. Pero esta vez no lo hacía con su picardía habitual. Gino se sintió incómodo.

—¿Qué pasa con ella? Si apenas nos conocemos. Y tú, dale que dale: ¡Cinnia por aquí, Cinnia por allá! Te pones muy pesado con esa chica, Bardo. Estoy empezando a pensar que deberías ser tú quien le pidiese salir.

Bardo no se ofendió por el tono, demasiado rudo. Conocía a su protegido y sabía que solo significaba que había llegado al hueso.

—Mira, chaval: cuando tengas mis años habrá cosas que dirás con menos ligereza, te lo aseguro. En cuanto a mí, estaré viejo y se me habrán pasado los días de correr detrás de *le ragazze*. Pero sigo teniendo ojos y oídos, y te diré algo: antes de que apareciera esa americana tuya, no podías apartar los ojos de la puerta, esperando ver llegar a Cinnia. Y, o yo no he aprendido nada en una vida entera de observar a las mujeres, o ella tampoco podía esperar a pasar por ese umbral para verte. Eso quiere decir algo, Gino. De manera que no me engañes. Y, peor aún, no te engañes a ti mismo.

Va bene. Estaban hablando en serio, y mucho. Gino sintió que debía disculparse:

—Perdona, Bardo. Ya me conoces: a veces digo tonterías. Sí, tienes razón: Cinnia es un verdadero encanto. Habría que ser *pazzo* para no darse cuenta. Pero ni siquiera hemos llegado a salir una vez. Y Kate... Bueno, algo como Kate solo pasa una vez en la vida. Tampoco creo que pudiera hacerme viejo pensando que la dejé ir, sin más. Es una oportunidad única, ¿no te parece?

Gino casi pegó un brinco cuando oyó un carraspeo a sus espaldas y una voz dulce, que conocía bien:

—¿Qué oportunidad es esa, Gino? Vaya, si es que no me estoy metiendo

donde no me llaman...

Se dio la vuelta, boquiabierto, y se encontró con Cinnia, que le dedicaba una sonrisa que ya la hubiese querido Audrey Hepburn.

Bardo la había visto llegar y sabía que solo había podido oír la última frase. Se apresuró a intervenir antes de que el muchacho se metiese en un jardín:

—*Ciao. Buon girono, Cinnia!* —la saludó, zalamero como siempre—. Tranquila, que no es ningún secreto. Le estaba comentado a Gino los cambios que va a haber de cara a la próxima película. Resulta que hay un puesto vacante de jefe de cuadrilla...

—¡Qué gran noticia, Gino! —se apresuró a decir ella, con campanillas en la voz—. Estoy segura de que lo harás muy bien. Si decides aceptar, claro.

Él todavía no se había repuesto del sobresalto. No estaba seguro de qué decir.

—Sí. Bueno, yo...

De nuevo, Bardo no le dejó equivocarse:

—¿Lo ves, chico? Incluso el departamento de vestuario cree que eres el hombre adecuado para el puesto. Y si lo dice vestuario, ¡va a misa! Ellos son los únicos indispensables en esta industria. Puedes hacer una película sin decorados, sin sonido y, muchas veces, sin director. Pero nunca con los actores desnudos...

Cinnia se rio con la ocurrencia. La *signora* Bianchetti la encontraría divertida, seguro. Volvió a mirar al muchacho:

—El caso es que yo había venido a pedirte un favor...

—Os dejo solos —se apresuró Bardo a quitarse de en medio—. Hay una superproducción que no sobrevivirá si alguien no le dedica un poco de cariño. Ha sido un placer.

Estrechó la mano de la muchacha con calidez y se fue hacia el otro

extremo del plató.

—Es un hombre encantador, ¿no te parece? —dijo Cinnia para no entrar enseguida en el tema—. ¡Qué suerte tenerlo como jefe!

—¿La *signora* Bianchetti es muy dura?

—¡Oh! Puede serlo, cuando hace falta. Pero no me quejo en absoluto. Aunque no es como él...

—Ya. *Nadie* es como él, eso seguro. En fin, ¿qué puedo hacer por ti? Creía que todo estaba decidido.

Cinnia sacudió la cabeza. Se la notaba un poco incómoda.

—Verás... La verdad es que no sé cómo decirte esto... No se trata de la película. Es un asunto... personal.

—Puedes pedirme lo que sea, ya lo sabes.

—¿En serio? —Lo dijo de una manera que él habría salido a matar un dragón—. Verás, tenemos un problema en casa. Hay un viejo armario donde mi madre lo guarda casi todo y que está a punto de decir basta. Mi padre... En fin, dejémoslo en que no es ningún manitas. Y ahora mismo no podemos ni pensar en comprar uno nuevo. Ni siquiera en pagar lo que costaría repararlo. Había pensado que quizá tú... —Terminó la frase con un gracioso mohín.

¿Eso era todo? ¿Un armario? Comparado con el dragón que estaba dispuesto a trocear para verla sonreír, parecía bastante sencillo. No necesitaría ni armadura, ni lanza. Solo el martillo y unos cuantos clavos.

—Le echaré un vistazo con mucho gusto.

Ella suspiró, aliviada.

—¿Lo harás? ¡Eres un cielo! ¿Adónde te lo llevamos?

Gino arqueó las cejas:

—Si está como dices, no creo que moverlo sea una buena idea. Además, has dicho que era enorme. Lo mejor sería que fuese yo a tu casa.

—Pero no puedo pedirte eso. Es demasiada molestia...

—En absoluto. ¿Dónde vives?

Ella le dio una dirección en el Trastevere. Gino asintió. Un sitio céntrico, pero sin pretensiones. No le costaría nada llegar en *tram*.

—Podría ir el sábado, si te parece —sugirió—. Falta un poco, pero entre semana estamos bastante pillados aquí. Y no quiero molestar ni a tu familia ni a los vecinos con los martillazos...

—El sábado será perfecto —respondió ella, como si no lo tuviese planeado.

—Pues cuenta con ello.

Cinnia juntó las manos sobre su falda plisada de color crema. Por más que buscaba una excusa para quedarse un poco más, no se le ocurría nada. Al final, no le quedó sino empezar a arrastrar los pies hacia la puerta.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Gino. Nos haces un favor muy grande a mi familia y a mí.

—No exageres. Es lo menos que puedo hacer.

La miró a los ojos. Los tenía de un marrón meridional. Nada que ver con el aguamarina de Kate. Pero le sentaban bien. A juego con el largo pelo castaño, la naricilla ligeramente arremangada y la boca carnosa, que dejaba adivinar unos incisivos grandes y muy blancos. Sus miradas se quedaron prendidas hasta que, por fin, Cinnia no logró reprimir un impulso.

Se puso de puntillas y le besó fugazmente la mejilla.

—Te veo el sábado —le musitó—. Muchas gracias.

Él barbotó una despedida y la siguió con la mirada hasta que la vio salir del plató.

A su espalda, Gino oyó la voz ajada de Bardo, entonando con bastante solvencia las primeras notas de *Parlami d'amore Mariù*. Se volvió para encontrarse con su expresión, a caballo entre juguetona y compasiva:

*Parlami d'amore Mariù
Tutta la mia vita sei tu
Gli occhi tuoi belli, brillano
Fiamme di sogno, scintillano*

El maestro carpintero dejó de tararear, se rascó la cabeza y la meneó, en un gesto reservado a los que no tienen remedio.

—Muchacho, jamás creí que llegaría a decirte esto, pero ahora mismo no querría estar en tu pellejo. Por nada del mundo...

El DC-7C inclinó ligeramente el morro para iniciar la maniobra de aproximación al aeropuerto de Ciampino. Mientras el capitán anunciaba por megafonía la inminencia del aterrizaje, en la cabina se escucharon los resoplidos aliviados de los pasajeros, exhaustos tras el interminable viaje transoceánico. Enseguida, estirar de brazos y piernas, compartimentos que se abrían en busca del equipaje de mano para ponerse mínimamente presentable y proliferación de comentarios satisfechos por lo bien que había ido el vuelo.

Solo unos cuantos minutos más, era el pensamiento general.

En su asiento de primera clase, Charles Vidor cerró de golpe el voluminoso guion de *Adiós a las armas* y encendió el enésimo Lucky. Lo había leído tres veces seguidas: una atravesando Estados Unidos, la otra en mitad del Atlántico y la última, mientras sobrevolaban Europa.

¿Le había gustado?

Solo a medias.

Eso era un problema, porque en Los Ángeles, antes de firmar el contrato, Barry le había hecho notar varias veces cuantísimo le gustaba el guion a Selznick.

Y, hasta donde lo conocía, Barry Brannen no solía repetir las cosas.

Se alisó el traje oscuro y se ajustó la corbata con motivos geométricos que le había elegido Doris. Ella había preferido no acompañarlo esta vez; Michael y Brian estaban en mitad del curso y se preveía un rodaje a contrarreloj, de

esos en los que la compañía de una esposa solo es un estorbo adicional. *Pásalo bien, querido... Pero no demasiado*, se había limitado a decirle mientras le cerraba la maleta con las cuatro cosas que se llevaba. El resto, ya se lo compraría alguien en Roma.

Se pasó un peine por el pelo —abundante pero prematuramente blanco, todavía no había cumplido los cincuenta y siete— y salió a la escalerilla del avión. Le sorprendió ver la cantidad de periodistas, cámaras y micrófonos que lo esperaban a pie de pista. Llevaba casi treinta años en el negocio y había dirigido películas que habían dado dinero. Incluso mucho dinero. Pero no era un gurú como Ford, Wilder o Capra y nunca lo sería.

No estaba acostumbrado a merecer tanta atención.

No le disgustó. Bajó los escalones saludando con la mano y se dejó rodear por los reporteros que empezaron a agujijonearlo a base de preguntas formuladas en ese inglés cantarín del que solo son capaces los italianos: *¿Cómo afronta este reto, señor Vidor? ¿Es difícil terminar una película que ha empezado otro? ¿Qué opina de la pareja que forman Jennifer Jones y Rock Hudson? ¿Había estado antes en Italia? ¿Conoce el trabajo de Vittorio de Sica? ¿Qué le parecen los rumores sobre los innumerables problemas y tensiones que rodean la película?*

Todo sonrisas y pelo entrecano, se abrió paso entre el interrogatorio intentando responder de la forma más anodina posible: Italia era maravillosa. Rock y Jennifer, increíbles. De Sica, un maestro con quien, seguro, pasaría grandes momentos. La película, un caramelo para cualquier director.

Y, por encima de todo: el rodaje era una balsa de aceite y él venía para asegurarse de que continuase así, o mejorase todavía un poco más.

Y ahora, si lo disculpaban, muchas gracias por haber venido, pero había tenido un vuelo muy largo...

Kate lo observó acercarse a la terminal, rodeado de *paparazzi*. Era un poco más bajo y con los hombros más estrechos de lo que se había imaginado, pero tenía la mirada despierta y una boca de labios finos, que delataban carácter. Se había informado sobre él: un austrohúngaro que se había ganado la vida como cantante en Broadway a su llegada a Estados Unidos y que luego había ahorrado lo suficiente para pagarse su propio debut como director. Después, trabajitos para la RKO y la Paramount hasta firmar en exclusiva con la Columbia, donde había rodado la película de mayor éxito de la historia del estudio: *Gilda*.

A cualquier otro, eso le habría servido de algo. Pero la Columbia era el coto privado de Harry Cohn y este trataba igual a todo el mundo: como una mierda. Vidor creía que se merecía algo más y había terminado llevando al magnate a los tribunales, acusándole de explotación y violencia verbal. Pero el hijo de perra había contraatacado haciendo subir al estrado a Glenn Ford y Steven Geray, que lo habían acusado de hacer exactamente lo mismo con ellos. Al final, el juicio solo había servido para desvincularlo del estudio. Un tipejo como Harry Cohn no habría dejado las cosas así como así, pero él acababa de casarse con Doris, la hija del mismísimo Jack Warner. Y nadie quería a los Warner como enemigos. De manera que había tenido que conformarse con mandarle al diablo, deseándole una muerte próxima y dolorosa.

Vamos, que el partido había terminado en un empate que no había dejado satisfecho a nadie, pero a todos enteros.

Kate echó a andar para ir a recibirlo antes de que entrase en la terminal. Continuaba pensando que contratarlo había sido un error. Un italiano habría sido mucho mejor opción: más barato y sin el parón que había supuesto esperar a que alguien viniera de Hollywood. Además, Vidor no le parecía un cineasta especialmente dotado. *Gilda* era un clásico, nadie lo discutía. Y

Quiéreme o déjame y *Las modelos* tampoco estaban mal. Incluso *El fabuloso Andersen* se dejaba ver con agrado. Pero con demasiada frecuencia hacía cosas que terminaban resultando pesadas. Y lo que el público no perdonaba nunca era que lo aburrieran.

En fin, ellos sabrían...

—¿Señor Vidor? Bienvenido a Roma. Mi nombre es Kate O’Neil. Soy la secretaria del señor Fellows. Le pide mil disculpas por no haber venido a recibirlo, señor. Ya sabe: rodajes... La verdad es que todo el mundo le está esperando como agua de mayo.

Vidor le estrechó la mano con seguridad. Un apretón viril. Casi militar. Le habría gustado que Fellows fuese a recibirlo en persona, pero había que reconocerle que sabía hacerse perdonar. Si de él dependiera, sería un bombón como ese quien protagonizaría la película con Hudson, y no Jennifer.

Seguro que Hemingway estaría de acuerdo con él.

Por otro lado, después de haberse empapado de guion, su impresión era que, aunque Hecht y Selznick habían querido dar su versión de la historia, todavía le habían sido demasiado fieles al texto original. Si era cierto que Huston se había largado porque creía que respetaban poco el libro, él no podía estar en mayor desacuerdo.

Claro que eso no era ninguna novedad.

No necesitaba haber visto nunca a Huston para saber la clase de imbécil que era. Solo había tres cosas que le importasen en esta vida: el whisky de malta, las armas de fuego y las mujeres guapas. Y no perdía oportunidad de proclamarlo a los cuatro vientos. El cine era solo una manera agradable de pagarse todos sus caprichos.

Todavía no entendía cómo Evelyn había podido casarse con un tipo así. Si

se había divorciado de él por sus líos de faldas, ¿qué esperaba encontrarse al lado de un pichabrava como Huston?

Nunca entendería a las mujeres. Y menos aún a las guapas. Por eso su matrimonio con Doris era tan fácil de llevar.

—Supongo que estará cansado después del viaje, señor. Pero tengo que advertirle que todo el mundo está haciendo cola para hablar con usted. Después de... —buscó una manera de decirlo sin mencionar a su predecesor—... del retraso, no hay un solo departamento que no tenga una lista de cosas que acordar.

—Entiendo —dijo Vidor, encendiendo un cigarrillo, mientras la seguía a través del control de pasaportes. Kate ya se había encargado de que los *carabinieri* no los hicieran esperar—. Empezaremos inmediatamente. ¿Va a ser usted mi secretaria, señorita O'Neil?

—No, no señor. El señor Fellows no ha querido contratar a nadie sin consultarle a usted antes. Pero tampoco se ha despedido a Harriet, la antigua secretaria del señor Huston. No tiene por qué aceptarla, pero, si me permite el consejo, es una persona muy competente y ya está familiarizada con la película.

Vidor lo pensó un momento. No le seducía la idea de recoger lo que John Huston había tirado a la papelera. Pero no podía perder tiempo con minucias. Además, conservándola quedaría bien delante del equipo.

—Bien —aceptó—. La probaré. Si es tan buena como usted dice, no habrá problema en que conserve el puesto.

—Estará muy contenta. —Sonrió Kate, que conocía hasta qué punto necesitaba su compañera el puesto—. Y no se arrepentirá.

—Si lo hago, usted será la responsable —dijo Vidor, mezclando aquella advertencia con el humo del Lucky Strike. Kate no estuvo segura de hasta qué punto hablaba en serio.

Atravesaron la terminal seguidos por las miradas curiosas de los pasajeros que, pese a no reconocerlos, adivinaban que eran alguien por el cortejo que formaban. Llegaron así hasta la limusina, aparcada frente a la puerta de la terminal. Estacionar allí estaba prohibidísimo, pero los *carabinieri* siempre miraban hacia otro lado cuando se trataba de la gente de Hollywood. Se montaron sin más dilación y emprendieron el camino a Roma.

Kate todavía tenía temas que despachar con Vidor, pero su gesto de cansancio la convenció de que no era el mejor momento. No tenía precisamente fama de dócil. Prefirió dejarle un poco de espacio. Si habían esperado todos aquellos días, podían esperar un poco más antes de sepultarlo con los temas del rodaje. Vidor necesitaba una ducha.

El cineasta fumaba en silencio mientras veía acercarse la ciudad por la ventanilla. ¿Selznick sería tan insoportable como decían todos? No conocía ni una sola persona a la que le cayera bien. Lógico: cambiaba constantemente de opinión, quería tener a todo el mundo trabajando dieciocho horas diarias y nunca admitía que pudiese estar equivocado. Se había hecho famoso por sus interminables memorandos, ahora feroces, ahora condescendientes, pero siempre puntillosos y críticos.

Jamás aceptaba nada que no considerase perfecto, aunque ese concepto fuese de lo más difuso.

¿Quién podía trabajar con alguien así?

Bueno, *él* podría. Si había pasado diez años bajo la bota del malnacido de Cohn, es que era capaz de cualquier cosa, ¿no?

Sí. Por supuesto que sí.

Hollywood hervía de rumores con aquella película. Selznick quería demostrarle a todo el mundo que todavía no estaba acabado. Que continuaba siendo el mejor. *Adiós a las armas* iba a ser su regreso por la puerta grande. Su nuevo *Lo que el viento se llevó*. Y, por uno de esos azares que, a veces,

juegan a tu favor, había ido a caerle a él.

Pensó en qué había significado *Lo que el viento se llevó* para la carrera de alguien como Victor Fleming. Antes de que Selznick decidiera echar a George Cukor para dársela, no era mejor cineasta que él ahora: un artesano fiable, sin premios ni reconocimientos, al que se le podían confiar toda clase de títulos. Pero llegó el gran productor y le hizo ganar un Oscar y jugar siempre en primera a partir de entonces.

Él también podía jugar en primera. Manejar grandes presupuestos. Dirigir siempre a estrellas. Tener el control de su obra. Ganar premios. Podía hacerlo y aquella película sería la llave que le abriría todas las puertas.

Así y todo, había vacilado antes de aceptarla. El caramelo que le ofrecían estaba envenenado, lo sabía perfectamente. La cola de los que esperaban que la película terminase siendo un elefante blanco crecía a ojos vistas. Las noticias de las trifulcas de Selznick con Huston se leían con regodeo en Nueva York. Y cada contratiempo que salía a la luz provocaba risitas malévolas en los salones y las terrazas de las mansiones de Bel-Air.

Eso nunca había sido bueno para ninguna película.

Acababa de decirles a los periodistas que el rodaje era una balsa de aceite, pero la verdad era que, por lo que sabía, se parecía más a una bomba de relojería. Y él tenía que evitar que estallase, si no quería que la explosión se lo llevara por delante también.

Pensó otra vez en Fleming. No recordaba en qué ocasión había soltado una de aquellas frases, de gran cineasta, que hacían babear a los paletos que escriben sobre cine. ¿Cómo era? ¡Ah, sí! *No te pongas nervioso, los obstáculos hacen mejores a las películas.*

¿Y eso lo decía el tipo que a los tres meses de rodaje con Selznick se había derrumbado y había tenido que ser sustituido por Sam Wood, para que la película no se detuviera otra vez? ¿Y que, cuando regresó, tuvo que compartir

el plató con él, aunque al final solo su nombre apareciese en los títulos de crédito?

¿Los obstáculos hacen mejores a las películas?

Sí, ya.

Los obstáculos de los demás.

Tras comprobar que no sacaría nada en claro de Vidor hasta que se hubiera dado una ducha, Kate se recostó en el asiento trasero del coche y se concedió un respiro. La llegada del nuevo director había reactivado a todo el mundo y llevaba días sin parar.

Estaba exhausta.

Antes no le habría importado. Al contrario, incluso habría dado gracias por poder conjurar la soledad manteniéndose ocupada.

Pero su día con Gino lo había puesto todo patas arriba.

Se sorprendía pensando en él en los momentos más inoportunos. Deseaba verlo aparecer cada vez que ponía los pies en Cinecittà. Esperaba que fuera él cada vez que sonaba el teléfono, aunque sabía perfectamente que no tenía su número.

No se había sentido así desde la época de su baile de graduación, cuando estuvo semanas aguardando a que Tommy Robinson le pidiese que fuera su pareja.

Era extraño. Le gustaba y la incomodaba a partes iguales. Sentir algo por un chico era excitante como beberse una copa de champán. No solía beber, pero una copa de vez en cuando. Hummm. Sin embargo, estar tan pendiente de alguien también la hacía sentirse como una idiota. Como la mujercita que había decidido no ser nunca y de la que estaba tratando de escapar a base de trabajo y dedicación.

Por no hablar de Harold... Aunque al diablo con él. Ni siquiera había vuelto a llamarla.

Debería haberlo besado, se reprendió por enésima vez. Su comportamiento frente al hotel había sido ambiguo. ¿Era posible que Gino creyese que no quería volver a verlo? Pensó en si le sería posible localizarla, de desearlo. No era fácil, pero tampoco imposible. Aunque después de cómo había terminado la noche...

Trabajaba en un negocio en el que todo el mundo se lo hacía con todo el mundo y ella era incapaz de besar a un chico que la volvía loca. ¿De verdad era eso lo que estaba esforzándose tanto por conseguir?

Por otro lado, ¿qué clase de memo se daba por vencido después de un día tan maravilloso como el que habían pasado juntos, solo porque a ella le había entrado el miedo al final?

Hasta Tommy Robinson había sido más atrevido. Y, al final, se había llevado su premio, ¿no era cierto?

Pues entonces ¿a qué esperaba ese tonto para aparecer?

¡Hombres!

El verde radiante de inicios de primavera se había oscurecido en el follaje denso y azulado de los primeros días de mayo. El calor del verano empezaba a anunciarse en Roma. Pero Arthur Fellows no estaba para poesía. Tenía la cabeza en otra parte. Bajó del coche, llamó al timbre y no se sorprendió cuando Jennifer en persona le abrió la puerta de la villa. Seguro que David la había avisado de que iba a ir.

—¡Artie! Ven aquí. —Le echó los brazos al cuello y le plantó un cariñoso beso en la mejilla. Cuando se lo proponía, era una mujer absolutamente encantadora. Además, al contrario que David, ella no tenía por qué mantener las distancias—. ¿Cómo va todo, querido?

Se conocían desde hacía mucho tiempo. De cuando solo soñaban con ser quienes eran ahora. Eso unía, aunque las cosas no siempre hubieran sido fáciles. Fellows conocía secretos que Jennifer mataría para impedir que salieran a la luz. *Eso* no siempre unía. Más bien al contrario. Pero si algo le había demostrado él, a lo largo de todos aquellos años, era que merecía su confianza.

La de Jennifer, la tenía. Ojalá con David estuviese tan seguro.

—Dímelo tú, Jen. ¿Qué tal con Vidor?

Ella hizo un mohín que, por un instante, trajo de vuelta a Perla Chávez.

—Ahí. Conociéndonos... —dijo, al fin—. Desde luego, no es Huston, ya se lo he dicho a David. Pero supongo que no había nadie mejor disponible, ¿no es cierto?

—No. No lo había —reconoció—. Y no, no es Huston. Pero David piensa

que es lo que necesitamos ahora mismo.

—¿Y tú estás de acuerdo? —Le dirigió una mirada cargada de intención.

—Absolutamente —respondió, sin pensárselo.

Era difícil no dejarse seducir por su encanto, pero Fellows era un perro demasiado viejo como para olvidar que aquella misma noche, antes de apagar la luz, comentaría las cosas del día con su marido.

No hacía falta que fuese totalmente sincero.

—En fin. —Se encogió ella de hombros—. Si los dos hombres más importantes de la película están de acuerdo, ¿qué importa lo que pueda pensar una pobre actriz?

—No seas mala, Jen. Dale una oportunidad. Rita no sería nadie sin él.

Jennifer se rio.

—¡Eso mismo dice David! Lleváis demasiados años juntos, querido. Anda, pasa. Está en su despacho. Esperándote. ¿Te quedarás a cenar?

—Será un placer.

Jennifer asintió y le saludó con la mano, volviendo al jardín. Él le devolvió el saludo, suspiró, y se encaminó al despacho.

Conocía bien el camino.

—¡Paul Kohner me pronosticó que al menos seis personas iban a morir durante este rodaje, Arthur! ¡Seis! Le contesté que eso era una estupidez y que nadie iba a morir. Nos estamos ocupando de eso, ¿verdad?

Selznick se quedó mirando a su viejo colaborador por encima de los gruesos cristales de las gafas de pasta.

Fellows hizo un ademán con ambas manos. ¡Por favor! Pese a ser uno de los agentes más poderosos de Hollywood, Kohner no era mal tipo. Pero le gustaba demasiado hacer aquella clase de afirmaciones gratuitas.

—Paul fue periodista hace treinta años y aún mantiene un gusto desmedido por los grandes titulares —se defendió, pausadamente—. Hemos seleccionado al detalle los explosivos que vamos a utilizar y contratado a un montón de gente que sabe perfectamente lo que se trae entre manos. No habrá sorpresas. Te lo aseguro.

—¿Y qué pasa con las armas? —insistió el productor, puntilloso—. Hablé con King Vidor hace poco y aún se quejaba de que nadie le hizo caso cuando pidió sables y bayonetas de goma para *Guerra y paz* y luego pasó lo que pasó.

—Las armas son seguras, David. Y fuiste muy claro en tu penúltimo memorando: nadie que no sea un especialista con licencia rodará ni una sola escena de acción. Y eso, siempre con un doctor y enfermeras en el set. ¡Por Dios, deja de preocuparte! Está todo controlado.

—Ninguna película vale la muerte de nadie, Arthur —insistió—. Ni siquiera una herida grave.

—Nadie saldrá herido. Me comprometo a ello. ¿Qué más?

Selznick se repantigó en su sillón. Seguía sentado tras su mesa de despacho, sin abandonar ni un segundo el papel de mandamás, mientras Fellows se paseaba por la habitación, con una copa en la mano.

Los quince años de edad que los separaban nunca habían sido tan patentes como ahora, pensó Fellows. Él se mantenía delgado, con la espalda recta y el pelo tan castaño como siempre, con apenas ligeras entradas. A David, por contra, su constitución voluminosa empezaba a pasarle factura: papada, ligero arrastrar de pies... Hoy ya no podría levantarle una chica, como aquella vez, en casa de Russell Birdwell. Sandra, se llamaba. Aún se acordaba de ella. Un auténtico bombón. Estaba seguro de que llevarla a una fiesta con invitados como Carole Lombard, Federic March y Sig Ruman sería solo una escala del viaje que terminaría en su cama. Y a juzgar por la cara que la chica puso al

llegar, no se equivocaba. Pero no había contado con la voracidad de David. Se separó de ella solo unos minutos. Lo justo para saludar al anfitrión e ir a por un par de copas. Pero, cuando quiso darse cuenta, él ya le estaba bajando las bragas en el bungalow, junto a la piscina, que Russell solía usar como picadero.

Menudo cabronazo...

Al día siguiente, como de pasada, David le había jurado y perjurado que no sabía que la chica era su cita y que lo sentía. Y, por favor, ni una palabra a Irene, había insistido. Él había fingido creerle y había cerrado la boca, como volvería a hacer tantas veces. En todo caso, la precaución era innecesaria. Irene conocía lo suficiente a su esposo como para no darse cuenta de que aquellas cosas pasaban con frecuencia. Pero apreciaba demasiado su matrimonio para permitir que la afectasen.

—Quiero que despidas a Willis Cook y a ese italiano, Tomassi.

David lo dijo con tanto desapego que le hizo regresar a la realidad.

—¿Cómo...? ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque no confío en ellos. ¿Has visto los últimos *takes*? ¡Las cosas no están saliendo, en absoluto, como deberían! Estoy harto. Han tenido oportunidades de sobra para cambiar de actitud y no lo han hecho. Les envié memorandos muy detallados a ambos. No podemos continuar así. Los quiero fuera mañana mismo.

—David, creo que podríamos...

—¡No, Arthur! No quiero más excusas ni buenas palabras. Si hemos prescindido de John, con más motivo podemos hacerlo de un supervisor de efectos especiales y de un gerente del departamento artístico. Te lo he dicho mil veces: eres demasiado blando. ¡Así nunca harás buenas películas! Échalos y no se hable más.

Fellows sabía cuándo era inútil tratar de razonar con su jefe.

—De acuerdo. ¿Quieres que contrate a alguien para reemplazarlos?

Selznick no necesitó pensarlo. Era evidente que tenía la decisión tomada de antemano.

—Grozea puede ocuparse él solo de los efectos especiales. King quedó muy complacido con él en *Guerra y paz*. El italiano, lo dejo en tus manos. Como te parezca oportuno.

—De acuerdo. Me ocuparé.

—Bien. —Selznick alcanzó la pitillera que había sobre su mesa y sacó un cigarrillo. Le ofreció otro a Fellows, que lo rechazó—. ¿Has hablado ya con los militares?

Precisamente, se había pasado la mañana en el *Ministero della Difesa*, discutiendo con dos uniformes profusamente engalanados.

—Están de acuerdo con darnos todo lo que pedimos. Pero piden un par de retoques en el guion.

—¿Qué? —Selznick tenía la expresión que reservaba para cuando algo lo disgustaba de verdad—. ¿Ellos también? ¿Es que nadie puede dejar en paz el maldito guion? —Suspiró—. ¿Qué diablos quieren?

—Poca cosa. Lo principal es que están incómodos con la imagen que podemos dar de la retirada del ejército italiano tras el desastre de Caporetto.

—Bueno, los austríacos les dieron una buena paliza. Eso lo sabe todo el mundo. —Selznick sonreía, sardónico.

—Precisamente. No les gusta que se lo recuerden. Sugieren que la película enfatice el drama en la población civil y pase por alto la derrota militar cuanto sea posible.

El productor lo consideró un momento.

—No me parece un gran problema. En pantalla, servirá tanto una cosa como la otra. Quizás incluso nos beneficie centrarnos en el drama entre los civiles. Aceptemos. ¿Algo más?

—Solo dos cambios puntuales: quieren que se suprima una línea en la página 27 que hace referencia a que los soldados comían spaghetti.

—Que coman lo que quieran. ¿Y lo otro?

—Quieren alterar algunos detalles en las páginas 126 y 128. La ejecución de Rinaldi...

Selznick pensó una vez más en la cantidad de hombres y material que les iba a suministrar, casi gratis, el ejército italiano para las escenas bélicas. Y Jennifer no aparecía en ninguna de las escenas problemáticas.

—Démosles lo que piden —aceptó—. Porque no hay más, ¿verdad?

—Eso es todo. Si aceptamos, podemos contar con hasta el último hombre que pedimos. En este país están encantados de que vengamos a rodar.

Selznick pensó que ya no tanto como apenas un par de años atrás. Pero, *grosso modo*, Fellows todavía llevaba razón: hacer una película en Italia continuaba siendo un buen negocio para los productores americanos.

Tenían que aprovecharlo mientras el viento soplara a favor.

—Perfecto. —Dio una larga calada al Lucky y lo aplastó en el platillo. Había leído en alguna parte que era mejor no terminarlos y llevaba un tiempo tratando de cuidarse—. Arthur, antes de que te marches, quisiera hablarte de algo más...

Fellows se encogió mentalmente. Aquel era el instante que se había estado temiendo desde que entró por la puerta.

—Por supuesto. Tú dirás...

Selznick volvió a recostarse en el sillón giratorio. Solo con verlo, Fellows supo que le esperaba una charla más paternalista que reprobatoria. No es que le gustaran, pero las prefería a los gritos.

—No me andaré con rodeos: vamos retrasados y nos pasamos del presupuesto. Sé que el equipo ha hecho un gran esfuerzo después de la marcha de John, pero no ha sido suficiente. Si seguimos así, no cumpliremos

con las expectativas. Y conoces tan bien como yo el contrato que tuve que firmar con Skouras...

Fellows hizo ademán de querer hablar, pero Selznick levantó una mano para impedirlo.

—No, déjame terminar —dijo, con un tono a caballo entre la orden y la petición—: Todavía nos queda mucho por filmar. Especialmente, las escenas más complejas. En otras circunstancias, sabríamos qué hacer para solucionarlo. Pero este no es un título cualquiera, Arthur. Tiene que ser la película de la década. *Todo* debe ser perfecto. Y lo que quiero preguntarte es: ¿te ves capaz de hacerlo? ¿Te ves capaz de conseguir que *todo* salga perfecto, a tiempo y dentro del presupuesto?

Se había equivocado: aunque el tono era paternalista, el contenido era una patada en el trasero en toda regla. David solo hacía aquella pregunta, «¿Te ves capaz?», cuando estaba convencido de que la respuesta sería negativa.

El hijo de perra estaba mirándole a los ojos y diciéndole que lo quería fuera de la película.

No me preguntaste si me veía capaz aquella noche que discutiste con Jennifer por teléfono y tuviste que mandarme corriendo a su hotel para impedir que saltase por una ventana, ¿verdad que no, David? Ni tampoco cuando pusiste a Jeff a trabajar conmigo, contra mi voluntad, y tuve que acabar despidiéndole porque solo quería trabajar en lo que le gustaba, que era casi nada. Entonces tampoco me lo preguntaste.

¿Pues por qué ahora sí, maldito cabrón?

—Puedo hacerlo, David —dijo, quedándose para él los pensamientos del último segundo—. Tenemos margen de maniobra y sé cómo manejarlo. Deja de preocuparte y confía un poco en mí.

Pudo ver en sus ojos que no. Que no confiaba. Pero, de momento, no pensaba ir más allá.

—Muy bien, pues. Espero cuanto antes un plan de rodaje modificado, con todos los detalles. ¿Jennifer te ha pedido que te quedas a cenar?

—Sí.

—¿Y te quedas?

Hubo un silencio largo. Contaminado.

—Mejor discúlpame con ella, por favor. Tengo que ocuparme de un par de cosas y es mejor que lo haga hoy mismo.

Selznick asintió con la cabeza y le ofreció su sonrisa de dientes grandes y ligeramente espaciados.

¿Cómo diablos había podido levantarle a Sandra?

—Lo entenderé. No te preocupes —dijo, levantándose para acompañarlo a la puerta.

Mientras el coche lo llevaba de regreso al hotel, con las luces de Roma al otro lado de la ventanilla, Fellows no paraba de darle vueltas a su situación.

Estaba mucho peor de lo que creía.

Entre la espada y la pared.

¿Por qué demonios le hacía aquello? ¿Cómo esperaba que le demostrase nada si no le dejaba ni respirar?

Pensó en todos los grandes productores a los que conocía. Cortados por un mismo patrón: ególatras, autoritarios, convencidos de que la suya era la única manera y de que el resto o eran idiotas, o una pandilla de vagos.

De todos aquellos enfermos de éxito, David era el peor. Tenía una capacidad innata para generar discordia a su alrededor, pero le daba igual. Solo le preocupaba la película que estuviese haciendo en ese momento. Y le era indiferente a quién tuviera que manipular, traicionar o explotar para conseguir llevar su visión a la pantalla.

¡Dios, bendito: si consideraba a George Cukor uno de sus mejores amigos y lo había despedido a las dos semanas de empezar *Lo que el viento se llevó*!

Esa había sido la génesis de todo: *Lo que el viento se llevó*. Desde el mismo instante en que compró los derechos del libro de Margaret Mitchell, David se vio devorado por la historia. Él había asistido en primera persona a cómo se obsesionaba con el guion, el reparto, el vestuario, el maquillaje, los decorados y cualquier otra cosa que pudiera afectar a la imagen y el sentido del filme. Se pasó tres años trabajando día y noche para hacer realidad aquella visión. Y, cuando por fin la tuvo, consiguió *todo* lo que cualquiera hubiera podido desear. Todo lo que podía lograr una sola película.

La noche que ganó ocho estatuillas, Bob Hope concluyó la ceremonia diciendo que había sido: «A beneficio de David O. Selznick.» Nadie pensó que fuera un chiste.

Naturalmente, David se tomó aquello como la demostración empírica de que su demente, caótico y dictatorial sistema de trabajo era perfecto. Que su fórmula de cambiar de idea constantemente y de tener a todo el mundo en tensión, trabajando dieciocho horas al día y fustigado por memorandos interminables, era el camino a seguir. Que podía ser tan megalómano como se lo pedía el cuerpo.

Y que, cuando las cosas salían tan mal como en *El proceso Paradine* o *Estación Termini*, no era su método lo que había fallado.

Era todo lo demás.

A su espalda, por lo bajinis, sus empleados y hasta sus amigos aún se maravillaban de la increíble suerte que había tenido con *Lo que el viento se llevó*. De lo milagroso que llegaba a ser que de un rodaje tan errático y accidentado hubiese salido una película tan maravillosa.

Pero nadie se lo había dicho jamás a la cara.

¿Para qué?

El coche dobló a la derecha en Via del Pontefici, pasó por delante de la impresionante planta circular del Mausoleo de Augusto y giró otra vez en la Via del Corso. Aunque ya casi era un romano más, a Fellows continuaba fascinándole la mezcla única entre casas modernas y edificaciones milenarias, intrínseca de la ciudad. Que un país capaz de levantar todo aquello dos mil años atrás fuese ahora el paraíso de la mano de obra barata debería hacerle pensar a más de uno.

Se apostaba cien dólares a que Augusto no habría aceptado fácilmente aquel destino. Igual que a David le costaba aceptar que sus mejores días ya eran cosa del pasado y que había llegado el momento de dejar paso a los que iban detrás.

Lo irónico del caso era que, en algún lugar, oculto por aquel monstruo, él sabía que existía una persona amable e incluso buena. La había visto en multitud de ocasiones. Especialmente, cuando no trabajaba. Pero bajo la presión de la producción, David se convertía en alguien distinto y todo el que se encontraba en su órbita quedaba destrozado a causa de sus hábitos de trabajo y su incapacidad para delegar.

Él mismo era la muestra viviente de lo que dos décadas de convivencia con David O. Selznick podían hacerle a uno, si no sabía ponerle freno.

El coche se detuvo frente al hotel y Fellows se bajó sin esperar a que el chófer corriera a abrirle la puerta. Le tenía dicho que no lo hiciera, pero el italiano le contestaba siempre que sí, y luego volvía a las andadas. Toda una alegoría de aquel país.

Entró en el vestíbulo con paso firme y vio cómo el conserje se volvía para buscar la llave sin necesidad de pedirla. Otra ventaja de ser ya casi como un mueble más de aquel lugar.

Empezaba a echar un poco de menos Los Ángeles. Jamás habría creído que fuera posible.

Apenas entró en la suite, hizo volar los zapatos por los aires, se sirvió una copa y descolgó el teléfono.

—¿Kate? Soy yo, Fellows. Necesito que me organices una reunión con el Ministerio de Defensa lo antes posible... Sí, aceptamos todo... Hay más: mañana a primera hora quiero ver a Garbuglia y Grozea. Uno tras otro, me da igual a quién primero. Y después concierta con Oswald Morris, Andrew Marton y Vidor... No, por separado... Y en horas que no interfieran con sus planes de rodaje, asegúrate de eso. ¿Qué? No, estoy bien... Seguro, sí... Gracias, es todo... —El auricular estaba a medio camino del aparato cuando volvió a llevárselo al oído—. ¿Sigues ahí? Bien. Escucha... Solo quería disculparme por lo que sucedió el otro día... Sí, ya sé que está olvidado, pero aun así... Y otra cosa: tienes un gran futuro en este trabajo, Kate. Un gran futuro. No permitas que nadie te haga creer lo contrario... De nada... Buenas noches.

Gino dio los dos últimos martillazos con delicadeza. Aquel mueble no estaba para muchos trotes y hasta los golpes había que asestárselos con cariño, para que supiera que en aquella casa todavía lo querían y lo necesitaban.

Tráelos como te gustaría que te trataran a ti, decía siempre Bardo, con la boca llena de clavos.

Se retiró para echar un vistazo. Había hecho un buen trabajo: las puertas volvían a encajar y la pata derecha ya no amenazaba con ceder de un momento a otro. No estaba como nuevo —para eso habría que llevarlo a Lourdes—, pero aguantaría otro par de inviernos sin problemas.

En cuanto cesaron los martillazos, como si hubiera estado esperando todo el rato al otro lado de la puerta, Cinnia asomó la cabeza. Su sonrisa era feliz, como chiquillos chapoteando en un charco.

—¡Oh, vaya! ¿De verdad es el mismo armario que estaba a punto de caerse a pedazos? ¿O es que nos has hecho uno nuevo? Porque casi ni lo reconozco...

Gino la miró de reojo. Estaba muy bonita, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros y una blusa blanca con puntillas en el cuello, algo anticuada pero que le sentaba de maravilla y dejaba intuir el nacimiento de sus senos, medianos y firmes.

Apartó la mirada justo a tiempo de evitar que ella lo pillase.

—Exageras —disimuló—. Solo necesitaba un par de clavos aquí y allá. Creo que lo he dejado tan bien como era posible. No os dará problemas. —

Bajó el tono de voz—: Pero yo les diría a tus hermanos que no lo usen más como fuerte...

Cinnia sonrió entre dientes. Le había contado, como un secreto, que los dos pequeños, Vincenzo y Alessandro, eran los principales responsables del estado del ropero, a base de convertirlo en el escenario de sus batallas.

—No te preocupes, los mantendré alejados. —Esbozó una sonrisa traviesa, solo para él—. A partir de ahora ya sé con qué hacerles chantaje cuando se pongan *pazzos*...

Gino suspiró, y se agachó para empezar a recoger sus cosas.

—¡Pues esto ya está! Me alegro de haber podido ayudar. Voy a ir tirando antes de que se haga más tarde.

Cinnia miró a ambos lados, consternada.

—Pero... No puedes irte así. Mis padres insisten en pagarte algo. Es sábado...

—*Ti prego!* No pienso aceptar ni una lira. Es lo menos que podía hacer.

En ese instante, la señora Caputo entró en la habitación. Gino supo entonces cómo sería Cinnia dentro de un cuarto de siglo: todavía *bella* a pesar de los partos y las arrugas, y con la misma voz de *mezzo* que tenía ahora.

—¿Qué es eso que estoy oyendo, *giovanotto*? ¿Piensas irte de aquí como si nada, después de todo el trabajo que te hemos dado?

—No ha sido nada, de verdad. Lo he hecho encantado.

La mujer lo agarró del brazo, con suavidad, pero con firmeza.

—Tst, tst, tst. No quiero oír más tonterías. ¿Has visto qué hora es? Te quedas a comer y no pienso aceptar un no por respuesta. *Capisci?*

Gino miró a su amiga buscando ayuda, pero solo encontró confirmación en sus ojos. La palabra de la *mamma* iba a misa...

Antes de claudicar, protestó una última vez, como exigía la buena educación.

—*Grazie mille, signora*, pero le aseguro que no es necesario...

—Pues con más razón todavía —dijo ella, llevándose al comedor—. Cinnia, *prego*, ponle un plato a tu amigo.

Los Caputo eran una familia convencional: el matrimonio, Cinnia y tres hermanos pequeños: los vendavales de Vincenzo y Alessandro y una niña de siete años, Antonella, que no se parecía a ningún otro miembro del clan. Roberto, el cabeza de familia, era un hombre tirando a bajo, de frente ancha, nariz prominente y un pelo que ningún peine sería capaz de meter en vereda. Hablaba mucho y deprisa, pero todo lo que decía era interesante. Maestro de Literatura en la escuela del barrio, lo primero que hizo tras darle otra vez las gracias a Gino fue disculparse por su nula habilidad para el trabajo manual.

—No sabes cuánto os envidio a los que sois capaces de hacer algo con las manos que no sea comerse las uñas —confesó—. Todavía no entiendo cómo esta mujer maravillosa quiso casarse con un inútil redomado como yo.

—¡Porque me recitabas poemas a espaldas de mi padre! —replicó ella fingiendo enfado, mientras le pedía el plato con un ademán—. Y te inventabas bonitas metáforas sobre mis ojos. Y, sobre todo, porque yo entonces era una boba y creía que los poetas eran alguien.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, mujer? Yo no soy un poeta. Los poetas están todos *grassos*. ¡Mírame a mí! ¿Te parezco *grasso*, Gino? Calvo, *un po'*. Inútil, *del tutto*. Pero, *grasso*?

Sentada frente a él, al otro lado de la mesa, Cinnia le buscó los ojos con la mirada, para disculparse por el espectáculo. Pero descubrió encantada que él parecía sentirse a gusto en mitad del barullo de cada día.

La felicidad la empapó como una ola plateada.

Entre plato y plato, los padres de Cinnia lo cosieron a preguntas. ¡La niña

les contaba tan pocas cosas de su trabajo en Cinecittà! ¿De verdad era tan difícil rodar una película? ¿Ganaban los actores el dineral que se decía? ¿Había visto a alguna estrella de Hollywood? Y, lo más importante: ¿Conocía a Vittorio de Sica?

—¡Es el hombre más apuesto del mundo! ¡Y qué voz tiene! —exclamó Francesca mientras le rellenaba el plato a Gino por tercera vez, haciendo caso omiso de sus protestas.

—¡Mujer! Disimula un poco. Al menos delante de los invitados...

—Por eso no te preocupes. Tú no eres de este mundo, *marito* mío.

—¿Sois novios? —La vocecita de Antonella se abrió paso, cristalina, entre el bullicio que recorría la mesa de arriba abajo.

De repente todos se quedaron callados.

—¡Eso! ¿Os habéis besado ya? —Echó enseguida más leña al fuego Vincenzo—. Porque mi hermana sabe a moco...

Cinnia se puso roja como el tomate que daba sabor a los spaghetti, pero antes de que la cosa fuera a peor, Francesca, como si no hubiese oído nada, miró a los ojos a Gino y volvió a preguntarle:

—¿Conoces a De Sica, entonces? ¡Dime que sí y tendrás siempre un plato en esta mesa!

Agradecido por la escapatoria que le estaba proporcionando, Gino se agarró a ella sin dudarle:

—Pues lo cierto es que todavía no. Pero lo conoceré muy pronto. Trabaja en la película que estamos rodando ahora mismo y sé que tiene unas cuantas escenas la semana que viene.

Mientras el padre proponía erigirle un altar a De Sica en el recibidor, como el *lararium* que tenían las *domus* romanas en el atrio, Gino levantó los ojos para mirar a Cinnia. Ella comía con los suyos aún enterrados en el plato. Nunca le había parecido más bonita que en aquel momento.

—Cinnia —exclamó teatralmente su padre, para obligarla a exhumar la mirada de la pasta que hurgaba con el tenedor—. Te ordeno como *pater familias* que me traigas mañana mismo una foto firmada de Alida Valli. Yo también quiero venerar a mi propia divinidad, como hace tu señora madre.

No se levantaron de la mesa hasta bien pasada la media tarde. Roberto se despidió de Gino con un cálido apretón de manos y un último agradecimiento por haberle salvado del temido trabajo manual. Francesca lo acompañó hasta la puerta, con Cinnia.

—*Grazie mille*, Gino. Vuelve cuando quieras. Pero ni se te ocurra traer una foto de la Valli. —Le guiñó un ojo—. Es demasiada competencia para esta pobre anciana.

Gino le devolvió el guiño.

—¡Nunca! —le prometió—. Pero, entre usted y yo: creo que es ella quien debería tener miedo.

—Me gusta este amigo tuyo, Cinnia —dijo ella, ahuecándose de gusto con aquel cumplido.

Cinnia empezaba a impacientarse.

—Ahora subo, *mamma*...

Francesca asintió con la cabeza. *Vai*.

Cerró la puerta detrás de los dos y los escuchó bajar, charlando, por la escalera.

Meneó la cabeza.

Decididamente, la niña había heredado su buen gusto para los hombres.

Hacía una tarde agradablemente fresca. Sin darle opción a que dijera que no era necesario, Cinnia lo acompañó hasta la parada del *tram*.

—*Dio!* No sé si disculparme por mi familia o tirarme directamente al Tíber. No tengo palabras...

—¡Qué dices! Tienes una familia encantadora, de verdad. Tu madre es una cocinera fantástica. Y tu padre... ¿Hay alguna cosa que tu padre no sepa? ¿Algún libro que no se haya leído? Deberían conocerse con Bardo. Harían buenas migas, seguro.

—Puede... Pero te aseguro que Vincenzo no llega vivo a mañana.

Gino la miró a los ojos.

—No te preocupes. No le he creído.

—¿Cómo?

—Que no creo que sepas a moco...

Cinnia se quedó mirándole.

Averígualo, pazzo. ¿No ves que lo estoy deseando?

En lugar de eso dijo:

—Oye... Estaba pensando: ¿Has visto ya *Il momento piú bello*? La otra tarde leí un artículo en *Cinema* y tiene pinta de ser una película preciosa. ¡Qué tonta! No te lo he preguntado: supongo que te gustará el cine.

—¿A quién no le gusta el cine? Aunque, entre nosotros, prefiero las películas americanas...

—¡Blasfemo! Si esto llega a saberse en *la città* seguro que te ponen de patitas en la calle.

—Entonces, tendrás que guardarme el secreto, ¿no crees?

Cinnia fingió valorarlo:

—Con una condición: vayamos juntos. Así te demostraré que las películas italianas son mucho mejores, si sabes verlas con los ojos adecuados.

A Gino le costó disimular lo poco que le apetecía aquel dramón sobre la maternidad que ella le proponía. Si había que ir a una italiana, prefería cien veces ver cómo aquel bombón de Marisa Allasio traía de cabeza a los pobres

Maurizio Arena y Renato Salvatori en *Poveri ma belli*. Todo el mundo decía que era divertidísima. Pero, en fin, Giovanna Ralli tampoco estaba nada mal.

Y a ver quién le decía que no a Cinnia cuando se mordía el labio de aquella manera.

—¿Mañana por la tarde? —propuso.

—Hecho. Pero solo si me dejas invitarte. Todavía estoy en deuda por lo del armario.

Gino sacó al latino que llevaba oculto tras su apariencia nórdica:

—Ni hablar. Yo invito y el cinefórum corre de tu cuenta. Es mi última oferta, tú verás...

Ella le tendió la mano.

—¿En el Rialto, a las cinco?

—Allí estaré.

No hubo tiempo para más. El *tram* llegó por fin y Gino tuvo que correr para no perderlo. Ella lo vio subirse y no se dio media vuelta para regresar a casa hasta que los dos vagones no se hubieron perdido calle abajo.

El corazón le aleteaba como una mariposa enamorada.

Luca Sartoreti se ajustó bien el nudo de la corbata y dio un sorbito al vaso ancho de Cinzano Rosso que tenía delante. Paladeó el sabor dulce al principio y amargo al final —como la mayoría de los romances— de aquella bebida, fresca y compleja, mientras contemplaba el ir y venir de la calle a la que se asomaba la terraza del bar.

Mientras él fumaba y bebía, como un marqués, aquellos pobres diablos corrían, apremiados como hormigas, a atender sus asuntos y trabajos. *Schiavi!* Antes muerto que en su lado del mundo.

Sartoreti tenía algo más de cuarenta; una mata de pelo negra y tupida en la cabeza, cejas tenues, nariz grande, labios finos y una barba rala y descuidada que le salpicaba las mejillas. Los ojos, castaños y ligeramente oblicuos, podían mirar con simpatía, pero les costaba muy poco oscurecerse hasta resultar amenazadores. Era un hombre apuesto que, por mucho que se esforzara, jamás conseguiría tener la clase que tanto trataba de aparentar. Ni el traje de buen corte ni los zapatos caros lo ayudaban a disimular qué era y de dónde venía.

Aunque él no parecía advertirlo.

Se pasaba largas horas sentado en aquella terraza, siempre en la misma mesa con mantel de hilo y un vaso de vermú que un atento camarero se cuidaba de rellenar antes de que llegara nunca a vaciarse. Aun así, no bebía demasiado. Le gustaba tener la cabeza clara y estar atento a lo que lo rodeaba. En el bolsillo de la americana guardaba una figurita de la Madonna de la Puritá que, al accionar un resorte muy bien disimulado en el manto, hacía

saltar una hoja de medio palmo de acero, afiladísima. Sartoreti sabía utilizarla y lo había hecho en más de una ocasión, siempre con resultados dramáticos para el adversario.

Loredana distinguió su figura esbelta y vestida de claro desde el otro lado de la calle. Inspiró, y cambió de acera. Después de la conversación con Fiore, aún le había costado decidirse a dar el paso. Lo que tenía para él eran palabras mayores y su chulo no era un tipo con el que se pudiera jugar. Al contrario: si las cosas se torcían, Luca se acordaría de quién lo había metido en el lío y querría saldar cuentas.

Pero si salían bien...

Estaba cansada, gorda y harta. Cada vez se le hacía más cuesta arriba tener que tragarse el sudor y otras cosas peores de la bazofia que empezaba a frecuentarla. Un buen pellizco era todo lo que necesitaba para retirarse a algún lugar de la Campania donde nadie la conociera. Se compraría un bar pequeño y terminaría de hacerse vieja sirviendo *sambuca* y *limoncello* a los parroquianos, mientras jugaban a la *scopa* o al *tressette*.

Se acercó a Luca, que la vio venir y le dedicó una sonrisa esquinada.

Ayúdame, Madonna, solo por una vez...

—*Ciao, Lore* —dijo él, mostrándole una silla con la mano para que se sentase—. ¿Es día de pago?

La mujer aceptó el asiento y se aposentó con la espalda recta, enderezándose el escote. Hasta hacía bien poco él la visitaba de vez en cuando. Entonces le encantaba comerse sus pechos. Rezó para que todavía despertaran su apetito.

—Sabes muy bien que no, Luca. Vengo por otro asunto...

Él la miró de arriba abajo. ¡Qué lástima no haberla conocido en su mejor momento! Había visto fotos suyas de antes de la guerra y, ¡*Cristo santo!* le habría hecho ganar una fortuna. Y aún le había resultado más que

provechosa, había que reconocérselo. Pero últimamente se estaba abandonando. Si continuaba poniéndose como una vaca, dentro de un año ya solo serviría para mamársela a viejos que apenas podían pagar veinte liras. Pero era ley de vida, *ahimè*...

—Pues tú dirás. ¿Qué puedo hacer por ti, *cara*?

Loredana venció las últimas reticencias. Nadie le regalaría aquel bar en la Campania.

—Verás, Luca: es uno de mis clientes. Podría tener algo realmente bueno que ofrecer...

Sartoreti echó otro trago y levantó dos dedos para indicar que le sirvieran una a ella también. Mientras el camarero se apresuraba a complacerlo, perforó a Loredana con la mirada. No era la primera *puttana* vieja que quería ganarse la jubilación a costa de un cliente. O de su chulo. Pero hasta entonces nunca le había dado problemas. Y la vida ya le había arreado suficientes golpes para no querer arriesgarse a recibir otro más.

Pensó en lo que acababa de contarle. Si era verdad, podía ser un caramelo. Los *americani* del cine vivían como reyes, lo sabía todo el mundo. Estaba harto de verlos en los noticiarios, bajándose de coches caros, cargados de joyas, para entrar en mansiones de escándalo.

Quitarles un poco de todo aquello tampoco tenía por qué resultar tan difícil.

O un mucho, si jugaba bien sus cartas.

Llevaba tiempo llamando a la puerta de la 'Ndrangheta, pero los jodidos calabreses se le resistían. Que su madre hubiese nacido en San Luca y él llevase aquel nombre no les parecía suficiente para compensar el pecado de tener un padre romano. No era de sangre pura ni tenía padrinos que lo

avalaran. Solo porque estaban lejos de Calabria, le habían permitido hacerles algunos trabajitos: recados, cosas de muy poca monta. Pero ni hablar de nombrarlo siquiera *picciotto*.

De momento, se las ingeniaba bastante bien si ellos. Pero quería dejar de ser un don nadie y, a la vez, la idea de pisar siquiera una cárcel le resultaba intolerable. Necesitaba estar bajo el ala de una organización poderosa para sentirse seguro. Y aunque en Roma los tentáculos de la 'Ndrangheta no eran tan largos como los de otros, convertirse en *uomo d'onore* le parecía el mejor futuro posible.

Llevarle a don Sabino algo tan gordo como lo que le estaba proponiendo Loredana podía ser la llave que le abriera de una vez las puertas que, de otra forma, permanecerían siempre cerradas.

—Ese Fiore tuyo... ¿Lo conoces bien?

Ella asintió con la cabeza y el busto.

—Desde que terminó la guerra, cada dos semanas, como un reloj.

—¿Y estás segura de que no es un bocazas *di merda* que solo quiere sacarnos unas cuantas liras a cambio de una sarta de mentiras?

Loredana se inclinó hacia él.

—Mira, Luca: no soy ni su madre ni su hermana ni su mujer. Viene, follamos, charlamos un poco y se larga. *Basta*. Pero no me parece ningún *chiacchierone*, si es a lo que te refieres. No te habría venido con el cuento si lo creyese...

Luca se rascó la barbilla. Era demasiado tentador para dejarlo pasar.

—¿De verdad tienen tantos problemas, esos *americani*?

—Eso me contó. Cada día de trabajo del equipo le cuesta un dineral al que paga. Me dijo que estaban presionando a todo el mundo para ir más rápido. Imagínate lo que les supondría tener que parar unos cuantos días. O semanas...

Luca lo imaginó: cientos de miles de liras. Quizá millones. Mejor pagar para evitarse más problemas. Loredana no era ninguna idiota.

—También me habló de la villa que ha alquilado el productor. En *prati*, nada menos. Seguro que guarda mucho dinero allí. Por no hablar de las joyas de ella.

Sí. Tenían dónde elegir a la hora de meterles mano. No había nada de malo en ver cuál podría ser la mejor manera.

Pero con cuidado. Los *americani* eran un bocado muy gordo para un pez tan *piccolo* como él. Y ya se sabe lo que les pasa a los que intentan abarcar más de lo que son capaces.

—Busca a ese tal Fiore tuyo y dile que quiero verle. Que solo vamos a hablar, pero que podría interesarme.

—No sé dónde encontrarlo —protestó ella—. Viene cuando quiere, como todos.

Luca se inclinó ligeramente hacia ella. Sus ojos, hasta entonces cordiales, se ensombrecieron.

—Pues mueve ese culo tan gordo que se te está poniendo, Lore. Un poco de ejercicio te irá de perlas. Y, si la cosa es como dices, no tenemos todo el tiempo del mundo. Si quieres sacar tajada de todo esto vas a tener que hacer algo más que echarte en la cama y abrirte de piernas. *Capisci?*

Loredana asintió sin decir nada.

Ya se estaba arrepintiendo de haber ido a hablar con él.

Cinnia aceptó sin complejos el pañuelo que le alcanzaba Gino. Se secó las lágrimas sin prisa, mientras pasaban por debajo de la marquesina del cine y seguían calle abajo. Los días eran cada vez más largos y el verano se moría de ganas de instalarse de una vez por todas en la ciudad. Pero al caer la tarde todavía soplaba una brisa fresca que hacía que pasear cerca del río, bajo las copas de los plátanos, resultase muy agradable.

—¿No te ha parecido una película maravillosa? —le preguntó ella, devolviéndole el pañuelo húmedo, perfectamente doblado.

—Me ha gustado, sí. Especialmente, ella —dijo, pensando en Giovanna Ralli.

—Sí. Qué diferente de como estaba en *Le signorine dello 04*, ¿verdad?

Él no la había visto, pero igualmente le dio la razón.

—A mí me encanta Mastroianni —continuó la joven—. Creo que será una gran estrella. No tiene nada que envidiarle a ningún actor americano.

—¿Ni siquiera a Rock Hudson? —probó a punzarla un poco.

—¡Especialmente a Rock Hudson! —Picó ella el anzuelo—. Es un hombretón muy guapo, lo admito. Pero además de quedar bien en pantalla, un actor debe demostrar alguna emoción de vez en cuando. Ni siquiera en *Il gigante* tu Rock Hudson le llega a mi Marcello a la suela de los zapatos.

Gino sintió una punzada de algo que podrían ser celos. ¿*Mi Marcello*?

—¿Has coincidido alguna vez con él?

Ella ladeó la cabeza, soñadora.

—Una vez. Rodábamos *Peccato che sia una canaglia* y yo acababa de

empezar en el taller. Él se pasaba la película llevando una bata horrible y una gorrita de plato absurda, pero tenía alguna escena donde usaba un traje a rayas blancas y azules. Había un problema con la sisa de la chaqueta y a mí se me dan muy bien. Vino a que le tomase medidas. Estuvo simpatiquísimo con todo el mundo. Enamoró incluso a la *signora* Bianchetti. *Eso* es ser una estrella y no encerrarse en un remolque del que solo sales para filmar tus escenas.

Gino trató de defenderse.

—Los *americani* son muy suyos, es verdad. Pueden ser unos auténticos *pazzi*. Pero sus películas les dan cien vueltas a las nuestras. Y sus *stars* tienen un glamur con el que las nuestras no pueden ni soñar. La Ralli me ha gustado, pero no es rival para una Jennifer Jones. Y eso me parece que vale para todos los demás. El cine italiano está bien para los italianos. El cine americano gusta a todo el mundo.

—Lo único en lo que nos ganan los americanos es en el dinero que pueden gastarse en sus películas. Y eso solo porque vienen a rodar aquí y nos pagan una miseria comparado con los sueldos que tienen allí.

Se quedó mirándole, desafiante, mordiéndose el labio inferior. ¡A ver qué respondes a esto, Grecchi!

—Ya veo que has estado hablando con Bardo...

Cinnia puso cara de *me has pillado*.

—Un poco... —reconoció—. Te tiene mucho cariño, ¿lo sabías?

—¿Habéis estado hablando de mí?

—¡No! Por supuesto que no. —Cinnia estuvo a punto de aturullarse—. Bueno, quiero decir... Sí. Salió tu nombre no sé por qué. Un momento, nada más. Pero vi que... Bueno, que tiene un gran concepto de ti. —Buscó enseguida la forma de cambiar de tema—. De verdad: ¿Cómo puedes trabajar en Cinecittà y no gustarte el cine italiano?

—No solo hacemos películas italianas. He rodado cuatro veces con los *americani* —argumentó él.

—¿Sí? Yo tres. Pero es nuestro cine lo que importa. Los de Hollywood no seguirán viniendo eternamente. Lo sabes, ¿verdad?

—Bueno. En ese caso, quizá sea yo quien se vaya allí. No quiero pasarme el resto de mi vida pegando martillazos. Quiero prosperar y en América es más fácil que aquí...

Desde su conversación con Kate, no paraba de darle vueltas a aquella idea. Con Cinnia la había olvidado por completo, pero ella misma se había encargado de recordársela. Sin saber exactamente por qué, se arrepintió de la frase incluso antes de terminarla.

Ella pareció confundida. Consternada.

—¿De verdad estás pensando en marcharte? ¿Tan lejos?

—Sí. No. ¡No lo sé! Es una idea que se me ha pasado por la cabeza últimamente. Pero no me hagas caso. Es soñar despierto, nada más.

Pero la idea la angustiaba demasiado como para dejarlo ahí.

—En Italia también se puede progresar, Gino. Bardo cree en ti. —Bajó un tono la voz para añadir—: Y yo también. —Volvió a subirlo—. Estoy convencida de que puedes conseguir cualquier cosa que te propongas sin necesidad de irte a ninguna parte.

Gino iba a decir algo cuando se dio cuenta de que, sin proponérselo, estaban acercándose peligrosamente al hotel donde había recogido a Kate el otro día.

No quería ir con Cinnia a los mismos lugares adonde había llevado a Kate. Y mucho menos deseaba encontrársela por casualidad.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? —dijo, deteniéndose—. Conozco un lugar, pero está un poco lejos —sugirió, mirando en dirección contraria.

Ir un poco lejos con él era peor que ir muy lejos con él. Pero sería

suficiente, por ahora. Sacudió la cabeza, encantada:

—Claro. ¿Por qué no? Llévame adonde quieras...

Habían charlado y tomado algo en una terraza, junto al Tevere, mientras el sol se resignaba a despedirse hasta el día siguiente. De vez en cuando, Cinnia le echaba un vistazo fugaz a la esfera del reloj. Se le hacía tarde, pero el deseo de estar con él superaba, con mucho, el miedo a una reprimenda materna por llegar con retraso a cenar. Solo cuando creyó que la tierra se abriría bajo sus pies si no volvía, le dijo que tenía que irse.

—¡Caramba! ¿Tan tarde es? Te acompaño —dijo él, levantando el brazo para pedir la cuenta a un camarero con demasiadas mesas que atender.

Llevaba la cartera mucho más vacía que cuando salió con Kate, pero esta vez no había cuidado de que no le alcanzase.

Cinnia estuvo a punto de decirle que no hacía falta. Que no le pillaba de camino. Pero se mordió la lengua a tiempo al pensar en la cara que pondría Giulia cuando se lo contase.

Tuvieron que correr para no perder el *tram*. Entraron riendo y resoplando, solo un instante antes de que las puertas se cerrasen, ganándose la mirada reprobatoria de un par de pasajeros con malas pulgas. Pese a ser domingo, los asientos estaban todos ocupados y tuvieron que viajar cogidos de la barra. Cuando llegaron a su parada, el *tram* se detuvo con una sacudida y la cabeza de Cinnia chocó contra su pecho. Ella levantó la barbilla y lo miró a los ojos, sin separarse ni un centímetro, mordiéndose el labio inferior.

Habría sido un *peccato* no besarla.

Le dio un último beso y sintió las puntas de sus dedos rozándole el mentón.

—Gino, tengo que irme, de verdad. Es tardísimo...

Volvió a mirarle a los ojos. Los de ella echaban chispas como dos luminarias enamoradas.

—Nuestro descanso es a las diez y media. Solo veinte minutos. ¿Podrás escaparte? —le pidió.

—A Fiore no le gusta que salgamos del plató. Pero lo intentaré. Te lo prometo.

Ella hizo un mohín.

—No quiero irme. Pero, si tardo un minuto más, mi madre obligará a mi padre a salir a la calle a buscarme con una antorcha en la mano.

Gino tuvo que reírse al imaginarse el cuadro.

—Tranquila. Ve.

Cinnia le oprimió un momento la mano con las suyas y salió corriendo hacia el portal. A medio camino lo oyó llamarla.

—¡Cinnia!

—¿Sí?

—Dile a tu hermano de mi parte que no tiene ni idea.

Lo miró, sin entender.

—No sabes a moco en absoluto...

Ella sonrió, pero le pareció adivinarle un rastro de decepción en el rostro. Fue solo un instante, porque enseguida levantó la mano para despedirse y se dio media vuelta.

No echó a andar hasta que vio cómo entraba en el edificio y la puerta se cerraba a su espalda.

De regreso, en un *tram* casi vacío, las ideas le bailoteaban por la cabeza como un aquelarre de duendes frenéticos. Llevaba semanas fantaseando con

aquel momento y ahora que había llegado, no podría ser mejor.

Pero el recuerdo de Kate lo acosaba. Mundana, elegante, preciosa...

¿Inalcanzable?

No había vuelto a verla. Deseaba encontrársela por los estudios a cada momento, pero no había habido manera. Siempre podría ir a verla a su hotel, claro. Pero es que ni siquiera estaba seguro de que ella quisiera. Aquella manera de salir corriendo la última vez.

¿Para qué iba a querer alguien como Kate volver a ver a un pelagatos como él?

Seguro que lo de ayudarlo a irse a América lo había dicho solo por decir. Para ser amable. Se acordó de los soldados americanos que poblaban su niñez. Ellos también prometían muchas cosas que jamás llegaban a cumplirse.

Bardo tenía razón: solo un idiota se arriesgaría a dejar escapar a una chica como Cinnia.

Pero es que Kate O'Neil... *Oh, Dio!*

Esbozó una mueca triste al caer en la cuenta: Cinnia era como el cine italiano: próxima, real, apasionada, llena del atractivo que solo posee lo que nos es muy próximo.

En cambio, Kate era cine americano en estado puro: construida del material con el que se hacen los sueños. Tan ficticia como irresistible. Perfecta como solo puede ser lo que no conocemos.

El único pasajero que compartía el vagón con él lo vio menear la cabeza, convenciéndose. ¡Qué difícil es resistirse a las fantasías! Pero no echas a perder algo auténtico a cambio de un espejismo.

Pensó en qué excusa le daría a Bardo para justificarse cuando al día siguiente no se comiera el bocadillo con él.

Gino se bajó de un salto del vagón de carga. Cayó junto a las vías, y, una vez en pie, se quedó admirando la obra: si no fuera porque él mismo había ayudado a tenderlas, habría pensado que eran de verdad.

El decorado de la estación era el mejor que habían construido nunca. Y eso que habían levantado muchos. Casas, palacios, callejones... cualquier cosa. Pero aquella estación de tren con los andenes atestados de heridos y los vagones esperando para arrancar tenía algo que rezumaba autenticidad.

A su alrededor, docenas de extras vestidos con uniformes italianos harapientos, envueltos en vendas manchadas de sangre falsa y con los rostros macilentos de maquillaje aguardaban pacientemente el *Aaaaaction!* con el que el director daba permiso para empezar a rodar.

Bardo se acercaba por el andén. Iba con otro hombre: de treinta y pocos años, nariz de boxeador y pelo negro y alborotado. Charlando como viejos amigos. Antes de que pudiese dudar sobre la conveniencia de esperarlos o esfumarse, el veterano levantó el brazo, llamándolo:

—¡Gino! *Vieni!* ¿Conoces a Fabrizio?

Aquel tipo le resultaba vagamente familiar. El otro le tendió la mano, en un gesto franco.

—Polverini —le dijo, culminando la presentación. Tenía una sonrisa simpática, de las que se ganan a la gente sin necesidad de nada más—. Encantado. Bardo habla maravillas de ti.

—Bardo es un gran mentiroso...

—Y tú un *cazzo*, desagradecido —respondió el veterano intentando

alcanzarlo con un capirotazo que se perdió en el aire—. Fabrizio está en el departamento de producción.

Polverini reaccionó ladeando la cabeza, casi como excusándose.

—En fin, Bardo, ya he visto lo que necesitaba. Magnífico trabajo. Como siempre. Me vuelvo a mi agujero antes de que empiece a estorbar. Encantado de conocerte, Gino.

—Lo mismo digo.

Se dio media vuelta y echó a andar entre los extras. En el andén empezaban a oírse algunas exclamaciones de impaciencia. Las esperas entre toma y toma eran lo que más les costaba asimilar a los novatos. Y, por lo visto, allí tenían a más de uno.

—¿Quién era? —quiso saber Gino.

—¿Fabrizio? Un día tenéis que hablar largo y tendido, vosotros dos. ¿No dices siempre que te habría gustado conocer este lugar como era antes? Pues él puede contártelo mejor que nadie. Estuvo aquí el día que el *ascalzone* del Duce lo inauguró en persona: yendo de un lado a otro a grandes zancadas, al ritmo de las aclamaciones de centenares de italianos agradecidos. Entonces él tenía solo once años y le pagaron veinte liras por aplaudir cada una de las tonterías de aquel payaso. ¡Imagínate! Su padre había sido actor en tiempos del mudo, pero luego se convirtió en una persona respetable y empezó a llevar el restaurante que había antes aquí. Fabrizio era el camarero favorito de Amedeo Nazzari y de la Valli. La guerra se lo llevó todo, y el restaurante no fue una excepción. Pero en el 49 regresó y empezó a trabajar de *comparsa*. Llegó a hacer de pretoriano en *Quo Vadis* y en otro par de *kolossales*. Claro, con esa planta. Cobraba cinco mil liras diarias, pero sabía que no era lo bastante buen actor. Consiguió pasarse al departamento de producción y ahora está escribiendo un guion.

Gino miró a Bardo, abrumado por tanta información.

—Viejo, solo te he preguntado quién era. No su biografía en tres tomos. ¿Qué está pasando aquí?

—¡Nada! —Levantó los brazos su amigo, ofendido—. Nada de nada. Solo quería que vieses que, con un poco de ambición y ganas, es posible llegar adonde te propongas. No está escrito en ningún lado que tengas que ser un carpintero toda la vida, como el pobre Bardo. Eso es todo.

Gino frunció el ceño. ¿Primero Cinnia y ahora él? ¿Era una estrategia? *Impossibile*. No había manera de que Bardo supiera lo que había pasado la tarde anterior. Estaba enterado de todo lo que sucedía en los estudios, pero ni siquiera él era *tan* bueno.

En realidad, razonó, había sido él mismo quien le había hablado de la posibilidad insinuada por Kate de ayudarlo a cruzar el charco. Después de todo, irse a América era algo que los italianos llevaban en la sangre, ¿no? ¿Por qué aquel repentino interés en retenerlo?

Entonces Bardo cambió de conversación:

—Y tú, ¿qué? ¿No tienes nada que contarme?

—¿Sobre...?

—Chaval, no te hagas el *pazzo*. ¿No ibas el sábado a convertirte en el caballero de reluciente armadura de tu *cucitrice*? Cuenta, ¿qué tal fue?

Siguiendo la costumbre, Gino iba a decirle que Cinnia no era nada suyo. Esta vez, se lo calló.

—Nada especial. El armario estaba bastante mal, pero lo dejé mejor que aparente.

—Gino... —Le dirigió una mirada maliciosa—: El armario *ne importa un fico secco*...

El chico se rindió.

—Se hizo tarde y su madre me invitó a comer. No pude decir que no. La verdad es que son una gente muy agradable.

Bardo dio una palmada en el aire.

—¡Ja! ¿La *mamma* de tu chica te invitó a comer? Muchacho, eso son palabras mayores. Del mantel al altar hay solamente un paso, que lo sepas...

—Viejo, no te pases. —Dudó solo un momento. Si se lo iba a contar igual...—. Aunque la verdad es que ayer la llevé al cine.

—¿Qué visteis? —Bardo se lo preguntó como si la elección de la película fuese tan trascendente como la del chaqué del día de su boda.

—*Il momento più bello...*

El viejo dio una palmada en el aire.

—¿La de Mastroianni? ¿Tú? *Bambino*, esa chica te tiene bien cogido.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—Pues porque te conozco. Nunca habrías visto ese dramón si ella no te lleva de la manita. Así se empieza...

—¿Gino? *Is that you?*

El joven dio un respingo. Habría reconocido aquella voz entre un millón. Se dio la vuelta y allí estaba. Elegante como una modelo: falda blanca de amplios vuelos, ceñida en la cintura; sencilla blusa blanca con el cuello abierto que dejaba entrever un discreto colgante en forma de disco, tacones medianos y un pañuelo de topos rojos abrazándole la media melena ondulada.

El corazón le dio un vuelco. Habría preferido que Bardo no estuviese delante, pero no permitió que su presencia lo echase atrás.

—*Caterina!*

Parecía un poco insegura cuando le habló:

—Escucha, no sé si esto es demasiado correcto —dijo, mirando a su alrededor, dubitativa—. Tenía que venir al plató por un asunto y he pensado que podrías estar aquí. Así que te he buscado. Pero si prefieres que me vaya, solo tienes...

—¿Cómo puedes pensar que no quiero verte? ¡Por supuesto que quiero! Es

que después de la otra noche no supe muy bien... Quiero decir... Yo tampoco estaba seguro de si tú... Y me daba apuro presentarme en tu hotel.

Kate suspiró casi a escondidas. Aliviada.

—¿Sabes? —Sonrió y sus ojos irradiaron azul—. Eres un hombre difícil de encontrar, *signore* Grecchi. Empezaba a pensar que habías sido solo una ilusión.

Estaba encantado de verla otra vez

—¡Soy muy de carne y hueso, te lo aseguro! Y también un poco idiota, ya puestos. Pero aprendo rápido, si me dan la oportunidad.

Ella volvió a mirar a su alrededor. Lo último que quería era encontrarse a alguien que pudiera preguntarse qué diantres estaba haciendo en el plató 8. No tenía una respuesta convincente.

—Me encantaría ver cómo de rápido, de verdad. Pero hoy no puedo. El señor Fellows está esperándome. Tenemos un día de locos.

Gino recordó de pronto que ella le había contado lo mucho que le gustaban los musicales.

—Escucha... ¿Te gustaría que fuésemos al cine este sábado? Ponen *Il re e io* en el Olimpia...

Ella le miró con aquellos ojos suyos, tan llenos de cielo.

—Sí que aprendes rápido —admitió, contenta—. ¿Me recoges a las cinco?

—En punto.

—Tengo que irme, *signore* Grecchi. Cuídate.

—Y tú.

Kate se dio la vuelta para marcharse y su falda aleteó como un enorme pájaro blanco. Desde lo alto de un vagón, el silbido admirativo de un comparsa —*fiit-fiuuuuuu*— acompañó el movimiento, seguido por un coro de risotadas y más chifles. *Bella! Carina! Tesoro!*

Gino se revolvió y dirigió una mirada asesina hacia el rincón donde creía

que había empezado todo. Nadie insistió y él pudo perdonarles la vida, con el honor intacto.

Cuando volvió a mirar a Bardo, su amigo lo contemplaba con una expresión desolada y negando con la cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo? —le dijo—. ¿Me lo vas a decir? Y lo que es más importante: ¿qué vas a hacer ahora con la *cucitrice*?

Gino se acordó entonces de lo que le había prometido a Cinnia.

—¿Qué hora es?

—Las diez y treinta y cinco —contestó Bardo sin saber a qué venía eso ahora.

—*Merda!*

Rock Hudson cerró el periódico de golpe y lo tiró a un rincón después de arrugarlo con furia. Aunque ya hacía dos días que se habían entregado los Oscar, seguía igual de contrariado cuando le dieron la mala noticia.

And the winner is... Yul Brynner, for The King and I.

Las fotos de *La Stampa* de aquel maldito calvo recogiendo la estatuilla de manos de una sonriente Ana Magnani, envuelta en pieles, era más de lo que podía soportar. La decepción había sido de las peores de toda su vida, aunque intentara disimularlo.

De verdad había pensado que se lo darían a él.

¿Un Oscar por bailar un vals de un minuto con Deborah Kerr y poner cara de estreñido durante los ciento veintinueve restantes?

¿En serio?

Puñado de envidiosos. ¡Al diablo con la Academia!

Gigante se había llevado solo uno de los diez premios a los que optaba y había sido la gran derrotada de la noche. Solo George había conseguido birlarle milagrosamente el Oscar al mejor director a ese pintor frustrado de Walter Lang. Ni él, ni Mercedes, ni siquiera Jimmy —y ese sí que ya no volvería a tener otra oportunidad— habían tenido suerte.

Pero mal de muchos...

De momento, haber salido a rodar exteriores a Udine le había librado de tener que comentar la jugada con su compañera de infortunio. (Esa era otra: ¿qué posibilidades había de que dos nominados al Oscar por la misma película coincidieran en el rodaje de la siguiente, durante la gala en la que

ambos mordían el polvo? ¡Era todo un maldito récord!). Que le ahorcasen si le apetecía tener aquella conversación con Mercedes. Aunque ambos habían perdido, para ella era distinto. Había tenido suerte con su primera nominación, siete años antes. Y, aunque a nadie le gusta oír pronunciar el nombre de otro cuando abren el sobre, apostaba lo que fuera a que no sabía igual de mal cuando ya se tenía un Oscar en la repisa de la chimenea.

Él debería esperar para tener el suyo.

Y a saber cuánto.

Bueno, si Selznick no se equivocaba en sus predicciones de lo que estaba cociéndose allí, quizás el próximo año sería el suyo. No sería fácil que lo nominasen otra vez. Pero interpretando a un personaje de Hemingway siempre tendría más opciones que con el romano o el mayor de las fuerzas aéreas que había rechazado para poder hacerlo.

Se sentó frente a la máquina de escribir que tenía en la mesilla de la roulotte y fingió pensar. Al otro lado del ventanal, al menos una docena de muchachas se arremolinaron, como locas, para poder verlo de cerca. Sentirse como un mono en la jaula de un zoo le fastidiaba tanto como a cualquiera, pero el departamento de publicidad lo obligaba. Eran sus admiradoras las que lo habían convertido en el actor más taquillero de Hollywood, no los hombres. Si pretendía conservar aquel estatus, ellas debían verlo como alguien cercano. De carne y hueso. Y aquello exigía numeritos como ese.

Trató de imaginarse qué pensarían aquellas seguidoras que lo miraban, embobadas, teclear frases sin sentido, si supieran la verdad: que nunca había escrito nada y que la lectura también le aburría soberanamente. Se graduó por los pelos en la escuela superior y, de todas las facetas del trabajo de actor, leer guiones y memorizar el papel era, de largo, lo que peor llevaba.

Pero no. Pensándolo bien, había algo que llevaba mucho peor que tener que estudiar diálogos.

Ser una estrella de cine era mil veces mejor que vender aspiradoras puerta a puerta o conducir un camión para Budget Pack, eso lo sabía por experiencia. Pero entonces no necesitaba fingir ser lo que no era. Por increíble que le pareciese a todo el mundo, en aquel tiempo nadie se fijaba en él.

¡Menuda ironía!

Ahora mismo, Selznick le pagaba un montón de dinero a la Universal por tenerlo en su película. Pero nueve años antes, cuando Henry Wilson, su cazatalentos de entonces, se lo había llevado para que le hiciera una prueba, el gran hombre lo había descartado sin apenas echarle un vistazo. ¡Él! El tipo que lo sabía todo, había dejado escapar al actor más popular del momento. Y ni siquiera se acordaba de que pudo haber sido suyo por nada.

Llamaron a la puerta del tráiler. Para consternación de sus admiradoras, corrió la cortina y fue a abrir.

Era un mensajero al que ya empezaba a conocer bien.

—¡Buenos días! Traigo un sobre de la oficina del señor Selznick.

El actor hizo una mueca.

—¿Otro?

El joven arqueó las cejas. *Si yo le contara...* Hudson hizo un gesto de asentimiento. No había que matar al mensajero. Y menos a ese: un muchacho bien parecido, de maneras suaves y agradables. Si lo hubiese conocido cuando vivía en Long Beach y conducía para ganarse la vida, lo habría invitado a una copa sin dudarle. Ahora ni siquiera podía darle una propina.

—Gracias —dijo con la sonrisa que reservaba para los primeros planos. Al menos eso sí podía dárselo.

—¡Que le sea leve! —le deseó el muchacho, yéndose por donde había venido.

Le quedaban unos cuantos sobres más por entregar.

Hudson cerró la puerta y se sentó en el rincón más alejado de la ventana, tras la que todavía se congregaban las chicas, esperando en vano a que volviera a descorrer la cortina. Abrió el sobre y sacó un único folio, pulcramente mecanografiado y con membrete de Selznick.

—Solo uno —dijo, hablando solo—. Bueno, podría ser peor...

Empezó a leer: tan educado como siempre, el productor empezaba deseándole un rodaje de exteriores fructífero y placentero. Pero enseguida iba al grano: le preocupaba la escena en la que tenía que llevar una barca de remos a través del lago. Para impedir que aquel momento se convirtiera en ridículo de cara al espectador, consideraba imprescindible que supiese remar. No como alguien que lo hacía por primera vez, no. Como un remero experto. Ignoraba si había tenido oportunidad de llevar nunca un bote, pero si no era así le conminaba a tomar lecciones de remo cuanto antes, en bien de la película. La escena sería cara y cuantas menos tomas les exigiera, menos se resentiría el presupuesto. Confiaba en su tan alabada profesionalidad para que no hiciera oídos sordos a aquella sugerencia, puesto que lo sabía conocedor de los problemas añadidos que les había comportado el cambio de director. Por fin, se despedía reiterándole sus mejores deseos y recordándole lo feliz que se sentía de tenerlo como cabeza de cartel de una película con la que, sin duda, harían historia.

Hudson suspiró, hizo una bola de papel con el memorando y logró una meritoria canasta en la papelera que había bajo la máquina de escribir. Nada mal para un chico al que nunca le habían interesado lo más mínimo los deportes.

Empezaba a estar hasta la coronilla de Selznick y sus manías. Nunca había trabajado con nadie tan caótico y obsesivo como él. Le decías: «Buenos días, David» y él te contestaba: «No te han maquillado bastante la nuez de Adán, Rock. Ve y que te la disimulen.» ¡El tipo estaba ofuscado con su nuez! Había

hecho casi cuarenta películas en menos de diez años y nunca nadie le había dicho nada de la maldita nuez, pero Selznick no podía ni desearle los buenos días sin antes haberlo mandado a maquillaje. ¡Era desesperante!

Buscó un cigarrillo y echó un par de caladas furiosas. Lo que pasaba era que echaba de menos a Carlo. Al final le había conseguido un trabajito de extra —*comparsa*, lo llamaba él— en la película, pero se había quedado en Roma. La última vez que se habían visto, se había pasado un buen rato hablándole de otro extra que también se llamaba Carlo y daba vida a un carabinero. Que si era casi tan alto como él, que si había sido nadador olímpico en dos Juegos, que si era el primer italiano en nadar los cien metros en menos de un minuto, que si era abogado, pero quería ser actor. Que si él sí que tenía futuro...

¿Qué pasa? ¿Preferirías que te follase él en mi lugar?, había acabado estallando.

Carlo se había encargado enseguida de demostrarle que no. Luego, mientras ambos fumaban mirando al techo, se había reído y le había dicho que era muy difícil ser menos gay que su tocayo. Que no tenía que preocuparse de nada. Que a él solo le gustaba *Charlie astro de cine*.

«No soy yo quien debería estar preocupado», le había respondido él, otra vez molesto. Luego se había dado la vuelta y, cuando Carlo se había quedado dormido, como de costumbre, se había largado sin despedirse.

Sí, a veces *Charlie astro de cine* podía ser así de idiota.

En todo caso, el enfado se le había pasado hacía días. Se moría de ganas de verlo, disculparse y hacer las paces donde había que hacerlas. Pero en lugar de estar en Roma, deshaciendo la cama con el mejor amante de Italia, estaba perdido en algún lugar cerca de la parte superior de aquel país en forma de bota.

Volvieron a llamar a la puerta. ¿Otro memorando?

—¡Pasa! —dijo en voz alta—. Está abierto.

En lugar de los ojos verdes del recadero, la puerta dio paso a la sonrisa pícaro de Vittorio de Sica. Hudson se alegró del trueque. Antes de empezar el rodaje, pensar que tendrían muchas escenas juntos no le había hecho precisamente feliz. Aquel arquetipo del amante latino, mujeriego, jugador y *bon vivant*, le daba más pereza que otra cosa. Pero enseguida descubrió su error. El *maestro* —como le llamaban todos, con adoración— era un tipo encantador, que sabía ser elegante cuando convenía y canalla cuando había que serlo. Además de un actor generoso, que no te robaba la escena aun cuando le sobrara carisma para hacerlo.

—*Buonasera, Rocco!* ¿Molesto?

Como a la mayoría de los americanos, el inglés impregnado de acento napolitano le parecía simpático. Lo invitó a pasar con un gesto.

—En absoluto. Pasa, por favor. ¿Una copa?

—Nunca digo que no a un americano que me invita a una copa. Podría pegarme un tiro... —Le guiñó un ojo.

—Buena idea. Iré cargando el revólver. Mientras, sírvete tú mismo, por favor. Y ponme otra a mí.

De Sica cerró la puerta y se fue directo al mueble bar.

—Amigo —dijo con admiración mientras abría una botella de escocés de veinte años—, tienes a todo un regimiento ahí fuera. Se matarían unas a otras por hacerse una foto contigo.

Hudson puso los ojos en blanco.

—No me digas que a ti te gusta todo ese engorro de las admiradoras.

El italiano le alcanzó el vaso y lo hizo entrecuchar con el suyo. *Cent'anni!*

—No se trata de que me guste o deje de gustarme. Somos lo que somos gracias al público y le debemos algo más que una buena película de vez en cuando. Hoy te parecen pesadas; pero el día que se olviden de ti, y lo harán,

te garantizo que las echarás de menos.

Bebieron. Aunque no lo parecía, el italiano era un cuarto de siglo mayor que él. Había pasado por lugares que él ni siquiera podía imaginar. Hudson trataba de escuchar siempre a los veteranos. Había descubierto que se equivocaban muy pocas veces.

—Pero no he venido a darte lecciones ni a contarte batallitas —continuó De Sica, que todavía llevaba puesta la guerrera de capitán—. Morris dice que hemos terminado por hoy. Que la luz no le gusta. O sea, que somos libres. ¿Qué me dices de irnos a Venecia, a divertirnos un poco? Tengo un coche ahí fuera y hay poco más de cien kilómetros...

Hudson sonrió, encantado. Nada le apetecía más.

—Digo que, si acepto, no podré pegarte ese tiro.

—Por eso tranquilo. Tendrás oportunidades de sobra antes de que acabemos la película. —Otro guiño—. Me cambio de ropa y te espero en mi tráiler en media hora.

—Perfecto.

De Sica salió y pasó entre las chicas que se hacían las remolonas frente al remolque de su compañero sin que apenas le molestasen. Estaba a medio camino cuando oyó el alborozo de chillidos femeninos que se armaba de repente.

Se rio de buena gana. *Rocco* le había hecho caso, después de todo. *Le ragazze* tendrían la anhelada foto al lado de su ídolo.

De Sica le había dado las llaves del Giulietta Sprint sin que se las pidiera. Conducía con más prudencia de la esperada.

—¿No te gustan los coches, *Rocco*?

—Mucho —dijo él sin apartar los ojos de la carretera—. Este es precioso,

por cierto. ¿Desde cuándo lo tienes?

—No es mío. Un préstamo. —Hizo una pausa—. Creía que a todos los actores americanos os gustaba hacer carreras.

—Y me gustaba —repuso Hudson—. Pero cuando me entran ganas de pisar el acelerador me acuerdo de Jimmy y se me pasan.

—¿Jimmy?

—Dean. James Dean.

Claro, pensó el italiano al recordar *Gigante*. ¡Qué *pazzo*! Trató de solapar la plancha cambiando de tema.

—¿Has estado alguna vez en Venecia?

—Seguro que no te sorprende si te digo que no.

—Pues podemos hacer un poco de turismo, si te apetece. Es una ciudad única y deberías ver un par de cosas. Luego, conozco un lugar donde se puede jugar al póker. Jugar de verdad, ya me entiendes...

Trató de tentarlo con una de sus sonrisas de tahúr napolitano. Pero el americano era inmune a esa enfermedad.

—No te ofendas, pero ¿no hay más cosas para hacer en esa Venecia tan fantástica?

El italiano no se amilanó. Las había. Claro que las había.

—Si no te gustan los naipes, puedo indicarte un par de sitios donde siempre hay mujeres guapas. Algunas, incluso, solteras. O, mejor todavía, con los maridos de viaje de negocios.

Hudson no hizo ningún comentario. Continuó con los ojos fijos en la carretera. El silencio se alargó lo suficiente como para que el italiano comprendiese.

—¿Has oído hablar de Casanova alguna vez, *Rocco*? —empezó a decir, sin mirarlo—. Era un libertino y aventurero veneciano del siglo XVIII. Un erudito comprometido con los ideales de la Ilustración que reconoció en sus

memorias haber seducido a ciento veintidós mujeres. —Hizo una pausa teatral—. Lo que se guardó, pero es igualmente sabido, es que además de ese centenar largo de damas, también dio la oportunidad a bastantes varones de calentar sus sábanas. Interesante, ¿no te parece? Este país, y seguro que también el tuyo, está repleto de idiotas que aplaudirían una cosa y demonizarían la otra... Aunque estoy convencido de que muchos de ellos lo envidiarían en secreto.

Hudson se volvió a mirarlo. El italiano vio algo en sus ojos que le era desconocido hasta entonces.

—A mí, todos los placeres que sean libre y gustosamente compartidos me parecen igual de deseables. Aunque no los comparta necesariamente todos, jamás se me ocurriría juzgar a nadie por su elección. En mi caso, las mujeres me pierden. Y aún más las cartas. He tenido a mi hijo ardiendo de fiebre en la cama, con su madre loca de angustia, mientras yo perdía sobre un tapete todo lo que me habían pagado por una película y casi lo que me iban a pagar por la siguiente. Siendo tan mezquino, ¿cómo podría pretender siquiera opinar sobre unas debilidades que no fuesen las mías?

El americano estaba atónito. En Hollywood nadie se habría atrevido a hablarle así. Nadie que él conociera, al menos.

—¿Sabes? Me apetecería mucho poder conocer en primera persona ese aspecto menos conocido de Casanova del que me hablabas —dijo al fin.

Otra vez, De Sica le guiñó un ojo.

—No habrá ningún problema, amigo mío. Aunque muchos se nieguen a reconocerlo, en esos asuntos, como en tantos otros, Italia todavía tiene mucho que enseñarle al mundo.

Luca Sartoreti había tenido que abandonar su Cinzano y su mantel de hilo para poder hablar con la mujer que tenía delante. Morena, sobre los veinticinco, mirada vagamente turbia y ojeras que, más que afearla, le conferían personalidad. Tentado estuvo de ofrecerle trabajar para él. Sería una gran sustituta de Loredana.

Pero no estaban allí para eso. Además, si la tocaba, Sandro, que era quien le había proporcionado el contacto, se lo tomaría como una ofensa. Y aunque la muchacha era *bella*, no valía la posibilidad de un navajazo.

Nada más apearse del *tram*, ella había distinguido su figura vestida de claro. No sonreía cuando se le dirigió:

—*Sei Sartoreti?* —Él asintió, tendiéndole la mano—. Patrizia —dijo, estrechándosela, mientras miraba a ambos lados—. ¿Podemos ir a un lugar más discreto? Estoy muy lejos de casa, pero no querría que nos viese nadie.

Luca le sugirió un bar que estaba allí mismo. Le pareció bien. Habría aceptado cualquier lugar con un techo. Una vez allí, buscaron el rincón más reservado. Apenas se sentaron, Luca sacó un fino sobre del bolsillo interior de la americana y lo puso sobre el mármol de la mesa. Ella le echó un vistazo y, sin contar los billetes, lo hizo desaparecer en el interior del bolso.

Lo miró aún con desconfianza. Se notaba que no estaba acostumbrada a hacer tratos como ese.

—Sandro dice que quieres saber cosas de los *americani*. ¿Qué tipo de cosas?

—De la casa en la que se alojan. De lo que tienen allí. De qué suelen hacer.

De cuándo entran y salen. *Ese* tipo de cosas. Tú formabas parte del servicio, *vero?*

—Hasta el lunes pasado. —Su tono era amargo—. Nos echaron a todos. Hasta el último. Como si fuéramos unos inútiles. La agencia se justificó diciendo que era porque querían a gente que hablase inglés. *Stupidaggini!* Aunque he de reconocer que nos pagaron más de lo que nos habría correspondido.

Luca se relamió. Era precisamente lo que necesitaba: alguien que hubiese estado dentro y que ahora quisiera ajustar cuentas. Un poco más de rencor no le habría venido nada mal, pero se las arreglaría con lo que había.

Se pasó los siguientes cuarenta minutos haciéndole todo tipo de preguntas. Patrizia no era habladora, pero entendía enseguida lo que quería y trataba de dárselo. Primero le habló de los señores: a él lo había tratado muy poco, la verdad. Le parecía un hombre correcto pero distante. Ella era harina de otro costal: más amable. Pero todo el día le iba a él con sus lamentos.

—¿De qué se quejaba?

—De todo, supongo. No entendía ni una palabra de lo que decían, pero se veía claramente por el tono. Si hubiese tenido la misma paciencia con nosotros que con ella, aún estaríamos trabajando para él. Y yo no estaría aquí, contigo...

Le pareció necesario dejárselo claro. Ella no era una traidora. Simplemente, se vengaba de un trato injusto. La diferencia era importante.

Luca pasó por alto la pequeña ofensa implícita y continuó a lo suyo. Pero lo que le daba Patrizia era cada vez más descorazonador: la *americana* tenía joyas bonitas, sí. Especialmente un par de collares de perlas. Y no era muy cuidadosa con ellos. Siempre estaban en su tocador, a merced de cualquiera que quisiera llevárselos. Pero, fuera de eso, no había gran cosa. Y mucho menos la caja fuerte con la que tanto había fantaseado él. Ni ella había visto

nada en la casa que se le pareciera, ni nadie del servicio se lo había comentado.

Luca chasqueó la lengua, frustrado. Le hizo unas cuantas preguntas más, pero solo por hacerlas. No asaltabas una casa y te ponías en el punto de mira de los *carabinieri* por un par de collares de perlas.

Patrizia empezaba a impacientarse. Ni tenía más información que dar, ni quería estar allí ni un minuto más de lo necesario. Luca se percató de su nerviosismo y tuvo ganas de retenerla, aunque solo fuera por ver cómo se le iba crispando el semblante. Le había dado un buen dinero a cambio de una información que no le serviría para nada. Tenía derecho a divertirse un poco, ¿no? Pero luego pensó en Sandro y en las malas pulgas que gastaba y decidió dejarla en paz.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó ella, al levantarse.

Los ojos de Luca se oscurecieron.

—*Ragazza*, ¿de verdad quieres que te conteste?

Ella negó enseguida con la cabeza. ¿Cómo podía haber sido tan idiota?

—No me has visto nunca —dijo él—. No me conoces ni sabes nada de mí.

Capisci?

Patrizia asintió furiosamente con la cabeza.

—Lárgate. Y paga al salir. Ya te he dado bastante pasta a cambio de nada.

La muchacha se escabulló como si la persiguieran. Luca la vio alejarse por el pasillo, agarrándose a su bolso como una niña a su muñeco de dormir.

Dejó escapar una risita retorcida.

Al final, sí que se había divertido a su costa.

Al salir del bar, había dos tipos, esperándole. A uno no lo conocía, pero el otro era Calogero Licata, uno de los hombres a los que don Sabino solía

encargar los trabajos más delicados. Luca sintió cómo el cuello de la camisa le oprimía la nuez. Pero compuso una sonrisa de oreja a oreja y cruzó la calle para ir a su encuentro, como habría hecho alguien que se alegrase de verlo.

—*Buongiorno, Gero!* —le saludó—. No me digas que andas buscándome. ¿Qué puedo hacer por ti?

Licata era diez años mayor que él y diez centímetros más bajo. Tenía la frente ancha, nariz de boxeador y las cejas como dos uves invertidas. No sonreía y Luca empezó a preocuparse.

—Don Impanato quiere verte.

—Siempre es un placer hablar con don Sabino. Iré esta misma tarde, *con piacere*.

—*Adesso* —susurró el otro. Y las uves de su frente se acentuaron.

Ya no había duda. Algo andaba mal.

—¿Por qué tanta prisa? —quiso saber.

—¿Y por qué no? ¿Tienes algo mejor que hacer, quizá?

—No. Claro que no.

—Entonces vamos.

Luca asintió. Disimulando el gesto, se palpó el bolsillo donde llevaba la figurita de la *Madonna*. Comprobar que seguía en su sitio lo consoló ligeramente.

Al menos, si las cosas se ponían feas de verdad, aún podría encomendarse a la Virgen.

Don Sabino Impanato era el padrino del *locale* romano de la ‘Ndrangheta. Un hombre en algún lugar más allá de los setenta, con el pelo espeso y totalmente cano, una barba que no conseguía llevar igualada pese a visitar la barbería a diario, y rasgos que habían sido agradables pero que se habían ido

ensanchando con los años, hasta darle el aspecto del campesino calabrés que hubiese debido ser.

Así como Luca se pasaba el día en su terraza, don Impanato raramente salía de su local: una *trattoria* con cierto encanto en el corazón mismo del *rione* Pigna, no muy lejos del Panteón. En verano, el restaurante estaba siempre atestado de turistas. Pero tenía un reservado, al fondo, que no admitía más que un comensal.

A Luca lo llevaron directamente allí.

A su rostro de aldeano, don Sabino unía un gusto nulo a la hora de vestir. Nunca se había puesto una corbata y le gustaba combinar las camisas blancas, sin cuello, con pantalones de pana ya fuera verano o se cantasen villancicos por las esquinas. Nadie que se cruzara con él podría imaginar que era uno de los delincuentes más poderosos de la ciudad. Y, posiblemente, el más rico.

El Don apuraba un tiramisú cuando los dos tipos plantaron a Luca, expectante, frente a él. Apenas apartó la vista del plato cuando le habló:

—Luca Sartoreti —dijo, como si necesitase recordar el nombre—. Precisamente la persona que quería ver. Qué amabilidad por tu parte viniendo tan pronto.

—En absoluto, don Impanato. Sabe que estoy siempre para lo que ordene.

El viejo levantó por fin los ojos para clavarlos en los del recién llegado. Los tenía pequeños, oblicuos y con un párpado ligeramente más cerrado que el otro. Cuando miraba fijamente, daba la impresión de que, de alguna manera inconcebible, tenía la capacidad de saber lo que estaba pensando su interlocutor. Aquel don que en realidad no poseía lo había ayudado más que ninguna otra cosa a llegar a lo más alto de su organización.

Luca no tenía nada que ocultarle. Aun así, se sintió terriblemente incómodo hasta que aquellos ojos perdieron interés y fueron a posarse en el café que un camarero servicial había depositado en la mesa.

—Conozco a tu madre desde niña, ¿sabes? Una gran *donna*. Nos traía a todos de cabeza. Sí, sí, también a mí, durante un tiempo. —Hizo una pausa, como para dejar que Luca asimilase aquella confidencia—. Cometió el error de casarse con un romano. Pero... todo el mundo se equivoca y no por ello debe pagar el resto de su vida. Y menos si es mujer, *non credi?*

Luca no tenía ni idea de adónde quería ir a parar, pero se apresuró a estar de acuerdo.

—Fue por *la tua mamma* que les ordené a mis hombres que te dieran alguna cosilla. Para ver si había en ti más de ella o de aquel *stronzo* que le jodió la vida. Hasta hace poco pensaba que te parecías más a tu madre. Pero me cuentan que el último paquete que entregaste estaba mucho más cortado de lo tolerable.

Volvió a mirarlo fijamente. Y aquella vez, Luca sintió algo que ya casi había olvidado: miedo.

—*Gerino* —dijo apuntando con la cabeza al hombre que lo había llevado allí y que los miraba, estático como una de esas tallas de indios que adornaban los estancos— cree que la mercancía ya te llegó defectuosa. Que ni siquiera tu mitad romana es tan idiota como para querer jugárnosla de una manera tan burda. Ya hemos tenido algunos problemas con los que nos la proporcionan y eso juega a tu favor. Pero hay otros que no te quieren tanto. Y que opinan que, seas o no culpable, hay que dar ejemplo.

Luca notó una gota de sudor que le nacía en la sien derecha. Había oído hablar de otros casos como aquel y nunca terminaban bien. No le hizo falta mirar a su alrededor. Tenía a Calogero y su acompañante mudo, uno a cada lado, más otros dos guardaespaldas delante, uno en cada rincón de la habitación. Ni la *Madonna* podría sacarlo de aquella.

Luca había visto a tipos más duros que él llorando como niños y suplicando por sus vidas. Ni a uno solo le había funcionado. Decidió adoptar

otra actitud.

Muy sereno, se ajustó bien el nudo de la corbata, midiendo cada una de las palabras que iba a utilizar.

—Don Impanato: No voy a insultarle poniéndome de rodillas y jurando que soy inocente. Soy hijo de mi madre y, aunque no sea ni siquiera *picciotto*, preferiría cortarme una mano antes que perjudicarlo. Puedo demostrar que no puse ni un dedo en esa mercancía. Póngame cara a cara con la otra parte y decida por sí mismo quién es un hombre de honor y quién una rata miserable. Y si no basta con eso, estoy dispuesto a indemnizarlo por cualquier pérdida ocasionada aun sin quererlo.

El padrino no se esperaba una salida semejante. Estaba convencido de que aquel mestizo caería de rodillas y pediría por su vida, como hacían todos. Ver tanto orgullo en alguien con la soga al cuello le impresionó.

Decidió darle un poco de cuartelillo.

—¿Y cómo crees que podrías compensarme, joven? ¿Tienes idea del dinero que me habéis hecho perder tú o quien sea? Porque, no nos engañemos: tienes *coglioni*, lo admito. Pero eres un pescadito muy pequeño...

Luca vio una luz. No conocía a nadie en su lugar que hubiera llegado tan lejos. Quizá no estuviese todo perdido.

—Tengo un negocio entre manos, señor. Nada relacionado con sus asuntos —se apresuró a añadir—. Pero que puede proporcionarme una buena suma. Se la entregaré con mucho gusto. Incluso más, si considera que no es bastante. Lo que haga falta para convencerlo de que puedo ser un *uomo d'onore*.

Don Sabino dejó escapar el aire por la nariz. Desde luego, el *ragazzo* los tenía bien puestos. No solo se ofrecía a hacerle ganar un buen pellizco —en realidad, sus pérdidas con aquel asunto habían sido irrelevantes—, sino que, implícitamente, pedía entrar en la organización a cambio.

Nada mal para alguien que había entrado teniendo un pie en la tumba.

—Ese dinero que dices, ¿de dónde va a salir?

—Le ruego que no se lo tome como una falta de respeto, don Impanato. Pero teniendo en cuenta que todavía no ha aceptado mi oferta, creo que tengo derecho a no revelarlo. Si va a matarme igual, al menos que usted también pierda algo...

El padrino soltó la clase de sonora carcajada que se esperaba de un campesino tras ganar una apuesta.

—¿Lo habéis oído? *Questo ragazzino è incredibile!* Se atreve incluso a ponerme condiciones. Sabes que podría sacártelo haciendo así, ¿verdad? — Chasqueó los dedos.

Luca asintió, pero continuó sin soltar prenda. Sabía que había llegado al límite. Una palabra de más y todo se iría al garete.

—*Bene*. Quiero ver adónde nos lleva todo esto. Te daré un poco de cuerda, Sartoreti. Pero si las cosas no salen como dices, te aseguro que nuestra próxima conversación será mucho menos agradable. Ahora lárgate, antes de que me arrepienta.

—*Grazie*, don Impanato. No se arrepentirá. *Avete la mia parola*.

Luca se dio media vuelta y se encontró con que Licata le bloqueaba la salida. El hombre se apartó lo justo para dejarlo pasar. Mientras lo hacía, le dedicó una mirada que llevaba una advertencia implícita.

Fingió que le resbalaba. Salió del local caminando tranquilamente, como si acabase de tomarse la mejor cena de su vida.

Esperó a estar seguro de que nadie le seguía, se metió en un callejón y se dobló sobre sí mismo, solo un instante antes de que le sobreviniera la primera arcada.

Era su día de suerte. La papilla que echó, mezcla de Cinzano y restos de la pasta que había tomado para comer, no le manchó los zapatos por solo un par

de centímetros.

—¡Dios mío! Me ha encantado. ¿A ti no?

Mientras salían del cine, a Kate se le iban los pies. Ahora se arrepentía de haberse puesto aquel vestido de flores, ajustado y con escote Reina Ana que le sentaba como un guante. De haber llevado una falda como la de Deborah Kerr en la película, no habría podido resistir la tentación de pedirle a Gino que la hiciera volar allí mismo, en plena calle. Como el rey hacía volar a la institutriz Leonowens por sus salones alfombrados de mármol.

Shall We Dance?, cantaban.

¡Pues claro! ¡Siempre!

Gino la contemplaba balancearse suavemente, al compás de un ritmo que solo ella podía oír. Los musicales tampoco eran su debilidad, pero, desde luego, aquel le había gustado más que la mayoría. Especialmente, su protagonista masculino. Nunca antes había visto al tal Yul Brynner, pero entendía perfectamente que le hubiese levantado el Oscar al sosaina de Rock Hudson. Se comía la pantalla de una manera con la que él, tan blandito, no podía ni soñar.

—Sí. Sí que me ha gustado —reconoció por fin—. ¿Conocías a ese actor?

—¿A Brynner? Un poco. Hasta ahora solo había hecho teatro. Pero era una estrella en Broadway, no te creas. Le vi hacer esta misma obra, con Mary Martin, cuando estuve en Nueva York con... —Dejó la frase en suspenso, como el soldado que levanta el pie en el último instante, antes de pisar una mina—. Entonces ya me emocionó. Claro que ya había ganado el Tony.

Gino no tenía ni idea de qué era un Tony, pero se guardó de demostrarlo.

Estaba a punto de preguntarle con quién había visto la obra, pero ella se apresuró a añadir:

—¿Sabes qué dijo al recoger el Oscar?: *Espero que esto no sea un error porque no pienso devolverlo por nada del mundo*. Me pareció muy gracioso.

—Se rio. De repente, pareció que se le ocurría algo—: No es americano, ¿sabes? En realidad, es medio ruso, medio japonés. Llegó a Estados Unidos solo un poco más joven de lo que lo somos nosotros. Estudió interpretación, consiguió trabajo en una compañía y ahora es una estrella. Eso es lo que más me gusta de mi país: si trabajas duro y no pierdes la fe, puedes llegar hasta donde te propongas.

Gino la miró, con intención.

—¿Te parece que yo podría hacer lo mismo?

—Estoy segura. Y no soy la única que lo piensa.

Anocheía y la última luz de la tarde arrancaba destellos escarlata de las suaves ondas de su pelo, resaltando el carmín intenso de los labios y el leve turquesa de la sombra de ojos. En momentos como ese, Gino sentía que sería capaz de cualquier cosa con tal de estar siempre con ella.

—Si no llego a ir yo a verte, ¿me habrías buscado? —le preguntó Kate, de sopetón.

—No lo sé —admitió él—. A veces dudaba de si me atrevería. Pero otras me parecía que no sería capaz de seguir viviendo si no lo hacía. —Se le acercó más de lo que aconsejaba la prudencia—. Me gustas, *Caterina*. Muchísimo. Pero también me das miedo. No quiero quedarme colgado de tu recuerdo cuando te marches.

Esta vez, ella no se echó atrás. Al contrario: acortó un poco más la distancia que los separaba.

—Tú también me das miedo —susurró—. Muchísimo. Haces que la cabeza me dé vueltas y que el estómago se me llene de mariposas. Y me han

contado cosas terribles de los italianos guapos...

Ambos sentían el aliento del otro en la punta de la nariz. A Kate la embargaba la misma clase de embriaguez que cuando bebía un poco de champán. La sensación efímera y placentera que uno se pasaba la vida buscando y que encontraba tan pocas veces.

—No deberíamos...

—No. No deberíamos. —Estuvo él de acuerdo.

Pero la besó.

Fue un beso breve, al principio, que se fue alargando cuando ella se lo devolvió. Que los transportó desde la esquina donde se habían detenido a un lugar privado, íntimo, adonde no llegaban el sonido del tráfico ni las miradas envidiosas de los transeúntes. Solo su respiración entrecortada.

Kate siempre había soñado con un primer beso como aquel.

Harold nunca la había besado así. ¡Harold! ¡Qué lejos lo sentía en aquel instante!

—Creía que no ibas a hacerlo nunca, tonto —le dijo cuando por fin se resignaron a separarse.

—Lo habría hecho la otra noche, pero saliste huyendo.

—No volveré a hacerlo. Palabra de *Girl Scout*.

Gino iba a preguntarle qué diantres era una *Girl Scout* cuando, en la otra acera le pareció ver a Cinnia, mirándoles fijamente. Había intentado, sin éxito, no pensar en ella mientras veían la película. Se sentía como un canalla, imaginando qué pensaría después de que no hubiese vuelto a aparecer desde su primera cita. El corazón le dio tal vuelco que estuvo seguro de que Kate se había dado cuenta. Pero enseguida se percató de que no era Cinnia y recuperó la compostura.

Tragó saliva.

En realidad, ni siquiera se le parecía.

El tacto cálido de los dedos de Kate entrelazándose con los suyos lo obligó a volver a su lado.

—Creo que estoy a punto de ser una chica muy mala, *signore* Grecchi.

Le acarició el rostro y volvió a besarlo.

Y ese segundo beso borró de sus mentes cualquier cosa que no fueran ellos mismos.

—Ven —musitó Kate, apretándole la mano y echando a andar.

—¿Adónde?

—La otra noche me llevaste a un montón de sitios que no olvidaré nunca. Ahora me toca a mí.

Las luces de la sala se encendieron y Arthur Fellows se volvió para encontrarse con aquella expresión agria en la cara de su jefe que conocía tan bien.

Suspiró, imperceptiblemente. Se lo había estado temiendo desde que empezó la proyección.

La inevitable pregunta llegó enseguida:

—¿Y bien, Arthur? ¿Qué te han parecido?

Era el patrón de siempre. En lenguaje Selznick aquello equivalía a: te estoy dando la cuerda para que te ahorques tú mismo, muchacho. Fellows había asistido a docenas de ejecuciones públicas como la que ahora le estaban preparando.

Era evidente que algo no le había gustado. En el peor de los casos, no le había gustada *nada*. El problema era que a él le habían parecido unos *takes* más que válidos.

No tenía ni idea de qué esperaba que dijera.

En realidad, dijera lo que dijese iba a dar igual.

¿Por qué no ser sincero, por una vez?

—Bueno, los he encontrado magníficos. ¿Tú no?

Selznick resopló de indignación.

—¿Magníficos? ¿Lo dices en serio, Arthur? ¿*Magníficos*? Esa cantidad absurda de paraguas que se ven durante la retirada de Orsino no es magnífica. ¡Es un maldito desastre! Una idiotez que tendré que arreglar en la sala de montaje, porque no podemos ni plantearnos rodarla de nuevo, que es lo que

habría que hacer. ¿En qué demonios estabais pensando? Son cosas como esta, Arthur, las que destruyen una película. Lo sé muy bien. ¡Y a estas alturas, tú también deberías saberlo, maldita sea!

Fellows casi pudo sentir la sangre entre los dientes mientras se mordía la lengua. La escena de la retirada de Orsino era de una complejidad extrema. Habían tardado un día entero en rodarla y había costado más de cincuenta mil dólares. Y lo que él había visto en la pantalla había sido exactamente el dramatismo, la derrota y la desesperación que se esperaba de un momento como ese.

David solo había visto paraguas.

Trató de decir algo, pero su jefe no le dejó.

—¡No! No me digas que ya te encargas tú. Les enviaré un memorando para que sepan hasta qué punto la han cagado. Pero, por increíble que parezca, hay algo aún peor. —Hizo una pausa, esperando a que la respuesta saliera de Fellows y, cuando no fue así, resopló de nuevo y lo dejó caer—: ¿Se puede saber qué cree que está haciendo Ossie Morris con Jennifer? ¿Qué pretende? ¿Hundir la película?

Fellows trató de mantenerse entero. Oswald Morris, el director de fotografía, había estado en el punto de mira de David desde el día que Huston salió por la puerta. La amistad que había entre ambos era del dominio público y, de hecho, Fellows había temido que el cámara siguiera el mismo camino que el realizador desde que este decidiera apearse del proyecto.

En un alarde de profesionalidad, Morris no solo se había quedado, sino que había soportado estoicamente un memorando de más de treinta páginas en el que David le sugería, con todo lujo de detalles, cómo tenía que filmar a Jennifer. El británico no se lo había dado a leer, pero le había dejado claro a Fellows que creía ser lo bastante competente como para que cosas como aquella no fueran necesarias.

Y que, desde luego, filmaría a Jennifer como él pensaba que había que hacerlo.

Después de Huston, perder a Morris sería lo peor que le podría pasar a la película. Fellows había creído que podría mantenerlo a bordo. Pero ahora se daba cuenta de que, una vez más, había sido demasiado optimista.

—Es hora de que los miembros del equipo de esta película empiecen a comportarse como profesionales, o nada podrá evitar el desastre —dijo Selznick, mirándolo con los ojos entornados desde detrás de sus gafas de pasta negra.

—¿Qué quieres decir con eso, David?

—Es muy sencillo: vamos a despedir a Ossie, Arthur. —La mirada no había variado ni un ápice—. Si no es capaz de cumplir unas sencillas instrucciones que solo tratan de sacar lo mejor de la protagonista en la pantalla, habrá que buscar a otro que quiera hacerlo. Nos jugamos demasiado. Esta vez no nos complicaremos la vida: hace tiempo, Willy Wiler me habló muy bien de un tipo de aquí al que utilizó como consultor de fotografía en *Vacaciones en Roma*. Portapuli, o algo parecido, creo que era. Que lo busque esa secretaria tuya tan eficiente. Willy decía que sabía lo que se traía entre manos y que hablaba un inglés más que decente. No necesitamos más. Veamos si está disponible y sigamos adelante.

Fellows ardía por dentro. Hizo un esfuerzo por contenerse.

—Creo que te estás precipitando, David. Ossie es un fuera de serie filmando en color. Recuerda lo que hizo en *Moulin Rouge*. No encontraremos a nadie que le llegue a la suela de los zapatos.

—Ossie Morris es un gran director de fotografía, Arthur. Eso no te lo voy a discutir. Pero, desde luego, no es el director de fotografía que necesita esta película. Y si no eres capaz de verlo...

Fellows bajó la cabeza. Nunca había estado tan cerca de mandarlo todo al

diablo.

Todo el mundo insistía en que había vida más allá de David O. Selznick. No podían estar todos equivocados.

Pero había trabajado tanto. Se merecía algo más que salir por la puerta de servicio.

—Como quieras —dijo.

Igual que siempre.

Kate estaba acurrucada entre los brazos de Gino cuando sonó el teléfono. Casi dejó escapar un chillido. Sin preocuparse de ponerse nada encima, saltó de la cama para contestar.

—Kate O’Neil al aparato. ¿Dígame?

Desde la cama, Gino la contemplaba con expresión traviesa. De repente, cayó en la cuenta de la pinta que debía de tener en ese preciso momento: en traje de Eva y contestando al teléfono como si estuviera sentada tras la mesa de su despacho.

Tapó el auricular con la mano y le hizo un gesto imperioso. ¡Esto es importante!

—¡Señor Fellows! No, no me molesta en absoluto. Estaba leyendo un poco antes de apagar la luz. Sí, tengo dónde apuntar... ¿Portapuli? No está seguro... Bien, no se preocupe. Lo buscaré... ¿Wiler lo utilizó en *Vacaciones en Roma*? Eso me ayudará, señor... Averiguo si está libre y lo cito mañana, cuanto antes mejor, de acuerdo... Es un poco tarde para hacer nada esta noche, pero será lo primero que haga por la mañana... Sí... No, no se preocupe. Es mi trabajo... Buenas noches también a usted.

Colgó el teléfono y corrió a meterse bajo las sábanas. Gino la recibió con un beso.

—No hay por qué correr tanto, *Caterina*. No es nada que no haya visto antes...

—Puede. Pero no es de esta forma como quiero que me veas. Y, por favor, no hagas que esta situación sea aún más embarazosa.

Él se dio cuenta de que no le había hecho gracia y cambió enseguida de actitud.

—Perdóname. No quería...

—No, perdóname tú —rectificó ella, cogiéndole de la mano—. No has dicho nada malo. Es que cuando se trata de trabajo, yo... Bueno, soy así.

Él hizo un gesto muy italiano. *No le demos más importancia.*

—¿Qué era lo que no podía esperar a mañana?

—Mi jefe visionaba hoy los últimos *takes* con el señor Selznick. Ya sabes, el mandamás, como te gusta llamarle. Seguro que algo ha ido mal. Si necesita ver a ese tal Portapuli con tanta urgencia, es que alguien acaba de perder su trabajo.

Gino frunció el ceño.

—¿Seguro que no es Portalupi? ¿Piero Portalupi?

—Sí, puede ser. Él no estaba seguro del nombre. ¿Le conoces?

—Si es quien te digo, es un director de fotografía. Y de los buenos.

Kate se llevó la mano a la boca, consternada.

—¿Director de fotografía? Entonces ¿a quien vamos a echar es a Oswald Morris? ¡Santo Dios! No podría ser peor.

Sin darse cuenta, Gino se puso a la defensiva:

—Tranquila. Si vais a contratar en su lugar a Portalupi seguro que no salís perdiendo. Es uno de los mejores de Italia. Incluso tiene un *Nastro d'argento*.

Kate no se paró a preguntar qué premio era ese. Lo poco que sabía de operadores de cámara le bastaba para ser consciente de que el hombre al que iban a echar era uno de los más respetados de la industria en América. Otra

remesa de mala publicidad para la película. Y otro racimo de problemas que se le venía encima a su jefe.

—¿Tienes idea de si está trabajando en algo?

Gino tuvo que pensarlo solo un momento.

—Acaba de estrenar *Uomini e lupi*, con Silvana Mangano y ese francés de *Vite Vendute*. Montand... No creo que tenga nada tan pronto. Bardo lo sabrá, seguro. Puedo preguntarle, si quieres.

Kate hizo un gesto. No hará falta.

De repente Gino fue consciente de lo incómoda que parecía estar. Nada que ver con la mujer que era antes de sonar el teléfono.

—¿Quieres que me vaya?

Ella vaciló.

—No es que quiera. Ha sido... Estaba siendo... Pero es que esta llamada lo cambia todo. ¿De verdad que no te importa, cielo?

Le importaba. Por supuesto que le importaba. Pero, desde luego, no iba a demostrárselo.

—En absoluto.

Se levantó y se puso los pantalones lo más rápido que pudo. Ella lo observaba, medio sentada en la cama, cubriéndose con la sábana.

Kate se dio cuenta de que estaba estropeándolo todo. Se sintió miserable. Hasta ese momento todo estaba siendo, sencillamente, perfecto. Y podía continuar siéndolo, solo con que ella abriera la boca y le pidiera que se quedase.

Pero todavía no era muy tarde y, con suerte, en Los Ángeles aún quedaría alguien en la oficina. Con lo que Gino acababa de contarle, quizá podría conseguir el contacto y hablar con el señor Portalupi aquella misma noche. Y, si todo iba sobre ruedas, incluso podía confirmar la cita y darle la noticia al señor Fellows antes de que se hubiese ido a dormir.

Kate O'Neil, siempre tan eficiente. *¡Esa chica vale una mina de oro, Arthur!*

Odiándose a sí misma, vio cómo él terminaba de vestirse con la cabeza gacha. Kate se levantó de la cama, llevándose la sábana.

—Gino, ¿podrás perdonarme? Sé que esto es... —No encontró las palabras adecuadas y prefirió no decir nada—. Pero es que no te imaginas cómo está la película ahora mismo. Tengo que intentar localizar a ese director de fotografía cuanto antes. Podemos ahorrar miles de dólares...

Gino hizo una mueca.

—Sí, claro. Lo comprendo. Los italianos también hacemos cine, Kate. — Que no la llamara *Caterina* la hirió como un pinchazo en el corazón—. Y también tenemos problemas como estos. Lo entiendo.

Le dio un beso rápido. No la clase de beso con la que deberían haberse despedido. No la que se merecía lo que acababan de vivir juntos.

—Gino...

—*Lavora, Kate, lavora. Non preoccuparti per me.*

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Kate habría querido tirarse de los pelos.

En vez de eso, descolgó y pidió una conferencia con Los Ángeles.

El camarero dejó las dos Coca-Colas sobre la mesa sin ninguna prisa. Cada día atendía a *molte ragazze*, pero pocas veces a dos tan guapas como aquel par. Especialmente, la del pelo castaño y los labios reventones. *Mamma mia, che pezzo di donna!* Maldijo la suerte de haberla conocido de aquella manera: ella vestida de fiesta y él, con el trapo colgándole del cinturón y haciendo malabares con la bandeja.

Porca miseria!

Pero no estaba todo perdido. Servir las bebidas tenía sus ventajas. La mayor de todas: poder hacerse el simpático sin tener que inventarse alguna excusa patética para entablar conversación.

La chaqueta y la pajarita eran la piel de cordero perfecta para los lobos que sabían jugar sus cartas.

—*E due Coke per le due ragazze più carine del mondo!* —exclamó, haciendo un ademán teatral con el abridor, como si quitarles la chapa a dos botellas fuese trabajo de orfebres.

Giulia levantó la vista y le echó una mirada. Era bastante mono, había que reconocérselo. Pero le faltaban años y posibles para que pudiera tomárselo en serio. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que lo único que podría rescatarla de la perfumería eran su cara bonita y su figura de reloj de arena. Y no quería renunciar a sacarles partido. Todavía no.

Un médico, perfecto. Un abogado, de acuerdo. Pero aquel barista resultón, con el tupé engominado y la sonrisa de aprendiz de Mastroianni, encajaba perfectamente en su definición de rendirse demasiado pronto. No sin cierta

lástima, le echó la mirada de *piérdete, moscón*, que ensayaba a solas, frente al espejo.

El muchacho encajó la derrota con deportividad. Cuando se probaba suerte tantas veces como él, tomárselo a las malas habría resultado agotador.

—Disfruten de sus bebidas, *signorine* —les deseó.

—Parecía simpático —dijo Cinnia, viéndolo alejarse entre las mesas con pasos de bailarín—. No se merecía esa mirada tuya, tan perversa.

Giulia puso los ojos en blanco. ¡Ya salía sor Cinnia!

—No puedes adoptar a todos los chicos *carinos* y simpáticos que te sonrían, *Cin* —la reprendió, cogiendo su botella y haciendo entrechocar el cuello con la de ella—. Si lo haces, en vez de un marido y una familia solo tendrás empleados y un orfanato.

Bebió un largo trago y dejó una sexi mancha de carmín en el gollete.

Cinnia miró a su amiga con envidia. Como siempre que salían, Giulia se hacía mirar: vestido rojo con escote en V y un broche de bisutería, como el que llevaba la Loren en *Peccato che sia una canaglia*, media melena brillante y cardada y ojos delineados en negro para hacerlos rasgados y resaltarlos. Toda una *pin-up*.

Ella, en cambio, no se había dado ni un toque de carmín en los labios. Llevaba una semana entera en ascuas y no podía entender lo que estaba pasando.

Giulia la miró con compasión. Aunque a veces la habría matado, por boba, quería a su amiga tanto como se podía querer a alguien. Y deseaba verla feliz otra vez.

—Pero, vamos a ver: dijiste que todo había sido perfecto, ¿verdad?

Cinnia asintió y volvió a contarle a su amiga, de cabo a rabo, lo que había pasado entre ella y Gino el fin de semana anterior: el trabajo, la comida, el paseo, el beso...

—O, sea —concluyó Giulia—, que te besó.

—Sí.

—¿Y fue un beso... beso?

—¡El mejor beso que puedas soñar, Giu! Y no solo uno, ya te lo he dicho: un montón. ¡Fue tan bonito! Y él estuvo encantador. Por eso no entiendo que no haya vuelto a verlo desde entonces.

Giulia tampoco se lo explicaba. Como solía decirle su madre, el mundo estaba lleno de chicos que querían beberse la leche sin tener que comprar la vaca. Pero esos chicos no solían conformarse con cuatro besos robados en un portal, por maravillosos que pudieran haberle parecido a ella. Lo lógico habría sido que volviera a por más.

Había *qualcosa sotto*.

—¿Estás segura de que ese no tiene otra novia por ahí?

Cinnia se encogió de hombros.

—Segura, segura... —tuvo que admitir. Aunque enseguida añadió—: Pero me sorprendería muchísimo. Gino no es de esos.

Giulia meneó la cabeza. Sí ya: *Mi Gino* no es como los demás. ¡Qué tontas podían ser las mujeres a poco que se lo propusieran!

—¡Claro, como lo conoces tanto!

Cinnia le devolvió una mueca de angustia.

—Sí, ya lo sé. Tienes razón: apenas le conozco. Pero tienes que creerme, *Giu*. Después de lo que pasó la otra tarde, creo que sé cómo es.

Giulia echó otro trago. En el fondo, la envidiaba. Había besado a un par de chicos, sí. Y a uno hasta le había dejado ir un poco más lejos. Pero nunca había sentido nada parecido a lo que percibía ahora en su amiga. Algo que la hiciera olvidarse de todo, excepto de sus sentimientos.

No, si resultaría que, en el fondo, era tan tonta como las demás...

—Oye, mira... Ya sabes que va en contra de mis principios correr detrás de

un chico. Ese es su trabajo y si no son capaces de hacerlo, no se merecen nada. Pero es que no soporto verte más tiempo así. ¿Por qué no vas tú al teatro? No sé: Puede que la explicación a todo esto sea mucho más simple de lo que nos figuramos...

Cinnia levantó las manos. ¡Qué más quisiera ella!

—Ahora mismo es imposible. Nunca había visto un ambiente como el que se respira en el trabajo, Giu. La película americana está volviendo loco a todo el mundo. Hay cambios cada día y nos tienen a todas con la lengua fuera. Si me escapo, aunque solo sean diez minutos, la *signora* Bianchetti me echa a la calle. ¡O algo peor! Habíamos trabajado antes para los *americani*, pero nunca de esta manera.

Giulia dio una palmada.

—¡Pues ahí lo tienes! Si tú estás hasta las cejas y no puedes ni ir a verlo siquiera, puede que tu Romeo esté aún peor, ¿no?

Cinnia agitó la cabeza. Ya lo había pensado.

—Sí, claro. Sería perfectamente lógico. Es solo que...

—¿Qué? ¡Di!

—Bueno, que después de lo que pasó la otra noche me hubiese gustado verlo hacer algo realmente romántico por mí. Una locura. Ya sabes, como en las películas... Al fin y al cabo, eso es lo que hacemos todos los días, ¿no?

Giulia le puso una mano en el hombro.

—Cin, trabajáis en las películas. No vivís dentro de una. ¿De verdad querrías verle hacer algo tan loco como, por ejemplo, perder su trabajo solo por verte cinco minutos?

—¡No! Claro que no. —Se lo pensó un momento—. Pero sería tan romántico...

—¡Echa el freno, que te conozco! —la amenazó su amiga con el índice—. Ahora no vayas a ser tú la que hagas una estupidez como esa. Tienes el mejor

trabajo del mundo, Cin: buen sueldo, fines de semana libres y una jefa que ladra, pero no muerde. ¡Trabajas en la *fabbrica dei sogni*, por el amor de Dios! Deberías saber lo que es pasarte las horas en la perfumería, atendiendo a viejas chochas y niñas de mamá insoportables. Yo mataría por tener tu trabajo. No voy a dejar que lo pierdas por un chico. ¡El mar está lleno de peces! Además... te recuerdo que todavía no me has presentado a Rock Hudson.

—¡Ya estás otra vez con Rock Hudson! ¿Cuántas veces tengo que decirte que terminará el rodaje y lo más cerca que habré estado de él habrá sido acortarle las mangas del uniforme? —La miró, retadora—: Además, ¿qué crees que pasaría si te lo presentase, ¿eh?

Giulia aceptó el desafío y puso la misma cara que la Lollo cuando empuñaba un florete en *La donna più bella del mondo*.

—¿Que qué pasaría si tuviera delante a ese hombretón? Pues que le presentaría a estas dos —dijo colocándose aparatosamente el escote— y que correría a divorciarse de esa secretaria suya, tan sosa, para convertirme en la nueva señora Hudson. ¡Eso pasaría! *Arrivederci, Via del Tritone! Ciao, Hollywood!*

Las dos se rieron como niñas y Cinnia se inclinó para abrazar a su amiga. Era afortunada de tenerla y quería que lo supiera.

Desde el otro extremo del local, el joven camarero les dirigió una mirada golosa. Estaba acostumbrado a que se le escapasen muchos peces de las redes, sí. Pero aquel pececito de ojos oscuros y labios acolchados... ¡Ay! ¡Aquel habría sido como para varar la barca en la arena para siempre!

Charles Vidor empezaba a arrepentirse muy en serio de haber aceptado aquel trabajo.

Para empezar, estaban Roma y los italianos. Al diablo con Wyler y su cuento de la princesita díscola que había cautivado a todo el mundo. Y al diablo también con los prohombres de todas las épocas que habían declarado abiertamente su devoción por la tan cacareada Ciudad Eterna. A él, Roma le parecía sucia, caótica y ruidosa a más no poder. Y los italianos, un montón de palurdos chillones que solo sabían sacar pecho y poco más.

Nunca lo contaba, pero durante la Gran Guerra él había llegado al grado de teniente en el ejército austrohúngaro y los había combatido en los escenarios que ahora recreaba —a su parecer, de forma discutible— la película que estaban rodando. Y una cosa podía asegurar sin temor a equivocarse: si todos los ejércitos aliados hubiesen sido como el italiano, ahora la capital del mundo sería Berlín y aquella película, en alemán.

Que los spaghetti supeditasen su colaboración a que se solapase la paliza que habían recibido en Karfreit era típicamente italiano. Les daba vergüenza ver, en pantalla grande y tecnicolor, los jirones de su *Regio Esercito* saliendo por piernas y no parando hasta haber cruzado el Piave. Pero aquello había pasado y hacer como si no le parecía, sencillamente, patético.

Claro que a Selznick, para otras cosas tan puntilloso, aquella le había dado igual. De esa película, a él solo le importaban dos cosas: rodar una gran historia de amor trágico y que su idolatrada mujercita no saliera demasiado ajada.

¿Y con tan poca cosa esperaba conseguir una nueva *Lo que el viento se llevó*?

¿Ese era el gran productor? ¿El genio que había marcado una época?

Menudo genio.

Selznick era la causa principal de arrepentirse de estar allí. En el poco tiempo que llevaba trabajando para él, casi había conseguido la proeza de hacer que echase de menos al hijo de perra de Harry Cohn. El dueño de la Columbia era un cerdo que esperaba que todas sus actrices se acostasen con él por darles trabajo y hasta era capaz de hacer un agujero en la pared de su camerino solo para ver a Rita sin sujetador, sí. Pero, al menos, respetaba el talento de los que trabajaban para él y los dejaba hacer sin meter las narices cada dos por tres.

Por el contrario, Selznick, ¡Ah! Selznick... Aquel condenado hombre lo estaba sepultando, literalmente, bajo una tonelada de memorandos. Cada uno más surrealista que el anterior.

El último se llevaba la palma. Lo rescató del rincón donde lo había dejado para releerlo por enésima vez:

Me preocupa ese espacio de tiempo tan largo removiendo gachas en la escena de la cocina. Va a ser muy aburrido. ¿La enfermera no podría estar manejando una cafetera italiana y/o preparando bacon italiano, ya que mencionamos que Henry no le hace ascos al bacon?

¿Gachas? ¿Bacon italiano? Pero qué le pasaba a aquel hombre, ¿eh? ¿Es que tenía que saberlo todo? ¿Controlarlo todo? ¿Autorizarlo todo? ¿Estar en todas partes? Nunca había trabajado con alguien así. Casi podías sentir su aliento en tu nuca cuando te levantabas por la mañana. Y continuaba allí toooodo el día. Ninguna de las historias que se contaban en Hollywood sobre

él le hacían justicia cuando tenías la desgracia de que te pagase un sueldo.

Por mucho que le doliera admitirlo, hasta empezaba a compadecer a Huston. El mismo día que puso los pies en Roma, Selznick le había contado que había decidido prescindir de su antecesor porque, para aquella película, él necesitaba a un primer violín, no a un director de orquesta.

¿Primer violín? ¡Y un cuerno! Lo que quería era un flautín. Y con nula iniciativa, además. Sopla solo cuando yo te diga, muchacho.

Miró por la ventana. Ya era noche cerrada. ¿Por qué tardaba tanto?

Fue hasta el mueble bar y se sirvió tres dedos de ginebra. Se los bebió de un trago y cedió a la tentación de servirse otra copa.

Después de haberlo leído varias veces, el guion continuaba pareciéndole blando y falto de la profundidad psicológica que requería una historia sobre la Gran Guerra. Ser fiel a la novela se la traía al paio. Le reconocía a Hemingway que, al menos, había estado allí, como él. Pero no compartía la devoción de los americanos por su obra. Adaptarla de una manera más o menos libre no era el problema. De lo que se trataba era de hacerle ver al público lo que de verdad había significado aquella guerra para los que habían tenido que combatir en ella.

Un infierno.

Y, ya puestos, de hacerlo intentando reducir el insufrible repertorio de mohines de Jennifer al mínimo imprescindible. ¿Cómo demonios una actriz con tantas nominaciones había podido olvidarse de lo que era interpretar para convertirse en semejante histrión?

Y luego miraba a Rita por encima del hombro...

No podía con ella. Y se daba cuenta de que el sentimiento era recíproco. En cualquier otro momento, aquello habría significado su carta de despido. Pero después de haber echado a Ossie Morris —¡otro despropósito digno de Selznick!— no podían permitirse más retrasos. Si sabía jugar bien sus cartas,

todavía podría dejar su impronta. El bueno de Marton había hecho un gran trabajo manteniendo el rodaje en marcha y librándolo a él de la carga de las escenas de acción. Solo necesitaba convencer a Selznick de modificar ese mamotreto de guion que había perpetrado y no permitirle que lo convirtiese en el simple chico de los recados que pretendía.

Escuchó el suave repiqueteo de unos nudillos contra la puerta. ¡Por fin!

Dejó la copa sobre una mesilla y fue a abrir.

La mujer que se encontró al otro lado era toda una belleza. Mejor incluso de lo que le habían prometido. Eso tenía que admitirlo: a su manera vulgar e hiperbólica, las *maggioratte* italianas no tenían rival. Exceptuando a Doris, sus cuatro esposas habían sido idénticas: rubias, delgadas y elegantes. Cualquiera habría dicho que ese era su tipo. Y en parte así era. Pero las morenas de caderas generosas y escotes vertiginosos le despertaban una clase de deseo como ninguna otra mujer podía.

—*Ciao, bello!* ¿Puedo entrar? —dijo ella. Tenía un inglés tan malo que resultaba atractivo.

Él le abrió la puerta de par en par.

—Te esperaba hace un buen rato...

—*Il traffico* estaba imposible —dijo ella, haciendo un ademán mientras entraba para quitarle importancia—. Pero ya estoy aquí.

Llevaba un vestido negro, ajustado, a juego con el pelo y los ojos, combinado con medias de seda y bisutería escandalosa. La clase brillaba por su ausencia, pero maldita la falta que le hacía. En su lugar, tenía sobre la cabeza un letrero de neón con la palabra *cómeme*, haciendo intermitencias.

Ya no era joven, pero el tiempo aún no había empezado a hacerle daño de veras. Con naturalidad, deslizó los tirantes del vestido hombros abajo para quedarse desnuda.

—¿Ha valido la pena esperar?

Vidor enseñó los colmillos en una sonrisa canina.

—Eso habrá que verlo. Por ahora, parece prometedor.

Ella le regaló una sonrisa pintada de rojo sangre y se le acercó para mancharle el cuello de la camisa con él.

—*Non preoccuparti* —le susurró, vivaracha—. *L'hotel ha un' ottima lavanderia.*

Él puso cara de no entender y la prostituta le desabrochó la camisa con la misma naturalidad con que se había quitado el vestido y la arrojó en el cesto de la lavandería.

—*Così tua moglie non lo saprà mai...*

Vidor pensó un momento en Doris, sin ni sombra de culpabilidad. Ella era una mujer de cine de segunda generación. Sabía cómo eran las cosas en aquel negocio y solo exigía respeto y discreción. Y él se los daba, *siempre*. Gracias a eso, había conseguido el más largo y feliz de sus matrimonios. A Doris le debía dos hijos estupendos y una posición dentro de la industria que no tenía antes de casarse con una Warner. Pero, con todas sus cualidades —que Dios la bendijera— su esposa nunca podría soñar siquiera con aquel par de tetas y aquellos rasgos de *Madonna* renacentista.

Y él era un amante de la belleza. De vez en cuando necesitaba imperiosamente estar con una mujer hermosa. ¿Cuándo mejor que a doce mil kilómetros de casa?

Fue hasta el mueble bar y descorchó la botella de André Clouet que había estado manteniendo en frío a duras penas en la coctelera, esperándola. La morena se rio a borbotones, como el champán al caer en las copas, y se le acercó, contoneando las caderas.

—*Mi sembra* que tú y yo vamos a pasarlo muy bien, *carino*.

Olvidándose de la película, de David O. Selznick y de todo lo que no fuese aquel cuerpo que lo aguardaba, Charles Vidor no tuvo más remedio que estar

de acuerdo.

Amanecía cuando la hermosa morena abandonó el hotel tras recibir el saludo cómplice del conserje de turno. El establecimiento no admitía a cualquiera, pero ella era siempre bienvenida. De vez en cuando, en justa correspondencia, se paraba un rato a charlar con quien estuviera en la puerta y hasta le deslizaba un par de billetes de cien en el bolsillo. Para mantener viva aquella amistad que tanto les convenía a ambos.

Aquel día, el hombre de la puerta tuvo que conformarse, no sin desilusión, con un *arrivederci* murmurado a toda prisa y la fragancia de Capriccio Gandini que dejó en el aire al salir por la puerta giratoria.

La estaban esperando en otro lado.

Levantó la mano para llamar un taxi de la parada que había a pocos metros de la entrada del hotel y el tintineo de sus pulseras doradas se unió al gorjear de los primeros pájaros de la mañana. El primer coche de la fila puso el motor en marcha al tiempo que se apagaba la luz verde que había estado brillando en el techo.

El conductor detuvo el Fiat 1900 a la altura de la pasajera y saltó del auto para abrirla la puerta con una reverencia. También eran viejos conocidos. Ella contestó a la galantería con una sonrisa llena de pintalabios corrido.

—*Dove vai, principessa?*

Había hecho la pregunta por costumbre y se sorprendió un poco cuando ella le dio una dirección distinta a la que esperaba. Sin embargo, se guardó mucho de hacer ningún comentario. Maria Grazia era una mujer de armas tomar. Si la tratabas con cortesía, recibías lo mismo a cambio. Pero si metías las narices donde no te llamaban, o pretendías hacerte el gracioso... Bueno, tenía las uñas muy largas.

Arrancó el motor y puso en marcha el taxímetro. A modo de prueba, le hizo un par de comentarios intrascendentes, a los que ella respondió con monosílabos. *Sufficiente*. Hoy no estaba de humor. Cerró la boca y se limitó a conducir por unas calles que apenas estaban empezando a recuperar el tráfico. Enseguida se encontró calculando cuántas carreras le harían falta para pagarse una noche como la que acababa de correrse alguno de los ricachos que se alojaban en el hotel.

Molte, decidió. Demasiadas como para que su Stefania no se diera cuenta de que allí faltaba dinero y se pusiera a hacer preguntas que a él no le gustaría tener que contestar.

Decididamente, era mejor que algunos sueños siguieran siendo solo eso: sueños.

Como mirar aún estaba a su alcance, le echó un buen vistazo a través del retrovisor. Después de una noche de trabajo, las ligeras bolsas bajo los ojos y la piel de alrededor del cuello delataban la edad real de Maria Grazia. Y así y todo, continuaba siendo toda una tentación.

Demasiado concentrado en lo que tenía detrás, estuvo a punto de desayunarse una carretilla con albañil incluido. El inevitable bandazo, acompañado del grito indignado de la víctima, hizo que la mujer se diera cuenta de la inspección a la que estaba siendo sometida.

—¿Te gusta lo que ves, Gennaro?

Pillado con las manos en la masa, él optó por ser sincero.

—Muchísimo. Ya lo sabes.

—Eres muy amable. Ahora, *prego*, pon los ojos en la calle. No nos conviene a ninguno de los dos que llegue tarde a mi cita, *capisci*?

Él se llevó dos dedos a la gorra, dando gracias por haber salido del paso, indemne.

Una idea continuaba zumbando en su cabeza, fastidiosa como una mosca

una tarde de verano: ¿De verdad era mejor renunciar al sueño?

Le dijo al taxista que se quedara con la vuelta y vio cómo la luz verde del techo volvía a iluminarse mientras se alejaba. Luego cruzó la calle, ahora ya bulliciosa de gente que iba y venía.

Él estaba donde y como le habían dicho que estaría: con traje claro y sentado en la terraza de aquel bar. Solamente desentonaba la taza de café, en lugar del eterno vermú. Pero, teniendo en cuenta la hora, más bien era un alivio.

Apartó una silla y se sentó, cerrando las piernas. Estaba cansada, resacosa y no tenía malditas ganas de parecerle atractiva.

No había ido hasta allí para eso.

Luca Sartoreti dio un sorbo a su *espresso* y le ofreció otro a ella. Tenía ante él una versión de Loredana, diez años más joven, dispuesta a hacer lo que fuese para no acabar igual. Con menos clase de la que había tenido su empleada, pero la cabeza mejor amueblada. O quizás era, simplemente, que los tiempos eran otros y ahora no había un régimen que pareciese que iba a ser eterno, dispuesto a pagar todas las facturas.

Aceptó el café, no tanto porque le apeteciera, como para parecer relajada. Él levantó la mano y un camarero apareció en la puerta, como si acabaran de invocarlo. *Un altro! Subito!*

Enseguida volvió a dedicarle toda su atención a ella.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, viendo que iba a tener que llevar la iniciativa.

—Para su edad, tu americano, que resulta que en realidad es húngaro, sigue bastante en forma. No era la primera fiesta que se corría, eso te lo garantizo.

Luca se inclinó ligeramente hacia ella.

—*Senti, non me ne frega un cazzo* lo que ese hombre haga o deje de hacer en la cama. No es él quien me interesa, ya lo sabes. ¿Has podido sacarle alguna cosa de provecho, sí o no?

La mirada de aquel tipo se había oscurecido tan repentinamente como un cielo de verano. Maria Grazia decidió que lo mejor sería ir al grano.

—Me ha contado que está *stufo* de ese tal Selznick. Que toda la película se sostiene solo con alfileres y que cualquier retraso les resultaría fatal. También me ha jurado que se arrepentía de haberla aceptado y que, si llega a saber lo que se cocía, ahora mismo estaría tomando el sol en Malibú.

Aquello ya se iba pareciendo a lo que quería oír.

—¿Algo más?

Ella se había guardado lo mejor para el final.

—Sí. Dice que muy pronto tendrán que irse todos a rodar exteriores al lago Maggiore. *Todos*. Incluidos ese tal Selznick que te interesa tanto y su mujer, la actriz. Según me ha dicho, es la parte más complicada de lo que todavía les queda por filmar. Pasarán unos cuantos días junto al lago. Por lo visto, la broma les costará cientos de miles de liras. No me he atrevido a preguntarle el nombre del hotel, pero no puede haber tantos...

Los ojos de Luca se llenaron de sol tan de repente como habían amenazado tormenta. Así que se iban todos al norte, a rodar en lugares apartados. Ni por encargo podría haberle dado una noticia mejor.

—*Perfetto* —dijo, simplemente.

Ella lo miró con desconfianza. ¿*Perfetto*? ¿Eso era todo? ¿No había nada para ella?

Luca levantó ambas manos, accediendo:

—De acuerdo, vale: dile a ese inútil al que mantienes que se olvide de lo que ya sabe. Estamos en paz.

Ella torció el gesto. Había esperado algo más. Pero Luca no estaba por la

labor:

—¿Qué más quieres, mujer? ¿El *Castel Sant'Angelo*? Seguro que el americano te ha pagado más que bien. ¿No querrás también mi dinero?

Viendo que por ahí no iba a ninguna parte, a ella se le hizo una luz.

—No es eso. Estaba pensando en que podrías incluir a Santino en lo que sea que estés planeando. Seguro que te hará falta alguien.

Luca levantó las cejas. Sí, iba a necesitar a alguien, seguro. Pero de todos los inútiles de Italia, Santino Rendina era el último al que habría ido a elegir.

Negó vehementemente con la cabeza.

—No te ofendas, pero esto le viene grande a tu hombre.

Maria Grazia se indignó. ¡Otra vez con esas! De las tres veces que había acabado en la cárcel, Santino solo había tenido la culpa en la primera. Las otras dos habían sido cosa de mala suerte. Pero le habían colgado el sambenito y ahora nadie quería trabajar con él. Decían que era un *incapace*. O peor: que traía mala suerte.

Por nada del mundo quería volver a verlo entre rejas. Necesitaban un golpe de suerte y, si ella no era tonta, Luca estaba preparando algo grande. La clase de cosa que podía llevar a Santino otra vez al buen camino. Además, Sartoreti no había pisado jamás la trena. Y eso era, precisamente, lo que más la preocupaba.

Le dedicó una mirada cargada de intención, se llevó una uña esmaltada en burdeos a los labios y la hizo bajar, muy lentamente, por la barbilla y el cuello, hasta el nacimiento del escote.

Luca suspiró.

Las mujeres habían sido siempre su talón de Aquiles. Y aquella era de campeonato. ¿Cómo podía estar tan colada por un imbécil como Santino?

Iba a ser un trabajo para tres, calculó. Alguna cosa habría que hasta ese idiota pudiera hacer sin estropearla.

Se levantó y le hizo un gesto para que lo siguiera.

A pesar de las pocas ganas que tenía, Maria Grazia se las apañó para hacerle creer que estaba tan ansiosa como él.

—¡Mi querido Bardo! *Come stai*, ¿eh?

El carpintero dejó lo que estaba haciendo y se volvió con una sonrisa al reconocer la voz.

—¡*Maestro!* Ya empezaba a pensar que te habías olvidado de los viejos amigos...

Se abrazaron. Un abrazo de verdad. De antiguos camaradas que se alegraban de verse.

—*Americani!* —se quejó el actor, juntando las puntas de los dedos—. Nunca había visto nada igual, te doy mi palabra. Todo el mundo está histérico. Las tomas se repiten una y otra vez. Y ese hombre, Selznick. *Dio!* ¡Nunca está satisfecho! Es como si disfrutara haciendo que todo el mundo se sienta incómodo. O más aún: como si creyera que se lo juega todo a esta carta. La otra vez que trabajé con él *non ha fatto il pignolo* ni la mitad que ahora. Te juro que el ambiente se puede cortar con un cuchillo. Y claro, eso acaba por pasarle factura a todo el mundo. —Bajó el tono de voz para cuchichearle—: Incluso el *pazzo* de Alberto está más sobreactuado que de costumbre. Figúrate...

Bardo le siguió el juego. Muchos consideraban a Alberto Sordi el heredero natural de De Sica en el trono de rey de la comedia *all'italiana*. Era veinte años más joven, bien parecido a su manera romana y tenía talento para hacer reír. Pero, aunque se llevaban bien, secretamente el *maestro* no le perdonaba que tuviese buenos recuerdos del fascismo. Por eso, de tarde en tarde, le largaba algún que otro navajazo dialéctico. Solo cuando estaba seguro de que

su interlocutor sabría interpretarlo.

A Bardo, Albertone le parecía un buen tipo y un buen cómico. Pero no tenía con él la misma clase de relación que con De Sica. Se declaraba neutral en aquel conflicto.

Antes de que se dieran cuenta, otros miembros del equipo técnico reconocieron al *maestro* y empezaron a acercarse para saludarlo. Él tenía sonrisas y bromas para todos. Y hasta alguna cosa más. Pasquale Riento, un electricista que también estaba en Cinecittà desde antes de la guerra, esperó el momento adecuado y, retorciéndose las puntas del bigote, lanzó la propuesta al aire:

—Habría que ir pensando en echar una partidita, ¿no le parece, *maestro*? Hace mucho que no veo el color de su dinero...

A De Sica le brillaron los ojos y Bardo se dio cuenta de que por eso estaba allí. Nunca le hacía ascos a una partida. Podía jugar en los casinos más lujosos o en cualquier cuchitril, bajo la luz de una única bombilla. Lo importante eran las cartas y el dinero cambiando de manos.

Le echó al técnico una de sus miradas severas de Comandante Carotenuto y respondió, con voz de barítono:

—Que yo recuerde, *commendatore* Riento, el dinero solo conoce el camino de ida de tu bolsillo hasta el mío. ¿O es que me has robado alguna vez cuando dormía?

Todo el mundo se rio, incluso el aludido.

—¿Qué tal esta noche? —propuso el propio De Sica, antes de que nadie se echase atrás.

Una partida de póker con el *maestro* era algo demasiado goloso como para ponerte a dieta. Además, quien más quien menos estaba cobrando un buen dinero extra de los *americani*. Enseguida se apuntó media docena.

—Que sea aquí mismo —decidió el cineasta—. A las diez. Hablaré con

don Gaetano para que no haya pegas.

Todo el mundo tiene una debilidad. La de Pappalardo era De Sica. Sentía tal devoción por él que toda su ferocidad se convertía en una cortesía rayana en lo servil cuando lo tenía delante. Por prohibido que estuviera aquello, si el *maestro* se lo insinuaba, el ujier miraría hacia otro lado mientras ellos se jugaban los *dollari* aún frescos en sus bolsillos.

—¡Invite a un par de yanquis, *maestro*! —sugirió alguien—. ¡Tráigase a Rock Hudson y lo desplumamos!

Hubo más risas. Habían aceptado a un buen número de colegas americanos en aquellas timbas. Una vez, incluso se apuntó un productor ejecutivo. Pero nunca habían podido medirse a una estrella de Hollywood. Había mucho más de deseo que de humorada en aquella petición.

De Sica se llevó los brazos al pecho.

—*Mi spiace, signori* —dijo—, pero me temo que Mr. Hudson tiene otros intereses distintos a los nuestros. ¡Nunca he visto a un hombre tan ocupado como él!

Más risotadas. *Sí, ocupadísimo ¿Habéis visto a le ragazze haciendo cola delante de su roulotte? ¡Menuda suerte! ¡Así, cualquiera!*

De Sica repartió unas cuantas frases amables más y el inicio de la partida quedó oficialmente fijado para *le dieci in punto*. Igual que habían llegado, los trabajadores fueron desfilando, hasta dejarlos de nuevo solos.

—¿Vendrás?

Bardo no estaba por la labor.

—Amigo, ya sabes que el póker no es lo mío.

De Sica meneó la cabeza, como si no estuviera demasiado de acuerdo con aquella afirmación.

—¿Te he contado alguna vez que mi padre quería que trabajase en un banco? Le habrías caído de maravilla.

Bardo se llevó la mano al bolsillo trasero y blandió el *Manifiesto* delante de los bigotes de su viejo camarada.

—¿Y este, también le habría caído bien?

De Sica le mandó a tomar viento con la mano.

—¡Bah! No me vengas con esas que yo también lo he leído. ¡Dos veces! Lo que pasa, Bardo, es que te estás haciendo viejo.

Bardo le miró de arriba abajo. De Sica le sacaba unos cuantos años, pero los cincuenta y cinco ya empezaban a pesarle un poco. Por fortuna para él, mantenía intacta la mirada pícara y los ademanes de galán que lo habían convertido en uno de los hombres más queridos de Italia. Daba igual que fuese capaz de jugarse hasta los forros de los bolsillos, que tuviera dos chavales con María cuando seguía legalmente casado con la madre de su primera hija, o que solo pasara cuatro noches en su casa y las otras tres, vete tú a saber: el *maestro* tenía un don natural para caer bien. Por eso, aunque perdía el dinero casi tan rápido como lo ganaba, siempre había alguien esperando para contratarlo. Solo su popularidad lo salvaba del desastre.

Eso, y el talento, claro. Bardo sabía que nunca podría enfadarse con el hombre que había rodado *Ladri di biciclette* o *Umberto D.*, por canalla y *mascalzone* que pudiera llegar a ser.

De hecho, en la vida real, Vittorio era indistinguible de los personajes que lo habían hecho tan popular en el cine. Había que tomarlo o dejarlo.

Él ya hacía mucho que había optado por lo primero.

Le puso una mano en el hombro y lo miró con ternura.

—¡No es que me esté haciendo viejo, *pazzo*! ¡Soy viejo! —le soltó—. Y tú no tardarás demasiado en serlo también. —Chasqueó la lengua, mientras le palmeaba la espalda—. Al menos hazme un favor, ¿quieres? Despluma a todos esos *cucciolos*. Y no le des más mala vida a la catalana. Se merece algo mejor.

Por primera vez en toda la tarde, De Sica pareció hablar en serio:
—En eso, *amico mio*, me temo que tengo que darte la razón.

A Cinnia le dio un vuelco el corazón cuando reconoció, desde lejos, al *maestro* saliendo del Teatro 8. Había compartido habitación con él un par de veces y hasta le había hecho los arreglos en uno de los trajes que llevaba en *Il bigamo*. Aun así, cuando se había enterado de que aquella tarde estaría en el Otto, no le había costado demasiado convencer a la *signora* Bianchetti para que le permitiese salir un rato para ir a pedirle que le firmase una foto para su madre.

Ambas sabían que llevaba muchas horas extra trabajadas aquel mes. Se merecía veinte minutos. Además, la *signora* Bianchetti compartía la adoración que todo el mundo sentía allí por De Sica. No quería dejar a su madre sin la dedicatoria. Cuando el reloj alcanzó la hora, Cinnia no tuvo más que levantar la vista y mirarla para conseguir el ligero gesto con la barbilla que le dejaba el campo libre.

Pese a lo lejos que estaba, Cinnia no corrió para alcanzarlo. Ni siquiera llevaba una foto para que se la firmase. Le daban igual las advertencias de Giulia: no soportaba más tiempo aquella angustia. Tenía que saber qué estaba pasando y por qué Gino no había vuelto a verla desde su cita. Si la explicación era tan sencilla como pensaba su amiga, encontrarían el momento de volver a verse y santas pascuas. Si había hecho algo mal, lo arreglaría. Y si él tenía algún problema, le ofrecería toda su ayuda.

Cualquier cosa, menos continuar así.

Entró en el *teatro* y se lo encontró mucho más vacío de lo que esperaba. Un día que conseguía escaparse y ellos terminaban a su hora. ¿Por qué *todo* tenía que pasarle a ella? Si Gino ya no estaba, quién sabía cuándo conseguiría

volver a escaparse.

Se internó en el plató en penumbra, siguiendo unas voces que se escuchaban en el rincón más alejado.

Por favor, que fuese él.

—¡Deberías haber aceptado! Una partida con De Sica tiene que ser toda una experiencia.

Gino ayudaba a Bardo a poner las herramientas en su sitio. Teóricamente, era un trabajo que debía hacer el miembro más joven del equipo. Pero desde que había empezado a trabajar a sus órdenes, Bardo había decidido dejar de lado aquella práctica y repartirlo equitativamente entre toda la cuadrilla, él incluido. No estaba seguro de si el cambio había sido para beneficiarlo, o para hacer las cosas más justas. Pero, por si acaso, cada vez que le tocaba al viejo, se quedaba a echarle una mano.

Bardo colocó un par de martillos en su sitio. Él siempre llevaba el suyo colgado del cinturón. No entendía qué clase de carpintero podía no hacerlo así. Pero ya poca gente trabajaba como antes.

—He jugado con él unas cuantas veces, ¿sabes? Por esta vida, es suficiente —repuso. No quiso añadir que no tenía ganas de ver cómo su amigo tenía una de sus malas noches y perdía más de lo que podía permitirse.

—¡Pues podías habérmelo dicho a mí! Sabes perfectamente que me habría encantado.

Bardo levantó la cabeza y lo miró con reproche.

—Sinceramente, *bambino*: meterte en una partida como esa es lo último que necesitas ahora mismo. Ya tienes bastantes problemas. No habría dicho nada si hubieses estado aquí y te lo hubiesen propuesto, pero no me pidas que salga de mí.

Cuando llegó De Sica, Gino había preferido mantenerse al margen. Conocía la relación especial que lo unía con su mentor y creyó que les gustaría un poco de intimidad. Luego, cuando todo el mundo se arremolinó a su alrededor, lo había pillado ajustando una pieza suelta del decorado. Y, cuando había querido darse cuenta, ya era tarde.

—No tengo tantos problemas, Bardo. No te pases.

Desde que Kate prácticamente lo echase de su habitación, estaba de un humor de perros. Odiaba cómo lo había hecho sentirse la americana y odiaba cómo se estaba portando con Cinnia. Un rato jugando al póker con uno de los hombres más famosos de Italia le habría permitido despejar un poco la cabeza. Pero, claro, el *signore* Bardo tenía otros planes para él...

No era su padre. Aunque a veces ambos actuaran como si lo fuese, no lo era.

No quería que lo obligase a recordárselo.

—Pues mira —contestó el veterano, sin darse cuenta de que pisaba terreno resbaladizo—, yo creo que sí los tienes. Y gordos. No digo que esa americana tuya sea una mala chica, porque no me lo parece. Pero te está llenando la cabeza de pájaros. Y lo que es peor, está haciendo que te comportes como un *cazzo* con Cinnia. Esa pobre *ragazza* bebe los vientos por ti, lo sabes.

—¿Y qué se supone que debo hacer, Bardo? ¿Quererla solo porque ella me quiere a mí? ¿Es eso? —Estalló el muchacho, dejando salir el veneno que había estado acumulando sin destinatario concreto.

Bardo le dedicó una mirada cargada de tristeza.

—No. Por supuesto que no es eso. Puedes hacerla feliz o romperle el corazón. Y todo será correcto... siempre y cuando seas honesto. Pero no lo estás siendo, Gino. Al contrario. Vas detrás de una o de la otra según vengan a buscarte. Y eso solo lo hacen los mierdas como Fiore. No me lo esperaba de ti.

Gino sintió que aquellas palabras lo herían como un navajazo. Se revolvió, rabioso, devolviendo el tajo.

—¿Pues sabes qué creo yo? ¡Que te da envidia que pueda hacer carrera en Hollywood! Y que *ti fotte* verme con una mujer como Kate, mientras tú te has pasado la vida solo como un monje. Soy lo único que te queda y no quieres que me vaya, viejo. Aunque eso pueda hacerme más feliz de lo que tú te hayas atrevido a soñar jamás.

De repente, Bardo descargó un martillazo sobre la mesilla que tenía al lado. Fue un golpe seco, tan poderoso que partió el mueble en dos. Miraba fijamente a Gino y le temblaban las manos y la barbilla.

—Qué sabrás tú de mi vida... —murmuró, con una tristeza que le brotaba desde lo más profundo—. Qué sabrás tú de nada...

Gino se dio cuenta de que había cruzado una línea. Había cargado la boca con las palabras más dañinas que se le habían ocurrido y se las había disparado a bocajarro. Igual que las balas de un revólver, ya no había forma de volver a meterlas en el tambor.

Buscaba la manera de conseguir lo imposible cuando, a su espalda, oyó un sollozo. Se dio media vuelta y se encontró con Cinnia, que lo miraba desde un extremo del decorado, con los pies juntos y las puntas de los dedos en los labios.

—¿Cinnia? ¿Qué estás haciendo aquí?

Dio un paso hacia ella, pero la muchacha levantó una mano para detenerlo.

—No... *Non avvicinarti a me* —dijo doblándose sobre ella misma y dejando escapar otro gemido.

—Déjame que te lo cuente, por favor.

Las lágrimas le pedían a gritos que las dejase salir, pero Cinnia consiguió contenerlas a base de despecho. Meneó la cabeza, negando con rotundidad. Luego se dio media vuelta y salió corriendo.

Estuvo tentado de perseguirla. Pero nada que pudiera decirle serviría sino para empeorar las cosas. Si es que eso era posible.

Se volvió para buscar a Bardo, pero en el lugar donde había estado su amigo solo quedaban las dos mitades de la mesilla, limpiamente partida.

Gino se llevó las manos a la cabeza. Lentamente, flexionó las piernas hasta quedarse en cuclillas.

Se habría quedado para siempre de aquella manera. Pero recordó que dentro de un rato aquel *teatro* volvería a llenarse de gente con ganas de jugar al póker y se obligó a moverse.

Por nada del mundo quería tener que cruzar una palabra con nadie.

—¡Ese hombre es absolutamente insufrible, David! ¡In-su-fri-ble!

Jennifer había entrado en la habitación con los brazos en alto, las pulseras de oro tintineando en la muñeca y el rostro crispado por la angustia. Selznick levantó la mirada del informe que estaba leyendo y lo dejó sobre el escritorio. Conocía de sobras aquel tono de voz y no auguraba nada bueno. Se levantó y fue a abrazarla.

—Cuéntame.

Como siempre, ella se sintió reconfortada cuando la sujetó contra su corpachón. Sabía perfectamente cuántos en Hollywood creían que se había casado con él para conseguir el estatus que tenía ahora, pero se equivocaban. Después de haber vivido unos cuantos años en el alambre, con un hombre tan frágil e inseguro como Robert, tener a su lado una fuerza de la naturaleza como David había sido una liberación. David no dudaba. No temía. No vacilaba. Podía equivocarse como todo el mundo, pero cuando lo hacía era tan absoluto como en sus aciertos.

Asirse a aquella roca cuando su vida entera parecía estar dando vueltas en la espiral de un tornado había sido una tentación demasiado poderosa para resistirla. Su matrimonio no había sido una balsa de aceite, ¡Dios lo sabía! Pero no se había arrepentido ni una sola vez.

—Vidor no escucha. ¡No *me* escucha! He trabajado con muchos directores, David, tú lo sabes. Jamás había encontrado a alguien tan impermeable. Tiene su propia idea de la película y Catherine no forma parte de ella. Ya te conté lo que había hecho el otro día con la primera escena de amor en el hospital. La

arruinó por completo. ¡Pues ha vuelto a hacerlo! En realidad, lo hace constantemente: no deja de empequeñecer mi personaje y la historia de amor para darle más importancia a otros aspectos de la trama. ¡Una aproximación más psicológica, lo llama! Y cuando intento hacerle cualquier sugerencia, se limita a dejarme hablar y luego me ignora, como si fuera una niña tonta. Te juro que no sé cuánto más voy a poder continuar soportándolo.

De repente, Selznick se sintió agotado. Él tampoco estaba satisfecho con el trabajo del director. Si con Huston el problema había sido que creía que el guion no era suficientemente fiel al texto original, con Vidor pasaba justo lo contrario. Tenía un desprecio absoluto por la novela, lo cual le parecía aún peor. Insistía en reescribir escenas que a su juicio habían quedado perfectas. En cambiar cosas que no precisaban ningún cambio.

Al principio le había dado un poco de cuerda, para que tuviese la sensación de que su criterio contaba. Un director, fuese Vidor o cualquier otro con un mínimo renombre, necesitaba creerlo. Pero ya estaba empezando a hartarse de tanta reescritura absurda. Había tratado de hacérselo notar en varios memorandos, pero, aunque a él no le sonreía con condescendencia, lo que había podido visionar de su trabajo lo había inquietado profundamente.

Había despedido a más gente que en cualquier otra película que recordase. No podía echar a otro director. No sin que el presupuesto se resintiera hasta un nivel inaceptable para sus intereses. Skouras no se lo dejaría pasar. Tenía las manos atadas por culpa de aquel maldito contrato con la Fox que cada vez se arrepentía más de haber firmado.

Jennifer se apartó de él. Venía directamente del plató, pero estaba impecable: camisa ancha de tono salmón, pantalones blancos y las inevitables perlas al cuello. No había una mujer en el mundo con tanta clase. A punto de cumplir los cuarenta le gustaba aún más que cuando lo cautivó, con apenas veinticuatro. Había construido aquella película como un monumento colosal

dedicado a ella. La obra cumbre de una carrera gloriosa que él había diseñado hasta el último detalle.

No iba a dejar que un artesano con ínfulas lo mandase todo al diablo solo por su ambición personal. Aquella era *su* película. De él y de Jennifer. De nadie más.

—¿No puedes hacerlo entrar en razón, querido? Ya sabes cuánto me está costando este papel. Necesito más que nunca sentir que el director me apoya, no que es mi enemigo. Gracias a Dios, Rock está siendo un cielo. No quiero ni pensar lo que sería esto con alguien menos encantador que él. Ha sido un gran acierto tenerlo.

Selznick sonrió por dentro. Al menos aquella inversión sí pagaba sus dividendos. Hudson atraería al público femenino en masa, estaba seguro. Todavía le costaba creer en qué se había convertido aquel chaval desgarbado y tímido que Henry Wilson le trajo una vez para que le hiciera una prueba. Habría jurado que no llegaría nunca a nada. Todo un ejemplo viviente de cuanto podía mejorar cualquier actor si se lo proponía. Claro que todavía le quedaba mucho margen de mejora si quería llegar a ser como Brando o Monty Clift. Pero como contrapunto romántico resultaba perfecto. Y, además, seguro que no tendría sorpresas desagradables cuando las cámaras dejaran de rodar. Aun con una mujer como Jenny, ese era un plus que no le parecía nada desdeñable.

Con Brando no habría podido despreocuparse así.

—No te alarmes, tesoro —dijo, por fin—. Aunque creía haber dejado ese tema muy claro la primera vez que hablamos, parece que en la agenda del señor Vidor hay más temas de los que serían de desear. Tendré que ser más contundente esta vez. ¿Sigue aquí Shirley?

Jennifer hizo un mohín. Su tendencia a hacer muecas no se limitaba a cuando estaba frente a una cámara. Pero eso, él se guardaría muchísimo de

comentárselo. La necesitaba más segura de sí misma que nunca para lo que quedaba de rodaje. Todavía tenía que rodar sus mejores escenas: las de la muerte de Catherine. La sexta nominación estaba justo allí y no la conseguirían si Jenny tenía la cabeza en otra parte.

—Me temo que no —se lamentó ella—. Precisamente, nos hemos visto en la puerta.

Selznick hizo un gesto de resignación. Tendría que escribirlo él mismo.

—Estaré en mi despacho. Le he pedido a la cocinera que nos haga ternera a la parmesana. Habla con ella si prefieres otra cosa. Al menos, esta nos entiende cuando le hablamos.

Jennifer se le acercó y le besó en la mejilla.

—¿Qué habría sido de mí si no llego a conocerte?

Él le dijo exactamente lo que quería oír:

—Estabas destinada a ser una estrella de cine. Y eso habrías sido, no lo dudes. Solo que con otro nombre que sonaría peor. Ahí termina mi mérito.

Ella se hinchó al escucharlo.

—Le pediré que me haga algo más ligero. Con este calor se me ha quitado el apetito.

Él le hizo un gesto con la mano —*como prefieras*— y regresó detrás del escritorio. Suspiró, puso una hoja en el carro de la Olivetti, se tomó un tiempo para pensar y empezó a teclear con dos dedos. Estuvo escribiendo mucho rato y, cuando por fin hubo terminado, sacó la hoja de papel y releyó cuidadosamente la parte crucial:

Debo decir que Jennifer, en lo que ahora es mi firme opinión, sabía lo que se hacía cuando me pidió hoy que tuviésemos una «reunión de negocios» para discutir su profunda turbación por lo que respecta a los cambios que se han hecho en la primera escena con Henry, en el Hospital

de Milán.

Lo que hemos conseguido reescribiendo la escena es perder la necesidad desesperada de ambos personajes, el uno por el otro —en lo que Hemingway llamó su «Romeo y Julieta», refiriéndose, parcial y obviamente, a la loca pasión que sienten dos personas la una por la otra, pese a que acaban de conocerse—, a cambio de investirla de toda clase de complicada psicología...

Jennifer siente que mientras Ben Hecht y yo mismo habíamos triunfado aparentemente en captar la esencia de Hemingway en todo el guion, esta escena suena ahora completamente diferente a Hemingway, totalmente diferente a como son los personajes en el resto de la película, y muy como un cliché (Ben en persona mencionó que algunos de los nuevos diálogos le sonaban como títulos de canciones).

Jennifer tiene otra larga serie de quejas, y debo decir que estoy muy impresionado con la lógica de las mismas. Además, soy muy consciente de que ha estudiado el personaje —día y noche, te lo aseguro— durante meses... Creo que descubrirás que Jennifer es una actriz muy creativa, que aporta a cada escena los beneficios de un estudio intenso del personaje, además de su talento interpretativo (permíteme que te diga que soy de la firme opinión de que deberías permitirle interpretar cada escena, primero a su manera, solo para ti y, por supuesto, después sentirte libre para redirigirla como te parezca conveniente; pero teniendo en cuenta que es tremendamente disciplinada, si la diriges antes de que ella pueda haber aportado su versión tengo miedo de que vayas a perder los beneficios del largo e intenso estudio que ella siempre le dedica a sus personajes y, muy especialmente, a este...

Al pedirte que reconsideres el tratamiento de la escena espero que no pienses que lo hago solo a causa de los sentimientos de Jennifer, sino más

bien por propia convicción. Ambos hemos mantenido una discusión más bien escabrosa en la que ella intentaba convencerme y, aunque ya hace mucho tiempo que estoy en guardia contra las objeciones de los actores, incluso de los más dotados, debo reconocer que, tras mucho considerarlo, ahora opino que ella tiene razón al cien por cien y espero que tú también te acabes dando cuenta.

Se recostó en el sillón. Estaba todo allí, ¿no? Solo había que saber leerlo: déjate de aproximaciones psicológicas de pacotilla y hazle caso a ella cuando te diga cómo quiere interpretar sus escenas. Y quita tus zarpas de mi guion, además. ¡Eso es lo que esperaba de ti y todavía sigo esperando a que lo hagas de una jodida vez!

Lo metió en uno de sus sobres con membrete y levantó el auricular para que alguien viniese a buscarlo de inmediato.

Cuando abrió las puertas del despacho lo esperaban la sonrisa complacida de Jennifer y el delicioso aroma de la ternera a la parmesana con la que llevaba soñando desde media tarde.

El día aún podía enderezarse.

Carlo dejó escapar un largo suspiro y se separó de su amante. Aunque ya llevaban varios meses viéndose, su energía nunca dejaba de sorprenderlo. Tenía una bien ganada fama de incansable entre su círculo, pero con Rock siempre era él quien acababa levantando la bandera blanca.

—¿Es que no te cansas nunca, *americano*? —le dijo, fingiendo escandalizarse, cuando vio que volvía a por más.

Hudson le agarró del pelo y lo obligó a echar la barbilla hacia atrás para poder besarlo. Su tipo solían ser hombres con buen cuerpo, rubios y casi siempre con bigote. Carlo tenía una figura inmejorable, pero era lampiño como una estatua de mármol y tenía el cabello negrísimo.

Y, aun así, podría pasarse la vida entera en la cama con él.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no te gusta?

—Pues claro que sí. Pero hasta los italianos tenemos que descansar un poco. Fumémonos un cigarrillo, ¿quieres?

Aceptó, aunque algo contrariado. Se levantó de la cama de un salto y fue a buscar la cajetilla en el bolsillo de sus pantalones. Encendió dos Marlboros, le pasó uno, le dio la vuelta a una silla y se sentó apoyando ambas manos en el respaldo. Despojado como Dios lo había traído al mundo.

Carlo sabía que estaba orgulloso de su cuerpo. Había tenido que trabajárselo, pero ahora, su torso desnudo resultaba tan valioso para él como las clases de dicción. Si no más.

Apenas había echado un par de caladas cuando se dio una palmada en la frente.

—¡Mierda! ¡Mark!

Carlo le miró sin comprender. No había nadie llamado Mark en la película. Él lo conocería.

—¿Mark? ¿Quién es Mark?

—Mi secretario. Y también mi amigo —se apresuró a contarle—. Está de viaje por Italia con su hermano, Philip. Les dije que me llamaran cuando llegaran a Roma, que les enseñaría un poco todo esto. Pero luego me olvidé completamente.

Carlo no dijo nada. Típico de *Charlie astro de cine*.

—Podremos arreglarlo —trató de animarlo—. ¿Hace mucho que esperan? Hudson apartó la mirada.

—Diez días —murmuró—. Puede que un par de semanas.

—*Ma che dici?* —La cara del italiano reflejaba incredulidad absoluta—. ¿Dos semanas? *Com'è possibile?*

—¡Se presentaron de improviso! —Se revolvió el actor, levantándose y aplastando lo que quedaba del cigarrillo en un cenicero ya repleto—. Al parecer, dejaron un recado en la recepción del hotel. O unos cuantos, no lo sé. Entre las noches que paso aquí y el rodaje... No sé. No me di cuenta hasta ayer. Y por tu culpa se me ha vuelto a olvidar hasta ahora.

¿Ahora la culpa era *suya*? Estuvo a punto de protestar, pero ya lo conocía bastante como para saber que no era buena idea llevarle la contraria a *Charlie astro de cine*. En vez de eso preguntó:

—Bueno, ¿y qué han hecho todo este tiempo?

—Por lo visto, no encontraron alojamiento y tuvieron que conformarse con una pensión barata, bastante lejos del centro. Estaba todo hasta los topes. —*El congreso nacional de enfermeras*, pensó Carlo al instante—. Luego decidieron irse al sur, por su cuenta. No creas, se lo han pasado más que bien. Mark es único arreglándoselas. No sé qué habría sido de mi vida y de mi

carrera sin él. Pero mañana cogen el avión de vuelta. Les prometí que les llamaría...

Carlo le echó una ojeada al reloj. Quizá fuese tarde para los cánones americanos, pero en Roma, la noche era aún muy joven.

—Llámalos. Es temprano. Podemos llevarlos a alguna parte. ¿Los dos son...?

No terminó la frase. Sabía cuánto detestaba oír la palabra. En cualquiera de sus muchas formas, por sutiles que fueran.

Hudson miró también el reloj.

—No sé... Es tarde.

—¡Será tarde en América! —protestó Carlo—. Aquí, media ciudad ni siquiera se ha sentado a cenar todavía. Encontraremos sitio en cualquier parte. Adelante, ¡Llámalos!

—No me apetece.

El tono era de: se acabó la discusión. Carlo se estaba acostumbrando a oírlo. Y cada vez le gustaba menos.

—*Va bene, fai quello che vuoi.*

Se levantó también de la cama y se fue directo al balcón. Acodándose en la barandilla, le dio un par de furiosas chupadas al cigarrillo. Aquella manera de proceder estaba empezando a tocarle *le palle*. Las primeras veces que habían estado juntos, Rock le había parecido un tipo divertido, sensible y con los pies en el suelo. Justo lo opuesto a como se decía que eran las estrellas de Hollywood. Pero aquel compañero amable de las primeras semanas se había ido transformado poco a poco, a medida que se iba sintiendo cómodo. Y en su lugar había aparecido *Charlie*, que podía ser muy divertido la mitad de las veces, pero un auténtico *cazzo* el otro cincuenta por ciento de las ocasiones.

—¡Carlo! ¿Estás loco? ¡Vuelve adentro! —le pidió Hudson desde el interior—. ¡Estás desnudo!

El joven miró instintivamente hacia abajo y pegó un salto. Afortunadamente nadie lo había visto. Corrió la cortina bajo la mirada incrédula y divertida del actor.

—*Hai visto che mi hai fatto fare?* —le espetó el italiano.

Hudson empezó a reírse como solía. La risa franca y sincera del camionero o el vendedor puerta a puerta que había enamorado tanto a Carlo como los ojos soñadores o la barbilla de adonis. No tuvo más remedio que sumársele. Nunca se habría creído capaz de hacer semejante tontería.

En mitad de las carcajadas, el actor se le echó encima y empezó a besarlo, arrastrándolo a la cama como una apisonadora.

Esta vez, le dejó hacer.

Cuando abrió los ojos aún era noche cerrada. A través de las cortinas que había dejado entreabiertas pudo ver parte de la luna, redonda, azul y blanca como un gorgonzola. Sonrió al recordar los cuentos que su madre le contaba, de pequeño, sobre los ratones que vivían en su interior y cómo trataban de comérsela sin que ella notara siquiera sus dientecitos.

Se levantó sin hacer ruido y cogió el paquete de Marlboro de donde lo había dejado Rock. Se encendió uno con el Dupont y se quedó admirándolo un instante. Aquel pequeño mechero negro y dorado costaba lo que él podía ganar en medio año de trabajo. Puede que incluso más. Y lo dejaba tirado por ahí, como si fuese una caja de cerillas.

Aunque a esas horas se antojaba una precaución inútil, se puso los bóxers antes de salir al balcón. Por lo de antes. Se apoyó en la barandilla, como le gustaba, y fumó en silencio, dejando que la mirada vagase por las calles vacías. Al revés de lo que se decía de Nueva York, Roma sí que dormía. Aunque fuera un sueño ligero y agitado. Y a esas horas estaba en lo mejor.

Soltó el humo por la nariz y su gris se mezcló con el negro de la noche.
No estaba funcionando.

Se estaba enamorando de él. Por mucho que se había prevenido contra ella, la experiencia Rock Hudson estaba siendo demasiado para el pobre pelagatos de Carlo Martuffi: actor sin talento, sin futuro y, si no dejaba de hacer el imbécil, muy pronto también sin consuelo.

Después de que le consiguiese un papelito en la película, había empezado a construirse castillos en el aire. Cuando estaban en la cama lo notaba tan lleno de deseo, tan implicado, que no había podido evitar que la imaginación y la cordura tomaran caminos opuestos. El amor era ciego. Y no había barrera que no pudiese cruzar.

¿Por qué no?

Al fin y al cabo, había otros italianos en Hollywood. Rossano Brazzi, sin ir más lejos, no era mejor parecido que él. Y mucho menos aquel tonel de Mario Lanza. Aunque ese había nacido en América, ¿no?

¿Pues por qué no Carlo Martuffi? O Charles Martin, como ya se había rebautizado, en sus momentos de mayor euforia. Le sonaba mucho mejor que el nombre que barajaba su tocayo, Pedersoli: Bud nose cuántos.

No había necesidad de que fueran juntos. Él podía viajar más tarde y vivir en cualquier parte. Los Ángeles tenía que ser una ciudad aún mayor que Roma, seguro que encontraría un sitio no mucho peor del que tenía ahora. Se verían solo cuando él quisiera, y donde le pareciese. Y si movía algunos hilos aquí y allá, su cara bonita haría el resto. Tenía ganas de aprender y no le asustaba el trabajo. ¿No decían que en América todo dependía de eso?

Había empezado a creérselo de verdad.

¡Qué *sciocco*!

Si Rock podía dejar en la cuneta, en un país extranjero, a uno de sus mejores amigos, durante dos semanas enteras, solo porque no le apetecía

verlo en ese momento, ¿cómo podía esperar que cuando terminase el rodaje no lo echaría a él a la basura?

Lo echaría, pues claro que lo echaría. Y se habría olvidado de su cara y de su nombre incluso antes de que su avión aterrizase, de vuelta en Los Ángeles.

Eso era lo que hacía *Charlie astro de cine*.

Giró la cabeza y entrevió la silueta del americano, enorme como el gigante de la película que lo había convertido en estrella, durmiendo a pierna suelta en su cama.

Sintió ganas de invertir los papeles y echarlo él. *¡Prendi le tue fottuti pantaloni*, tu encendedor de oro macizo y tu cara de galán y lárgate de mi casa ahora mismo!

Tuvo que reírse solo de imaginarlo. Él, echando a toda una estrella de Hollywood a la calle. ¿Y por qué? Solo por orgullo, ni más ni menos.

Volvió a contemplar sus anchas espaldas, subiendo y bajando al ritmo acompasado que les marcaba el sueño. Le encantaba toda aquella hombría. Que pudiera ser tan áspero y tan tierno a la vez. Le hacían estremecer sus besos y sus caricias.

Y las cosas que le susurraba mientras lo hacía suyo y de las que ignoraba el significado, aunque estaba seguro de adivinarlo.

Aquello ya no duraría mucho más, no había que saber latín para darse cuenta. Pero mientras durase, sería lo mejor que le habría pasado en la vida. Y luego podría atesorarlo como algo único en la memoria. Un momento mágico al que podría regresar siempre que quisiera y que le serviría para llevar mejor los malos momentos.

Que seguro que los habría, y a puñados.

¿Cómo era la frase que les repetía el *signore* Carbonella en clase? *Carpe diem*. Sí: aprovecha el día. Vívelo. No te obsesiones con el mañana. Y si llega, que te quede la convicción de que no podrías haberlo exprimido ni un

poco más de lo que hiciste.

Carpe diem. Et noctem.

Echó la colilla por el balcón y siguió la trayectoria de la brasa hasta que fue a extinguirse sobre el asfalto.

Regresó adentro, se tendió en la cama y, con la punta de la lengua, empezó a jugar en la oreja a su amante.

La sonrisa con que le recompensó Hudson al despejarse no habría cabido ni en la pantalla del mayor cine de Italia.

A Fiore, el tal Sartoreti le desagradó de buenas a primeras.

Quizá porque le recordaba demasiado a cómo había sido una vez: elegante, seguro de sí mismo, magnético para cierta clase de mujeres. Pero, además, enseguida reconoció en aquel hombre una cualidad que siempre había echado de menos en sí mismo: la disposición a cumplir sus amenazas.

Destilaba peligro por todos los poros.

Aun así, irguió la espalda y compuso el gesto que una vez había creído que lo convertiría en una estrella de cine. Tenía que impresionarlo desde el primer momento.

—¿Eres Fiore? —le preguntó el otro, cuando llegó a su altura. Había un poso de menosprecio en su voz.

Fiore reprimió una mueca de disgusto. Loredana ya le advirtió que a su hombre no le gustaría que lo obligasen a moverse. Pero el capataz había sido tajante: no estaba dispuesto a cruzar media ciudad ni por él, ni por nadie. Si quería que se encontraran, sería donde y cuando él decidiera. La mujer le había insistido en que aquella no era la mejor manera de iniciar una asociación con alguien como Luca, pero Fiore no había dado el brazo a torcer.

Si iban a hacer negocios juntos, tenía que dejar claro desde el principio quién llevaba la voz cantante.

Tu stesso, lo había zanjado ella. Y en aquel momento le había parecido que exageraba. Ahora ya no estaba tan seguro.

Miró a aquel tipo alto, vestido de claro, y afirmó con la cabeza.

—¿Sartoreti? —Aunque lo intentó, no logró ser igual de desdeñoso.

—Pues claro. ¿A quién esperabas? ¿A Giovanni Gronchi? —Lo miró como si fuera idiota.

Fiore no entró al trapo. ¿Quería sacar pecho? *Avanti*. Pero no era él quien había tenido que cruzarse toda la ciudad para verlo. Tenía que dejarle claro quién era el único imprescindible en aquel asunto.

En lo que sí estaban de acuerdo era en que cuestiones como la suya no se trataban en plena calle. Mientras buscaban un lugar tranquilo, Fiore lo espío con el rabillo del ojo. El tipo era de los que no engañaban. Veinte años atrás se habría paseado por las calles, rodeado de *squadristi*, todos con sus camisas negras, cantando *Facetta Nera* a pleno pulmón. Tomando lo que le hubiese venido en gana, por las buenas o por las malas. La diferencia radicaba en que, cuando la vida le dio la vuelta a la tortilla, aquel tipo habría sido de los que se echaron la Breda a la cara para vender cara la piel, en lugar de preferir limpiarles las botas a los americanos a cambio de que hiciesen la vista gorda con su historial.

Por suerte, Fiore era el único de los dos que conocía aquel detalle.

Eligieron uno de esos locales rancios, a los que el progreso ya había condenado a desaparecer, en el que ni el más despistado de los turistas habría puesto jamás los pies. Un camarero se les acercó sin ganas. *Che sarà?* Fiore pidió un Lambrusco Salamino di Santa Croce y Sartoreti su habitual Cinzano. El hombre regresó enseguida con lo pedido —el lugar estaba vacío como el carnet de baile de una chica fea—, pasó un trapo grasiento por el mármol y les colocó las bebidas intercambiadas. Antes de que pudieran advertirle del error, ya se estaba yendo.

Luca alargó el brazo para coger su Cinzano —al menos se lo había puesto en vaso ancho— y apartó el lambrusco como si estuviera envenenado. Una vez más, Fiore ignoró el desaire. Echó un trago y empezó a hablar:

—Bien, he pensado que...

Pero Luca no le dejó continuar.

—No, viejo. No sé *che cazzo* te habrá contado Loredana, pero esto no va a ir así. Tú no piensas nada. Ni haces nada. Ni dices nada que yo no te haya pedido que digas. Vas a limitarte a responder a unas cuantas preguntas y, depende de cómo sean las cosas, tendrás que hacerme también uno o dos pequeños favores. A cambio, te llevarás un quince por ciento de lo que saquemos. Ni el porcentaje ni tu participación son negociables, ¿entiendes?

—Pero...

La mirada de Luca, ya sombría, se oscureció aún más.

—¡Niente «ma», viejo! Solamente estás aquí porque Loredana te tiene lástima y porque puede que todavía me seas de alguna utilidad. De lo contrario, haría esto sin ti y, en el mejor de los casos, no te llevarías una mierda.

No especificó cuál sería el peor, pero Fiore tragó saliva igualmente.

Luca empezó a preguntarle por el viaje al lago Maggiore. Quería saberlo todo: cuándo saldrían, cuántos días iban a permanecer allí, cuánta gente iría, dónde se alojarían los peces gordos...

Mansamente, sin saber adónde quería ir a parar, fue respondiendo a cada una de las preguntas.

—¿Llevaréis algún tipo de seguridad? ¿Algún guardia armado que vigile el material?

—No. ¿Para qué lo íbamos a necesitar? Este es un país seguro.

Luca le ignoró.

—¿Y guardaespaldas? ¿Alguno de los *americani* los lleva?

—No, que yo sepa. Nunca he visto uno que los tuviera. ¿Qué estás...?

—¡Calla y escucha, viejo! No me obligues a repetirme cómo van las cosas.

Fiore se mordió la lengua. La media hora siguiente la dedicó a disipar

todas las dudas que Sartoreti pudiese tener. Por fin, pareció darse por satisfecho.

—Muy bien —dijo, casi para él—. Puede hacerse.

—¿Qué es lo que puede hacerse? —se atrevió a preguntar Fiore.

Luca lo miró de arriba abajo. Lo consideró un momento y luego decidió que mejor se lo decía ahora, cara a cara. Así se evitaba tener que volver a verlo.

—Escúchame bien, reliquia: vamos a raptar a la actriz, la mujer del hombre del dinero. Nos la llevaremos y pediremos un rescate por ella.

Fiore abrió mucho los ojos, incrédulo.

—¿Pretendes que raptemos a Jennifer Jones?

—Exacto.

—Pero... pero estás loco. *Questo non è possibile!*

Luca dejó escapar una carcajada sarcástica.

—Al contrario: si lo que me has dicho es cierto, no solo es posible, sino que nos resultará muy sencillo. Un hotel apartado, caminos poco transitados, sin guardaespaldas ni seguridad de ningún tipo. *Un gioco da ragazzi!*

A Fiore no se lo parecía en absoluto.

—Estamos hablando de una estrella de cine americana. ¡Tendrás detrás de ti a toda la policía de Italia!

—*Tendremos, viejo* —le advirtió Luca—. Recuerda que tú estás tan metido en esto como yo. —Dejó que aquello se le metiera en la cabeza y luego prosiguió—: La clave de todo será la rapidez. Pediremos doscientos mil dólares como rescate. Es una cantidad a la que pueden hacerle frente sin problemas. Tienen ese dinero aquí mismo, en un banco italiano. Les obligaremos a pagar antes de que la *sicurezza* meta las narices en el asunto. Al fin y al cabo, a ellos también les interesará que la cosa termine cuanto antes. Sin la actriz no pueden rodar y un retraso largo les saldría mucho más

caro de lo que les pedimos. Es perfecto.

Fiore se paró a pensar. Visto así, hasta tenía cierta lógica. Con treinta mil dólares saldaría su deuda sin problemas y hasta podría retirarse de una vez. Estaba harto de trabajar en las películas que protagonizaban otros. *All'inferno la fabbrica dei sogni!*

—Pero tienes que prometerme que no habrá sangre. En otro caso no cuentas conmigo —puso todavía como condición.

Luca lo miró de nuevo con menosprecio:

—¿Por qué tendría que hacerle daño, viejo? Si pagan a tiempo, se la devolveremos sin un rasguño. Si no...

Fiore se estremeció:

—Si no, ¿qué?

—Nada. Porque pagarán. No pueden dejar de pagar. ¿No lo ves, *idiotota*? La alternativa es mucho peor para todos.

Luca apuró su vaso. Todavía quedaba un detalle más:

—Tú estarás en el lago, *non è vero?*

—Sí. Soy el responsable de la parte técnica.

—*Magnifico*. Porque voy a necesitar que hagas una cosa: el día de la verdad tendrás que avisarme de cuándo ponerme en marcha.

A Fiore le daba vueltas la cabeza. Aquello lo convertiría en cómplice necesario. Las cosas estaban yendo muchísimo más lejos de lo que había imaginado.

Trató de escaquearse:

—¿Y cómo quieres que lo sepa? ¡Ni siquiera estaremos en el mismo hotel!

Luca le enseñó los caninos.

—Eso es problema tuyo, viejo. No pretenderás llevarte treinta de los grandes por contarme cuatro tonterías. ¡Ni hablar! Vas a tener que ganártelos. Y esa será una buena manera de hacerlo.

Fiore quería protestar, pero tuvo el acierto de callarse. Los hombres como ese no aceptaban excusas ni negativas. Tendría que apañárselas como fuera.

—*Va bene...* —capituló.

—Por supuesto que *va bene* —dijo Luca. Su mirada era negra—. Y recuerda: habrá un momento en que todo dependerá de ti. Si la cagas, o te entra el pánico, o los remordimientos, o lo que sea, el plan se irá al garete. Si eso llega a suceder, te aseguro que lo lamentarás. Y no habrá Loredana, ni *sicurezza* ni Dios bajado a la tierra que pueda librarte de esto.

Sacó la *Madonna* del bolsillo y accionó el muelle. Fiore dio un respingo en la silla al ver saltar la hoja. Satisfecho, la plegó y volvió a guardársela.

—Muy bien, veo que nos entendemos. Ahora lárgate de aquí. Yo me terminaré la copa y saldré más tarde. Cuanto menos puedan relacionarnos, mejor para todos. Asegúrate de llamar a Loredana un par de días antes de salir. Y déjale un número donde pueda localizarte allí. *Capisci?*

Fiore lo había entendido.

—Y paga esta mierda.

El camarero le cobró las dos copas y le echó una mirada recelosa. En otro momento, Fiore lo habría mandado al carajo sin dudarle siquiera.

Pero no tenía ánimo.

El único motivo de que hubiese aceptado ver a Sartoreti era dejar claro quién llevaba la voz cantante en aquel asunto. Y una cosa era cierta: el *figlio di puttana* no le había dejado lugar a dudas.

Kate no daba crédito. A su alrededor, la gente se atestaba en aquel vagón, cargando bolsas repletas de toallas y bañadores, cestas de picnic, sombrillas y otro sinfín de cachivaches cuya utilidad ni siquiera alcanzaba a imaginar. Vestían todos ropa ligera y charlaban tan animadamente como solo podían hacerlo los italianos, sin importarles la aglomeración ni el calor asfixiante que apenas paliaba el poco aire que entraba por las ventanillas, abiertas de par en par. De repente, sin saber por qué, recordó los *takes* de la retirada de Caporeto que había estado visionando unos días antes y le pareció que estaban protagonizando la versión optimista de aquel éxodo masivo.

Gino la había recogido temprano en su hotel, habían tomado la línea B del metro hasta Magliana y, allí, en un andén hasta los topes, hecho transbordo a la línea férrea Roma-Lido.

—¿*Todo el mundo* se va a la playa? —le preguntó en voz baja, aunque nadie pudiera entenderla—. ¿Nadie trabaja hoy?

Gino se lo dijo como le habría dicho que el sol sale cada mañana:

—Es Ferragosto, *Caterina*. La fiesta más sagrada de Italia. Nuestro Cuatro de Julio. ¿No os vais todos de picnic, cantáis *Stars and Stripes Forever* y hacéis desfiles y fuegos artificiales ese día? ¡Pues los romanos, en Ferragosto, nos vamos a la playa!

La lógica era aplastante y Kate no discutió. Prefirió ver el lado divertido de la situación: si se lo hubiese pedido, seguro que el señor Fellows le habría conseguido un coche para que la llevase a Ostia. Pero entonces se habría perdido aquel trayecto colgada de su brazo, rodeada de niños impacientes,

abuelas gruñonas y parejas de novios que aprovechaban la colmena para hacerse mimos.

Decidió imitarlos. Se puso de puntillas como pudo y le dio un beso.

—Gracias.

—¿Por?

—Por todo. Por compartir este día conmigo. Por perdonar que solo piense en el trabajo. Por ser tan terriblemente encantador...

Gino le devolvió el beso. Era él quien debería darle las gracias. Estaba deslumbrante, con un sencillo vestido blanco de lunares rojos y escote halter, que le dejaba los hombros y media espalda al descubierto. Todo el mundo la miraba y los envidiaba. Las mujeres a ella y los hombres a él. *Ci sono Ma': sulla vetta del mondo!*, sonrió al recordar la escena. Pero no había color: Kate le daba veinte vueltas a Virginia Mayo, y él era bastante más alto que James Cagney.

—Gracias a ti por convertir este Ferragosto en el mejor de mi vida, *Caterina* —fue lo único que se le ocurrió contestar. Por la sonrisa que obtuvo a cambio, a Kate no le importó lo trillado de la frase.

El tren llegó a la parada de Ostia Antica y todo el mundo se puso a hacer cola para bajar. Pegado a la espalda de su chica, Gino se colmó del suave perfume que le emanaba del pelo. Le pasó el brazo por la cintura y notó cómo ella se estrechaba aún más contra él, sin dejar de avanzar muy lentamente.

Se habría quedado así el resto de su vida. Pero los pasajeros que se afanaban a salir del vagón los arrastraron como una corriente de agua hacia el desagüe.

Abandonaron la estación envueltos por familias y grupos que aceleraban el paso. El mar no se adivinaba aún por ninguna parte. Gino la cogió de la mano y la guio a través de un par de calles anodinas hasta que desembocaron en el Viale della Vittoria, una bonita y amplia avenida que iba a morir al

Mediterráneo.

—Vamos a tener que andar un poco —le advirtió—. Pero valdrá la pena.

Mientras se acercaban a las interminables playas de arena fina, trufadas de casetas de baño, de vivos colores, Kate pensó en lo poco que se parecía aquel lugar al colorido y bohemio Venice Beach Boardwalk, con sus palmeras, sus bungalós de renta baja, repletos de inmigrantes europeos y artistas de medio pelo, y sus locales de reputación más bien dudosa. Después de mucho insistir, Harold la había llevado un par de veces allí pese a que él, tan serio y estirado, desentonaba en aquel lugar como un pastor en un burdel.

El recuerdo del hombre que quizás aún la esperaba en casa le amargó por un instante.

Cuando llegaron al Lungomare Duilio, la gente empezó a quedarse atrás. El sol calentaba de lo lindo y Kate no entendía por qué ellos no hacían lo mismo. A lo largo del paseo se sucedían *stablimenti* de arquitectura ecléctica y nombres sugerentes que invitaban a no seguir andando. Todos construidos sobre la misma arena y con una porción de playa privada para sus clientes: el Rex, el Plinius, el Duilio, la Pineta, el de la Liga Naval.

—Quiero que veas algo —le dijo él, adivinándole el pensamiento.

Anduvieron un corto trecho más y Kate descubrió por fin el motivo de la caminata: un edificio ovalado de grandes ventanales, rodeado de palmeras y parasoles, cada una con su mesa y sillas. Y, al lado, una piscina olímpica con un enorme trampolín en forma de círculo de hierro colado, de color rojo intenso, con cuatro plataformas de salto, a diferentes alturas.

—¡Espera un momento! Yo he visto eso —exclamó, señalando el inconfundible trampolín—. ¿Dónde?

—Piensa —la retó.

Kate se exprimió el cerebro. De pronto, la imagen le vino a la mente con nitidez, aunque en la película apenas si aparecía un instante.

—¡Ya me acuerdo! Era en... *I Vitelloni*, ¿verdad?

Él asintió, admirado.

—*Premio per la signorina!* Caray, no estaba seguro de que la hubieses visto —admitió.

Kate le pasó la punta de los dedos por la barbilla.

—Una no puede pretender dedicarse al cine y no reconocer la obra de Fellini, *signore* Grecchi. Me la recomendó el señor Fellows. Pude verla en Nueva York, en versión original, y me encantó. Pero jamás habría imaginado que aquella playa tan desolada y esta tan alegre pudieran ser la misma.

Gino recordaba bien la escena: con Alberto Sordi paseando por el arenal azotado por el viento, al son de una música inquietante, hasta encontrar por casualidad a su hermana, con un tipo que no le convenía. *No se lo digas a mamá*, le suplicaba ella. Y él la mandaba al diablo. La expresión desengañada del actor no era nada en comparación con la que había visto en el rostro de Bardo la última vez.

O en la de Cinnia.

¿Sabes qué? No quería pensar en ninguno de los dos. Estaba justo donde y con quien deseaba estar. Y no dejaría que nada le aguase la fiesta.

—Bueno, se rodó hace casi cinco años —dijo, concentrándose en Kate—. Además, deberías ver esto en invierno. Entonces se parece mucho más a como lo retrata Fellini. ¿Te apetece que entremos?

Le apetecía, y mucho. Llegaron a una marquesina que se sostenía sobre dos hileras de columnas ligeras, con la palabra *Kursaal* encima, en grandes letras rojas y blancas; Gino pagó las entradas y un risueño portero —qué diferencia con Pappalardo— les dio la bienvenida.

—Ostia está de moda —le contó él mientras buscaban los vestuarios—. Ni te imaginas cómo quedó después de la guerra. Allí —dijo, señalando hacia un extremo de la playa en el que no había nada— estaba *Il Panettone*. Eran unos

baños colosales. Dignos de un César. Los americanos los bombardeasteis en el 43. Una bomba más y no dejáis ni las fotos.

—Seguro que era un objetivo militar de primer orden —fingió defenderse ella—. En todo caso, y en nombre de mi arrepentido gobierno, ¿puedo hacer algo para compensárselo, embajador Grecchi?

—No sé. Estamos hablando de un edificio único...

Ella juntó las manos, como en una plegaria.

—Estoy autorizada a hacer lo que sea. Lo juro.

—¿Cualquier cosa?

De pronto, a Kate le pareció que aquello había dejado de ser una broma. Aun así, contestó de corazón:

—Por usted, *signore* Grecchi, *cualquier* cosa.

Se besaron. Y una vez más, Kate deseó con todo su corazón que aquel rodaje no se acabase nunca.

—¡No veo la hora de terminar de una vez esta película!

Jennifer se levantó del sillón donde había estado la última hora, repasando el guion. Su marido había entrado ya hacía un buen rato, pero había respetado la norma no escrita entre ambos de no interrumpirla cuando estudiaba.

—Ya no queda demasiado —dijo él, alegrándose de poder hablar de una vez—. ¿Te sirvo algo?

—Lo que tomes tú, querido. —Se levantó para ir hasta la ventana que daba al jardín—. Estaba pensando...

Selznick terminó de servir dos dedos de whisky sobre cuatro cubitos de hielo y le alcanzó la copa. Ella le rozó el dorso de la mano cariñosamente al cogerla.

—¿En qué pensabas?

—En la película de Wallis Simpson. ¿Crees que finalmente podremos hacerla?

El año anterior ambos habían pasado dos meses en Londres mientras ella protagonizaba un *remake* de *The Barrets of Wimpole Street*. Entretanto, David no había perdido el tiempo y se había entrevistado un par de veces con lord Beaverbrook, una de cuyas editoriales estaba a punto de publicar las memorias de la duquesa de Windsor. El magnate quería explorar las posibilidades de adaptar el libro a la pantalla y le parecía que el productor de la legendaria *Lo que el viento se llevó* sería el hombre idóneo. El asunto prometía y David incluso había volado a París para entrevistarse personalmente con el duque y Wallis Simpson. Para su sorpresa, la pareja se había mostrado encantada ante la perspectiva de que *la señora Selznick pudiera interpretar el papel de la duquesa*.

Pese a lo cordial de aquella entrevista, no le había quedado claro si, en realidad, los Windsor querían que la película se hiciera. Les daba demasiado miedo la inevitable vulgarización de sus figuras que conllevaría verlos en la pantalla. Pero, aun así, las conversaciones no se habían detenido y en diciembre pasado las dos parejas incluso habían cenado juntas en la mansión que los duques habitaban en Neuilly-sur-Seine para considerar posibles maneras de proceder.

Selznick era consciente de hasta qué punto su esposa anhelaba interpretar a aquella mujer fascinante, capaz de sostener, sin perder la sonrisa, que una mujer nunca era demasiado rica ni estaba demasiado delgada.

—Sinceramente, no lo sé —admitió—. Esos dos harían lo que fuese por dinero, puedes estar segura. Pero, por lo que he podido entrever, lo buscarán en cualquier otra parte antes que en el cine. Nos consideran demasiado banales para ellos.

Jennifer se extrañó. Ella no había sacado la misma conclusión.

—¿Tú crees? A mí me pareció que ella estaba encantada con que yo la interpretase. Y al duque se le caía la baba solo de pensar en verse en la pantalla con el rostro de Rex Harrison. Si pudiéramos hacerla, esa película sí que valdría la pena. —Se dio cuenta inmediatamente de que su tono había sido inapropiado y se apresuró a añadir—: Me refiero a que valdría tanto la pena como esta, por supuesto.

—Por supuesto... —convino él. No quería discutir. Y menos ahora, cuando estaban a punto de rodar sus mejores escenas.

Más que nunca, necesitaba tenerla contenta. Le dio la vuelta al asunto:

—Te aseguro que voy a intentar persuadirlos hasta que me echen a patadas de esa casona siniestra donde los han aparcado los franceses. Pero estoy firmemente convencido de que nuestra mejor baza es, precisamente, la que ahora tenemos entre manos. Piénsalo: cuando *Adiós a las armas* resulte un gran éxito será mucho más fácil que ese par de esnobs envarados se den cuenta de lo encantados que quedarán con la película que podemos hacerles. Además, hay muy pocas estrellas en activo que tengan seis nominaciones... Y aún menos con dos Oscar...

Notó cómo se iluminaba.

—¿De verdad crees que...?

—¿Creerlo? ¡Pocas veces he estado tan seguro de algo, Jenny! He visto todos tus *takes* y te garantizo que nunca has estado mejor. Solo con que mantengas el nivel en lo que queda por rodar, estoy convencido de que nos veremos otra vez sobre el escenario del Pantages.

Jennifer pensó en la cara que ponía Vidor cada vez que gritaba *¡corten!* Era evidente que él no compartiría la misma opinión.

Pero ¿en quién iba a confiar? ¿En el hombre que la había sacado de la nada para convertirla en una de las estrellas más respetadas de su época, o en un artesano de medio pelo que solo sabía sacarles provecho a pelirrojas

descaradas con ademanes de furcia?

—Será agradable rodar en Cortina d'Ampezzo —dijo ella para cambiar de tema—. Dicen que está precioso en esta época del año.

—No creo que tengamos mucho tiempo para hacer turismo —le advirtió—. Las escenas son complicadas y solo nos llevaremos un equipo muy reducido. Hay que mirar hasta el último dólar y aprovechar cada minuto.

Jennifer no dijo nada. Le fastidiaba, pero entendía sus razones. Ya verían Cortina en otra ocasión.

¡Dios, qué ganas tenía de terminar aquel rodaje de una vez!

Querido David:

He recibido tu último memo STOP ¿qué puedo decir? STOP igual que me pasó con la escena de la cocina, lo encuentro una estupidez y creo que a la luz del lunes por la mañana tú también opinarás lo mismo STOP el memo me demuestra que piensas que tienes entre manos a un director desesperantemente inexperto STOP si no dejas de comportarte así tendré que empezar a pensar que soy yo quien está atascado con un productor exasperantemente inexperto STOP ahora, por el amor de Dios, déjame trabajar o baja al plató y dirige la película tú mismo. Vidor

Apuró el vaso de un trago y releyó el telegrama por tercera vez. Continuaba siendo un puñetazo, pero comparado con la primera versión era casi una felicitación de Navidad. Echó un vistazo a la papelera donde había echado el borrador. El cuerpo aún le pedía que se lo enviase, pero eso sería tanto como firmar la carta de dimisión.

Vidor se levantó y salió al balcón. En aquel maldito país el calor era asfixiante y, por lo visto, en Ferragosto no era posible ni siquiera mandar un telegrama. Tendría que esperar al día siguiente. No quería pasarse el día

dándole vueltas a algo que ni siquiera debería estar escribiendo. ¡Diablos! Él era el director de la película. Llevaba cerca de treinta años en el negocio y había hecho ganar mucho dinero a los que habían confiado en él. ¿Era tanto pedir que le dejaran hacer su trabajo en paz?

Lo único bueno de todo aquel asunto era que no había aceptado ir a porcentaje en los beneficios del film. En el cine, los milagros no solo existían, sino que se producían cada semana. Pero la lógica era la lógica y *Adiós a las armas* olía pero que muy mal. No comprendía cómo aquel hombre exasperante podía estar detrás de tantas y tan buenas películas. Pero la suerte nunca duraba para siempre. Pensar que podría estar viviendo aquello a cambio del porcentaje de unos beneficios que nunca existirían le ponía los pelos de punta. Al menos, cuando todo terminase, y ya no quedaba demasiado, volvería a casa habiendo ganado más dinero que ninguna otra vez en su carrera.

Algo era algo.

Con cuidado de no pisar la mitad soleada del balcón, volvió a asomarse para contemplar la ciudad que seesteaba a sus pies. Las calles, siempre abarrotadas y convulsas, estaban desiertas. Se podía oír el canto de los pájaros y el petardeo lejano de alguna de aquellas *Vespas* que a los spaghetti les volvían locos y en las que él no se montaría ni por todo el oro del mundo.

No había nada que hacer hasta que se pusiera el sol. Na-da. Solo darle vueltas a la película, beber demasiado y hacerse mala sangre.

Pensó en la morena de la otra noche. Silvana, le había dicho que se llamaba, aunque ambos sabían que no era verdad. Se recordó tratando de abarcarle los pechos con las manos mientras ella lo montaba y gritaba como una loca. Una actuación algo histriónica, pero mucho más convincente que la mayoría de las de su primera actriz.

El conserje se lo había repetido amable pero firmemente: en Ferragosto

nada funcionaba en Roma. *Niente*. Era el octavo sacramento. Y había recalcado el *niente* como un tenor dando el do de pecho en el momento culminante de la ópera.

Nieeeeeenteeeeeee.

Miró el reloj. No era ni mediodía. Si no le ponía remedio a aquello, al día siguiente encontrarían su cadáver sobre la alfombra. Causa de la muerte: hastío agudo.

Sonrió mientras descolgaba el teléfono.

Iba a comprobar cuánto costaba que un conserje de hotel y una prostituta de lujo accedieran a saltarse el octavo sacramento.

Cinnia se dio la enésima vuelta sobre la sábana arrebujada. Hacía mucho calor, pero no era eso lo que la incomodaba. Giulia había insistido hasta la afonía para que se fuera con ella y otro par de amigas a la playa. Pero esta vez ni toda su capacidad de persuasión había servido de nada.

Solo conseguiréis que os amargue el día con mis tonterías. Id vosotras y pasadlo bien, de verdad.

Y de allí había sido imposible sacarla.

No podía dejar de pensar en Gino, restregándole con rabia a su jefe lo feliz que se sentía con esa tal Kate. Tal como hablaba de ella —*ti fotte verme con una mujer como Kate*, le había espetado— debía de ser muy guapa. Y por el nombre, americana, o inglesa. Pero había estado indagando y no había ninguna actriz en el reparto que se llamase Kate. Tenían Mercedes, Elaine, Eva, Johanna, Diana, Joan y hasta Gisella, pero ninguna Kate. Quizá no fuese actriz. ¿Una secretaria, tal vez?

¿Y qué más daba? Fuera quien fuese, estaba claro que era preciosa y que estaba dispuesta a ayudarlo a empezar una nueva vida en América —*¡te da*

envidia que pueda hacer carrera en Hollywood!—. Y lo que era aún peor: capaz de hacerlo más feliz de lo que se hubiera atrevido a soñar jamás.

Cinnia hundió la cabeza en la almohada. Las palabras resonaban como aldabonazos en su cerebro. Y dolían como picaduras de avispa.

A ella, lo que más dichosa la había hecho en esta vida había sido aquel primer beso interminable en el *tram*, cuando la sacudida la empujó contra su pecho y él lo aprovechó por fin. Eso y el paseo posterior hasta su portal. El adiós precipitado y su última broma: *dile a tu hermano que no sabes a moco*.

Tan poca cosa le había bastado para saber, sin atisbo de dudas, que podría ser suya para siempre. Que se casaría con él cuando se lo pidiera y que podrían hacerse felices el uno al otro.

¿Cómo era posible que él no sintiera lo mismo?

Había sentido sus labios, le había mirado a los ojos... Aquello había sido sincero. No la típica promesa hecha a la ligera solo con el objetivo de que le dejase meterle la mano por debajo de la blusa. Quizás ella no tuviera tanta experiencia como Giulia con los chicos, pero sí la suficiente como para saber distinguir entre una cosa y otra.

Y lo que había habido entre ellos había sido de oro de veinticuatro quilates. *Scommetterei qualunque cosa!*

Pero, claro, unos besos robados en un *tram* eran demasiado humildes como para poder enfrentarse a una hermosa americana rubia —porque seguro que era rubia— y la promesa de una nueva vida al otro lado del océano.

¿Qué podía ofrecerle ella que se pareciera, ni remotamente, a todo aquello?

Oyó el tamborileo prudente de unos nudillos en la puerta. Solo su padre era capaz de llamar así. Enseguida vio aparecer la nariz prominente y la pelambarrera insumisa por el quicio.

—*Cosa c'è, bambina mia?* Es casi mediodía... —Pasó sin pedir permiso y fue a sentarse junto a ella, en la cama.

—*Niente, papà. Non preoccuparti*, no es nada. Me parece que anoche cené algo que no me sentó bien...

Él le acarició la cabeza como solía desde que era niña.

—¿Lo que tú tienes no será un empacho de Gino Grecchi, *vero*?

Ella no tenía ganas de hablarlo. Pero nunca había podido resistirse a las maneras dulces de su padre.

—Me temo que es más bien todo lo contrario, *papà*...

La dejó hablar, sin abrumarla. La conocía mejor que nadie y sabía que necesitaba su tiempo. Evitando parecer ni ansioso, ni desinteresado, apenas dejaba caer algún monosílabo, de vez en cuando, para animarla a seguir cuando amenazaba con encallarse.

Cuando por fin hubo terminado, Cinnia se quedó esperando, angustiada, su respuesta.

—*Sai una cosa, principessa?* Me parece que lo estás enfocando mal. No creo que esto sea cosa de qué puedes ofrecerle tú que no pueda darle esa otra muchacha, o al revés. Es mucho más simple: se trata de qué te pide el corazón. Solo eso. Cuando me enamoré de tu madre no pensaba en nada más que no fuera estar con ella. Y, *grazie a Dio*, ella debió de hacer lo mismo. Porque si no tú y yo no estaríamos hablando ahora. Esto no es una *competizione*. Ni un concurso. Es querer estar con alguien por el simple hecho de que es ese alguien.

Cinnia bajó la cabeza. Como siempre, su padre tenía razón. Pero le parecía un poco ingenuo pensar que ser guapa, rubia y americana no le daba mucha ventaja a su rival.

Roberto le levantó la barbilla con el pulgar y el índice y la miró a los ojos.

—Mira... Quizá no debería decirte esto. Al fin y al cabo, solo lo he visto una vez y no puedo decir que le conozca. Pero a mí, ese Gino tuyo me pareció un buen *ragazzo*. Y debo decirte que durante la comida llegué a

pensar que te miraba de la misma manera que yo a tu madre cuando aún no éramos novios. Pero, sea como sea, ningún muchacho se merece que te arrastres por él. O que le supliques. O que trates de ser quien no eres. El hombre que te hará feliz llegará por esa puerta y dará gracias al cielo porque tú estás al otro lado. Si es Gino, *bene*. Quizás hasta le perdonaré haber sido tan estúpido como para no haberse dado cuenta a la primera de lo *meravigliosa* que es mi hija mayor. Y si es otro, será igual de bienvenido... Siempre que tenga eso muy claro.

Cinnia se echó en sus brazos. Y, aunque le dolía verla sufrir, Roberto se sintió feliz por poder estar aún a su lado.

Rock Hudson miró satisfecho a su alrededor.

De Sica no le había mentado: la calita era preciosa y no había ni un alma a la vista. No habría podido imaginar un lugar mejor.

Carlo apareció por el recodo tras el que habían aparcado el coche: un precioso Cisitalia 202, plateado, que también habían conseguido gracias a la intervención del *maestro*. En una mano llevaba la bolsa con las toallas y en la otra, la cesta del almuerzo. Ni siquiera pensó en ayudarlo. *Charlie astro de cine* daba por hechas según qué cosas.

Feliz como un niño, el actor levantó la mano en un saludo.

—¡Este lugar es fantástico! ¡Deja eso y ven a bañarte!

Carlo meneó la cabeza: *Vieni, vieni! Potresti darmi una mano!*

Pero era incapaz de enfadarse con él. ¿Con quién más podría estar en aquel lugar de ensueño, en un coche de ricos, para ellos solos?

Extendió las toallas sobre la arena, se aseguró de dejar la cesta en un lugar sombreado y se despojó del Fred Perry burdeos, con el cuello y las mangas ribeteados en blanco, dejando al descubierto su torso de héroe homérico.

—*Che vengo!*

Hudson lo vio salir disparado hacia él, se quitó su polo y corrió al agua con una agilidad sorprendente para alguien de su tamaño. Pero no podía competir con la velocidad de un peso ligero como Carlo. El agua apenas le llegaba hasta las rodillas cuando el romano se le echó sobre los hombros, chillando como un chiquillo.

Hudson se lo sacudió de encima. Pero trastabilló y él mismo se dio un buen chapuzón. Chapotearon y se salpicaron el uno al otro, hasta que Carlo lo abrazó de una manera distinta.

—¿Te he dicho ya que eres el hombre *più bello dil mondo*?

—Tú tampoco estás mal. Deberías trabajar en el cine. Hay muchos en Hollywood que no te llegan ni a la suela de los zapatos.

La expresión de Carlo se ensombreció.

—No me digas eso, ¿quieres?

Hudson se dio cuenta de que había pinchado en hueso, aunque no sabía por qué.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó. No estaba enfadado, solo quería que se lo dijera para no volver a hacerlo.

El romano le acarició el pelo.

—Nada. Es solo que no debes hacerme soñar con cosas que no pueden ser. El rodaje está a punto de acabarse. Cuando termine, regresarás a América y no volveremos a vernos. Ya sé que soy guapo. Mi trabajo me cuesta. Pero los dos sabemos que no soy buen actor. No hay futuro para mí en Hollywood.

Hudson no supo qué decirle. Se quedaron envueltos en un silencio incómodo hasta que Carlo lo rompió de la mejor manera.

—Pero hay un sueño que sí podrías ayudarme a cumplir, ¿sabes?

—¡Ah! ¿sí? ¿Cuál?

Carlo esbozó una sonrisa juguetona.

—¿Has visto... no sé cómo se titulaba esa película en América, *Da qui all'eternità*?

Por supuesto que la había visto. Y le encantaba. Habría dicho que sí a cualquier guion, sin leerlo, solo por trabajar con Burt Lancaster. Recordó la maravillosa escena del beso en la playa con Deborah Kerr, sin que les importase el agua que amenazaba con sumergirlos. Y luego a ella, mirándole extasiada y confesando: *Nunca imaginé que pudiera ser así. Nadie me había besado como lo has hecho tú.*

Se volvió para contemplar cómo las olas lamían la arena, y se imaginó haciendo que Carlo le dijera algo parecido a él.

Fiore había estado esperando en la calle, al abrigo de una sombra huidiza, con la vaga esperanza de que Isabella saliera en algún momento. Por una vez, sus plegarias fueron atendidas y cuando ya estaba empezando a pensar que aquello era una locura, una figura femenina salió del edificio. Pese a las grandes gafas de sol que le ocultaban media cara y el pañuelo azul cielo anudado a la cabeza, la reconoció enseguida.

Después de media vida, tenerla cerca todavía lo removía por dentro.

Los años no habían sido amables con ella. Aún se podía reconocer a la mujer hermosa y sofisticada que había sido, pero costaba detrás de las arrugas y de la ancha cintura que exhibía ahora. El tiempo y la hermosura eran irreconciliables, pensó Fiore con amargura al recordar cómo había sido. La decrepitud, sin embargo, se veía mitigada por la dignidad. Isabella Bianchetti había envejecido con naturalidad. Con decoro. Sin perder horas ni esfuerzos en intentos fútiles de retener lo que no podía conservarse. Aceptando lo malo que traían los años con la misma actitud con que daba la bienvenida a lo bueno.

No parecía que echase de menos lo perdido. Y si de la belleza no quedaba más que una sombra, la elegancia la conservaba incólume. Bajaba a la calle, a por una gaseosa, tan impecable como se habría vestido para ir a una recepción con la joven reina de Inglaterra.

Fiore la vio irse calle abajo, buscando siempre la parte sombreada de la acera, y se fue tras ella. No se había pasado toda la mañana allí plantado para echarse atrás en el último momento.

Su plan de hacerse el enconradizo era frágil como una figurita de cristal de Murano, pero no había podido pergeñar nada mejor. Se ceñiría a él, y que fuera lo que Dios quisiera. Aunque la calle estaba desierta, trató de no levantar demasiado la voz cuando la llamó:

—¡Isabella!

Ella se dio media vuelta. Curiosamente, no parecía sorprendida de verle.

Mientras se le acercaba, se dio cuenta de que jamás conseguiría hacerle creer que aquello se debía a la casualidad. Isabella tenía un don para detectar sus mentiras. Por eso lo suyo había sido tan breve.

—¿Qué haces aquí, Fiore? Estás muy lejos de casa... —le dijo, quitándose las gafas para que pudiera verle los ojos.

Buena pregunta.

—Estaba dando una vuelta... —empezó. Pero enseguida abandonó la frase para decirle la verdad—. Ni yo mismo lo sé —reconoció—. Hace tiempo que sentía la necesidad de verte. Y esta mañana no he podido más.

Muy típico de él: hacer algo precisamente el día que el resto del mundo optaba por no hacer nada. Lo arrastró hasta un lugar al abrigo de la solana.

—*Che ti prende, Fiore? Sei malato?*

Detectó un poso de preocupación en su voz que le animó a pensar que no estaba cometiendo una estupidez.

—*No. Sto bene. Bene.* Es solo que he estado pensando mucho últimamente.

Nunca te pedí perdón...

Isabella se rio sin alegría.

—Han pasado veinticinco años, Fiore. Llegas un poco tarde. Pero, si te hace sentir mejor, hace mucho tiempo que dejé de necesitar una disculpa tuya.

Siempre había tenido aspecto de hombre fuerte. Incluso despiadado. Ahora, sin embargo, le parecía viejo y cansado. Y la miraba como un animalillo abandonado bajo la lluvia. Se sintió impelida a añadir:

—Aun así, me parece un bonito gesto por tu parte. Te perdoné hace mucho tiempo, Fiore. No me cuesta volver a perdonarte si eso te ayuda.

Él sacudió la cabeza lentamente. Había algo más.

—¿Seguro que estás bien?

—Michela se ha casado, ¿sabes?

—Es tu hija mayor, *vero*? Me alegro mucho por ella.

—Lucia no me dejó asistir. Pero me permitió correr con todos los gastos. —Soltó una carcajada amarga—. Jamás hubiese pensado que una boda podía ser tan cara. La mía te aseguro que no lo fue...

—Ni la mía, creo recordar —dijo ella, esperando ver adónde los llevaba todo aquello.

—Quería que al menos Michela se diese cuenta de que lo sentía. Que lamentaba haberlo hecho todo tan mal. Pero ni siquiera estoy seguro de que su madre se lo haya contado. —Añadió, melancólicamente—: Por lo menos parece que fue una ceremonia preciosa...

—Fiore, no sé qué es, pero veo que algo te angustia. De verdad que me gustaría ayudarte. Pero ahora no es el momento. Tengo a todo el mundo en casa, esperando. Solo he bajado a...

Él levantó la mano, a modo de disculpa, mientras daba unos pasitos atrás.

—*Scusa. Scusami*. Me doy cuenta de que soy muy inoportuno. No te

preocupes, de verdad. Me siento mucho mejor ahora que hemos hablado. Te dejo ya, ¿de acuerdo?

Isabella no sabía si estaba de acuerdo. Aquel encuentro era demasiado extraño. Pero ¿qué más podía hacer? La esperaba un regimiento de hijos y nietos, y aún faltaban más por llegar. Giancarlo empezaría a preocuparse si no regresaba pronto. Levantó la mano para despedirse, y lo vio alejarse dejándola con un vago sentimiento de angustia en el pecho.

Bardo deambulaba por los decorados en penumbra del Teatro 8. Acostumbrado a que aquello estuviera siempre hasta los topes de actores y técnicos, dando o pidiendo instrucciones, el silencio que se respiraba ahora se le antojaba parte de una película en la que él era el único intérprete.

Un drama. O mejor: una tragedia.

Se adentró en el decorado del hospital inglés, que ya tenía fecha para ser desmantelado, y fue a sentarse en la mesa del cuartito de las enfermeras. Encima, alguien había dejado una bandeja con un plato, un azucarero, dos tazas y un vaso. Con ceremonia, descorchó la botella de chianti con faldón de mimbre que había traído consigo, llenó el vaso hasta los topes y se bebió la mitad de un trago.

Odiaba Ferragosto, como odiaba todas las fechas en las que era obligatorio reunirse con los seres queridos o, simplemente, pasarlo bien. Hubo una época de su vida que aquel día le encantaba, pero hacía tanto que hasta los recuerdos le parecían de otra persona.

Trasegó la otra mitad del vino y volvió a llenar el vaso. Era un bebedor ocasional: una botella de Rufina era más que suficiente para tumbarlo. Por eso, cuando el vino dejaba de ser un acto social para convertirse en un consuelo, se lo bebía a solas, en su pisito del *rione* Esquilino. Pero esta vez

las paredes se le habían venido encima apenas había abierto los ojos y no le había quedado otra que echarse a la calle. Casi sin darse cuenta se había encontrado en el *tram*, de camino a los estudios.

Aquel era uno de los pocos días del año en que ni siquiera Pappalardo estaba en su garita. Pero Bardo no necesitaba que nadie le franqueara la entrada a *su casa*.

—A tu salud, viejo imbécil —murmuró, dirigiéndose a su reflejo y levantando el vaso en un brindis teatral, acorde con el escenario. Bebió y miró a su alrededor. Él era como aquel decorado que había ayudado a construir: aparente por fuera pero terriblemente hueco si lo veías por dentro.

Era la vida que había elegido. No le habían puesto una pistola en el pecho. Había tomado libremente hasta la última de las decisiones que lo habían traído hasta allí. Y, mientras las tomaba, hasta le había parecido que hacía lo correcto.

—*Come può un uomo sbagliarsi così?* —se lamentó en voz alta.

El reflejo no le contestó y él volvió a llenar el vaso. La integridad de la botella empezaba a estar tan amenazada como la del bebedor.

Las últimas palabras que había cruzado con Gino, en ese mismo plató, reverberaron una vez más en su cabeza: «¡Te da envidia pensar que pueda hacer carrera en Hollywood! Y *ti fotte* verme con una mujer como Kate, mientras tú te has pasado la vida solo como un monje. Soy lo único que tienes y no quieres que me vaya, viejo. Aunque eso pueda hacerme feliz.

La verità fa male, eh, Bardo?

Pero aquello no iba así. Él, únicamente quería lo mejor para Gino. En Italia o donde lo llevase la vida. Con una muchacha o con otra. Pero, escogiera lo que escogiese, tenía que hacerlo por los motivos adecuados. Y, por encima de todo, ser honesto.

Con ellas... y consigo mismo.

Aunque prácticamente no conocía a ninguna de *le due ragazze*, tenía su favorita, claro. Aunque no por los motivos que Gino creía. Si pudiera verse desde fuera, como lo veía él, lo entendería mejor. La gente se decía muchas cosas, muchas. Cosas como *para siempre*. Como *no podría vivir sin ti*. Como *nuestro amor todo lo puede*. Y, la mayoría de las veces, incluso eran sinceros cuando las decían. Pero, luego, la situación se daba la vuelta, como un calcetín. Y lo que a la luz de las velas parecía sólido como una roca, bajo los rayos del sol resultaba endeble como un *castello di carte*.

Las miradas, en cambio, estaban hechas de una pasta distinta a la de las palabras. Mucho menos moldeable. No se racionalizaban ni se ensayaban. Simplemente, salían de dentro sin que los párpados pudieran retenerlas. Él no sabía lo que le habría dicho la americana, ni mucho menos cómo le habría mirado mientras lo decía. Pero sí que había visto cómo se iluminaban los ojos de Cinnia cada vez que entraba en el *teatro*.

Y también los de él, cuando la *cucitricina* aparecía por el plató, con una de aquellas excusas suyas, tan divertidas.

Por eso estaba de su parte.

Detestaba pensar en Gino convertido en una mala copia de lo que había sido Fiore. Un tipo capaz de decirle a cada uno lo que quería oír y luego no pensar en nadie que no fuera él.

Había querido a Fiore como a un hermano. Más, posiblemente, porque allí la sangre no pintaba nada. Cuando le había hecho aquello —tantos años y todavía era incapaz de ponerle palabras—, le había dolido de tal manera que había sido incapaz de perdonar. Y su vida se había torcido irremediablemente.

Ahora quería a Gino como al hijo que nunca tuvo. Y verle cometer los mismos pecados se le hacía insoportable.

De ninguna manera quería que el *ragazzo* se convirtiese en su Caín.

Pero todavía le daba más miedo que terminase transformado en una versión de sí mismo.

Cuando Arthur Fellows desenterró la cabeza del montón de papeles, el sol empezaba a ponerse. Se había pasado el día entero en camiseta y pantalones de pijama, peleándose a muerte con la planificación del rodaje que todavía les quedaba por delante.

Había tenido que hacer magia, pero al final, si evitaban retrasos y gastos superfluos, aún podían terminar dentro del presupuesto establecido en el contrato.

Se lo jugaban prácticamente todo en los exteriores del Misurina. Había tenido que reducir el equipo al mínimo imprescindible y aún necesitaban que el tiempo acompañase. Pero si el sol italiano no lo traicionaba, aquello todavía podía acabar bien.

Pensó en lo que ya habían rodado. La película era tan lujosa como cabía esperar de una producción Selznick, gracias a Dios. Más allá de eso, Rock estaba todo lo bien que podía estar y Jennifer... era Jennifer. A él, quien más le gustaba era De Sica. Por allí les podía caer alguna nominación. En cuanto a la dirección, el vigor que le habría insuflado John a la historia se echaba ciertamente de menos. Y dudaba que el enfoque psicológico que había pretendido darle Vidor fuera suficiente como para levantar el conjunto. Su peor miedo era que, al final, acabasen teniendo entre manos una historia tan suntuosa como falta de energía.

Por suerte, todavía les quedaba la sala de montaje. La moviola podía hacer milagros. Pero ahí él ya no pincharía ni cortaría, solo David. Por mucho que, si al final la cosa salía rana, el ventilador se pondría en marcha y la mierda volaría en todas direcciones, en especial la suya.

Trató de no preocuparse por algo que, en cualquier caso, se escapaba totalmente de su control.

Se levantó, estiró brazos y piernas para desperezarse y salió a la terraza, que había mantenido abierta todo el día para tratar de crear alguna corriente de aire que mitigase el calor, pegajoso como una tira matamoscas. A sus pies, la ciudad soñolienta iba recuperando el aspecto que tendría un jueves cualquiera: inquieto y lleno de vida. Vidor no los soportaba y David, sencillamente, los miraba por encima del hombro, pero a él, los italianos, habían terminado gustándole. Y, si hablaban estrictamente de profesionales, sus cineastas, de la especialidad que fueran, se habían ganado su respeto.

Volvió adentro y miró la hora en el reloj de pulsera que había dejado hacía un rato sobre la mesa. En casa ya haría un buen rato que habría cenado. Decidió darse una ducha, vestirse y bajar al comedor. Le daba un poco de pereza. Pero pasarse el día entero en pijama se le antojaba de holgazanes.

Antes de meterse bajo el chorro de agua fría, se fue hasta el teléfono y marcó el número de Kate. Respetaba a los italianos, pero había empezado a conocerlos. La tentación del fin de semana largo era muy grande y lo último que necesitaban eran deserciones de aquel tipo.

Acostumbrada a aquel número, la telefonista del hotel no le dejó ni terminar de cantárselo. Los tonos se sucedieron, pero nadie contestó. Después de que sonase muchas veces, volvió a oír la voz de la operadora:

—*Mi dispiace*, señor Fellows. No contesta.

Le dijo que no se preocupase y colgó. Estaba atónito. Por supuesto, Kate tenía todo el derecho. Y más en un día como aquel. Pero no encontrarla al pie del cañón por primera vez después de tantos meses lo inquietó. Lo último que necesitaba a esas alturas era no poder confiar en ella tan ciegamente como había podido hacerlo hasta ahora.

Deseó que no hubiese conocido a nadie. Sabía que la fama de

conquistadores que tenían los hombres de aquel país era merecida. Que se lo dijeran a Sheila, la secretaria que tuvo durante el rodaje de *Guerra y paz*. Había perdido la cabeza por alguien del equipo y se había despedido en mitad del rodaje, para casarse. El matrimonio, por lo que supo luego, había durado menos de lo que se estaba alargando este rodaje, pero a él le había hecho una faena. Por fortuna, ni su papel en la cinta de Vidor podía compararse al que tenía aquí, ni la muchacha le llegaba a Kate a la altura del betún.

Además, ¿no le había contado algo sobre un tal Harold? Estaba seguro de que tenía un novio esperándola en casa.

Basta de buscar fantasmas. La pobre llevaba meses sin tener un solo día libre y se había tomado aquel, con todo el derecho.

Fin de la historia.

Las putas no descansamos ni en Ferragosto, pensó amargamente Loredana mientras empujaba la puerta del bar. ¿Tantos hombres solitarios había en Roma que necesitaban pasar un día como ese con ella? ¡Tres veces había tenido que cambiar las sábanas! Estaba harta. Aquella vida se le hacía cada vez más cuesta arriba. En su día, se había aferrado a ella para no terminar en la cuneta, o en el arroyo. Y hasta ahora, mal que bien, había ido tirando. Pero ya no daba más de sí. Necesitaba conseguir su café soñado en la Campania y retirarse cuanto antes.

O si no, acabaría muerta. Le costaba decidir si sería de pena o de asco, pero muerta.

Se acercó a la barra, tras la que servía un barman regordete y sudoroso, que se peinaba el poco pelo que todavía le quedaba en diagonal para disimular una calva reluciente de transpiración.

—*Cenzo! Un gettone, per favore.*

El hombre se tambaleó hasta la vieja caja registradora, giró la manivela y cogió una ficha que estrelló contra el mármol con la palma de la mano.

—*Qualunque cosa per te, Venus!*

Ella la recogió y le obsequió a cambio con una caída de ojos. Era clienta suya desde hacía por lo menos diez años y, desde el primer día, él no la había llamado más que por aquel apodo. Entonces, todavía hermosa, le había parecido un hombrecillo ridículo que no era merecedor más que de un gruñido por su parte. Pero Cenzo había seguido, contra viento y marea, pertinazmente atento. Y cuando, por fin, ella había empezado a ganar peso sin control, él había obtenido su recompensa.

Ahora eran casi amigos.

Loredana sabía que vivía solo. Al principio había pensado que estaba prendado de ella, a la antigua usanza. Pero, de vez en cuando, lo sorprendía mirando con glotonería a algún cliente especialmente apuesto. Fuera por un motivo o por otro, lo cierto era que jamás se había animado a cruzar la calle y subir un par de pisos para conocerla en el sentido bíblico.

Por fin, había decidido que las inclinaciones de Cenzo ni le importaban ni eran asunto suyo.

Fue hasta el teléfono público que había al final de la barra, metió la ficha y se sacó del escote el pedazo de papel donde había apuntado el teléfono de Luca. Marcó el número y cuando escuchó el *pronto* de rigor al otro lado del hilo, dejó caer simplemente el apellido de Luca.

Aspetti.

Tardó el tiempo que le llevó al camarero ir a avisarlo a la terraza. Por teléfono, su voz resultaba todavía un poco más áspera. De repente, tuvo ganas de colgar y olvidarse de todo aquel asunto. En vez de eso, le contó:

—He visto a Fiore. Me ha confirmado que saldrán el lunes próximo. Dice que llamará cuando sepa algo más, pero que estés preparado.

Luca nunca lo había estado más. Había conseguido un coche y otro hombre, además del inútil de Rendina. Solo esperaba aquella llamada para ponerse en marcha.

Detectó la vacilación en la voz de ella pero decidió fingir que no. Estaba demasiado desesperada como para permitir que el miedo le estropease su última oportunidad auténtica de salir de todo aquello.

Le dijo que la llamaría para darle un número donde localizarlo cuando lo tuviera.

—¿De verdad vas a secuestrar a esa actriz, Luca?

Así que había terminado diciéndoselo. ¡Cazzo Fiore! Como no mantuviese la boca cerrada, la Madonna se la tataría para siempre.

—¿Y qué quieres que haga si no, Lore? ¿Que les pida doscientos de los grandes a los americanos para que tú puedas poner tu bar y tu amiguito saldar su deuda? El dinero no se consigue así como así. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Hubo un silencio.

—¿Has pensado en qué haremos si algo sale mal?

—Nada saldrá mal. Vosotros aseguraos de hacer vuestra parte y dejadme el resto a mí. Y otra cosa: dile al bocazas de Fiore que si me entero de que ha hablado de esto con alguien más, le corto el cuello. Y esto vale también para ti, *capisci*?

Capisco.

Colgaron. Luca hizo una mueca. No había nada que lo asqueara más que un cobarde. Estaba hasta arriba de toda aquella cantinela: *¿Qué pasará si algo sale mal? ¿Y si no pagan?*

¿Qué querían que pasase?

Así de sencillo: o aquel maldito americano forrado de pasta soltaba un poco para volver a ver a su mujercita de una pieza, o se la encontraría

flotando en el Tevere.

Y no precisamente como Esther Williams en *La figlia di Nettuno*.

Con el lago lamiéndole los escalones de la entrada y el impresionante macizo rocoso de las Dolomitas guardándole la espalda, el Grand Hotel Misurina era un edificio pintado de ocre suave, en forma de T, cuya barra larga y uno de los extremos de la corta miraban al lago. Con sus tejados negros a dos aguas y cuatro hileras de ventanales que se abrían al agua, la obra parecía haber sido construida para beneficiarse del efecto espejo que se producía en aquel lugar y que proporcionaba a los fotógrafos la imagen propia e inversa de la laguna, el albergue, la montaña y los bosques de altos abetos que los envolvían. Una instantánea que la publicidad del establecimiento había utilizado hasta el exceso.

Además de localización y categoría, El Grand Hotel ofrecía aún otra ventaja a la gente del cine: era el último establecimiento que se levantaba junto a la Strada Provinciale 49, la carretera que bordeaba la orilla oeste del lago y seguía subiendo hasta traspasar la frontera entre el Venetto y el Trentino. Desde allí partía la Via Guide Alpine, una pista que llevaba al extremo norte del Misurina y continuaba serpenteando a lo largo de la otra orilla, en la que solo había bosque. De esta forma, el lugar donde se alojarían a cuerpo de rey Selznick, los actores y los principales técnicos quedaba a medio camino entre los exteriores elegidos para rodar y el Alpenrose, el establecimiento mucho más modesto donde se hospedaría el resto del equipo.

Kate fue la primera en bajarse del coche que había compartido con Arthur Fellows y Andrew Marton. Esta vez, su jefe había insistido y tendría alojamiento de primera. Se quedó boquiabierta por la belleza del lugar.

Aunque la naturaleza le gustaba, la frecuentaba muy poco. Harold no era lo que podía llamarse un chico de campo. Si no era en avión, le costaba Dios y ayuda salir del condado de Los Ángeles. Proponerle pasar un fin de semana en el Valle de San Gabriel era como pedirle que saliera en busca del tesoro de Sierra Madre.

El resto de la comitiva se detuvo en la explanada que el hotel utilizaba como parking. Selznick y Jennifer bajaron del coche hablando entre ellos, sin echar siquiera un vistazo. Hudson y De Sica, cada vez más cómplices, al igual que sus personajes en la película, habían compartido otro vehículo y, al llegar a su altura, sí que se detuvieron a contemplar el paisaje.

—Qué lugar, ¿eh? —le dijo el americano a Kate.

—Precioso, desde luego.

—No más que usted. —De Sica no perdió la oportunidad de meter baza, con su inglés cantarín—. ¿No le han dicho nunca que está en el lado erróneo de la cámara, *signorina O'Neil*?

—Por favor, llámeme Kate, *maestro* —le devolvió el cumplido—. Y, aunque me duela llevarle la contraria, creo que estoy en el lado que me corresponde.

De Sica le regaló su mejor sonrisa napolitana.

—Eso habría que verlo. La decisión es suya y solo suya, por supuesto. Y bien tomada estará. Pero en nombre del público, que se perderá una estrella de su calibre, permítame que lo lamente una última vez. No hay demasiadas personas con la capacidad de hacer soñar al resto, créame. Y usted la tiene. ¿No te parece, Rocco?

Aunque el aludido le echó una buena mirada, su manera de hacerlo consiguió que Kate no se sintiera invadida, sino admirada.

—Sin duda —coincidió—. Yo la querría a mi lado en cualquier película.

—¡Pues os fastidiáis los dos! —intervino Fellows, llegando desde el otro

lado del automóvil—. ¡Quitad vuestras sucias zarpas de mi mano derecha u os juro que lo lamentaréis!

De Sica fingió pánico:

—*Mi spiace tanto*, miss O’Neil, pero hay una regla no escrita en el mundo del cine que dice que cualquier cosa es preferible a provocar las iras de un productor. Y menos si es americano. ¡Qué gran musa pierde el séptimo arte con usted!

Los cuatro se rieron y echaron a andar, siguiendo al resto de la comitiva, que ya estaba entrando.

La pequeña cuadrilla de Bardo no tuvo tiempo ni de dejar las maletas en sus habitaciones. Apenas llegaron, se cambiaron de autobús y salieron zumbando a la zona de rodaje. Tenían que construir, a contrarreloj, el pequeño embarcadero al que se suponía que llegaban los protagonistas después de su precipitada huida a Suiza.

—¿Y no podían usar alguno que ya hubiese en la zona? —preguntó uno de los hombres del equipo, mientras ofrecía tabaco al resto.

—Ya sabes cómo son estas cosas —replicó Bardo, rechazando el pitillo—. No encontraron nada parecido a lo que querían. ¿De qué te quejas? Más días de rodaje.

—*Ma chi si lamenta?* Solo preguntaba.

Bardo hizo un gesto: *no hay quien os entienda*. Ignorando el traqueteo del vehículo, fue a sentarse al fondo. Acababa de poner el trasero sobre el asiento cuando vio cómo Gino se levantaba e iba hacia él.

No habían vuelto a cruzar una palabra desde aquel día.

Bardo endureció la expresión. Mantener la situación con el *ragazzo* le costaba como pocas cosas en la vida. Pero sus palabras le habían dolido

demasiado como para dejarlas pasar, así como así.

—¿Puedo? —preguntó el joven al llegar a su lado, señalando el asiento vacío.

Le hizo un ademán con la mano. *Tutto per te*. Gino no se sentó, sino que solo apoyó la rodilla.

—*Bardo, io... Sono stato uno stupido*. No pensaba lo que te dije, te le juro. Solamente...

—Dijiste lo peor que se te ocurrió. *Vero*?

—*Vero*. Y ahora preferiría haberme llenado la boca de piedras. Me ha costado setecientos kilómetros reunir el valor para venir a pedirte perdón. Y si me dices *di andare all'inferno* lo entenderé perfectamente. Pero necesito que sepas que de todas las estupideces que he hecho, esta es de la que más me arrepiento. ¿Podrás perdonarme?

—No.

Gino inclinó la cabeza. Había esperado otra cosa, pero se lo tenía merecido.

—Te perdoné a la altura de Módena, *più o meno*. Y ya me costó mucho hacerlo una vez para tener que repetirlo. Tendrás que conformarte con un solo perdón.

El muchacho levantó la barbilla. El alivio era patente en su mirada.

—Te juro que nunca más...

—No jures algo que no sabes si podrás mantener. *Nunca* es demasiado tiempo. Y puede que volvamos a discutir pronto. ¿Has hablado ya con ella?

—¿Con Cinnia?

—¡Con Anita Ekberg, si te parece!

—No.

—¿No?

—¡No es tan sencillo, Bardo! Lo que le hice estuvo muy mal, ¿te crees que

no lo sé? Tanto, que ahora, francamente, no sé qué puedo decir para arreglar las cosas.

Bardo atemperó la expresión.

—Bien, se me ocurre una cosa que quizá lograría que te perdonase. Pero no es *scusa*, precisamente...

Gino volvió a bajar la cabeza.

—Bardo, no puedo hacer eso. Siento algo por Cinnia, es verdad. Me sorprende muchas veces pensando en ella. Y lo que le he hecho me quema por dentro. Pero ahora mismo... estoy con Kate. *Aspetta!* Sé lo que vas a decir. Pero es que no la conoces. Es una mujer extraordinaria. Y no me digas que demasiado para mí, porque eso ya me lo repito yo cada dos por tres.

—No se trata de eso, chico. Tu americana tiene tanta suerte de haberte encontrado como tú a ella. ¿Es que aún no sabes cómo son las cosas en este negocio? Empiezas una película, conoces a alguien... Todo va sobre ruedas. Luego, un buen día, el rodaje termina y cada mochuelo a su olivo. Es siempre igual. Y, la mayoría de las veces, es lo mejor. Nadie sufre y te queda un bonito recuerdo. Lo que ocurre es que esta vez sí sufre alguien. Y lo que termine pasando puede acompañarte el resto de tu vida.

De repente, al muchacho se le hizo la luz.

—¿Te ha pasado! *Non è così?*

—No estamos hablando de mí...

—Respóndeme, por favor.

Bardo necesitó un momento de vacilación.

—Las cosas fueron algo distintas en mi caso... —admitió al fin.

—¿Y por eso no te has casado?

Bardo le mandó al diablo con la mano.

—El matrimonio es un invento del patriarcado, del capitalismo y de la iglesia, *ragazzo*. Un yugo que esclaviza al hombre y a la mujer por igual. ¿Es

que no te he enseñado nada? —Se calló un momento y luego añadió—: El amor es otra cosa. Y Cinnia te quiere, estoy seguro. Uno no debería jugar con eso. Ni menospreciarlo.

El autobús llegó al lugar del rodaje y la conversación terminó al mismo tiempo que las ruedas dejaron de girar. Mientras bajaban y empezaban a descargar el material, Gino pensaba que su amigo tenía aún mucho que contarle.

Cinnia dejó su maletita sobre la colcha y echó un vistazo a su alrededor. La habitación que le había tocado en suerte era pequeña pero limpia y decorada con buen gusto. Se había temido algo mucho peor. Aunque, claro, junto al lago no había hoteles malos y si los hubiesen alojado en el pueblo más cercano, se habrían pasado la mitad del día yendo y viniendo.

Por una vez, las circunstancias habían jugado en su favor.

Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Desde su habitación tenía una bonita vista del extremo sur del lago y, tras un grupo de árboles, se vislumbraban las puntas del tejado de la oficina de correos. Se dijo que tenía que ir cuanto antes para mandarles una postal a sus padres. Era la primera vez que el trabajo la llevaba lejos de casa y, aunque los había visto orgullosos, los conocía bastante como para saber que estarían ansiosos por saber de ella. La postal estaría bien, pero tenía que llamarlos, decidió. Seguro que el hotel tenía teléfono.

Dejó la ventana abierta y se echó sobre la cama sin deshacer. La *signora* Bianchetti la había encargado personalmente de cualquier retoque que pudiera necesitar el vestuario de Jennifer Jones. Era una gran responsabilidad y en cualquier otro momento estaría dando saltitos de alegría. Pero sabía que Gino estaría en ese mismo hotel y que encontrárselo sería inevitable.

No sabía qué le gustaría más: que fuera de rodillas a pedirle perdón o que se ahogara en el lago esa misma tarde. Por un momento, su imagen flotando bocabajo, como William Holden al principio de *Viale del tramonto* se le vino a la cabeza y la hizo estremecerse. ¡Dio, eso no!

Pero si esperaba una disculpa, iba lista.

Por fin había encontrado a la tal Kate. Katherine O'Neil, se llamaba, esa robanovios. Y no era ninguna actriz. Solo la secretaria de uno de los mandamases americanos. Aunque, después de entreverla un momento mientras se formaba la comitiva le había parecido mucho más guapa que cualquiera de las que aparecían en la pantalla. Era incluso peor de lo que se había imaginado. Una mujer como ella podía tener al hombre que se propusiera. ¿Por qué había tenido que poner los ojos en *su* Gino?

Aunque podía culparla de todo menos de eso, *non è vero?*

Oyó que llamaban a su puerta.

—*Pronto?*

—Señorita, la necesitan en el Grand Hotel —respondió una voz desde el pasillo—. Un coche la recogerá en la puerta. Me han pedido que se dé usted prisa.

Cinnia saltó de la cama. La *signora* Bianchetti la había advertido: no tendría tiempo de hacer turismo. La *signora* Jones siempre tenía alguna pega que ponerle a su vestuario.

Lo agradeció. Cualquier cosa menos quedarse allí, pensando en él.

Sentado en la terraza del Albergo Miralago, Luca Sartoreti tenía los ojos puestos en la orilla norte del Misurina. El lugar era un edificio blanco de tres plantas con tejado a dos aguas y balcones y contraventanas de madera oscura. Un negocio familiar, modesto y tranquilo, en el extremo de la zona menos

frecuentada del lago. El recepcionista les había dado tres habitaciones contiguas en la planta baja, de las que sería fácil entrar y salir sin que les vieran. El plan era que la *sicurezza* no llegase nunca a investigar los hechos, pero aun así los registró a los tres con nombre falso e hizo muchas preguntas sobre las excursiones que podían hacerse a pie por aquellas montañas. Más tarde, pensaba hacer que el idiota de Santino simulase una pequeña lesión que justificaría que se quedasen en el hotel. De esta forma, llegado el caso, el hombre recordaría solo a tres locos por la montaña, que habían visto frustrados sus planes cuando uno de ellos se había dislocado un tobillo.

Había pedido una ficha para llamar a Loredana y darle el número del albergue. Que Fiore lo avisase en cuanto viera el momento propicio. Y que no tardase demasiado, le había advertido antes de colgar.

Era la primera vez que salía de la ciudad y no veía la hora de regresar.

El campo no se había hecho para hombres como él.

El primer día de exteriores había ido sobre ruedas. Kate vio cómo la esperanza regresaba al rostro de su jefe, mientras pasaban lista a lo que se había hecho el día anterior y lo que aún les quedaba por delante. Fellows rebosaba buen humor y no escatimaba elogios para nadie, incluidos los carpinteros italianos. Se sintió absurdamente orgullosa de Gino cuando le oyó alabar la rapidez con la que habían levantado el embarcadero.

—¡Sigamos así! —concluyó él, cuando llegaron al final del orden del día—. Por cierto, ¿viste remar a Rock? ¿Qué tal lo hizo?

Kate no había desaprovechado la oportunidad de dejarse caer por el set, con la esperanza de ver un momento a su chico.

—Como si hubiese estudiado en Oxford —respondió, levantándose también—. Parecía que lo hubiese hecho toda la vida.

—Los malditos *memos* de David. ¡Siempre obran efecto! Esta tarde tendré la oportunidad de verle en persona. Es la escena más compleja que nos queda. ¿Te veré allí?

—Si no me quiere en otra parte, señor, con mucho gusto.

—Esperemos que no haga falta. Eso querrá decir que todo va como ayer. Otra cosa: ¿De Sica ha vuelto ya a Roma?

—Le he visto marcharse hará cosa de media hora, sí señor. Había terminado su escena y ha dicho que tenía algo importante que hacer. ¿Algún problema?

—Al contrario. —Sonrió Fellows—. Una suite que nos ahorramos. Eso es todo. Gracias, Kate.

Satisfecha, la joven salió de la salita con las paredes forradas de madera y la estufa de porcelana —por suerte, apagada— que usaban para las reuniones. Echó una ojeada al reloj: en el comedor todavía le servirían un café y un par de tostadas. Se fue para allá y al cruzar una de las puertas dobles que separaban los salones se dio de bruces con una muchacha morena, más o menos de su edad, que llevaba un costurero en las manos.

—¡Cielos, disculpa!

—*Guarda un po' dove vai, brutta vacca!*

Por el tono y las pocas palabras que había aprendido con Gino, Kate se dio cuenta de que aquello no era una disculpa.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

Nunca la habían mirado con tanto desdén como el que tenía aquella italiana en los ojos. La muchacha le dedicó un ademán despectivo con la mano y la dejó allí plantada, mientras se iba hacia las escaleras.

¿Sería posible? No daba crédito. ¿Qué le pasaba a aquella loca? ¡Ni que le hubiera escupido en la cara! Se quedó con los brazos en jarras hasta que la vio desaparecer, escaleras arriba. En el más de medio año que llevaba allí, era la primera vez que alguien la trataba de una manera semejante.

Meneó la cabeza. En fin, ojalá el camarero estuviera de mejor humor. De otra forma, ya podía despedirse de su café.

Cinnia llamó a la puerta de la suite con la punta de los dedos.

—¡Adelante!

Hizo girar el pomo y entró. El hombre del pelo blanco estaba poniéndose la chaqueta, mientras ella se miraba al espejo. Llevaba un abrigo largo, oscuro, y un pañuelo azul marino que le cubría casi por completo la cabeza. Él dijo un par de frases en inglés que no entendió, besó a su esposa en la

mejilla y salió, dedicándole un murmullo de despedida cuando pasó junto a ella.

Cinnia se acercó a la actriz, que continuaba buscándole las cosquillas a su imagen reflejada.

—Hablas inglés, ¿verdad?

—Un... un poco...

Ella sonrió y le habló muy despacio, como si fuera retardada.

—Es este abrigo, ¿ves? ¿No crees que me engorda? ¿Podríamos hacer algo con él?

Cinnia entendió enseguida lo que le pedía. Cuando le hablaban de trabajo su escaso inglés mejoraba de forma exponencial.

—Podría entrarlo un poco... Aquí y aquí... ¿Le parece bien?

Era justo lo que Jennifer quería.

—¡Eso sería estupendo! ¿Tardarás mucho? Tenemos que salir ya mismo hacia el set. —Tenía la voz dulce, de niña buena. En aquel momento no parecía para nada una diva de Hollywood.

Calculó cuánto le llevaría hacer lo que le estaba pidiendo.

—Diez minutos. Veinte a lo sumo.

—Pues ponte ahora mismo a ello, por favor.

La actriz se quitó el abrigo y se lo entregó. Le dedicó una sonrisa amable, indicando que la dejaba con lo suyo y fue a coger el guion que tenía en la mesilla de noche.

Arthur Fellows contempló el bote, balanceándose en el agua.

El público no tenía ni idea del trabajo que conllevaba rodar unas imágenes que luego podían aparecer solo unos pocos segundos en la pantalla. Y todo se complicaba aún más cuando lo que se rodaba era fuera de un plató y tenía que

ver con el agua.

El día anterior habían tenido mucha suerte. El sol había brillado todo el día, permitiéndoles filmar incluso un par de escenas más de las previstas. Hoy, sin embargo, el clima parecía decidido a cobrarse la deuda. Impulsados por un viento arisco, grandes nubarrones les sobrevolaban constantemente obligando al director de fotografía a parar a cada momento. El record de la escena se iba al garete si en un momento brillaba el sol y al siguiente el cielo era gris. Otro productor lo habría asumido, pero si hacías algo así con David no podías sorprenderte si luego te tachaba de aprendiz de manazas.

Miró alternativamente al cielo y a la carretera. Cuanto más tardasen Jennifer y Rock en llegar, menos oportunidades tendrían de aprovechar los claros y más de perder el día entero. Un día en el que les pagaría el sueldo a más de cien personas —otra cosa que el público no sabía: la gente del cine cobra por días, por eso es tan importante que los rodajes sean lo más breves posible— a cambio de ni un solo metro de película aprovechable.

Ver una nube de polvo levantándose en la pista de tierra le hizo recuperar el optimismo. ¡Allí estaban! Gracias a Dios.

Le costó horrores disimular la decepción cuando comprobó que quien se apeaba era solamente David.

—¿Dónde están Jennifer y Rock? —le dijo al llegar a su lado.

—Buenos días a ti también, Arthur. He dejado a Jennifer en el Hotel, dándole un último repaso al vestuario. Algo del abrigo no terminaba de cuadrarle.

¿El abrigo? Fellows tenía la escena en la cabeza: Eran todo planos largos, o en los que estaba sentada. Podría llevar un cerdo escondido dentro y el público apenas tendría la oportunidad de darse cuenta. ¿Por qué demonios estaba perdiendo el tiempo con aquello?

Como si David pudiera leerle el pensamiento, añadió:

—Al salir, Rock me ha dicho que le propondría llevarla para repasar el guion por el camino. Estarán aquí en cinco o diez minutos.

Fellows miró al cielo con inquietud. Pero una vez más, se guardó lo que pensaba para él.

Hudson llamó a la puerta y esperó a que Jennifer le diera permiso.

—Buenos días, Jen. ¿Lista para salir?

Ella se levantó de la cama, donde estaba leyendo el libreto.

—Buenos días, cielo. Solo un momento. Esta joven tan amable me está haciendo un retoque de última hora.

Él miró el reloj. Jennifer lo entendió.

—¿Tardarás mucho, encanto? —dijo, dirigiéndose a la italiana, con el mismo tono y cadencia para idiotas de antes.

Cinnia detestaba trabajar con prisas.

—Un poco. Pero puedo ir haciéndolo en el coche, si lo prefiere.

—¡Oh, eso sería estupendo!

El actor intervino:

—¿Qué os parece si hacemos esto? Tú y yo vamos en un coche y le damos un último repaso a nuestras líneas y ella puede ir en otro. Así tendrá más espacio y estará más tranquila.

A Jennifer le pareció una idea magnífica y se lo repitió a Cinnia, que no había terminado de pillarlo. Por descontado, estuvo de acuerdo.

—¡Pues pongámonos en marcha!

Cinnia cogió el abrigo y el costurero y salió la primera, mientras Jennifer se anudaba el pañuelo a la cabeza y cerraba la puerta después de dejar salir a su *partenaire*.

Se adelantó mientras los dos actores charlaban animadamente. Ninguno de

los tres reparó en el camarero que, al verlos atravesar el vestíbulo, dejó sobre una mesa la bandeja que llevaba y se encaminó a toda prisa a la cabina telefónica del fondo de la sala.

Jennifer dejó escapar un grito y tuvo suerte de los reflejos de Hudson. Si no llega a agarrarla del brazo, se habría caído rodando por las escaleras que llevaban al aparcamiento. El actor se agachó enseguida y, cuando levantó la cabeza, lo hizo dejando escapar un silbido y mostrando un pedazo de tacón roto.

—¿Estás bien, Jen?

—Sí, sí. Gracias a ti. Si no llegas a cogerme, me rompo la crisma —dijo ella, flexionando la pierna para quitarse el otro zapato—. ¡Qué pena! Me encantaba este par.

Cinnia, que ya estaba junto al coche, se volvió para preguntar si todo iba bien. Jennifer asintió con la cabeza, levantó el zapato roto para que viera lo que había pasado y le hizo un ademán para que se adelantase. La muchacha sacudió ostentosamente la cabeza para no dejar dudas de que había entendido, y se metió en el vehículo.

—Te espero fumando un cigarrillo, ¿te parece? —dijo él cuando vio que iba a volver dentro para cambiarse de zapatos.

Jennifer no puso objeciones. Cruzó el vestíbulo con los pies desnudos, a paso de gacela, mientras el camarero colgaba el auricular. Llegó a las escaleras un instante antes de que él saliera de la cabina.

No se vieron por un parpadeo.

Luca se puso al aparato: *Pronto? Stanno uscendo*, le respondió una voz al

otro lado del hilo. Y, sin esperar más, colgó. Sartoreti resopló: ¡por fin! Dejó el auricular sobre la horquilla y fue a avisar a los otros dos. En vez de su eterno traje claro llevaba camisa y pantalones azules y unos zapatos cómodos, que lo hacían mucho menos llamativo.

Entró en la habitación sin llamar. Santino y el otro tipo, Eddie, jugaban a las cartas sobre la cama aún por hacer.

—*È arrivata l'ora, ragazzi, andiamo.*

Cogieron sus escasas pertenencias y salieron zumbando por la puerta de atrás, para que nadie viese correr al pobre lisiado. Precisamente la noche anterior, Luca se había encargado de abonar la cuenta y decirle al encargado que, debido a la inoportuna lesión de su amigo, si no mejoraba milagrosamente se irían al día siguiente. El hombre lamentó el percance y se limitó a saldar la cuenta y a recordarle que los esperaban cuando se recuperase, que las montañas y los caminos seguirían allí. *Davvero? Allora dite loro di aspettare sedute*, había pensado Luca, sin decirlo.

Ni en sueños volverían a verlo por allí.

Arrancó el coche sin prisa y enfiló la Via Guide Alpine. Aceleró cuando estuvo seguro de que ya no podían verlo desde el hotel. Tenía que interceptar a la actriz antes de que llegase al lugar del rodaje, pero estaba confiado. Había aprovechado el día de ayer para ensayar el trayecto varias veces y sabía qué tenía que hacer.

Fellows empezaba a perder los nervios. El tiempo cada vez se ponía peor y a sus dos estrellas les había dado por tomarse la mañana libre. El equipo lo tenía todo a punto y solo esperaba a que llegasen los actores para aprovechar la luz. Se dio cuenta de que Marton lo miraba con expresión interrogativa y puso cara de circunstancias. *Ya lo sé, Bandi, ya lo sé. ¿Qué quieres que*

haga? Se volvió para ver qué hacía David, pero lo vio sentado en su silla plegable, fumando, como si no pasase nada.

¿Es que no se daba cuenta de lo que significaba aquello? ¿O quizás era que ya había decidido echarle la culpa de todo a él?

Cada vez más nervioso, se volvió para mirar hacia la carretera. Vio pasar un coche en dirección contraria, levantando una polvareda hasta perderse en el siguiente recodo.

Más le valía que ese par de idiotas estuvieran viniendo con la misma prisa que llevaba aquel.

Hudson había tenido tiempo de fumarse un cigarrillo y empezar otro antes de que Jennifer apareciera. Prefirió no preguntarle qué la había hecho tardar tanto.

Con las mujeres, uno nunca sabía cuándo estaría hablando de más.

—¡Perfecta! ¿Nos vamos?

Ella estuvo de acuerdo con una de aquellas sonrisas de comodín de póker que acostumbraba poner cada vez con más frecuencia y sobre la que él, por supuesto, tampoco dijo nada.

Luca atravesó el coche en mitad de la carretera, envió a sus cómplices a esconderse tras unos arbustos y levantó el capó para fingir que estaba revisando el motor. No tardó ni dos minutos en oír el ronroneo del otro automóvil, acercándose.

—*Attenzione!* —les gritó—. *Sono già arrivati!*

Metió medio cuerpo en el interior del capó, para evitar que le vieran la cara y esperó. Siempre mantenía la cabeza fría cuando trabajaba, pero aquella vez podía oír su corazón, retumbando dentro de aquella especie de caverna mecánica.

Escuchó el chirrido de los frenos, cómo se paraba el motor y el ruido de la portezuela al abrirse y cerrarse.

—*C'è qualche problema, socio?* —le preguntó el chófer en voz alta, yendo hacia él.

—*Questa dannata macchina, si è fermata, così improvvisamente!* — contestó, sin asomar la cabeza.

—*Allora, fammi vedere un po' se posso darti una mano...*

Cuando lo tuvo encima, se revolvió como una serpiente. En el puño cerrado llevaba un cartucho de monedas que convirtió el directo a la mandíbula en un golpe definitivo. El conductor cayó como un saco, sin atisbar siquiera el rostro del hombre que le había atacado.

Cinnia estaba tan concentrada en terminar el trabajo a tiempo que casi ni se

dio cuenta de que el coche se detenía. Su sobresalto fue mayúsculo al ver cómo dos hombres abrían casi al unísono las puertas traseras.

—*Che succede? Chi sono?* —empezó a decir. No tuvo tiempo de más. El tipo que tenía a su derecha le cubrió la cabeza con un saco y la arrastró fuera del coche.

Cinnia gritó y pataleó, pero los chillidos quedaron amortiguados tras la arpillera y sus puntapiés solo le dieron al vacío. En un instante el otro hombre había dado la vuelta al coche y la agarraba por las piernas, levantándola. Asustadísima, trató de resistirse aún más, pero fue inútil.

—*Dai, mettiamola nel bagagliaio!* —gritó Luca, abriendo el maletero.

Cinnia sintió cómo le ataban las manos a la espalda a toda prisa y, un instante más tarde, el sonido ominoso del capó, cerrándose sobre ella.

En su vida había tenido tanto miedo.

—¡Qué diablos...!

Hudson pisó el freno al ver el automóvil parado en el arcén y el cuerpo de un hombre tendido a su lado. Momentos antes, se habían cruzado con otro coche que iba demasiado deprisa para una pista como aquella, pero ahora todo estaba tan solitario y silencioso que incluso le costó un momento decidirse a bajar.

—Quédate aquí, Jen. Voy a ver qué pasa.

Ella también estaba inquieta.

—Ten cuidado.

—Descuida.

Se bajó lentamente, mirando a su alrededor sin saber qué esperar. El vehículo, que tenía las puertas traseras abiertas, ya le había parecido de los suyos; pero apenas dio un par de pasos reconoció también al hombre que

estaba en el suelo. Entonces se olvidó de la prudencia y corrió a auxiliarlo. Se arrodilló junto a él y le levantó la cabeza con cuidado.

—Amigo, ¿está usted bien?

El italiano entreabrió los ojos gimiendo.

—*Che è successo?* —murmuró, aún semiinconsciente.

Había pasado demasiado tiempo con Carlo para no entender aquellas tres palabras.

—Esto no es nada, no se preocupe. Se pondrá bien —le dijo con su tono más tranquilizador—. ¿Ha tenido un accidente? ¿Recuerda lo que ha pasado?

El conductor iba recuperando la lucidez poco a poco. Se incorporó, mirando a su alrededor, asimilando.

—Ese hombre. ¿Dónde está?

—¿Qué hombre? Aquí no había nadie más que usted.

De repente oyó el taconeo de los zapatos de Jennifer a su espalda. Se volvió y la vio, mirando a todos lados con cara de angustia.

—¡La modista, Rock! —exclamó—. La muchacha del departamento de vestuario. Se suponía que iba en ese coche. ¿Dónde está?

Fellows se temió lo peor cuando vio que Andrew Marton se le acercaba con las manos en los bolsillos.

—¿Has visto cómo está el cielo? Portalupi dice que con esta luz va a ser imposible conseguir nada aprovechable. Me temo que acabamos de perder el día.

—¡No me jodas, Bandi! Algo se podrá hacer. No podemos permitirnos echar otro día a la basura.

Marton, un húngaro con pinta de boxeador que parecía todo él dibujado a trazos gruesos, se encogió de hombros en un gesto de impotencia que no le

pegaba en absoluto.

—Tú mismo has hecho la planificación, Artie. ¡Lo tenemos todo aquí! ¿Dónde diablos se han metido?

Fellows sabía tan poco como él. Pero le bastaba con una cosa: si hubiesen estado allí cuando deberían, se habría podido salvar la sesión. ¿Cómo esperaban que sacase aquella condenada película adelante si hasta la esposa del productor lo sabotaba?

Selznick se les acercó con cara de malas pulgas.

—Vamos a poder rodar... —afirmó más que preguntó.

Fellows perdió la calma.

—¡No, David! No vamos a poder. Ya ves la luz que tenemos. Portalupi dice que así es imposible. Vamos a perder otro maldito día.

—¿Y se puede saber, en nombre de Dios, por qué has dejado que pase una cosa así, Arthur? ¡Es tu responsabilidad tenerlo todo a punto!

Durante dos décadas, Arthur Fellows había bajado la cabeza y soportado el chaparrón.

Había llegado al límite.

—¿*Mi* responsabilidad, David? ¡*Mi* responsabilidad! No es mi maldita esposa quien no está en el set a su hora. ¿No crees que *tú* también tienes algo que ver en este desastre? ¿O harás como siempre y le echarás la culpa a cualquiera menos a ti?

Selznick se quitó las gafas muy lentamente y empezó a limpiar los cristales con un pañuelo.

—Todo el mundo me advirtió de que sucedería esto, ¿sabes, Arthur? Todo el mundo me dijo que te venía grande. Que tienes cualidades pero que nunca estarás preparado para producir una película grande. Pero no quise verlo. Me cegaron todos los años que llevas conmigo. En algo debo darte la razón: fue culpa mía poner a un incompetente al mando y esperar que las cosas salieran

bien. Debí haberte relevado el mismo día que tu amigo Huston decidió saltar del barco.

Volvió a ponerse las gafas y se quedó mirando, inexpresivo, al hombre que le había consagrado media vida.

Fellows tenía munición más que suficiente para contraatacar. No le costó encontrar la bala que le heriría de más gravedad.

—Antes de echarme la culpa a mí, como haces siempre, David, mírate al espejo alguna vez. Llevo media vida limpiando tus mierdas. Reconponiendo las piezas. Tendiendo puentes. Veinte años soportando lo insoportable. Ni siquiera Marcella aguantó tanto a tu lado. Y ahora, cuando por fin decides darme la oportunidad que me he ganado a pulso, no dejas de ponerme palos en las ruedas. ¡Desde el primer día! ¿No habréis discutido esta mañana tú y Jennie? Ya sabes cómo la alteran vuestras trifulcas. Acuérdate de aquella vez en Nueva York: me sacaste de la cama a medianoche y me hiciste atravesar medio Manhattan, hasta el Pierre, para evitar que se tirase por una ventana después de haberos dicho de todo por teléfono. Por cierto: nunca llegaste a contarme dónde estabas para no poder ir tú mismo...

Algo cambió en el rostro de Selznick. Las historias sobre la fragilidad de su esposa y su tendencia natural a la autodestrucción corrían por los mentideros de Hollywood, como tantas otras. Pero airear aquella delante de un tercero, como Marton, traspasaba todas las líneas rojas.

Fue un visto y no visto. David levantó la mano y abofeteó a Fellows. Un golpe seco, que resonó como un latigazo en la quietud del lago girándole la cara al productor.

Marton todavía no se había recuperado de la impresión cuando lo que sucedió lo sorprendió aún mil veces más. Artie Fellows, el botones que había crecido a la sombra de Selznick, el que saltaba como un conejo cada vez que se lo ordenaba, el que siempre tenía palabras de comprensión y disculpa

cuando los demás se encarnizaban con él, echó el cuerpo hacia atrás y le tumbó de un derechazo.

—¡Por Dios, Arthur! ¿Te has vuelto loco? —exclamó el director, corriendo a socorrer a Selznick, que gemía de dolor y sorpresa en el suelo.

Fellows se quedó contemplándolos a ambos, como si estuviera en mitad de un sueño. Luego se miró el puño: tenía un pequeño corte en un nudillo, producto de haberle roto el cristal de las gafas. David también sangraba por una mejilla y se quejaba una y otra vez del ojo.

Al darse media vuelta para irse, vio cómo un coche llegaba a toda velocidad, frenaba en seco y Jennifer y Rock salían de su interior y corrían hacia ellos.

Ella fue la primera en llegar a su lado.

—¡Dios mío, Arthur! ¡Ha ocurrido algo terrible! La muchacha de vestuario, la han...

Se la quitó de encima. Sin violencia, pero con firmeza.

—Déjame en paz, Jennie. Se acabó. Ya no trabajo para vosotros. Lo siento, pero David va a tener que buscarse otro perrito faldero. —La miró un momento a los ojos, y su expresión se endulzó—. Te deseo lo mejor, de verdad.

Jennifer se quedó ahí, de pie, sin comprender nada, mientras él caminaba tranquilamente hasta uno de los coches, se metía dentro y salía para siempre de sus vidas.

Selznick presionaba sin ganas varios cubitos de hielo envueltos en una toallita contra la mejilla derecha. El ojo le dolía horrores, aunque el remedio casero estaba conteniendo la hinchazón. Jennifer le había bajado las gafas de recambio de la suite y había insistido sin demasiada convicción en que fueran a la ciudad para que un médico confirmase que el cristal roto no le había lesionado la córnea. Aunque en otra situación seguramente se habría dejado convencer, ahora no pensaba moverse de allí. La muchacha desaparecida era parte de su equipo y, como tal, responsabilidad suya.

Miró a su alrededor: su mujer estaba sentada en una butaca, retorciéndose las manos. Nadie dudaba de que el objetivo real de los secuestradores había sido ella. Y aunque la cosa no hubiese salido como esperaban, era normal que la idea continuase torturándola. En contraste, Marton permanecía de pie en el otro extremo de la habitación, mirando por la ventana hacia la oscuridad con un whisky a medio terminar. Parecía una bestia enjaulada. Se había pasado la juventud escalando los Alpes tiroleses y dando rienda suelta al aventurero que llevaba dentro. El riesgo nunca lo había echado atrás; lo que no soportaba era no hacer nada. Entre los dos, Hudson mantenía un silencio prudente. Él también parecía totalmente superado por la situación.

—No sé a qué estamos esperando —estalló Marton, volviéndose hacia los demás—. Tenemos que llamar a la policía de una vez. ¡Cada momento que perdemos pone más en peligro la vida de esa pobre muchacha!

—Vamos a pensarlo un momento, ¿quieres, Bandi? —le atajó Selznick—. No sabemos quién ha secuestrado a esa joven ni qué espera conseguir con

ello. Tampoco cómo reaccionarán cuando se den cuenta de que se han equivocado de persona. ¿Quién sabe? Incluso es posible que la dejen irse. En ese caso, sería peor el remedio que la enfermedad.

El productor se calló para que todos pudieran pensar en lo que estaba en juego: Incluso antes de lo sucedido la película ya estaba en una situación crítica. Si las autoridades se metían por medio y el rodaje quedaba paralizado *sine die*, todo se iría al garete. ¡Cuatro millones de dólares dilapidados! Una vida valía mucho más, por supuesto. Pero si había una oportunidad, por pequeña que fuese, de salvarlas a ambas, merecía la pena explorarla. Esperó a estar seguro de que todos tenían claro de lo que hablaban y volvió a tomar la palabra:

—No perdamos la calma, ¿queréis? Nuestra prioridad tiene que ser recuperar a esa joven sana y salva, en eso estamos todos de acuerdo. Pero tenemos que ver cuál es la mejor manera.

Echó de menos la voz de Arthur dándole la razón. Todavía no podía creerse lo sucedido hacía un rato. ¿Arthur Fellows tumbándolo de un puñetazo? ¿Sería más fácil creerse que Marilyn Monroe era virgen!

Marton suavizó el gesto. Él también era consciente de que la película pendía de un hilo. Que aquello terminase convirtiéndose en el desastre de la década no beneficiaría a nadie.

—Ok —dijo—. Podemos no meter a la policía en esto. Pero algo habrá que hacer, ¿no?

Selznick apartó el hatillo con los cubitos de hielo de la mejilla. No soportaba más el frío.

—Puede que no —apuntó—. Quizá lo más prudente sea esperar a que se pongan en contacto con nosotros.

—¿Se puede saber por qué todavía no han llamado a la policía? ¿Es que no piensan hacer nada? ¡Esto es de locos!

Bardo no había visto nunca tan angustiado a su joven amigo. Estaban en el bar del Grand Hotel, adonde habían ido después de que Selznick y el resto se hubiesen encerrado en uno de los salones. La noche había llegado con lentitud exasperante, sin que se hubiera alterado en absoluto la quietud habitual del lago.

—No te tortures —le pidió ella con dulzura—. Estoy segura de que el señor Selznick está haciendo todo lo posible...

Él le echó una mirada furibunda.

—¿Como ha hecho antes con tu jefe, Kate? Francamente, tu señor Selznick me parece que ha empezado a *dare di matto*.

Kate hizo una mueca de disgusto. Gino estaba fuera de sí, pero tenía razón: lo que había pasado antes, junto al lago, era algo inaudito. Lo primero que había hecho al llegar al hotel había sido tratar de hablar con el señor Fellows, para conocer su versión. Pero se lo había encontrado cerrando la maleta y apenas habían podido intercambiar unas palabras. Ni siquiera le dio oportunidad de que le contase lo del secuestro. Ya no era asunto suyo. Que David se comiera el marrón por una vez en la vida, había dicho. Lo único que lamentaba era dejarla sola en mitad de todo aquel maldito embrollo. Pero no tenía ninguna duda de que estaría a la altura.

Por fin, la había besado en la mejilla y había salido por la puerta principal sin tan siquiera cruzarse con el señor Selznick. En otras circunstancias, Kate estaría desesperada. Pero lo sucedido con Cinnia hacía que todo lo demás quedase en segundo plano.

Aun así, la rudeza de Gino le dolió. Ni se merecía el trato ni tenía idea de que aquella chica fuese tan importante para él.

Bardo intervino:

—*Ragazzino*, no seas tan tajante. Es posible que no lo estén haciendo tan mal. Tú sabes tan bien como yo que, en este país, a veces, llamar a la policía es la peor de las ideas.

Sin comprender todas las palabras, Kate entendió el sentido de lo que decía y asintió:

—Parece claro que a quien buscaban era a la señora Jones. Lo más seguro es que cuando se den cuenta del error la suelten, sin más.

—O eso, o que le corten el cuello y la dejen en cualquier cuneta... — respondió él, sombrío.

Kate hizo una mueca de horror al imaginárselo.

—Por favor, no digas eso. ¿Por qué harían algo así?

Gino se lo tradujo todo a Bardo en pocas palabras. El viejo movió la cabeza, lamentándose.

—Por desgracia —le dijo a Kate en un inglés voluntarioso— lo que dice Gino no es descartable. No es lo mismo que haya sido la mafia que si todo es cosa de delincuentes comunes. ¿Quién sabe? Incluso podría haber sido alguien con fines políticos. La guerra dejó a demasiados locos detrás...

Kate trató de imaginárselo. Ella ni siquiera había nacido cuando secuestraron al hijo de Charles Lindbergh. Apenas había oído hablar alguna vez sobre ello. No tenía ni idea de qué había que hacer en un caso semejante. A su parecer, la policía era siempre la mejor opción.

—Y entonces ¿qué cree que deberíamos hacer? —le preguntó a Bardo, pero sin dejar de mirar a Gino.

El viejo iba a decir algo cuando el camarero, que llevaba rato mirándoles sin que ellos se dieran cuenta, salió de detrás de la barra y se les acercó hasta quedarse plantado frente a su mesa. Mirando más al suelo que a ninguno de ellos, el hombre musitó:

—*La prego, non voglio grane con la polizia...*

Fiore había bebido mucho.

Demasiado.

Aquel maldito asunto se le había ido de las manos. Nunca debería haber escuchado a Loredana. Pero, claro, era él. Hacer algo inteligente habría ido en contra de la tradición. En su lugar, había aceptado mezclarse con esa escoria de Sartoreti y ahí tenía el resultado.

No conocía a Cinnia Caputo. Solo de verla por los estudios, rondando al *bel damerino* de Bardo. Tenía aspecto de ser una buena *ragazza*. Incluso, sin parecersele, le recordaba un poco a su Michela.

Poverina.

Iba a beber otro trago, pero se dio cuenta de que tenía el vaso vacío. Levantó la mano para pedir que se lo llenaran cuando vio entrar a Bardo por la puerta. Apenas lo descubrió, sentado al fondo del salón, se fue directo hacia él, como un batallón de Bersaglieri encarando al enemigo.

No necesitó que se lo dijera. Lo sabía.

Se puso de pie como pudo. Tambaleándose y cerrando los puños todo a un tiempo, mientras componía la expresión más feroz de la que era capaz. Fiore podía tener muchos defectos, pero no era un cobarde. Sin embargo, en su interior no había ni una brizna de agresividad. Y había vivido suficientes situaciones como aquella para entender que, si llegaban a las manos, no tendría la menor posibilidad contra alguien tan furioso como lo estaba Bardo.

—*Che diavolo vuoi? Lasciami stare, cazzo!* —le espetó, tratando de resultar amenazador.

Bardo se le plantó tan cerca que podía olerle el alcohol en el aliento. Tenía los puños cerrados y la barbilla le temblaba de ira.

—*Che cosa hai fatto, Fiore?* —dijo, arrastrando cada una de las palabras

como un partisano arrastraría a un traidor por el fango—. Todos sabemos la clase de rata miserable que eres. ¡Pero esto es demasiado, incluso para ti!

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo, ¿entiendes? —se defendió con un ademán de dignidad ofendida. Tenía la lengua pastosa y notaba las rodillas flojas—. Sal de aquí antes de que llame a...

Bardo no le dejó terminar. Lo agarró por la pechera y lo empujó contra la mesa, haciendo caer el vaso vacío, que se estrelló contra el suelo. El único camarero del Alpenrose, que estaba trasteando tras la barra, levantó la cabeza al oír el estrépito e hizo el gesto de salir. Pero Fiore levantó las dos manos para impedirselo.

—*Va tutto bene* —dijo en voz alta mientras Bardo lo soltaba, pero se quedaba muy cerca—. De verdad, no hay problema. Este amigo y yo vamos a solucionar pacíficamente nuestras diferencias afuera. *Vero?*

Bardo asintió con la cabeza, retirándose. El barman no se dejó engañar por tan poco, pero era tarde, estaba cansado y las cuentas pendientes que pudieran tener aquellos dos carcamales medio borrachos tampoco eran asunto suyo. Se limitó a seguirlos con la vista hasta la puerta. A partir de ahí, *erano affari suoi*.

Apenas salieron al fresco de la noche, Bardo hizo ademán de volver agarrar a Fiore por la solapa. El otro levantó las manos en actitud de rendición.

—Déjalo, ¿quieres? No será necesario. Te lo contaré todo.

Gino terminó de traducirle a Kate lo que Bardo acababa de contarle. La americana parpadeó, incrédula. ¿Alguien de su propio equipo estaba involucrado en aquella pesadilla? Tenían que decírselo enseguida al señor Selznick. Volvió la cabeza para mirar otra vez a aquel hombre con aspecto de

galán trasnochado que Bardo había traído a rastras desde el Alpenrose. Desde luego, le sonaba de los estudios. Era de esa clase de hombres que no se olvidaban fácilmente. Trató de contener su indignación.

—No podemos ocultarle esto al señor Selznick —le dijo a Gino—. Tiene que saberlo.

Pero el muchacho no estaba tan seguro.

—¿Qué piensas que hará tu jefe cuando lo sepa?

—No tengo ni idea —reconoció—. Pero estoy convencida de que, sea lo que sea, lo hará pensando en lo que crea mejor para Cinnia.

—¿Aunque eso signifique dejar la película a medias? —insistió él.

Kate hubiese querido poder contestarle que sí, sin dudarlo. Pero no fue capaz. Conocía muy bien lo que estaba en juego. Millones. La gente hacía toda clase de locuras cuando había tanto dinero de por medio.

—Gino... No puedo poner la mano en el fuego por el señor Selznick, si es eso lo que me pides. Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Quedarnos sin hacer nada esperando un milagro? Ese hombre los conoce —dijo haciendo un gesto con la barbilla en dirección a Fiore—. ¿Es posible que la suelten cuando vean que se han equivocado?

Gino habló con Bardo y este, a su vez, con el viejo fascista. Fiore no tuvo que pensárselo demasiado para negar con la cabeza.

Kate se estremeció.

—¿Les cree capaces de...? —No pudo terminar la frase.

Bardo no necesitó de traducción esta vez.

—Por desgracia Fiore piensa que esos tipos son capaces de todo.

—¡Dios mío! Tenemos que llamar a la policía ahora mismo. ¿Lo entiendes, verdad, Gino?

El joven estaba tan confuso como ella. Asintió. En ese momento, Bardo, que había estado dándole vueltas a una idea decidió que no podía callarla

más.

—¡Escuchad! Si Fiore no está equivocado, llamar a la policía será condenar a Cinnia a muerte. Entiendo que a tu amiga americana no va a gustarle esto, Gino, pero no podemos confiar en que Selznick pague por ella lo que habría pagado por su mujer. Y sin dinero de por medio, lo más seguro para los secuestradores es no dejar rastro. Sin embargo, lo he estado pensando y hay otra alternativa que podría ser mucho más efectiva que llamar a los *carabinieri*. Pero necesito hablar ahora mismo con el *maestro*. ¡Qué mala suerte que se haya ido esta mañana!

Kate lo miró, esperanzada.

—¿Con el señor De Sica? A estas horas seguro que ya está en Roma. Tengo su teléfono. Tengo *todos* los teléfonos que necesitemos para localizarlo.

Bardo sonrió por primera vez en toda la noche. ¿A qué estaban esperando para utilizarlos?

Luca Sartoreti no podía creerlo.

Simplemente, *no podía*.

¿Era posible que aquellos dos idiotas no se hubiesen dado cuenta de que la muchacha que sacaban a rastras del automóvil no era la mujer hecha y derecha que buscaban?

Davvero?

Apretó los dientes y sus dedos palparon por enésima vez la *Madonna* que se revolvía, inquieta, en el bolsillo de la americana. Conociéndose, prefirió retirarlos antes de que la ira sepultase todo lo demás y lo llevara a hacer algo irreparable.

Para eso, siempre habría tiempo. *Calma*.

Dio unas zancadas hasta el otro extremo del cobertizo, obligándose a pensar. Al menos, de momento allí estaban seguros. La suerte lo había acompañado cuando, por azar, había encontrado aquella vieja edificación abandonada en un camino secundario. Suficientemente cerca de la carretera para oír con tiempo a la policía si llegaba con el habitual despliegue de sirenas, pero también lo bastante recóndita como para que el riesgo de que alguien los descubriese por casualidad fuese remoto.

Se diría que su fortuna había acabado dando con aquel lugar. Porque lo que ahora tenía entre manos...

Se volvió para mirar a los dos idiotas que lo habían llevado hasta allí: Santino con el pelo liso y brillante como una carretera recién asfaltada, las orejas pegadas al cráneo y la barbilla erguida. Ojos negros, piel olivácea y

una fina película de sudor plateado envolviendo el conjunto. Viéndolo, nadie diría que era un idiota integral. Un Midas que convertía en mierda todo lo que rozaba. La clase de tipo al que había que evitar como la tiña.

Del otro, Eddie Latuzzi, había pensado que era harina de otro costal: alto, de labios apretados y finos que siempre sostenían un cigarrillo a medio terminar, y con aquellas eternas gafas de sol de montura metálica sobre las que podía apreciarse la cortina de humo que elevaba el tabaco. No había trabajado nunca con él, pero le habían dado muy buenas referencias de aquel tipo. Exageradas. Todavía no tenía claro que fuese un inútil total, pero de momento no lo había hecho mucho mejor que el *inutile* de Rendina.

Estaba apañado.

Volvió a pensar en el rostro de la muchacha que se ocultaba debajo del saco de arpillera. Su único parecido con Jennifer Jones era que las dos tenían el pelo oscuro, *punto e a capo!*

No pudo evitar volver a increparlos:

—*Com'è possibile* que no os hayáis dado cuenta, *cazzi?* —les espetó—. ¿Es que no vais nunca al cine? ¿O acaso no le echasteis un buen vistazo a las fotos de la revista que os enseñé? ¡No se parecen en nada!

Latuzzi se calló la boca. Se daba cuenta de que había metido la pata hasta la nuez y que nada de lo que pudiera decir lo remediaría ni siquiera un poquito. Santino, por contra, trató de disculparse:

—Compréndelo, Luca... *È stato tutto così rápido...* ¿Quién iba a pensar que todo aquel cochazo llevaría en el asiento trasero a una *tirapiedi?* Nos dijiste que teníamos que ir deprisa...

Ah, no. Por ahí no pasaba:

—No, *stupido:* ¡Os dije que teníais que coger a Jennifer Jones! A una estrella de Hollywood. No a... —Luca se quedó sin palabras a mitad de la frase—. ¡Si ni siquiera sabemos quién coño es!

—Alguien importante será, si iba de pasajera en ese coche —insistió Santino—. Seguro que todavía podemos pedir un buen pellizco por ella, Luca. ¡Piénsalo!

Sartoreti le mandó al diablo con un ademán y se dio media vuelta. Pero enseguida aquel argumento desesperado empezó a calar en él. Santino no sabía distinguir la mano derecha de la izquierda, eso no se discutía. Pero los *tirapiedis* no van en los mismos coches que las estrellas.

Quizá la chica sí era alguien, después de todo.

Se acercó a la única ventana que tenía aquel edificio y que, milagrosamente, mantenía los cristales enteros, aunque cubiertos por una capa de polvo que los volvía translúcidos. Perfectos para que desde el exterior fuesen invisibles. Al otro lado de la suciedad se adivinaba el crepúsculo. Brillaba un vago resplandor, amarillo limón, y las sombras conservaban todavía una delicada tonalidad azul. Aquella misma tarde había escuchado por la radio que la posibilidad de lluvia para el día siguiente era elevada, pero a juzgar por lo que veía ahora, los hombres del tiempo habían vuelto a *fare casini*.

Se retiró del ventanuco y volvió a considerar sus opciones. *Ok, va bene*: la chica no era una estrella de cine. Eso saltaba a la vista. Pero bien tenía que formar parte del equipo. Si no, ¿qué diablos hacía en aquel coche? Algo valdría para ellos. Y todavía valdría más el mantener alejados a los *carabinieri* y detener el rodaje el menor tiempo posible. Si algo le había quedado claro de la manera de trabajar de los *americani* era que *il tempo era denaro*. Aún preferirían pagar a tener que soportar a la policía italiana paseándose por sus platós, metiendo la nariz en todo e impidiéndoles rodar.

Se animó: todavía le quedaba una carta por jugar.

Dio media vuelta y fue hacia el rincón donde habían dejado a la chica, atada a una silla. Se le acercó sin preocuparse por no hacer ruido y la vio

estremecerse cuando se percató de su presencia. Aun en un momento como aquel, Luca sintió el placer que le proporcionaba el poder que ejercía sobre ella.

Se puso de cuclillas a su lado, respirándole, fuerte, al oído. Cinnia volvió a estremecerse. Pero tragó saliva y encontró el valor para preguntarle:

—*Chi è lei? Che cosa vuole?*

Era solo un hilillo de voz. Luca decidió divertirse un poco.

—Mira, *ragazzina*: aquí las preguntas las hago yo. Y da gracias, porque si te contestase a eso, luego tendría que matarte. Ahora, responde deprisa y dime la verdad y todo irá bien. *Capisci?*

Cinnia asintió ostentosamente con la cabeza. Luca volvió a sonreír.

—*Come ti chiami?*

—Cinnia Caputo.

—¿Y qué cojones hacías en el asiento de atrás de ese coche, Cinnia Caputo?

—Trabajo en el departamento de vestuario de Cinecittà —respondió ella, tratando de mantener la calma—. Estamos rodando una película aquí y me tocó hacerle unos arreglos en un vestido a una de las actrices. Llegábamos tarde y ella quería ir repasando el texto con un compañero. Aceptó que la llevase en otro coche. A mí me pidió que fuera delante y tuviese listos los arreglos para cuando llegasen al set. Iba cosiendo cuando esos dos hombres me cogieron...

—¿La actriz de la que hablas era Jennifer Jones?

Cinnia dudó solo un momento. Seguro que ya lo sabían.

—Sí.

Luca dejó escapar el aire por la nariz. De manera que eso era lo que había sucedido: un maldito cambio de última hora. ¡Algo tan simple pero que lo había mandado todo a rodar! No disculpaba a los otros dos inútiles de haberse

llevado a la mujer que no era. Pero, al menos, lo explicaba.

—Y dime una cosa, Cinnia Caputo: ¿Qué crees que sucederá cuando llame a tus jefes y les pida un buen dinero para devolvarte sana y salva? Sé sincera.

Cinnia tragó otra vez saliva. Su miedo podía palpase a través de la arpillera. Luca se relamió una vez más en él.

—Yo no soy nadie, señor. Solamente una modista. En el departamento hay muchas otras como yo...

—O sea: que no vales ni el aire que respiras...

La oyó sollozar a través del saco.

—Me gusta que seas sincera, *ragazzina*. Lo estás haciendo muy bien. Solo otra cosa: ¿Cuánto crees que les cuesta a los *americani* cada día que pasen sin poder rodar?

Cinnia soltó un par de hipidos más antes de verse capaz de responder.

—Se-señor... Ya le he dicho que no soy más que una modista. No sé de esas cosas y no me atrevo a mentirle...

—Pero sabes que los retrasos cuestan dinero, ¿verdad?

Cinnia volvió a sacudir la cabeza.

—Sí. Cada día cuenta. Eso lo sabemos todos. Pero no podría decirle cuánto...

Luca entreabrió los labios, mostrando los caninos de lobo malo. Él sí que lo sabía.

—Pues reza para que sea tanto como espero —susurró, rozándole suavemente la cabeza, aunque de manera inesperada.

Cinnia se estremeció al sentir el contacto de su mano y a él volvió a inundarlo aquel placer casi físico.

La dejó allí, temblando, y se acercó a los otros dos, que cuchicheaban en un rincón, cerca de la ventana por la que todavía entraba un atisbo de luz.

—Esperad aquí, ¿de acuerdo? Voy a buscar un teléfono para llamar a los

americani y hacerles saber lo que queremos.

Latuzzi lo miró con una expresión de esperanzada sorpresa.

—¿Crees que pagarán, aunque no sea ella?

Luca se encogió de hombros.

—Tendrán que hacerlo. Por la cuenta que les trae —respondió, volviendo la cabeza hacia donde había dejado a Cinnia—. Esperad aquí y no volváis a cagarla, ¿estamos? Por hoy, ya habéis agotado el cupo.

El debate había llegado a un punto muerto cuando oyeron los toques en la puerta. Marton continuaba opinando que cada minuto perdido era una oportunidad que se les escapaba, mientras Selznick se debatía para encontrar la manera de hacer lo mejor para la joven sin que ello implicase hacer saltar la película por los aires. Jennifer y Hudson habían asistido al intercambio de argumentos sin aportar prácticamente nada. Los dos se sentían moralmente obligados con la muchacha, pero les resultaba imposible decidir qué era lo mejor. Y, como nadie les preguntaba directamente, se ahorraban el trago de tener que elegir bando.

El productor había abandonado unos minutos la sala cuando le confirmaron que tenía la conferencia que había solicitado con Los Ángeles. Al otro lado del hilo, la voz nasal y siempre pausada de Barry Brannen no le puso paños calientes a la situación: tras ser incapaz de ocultar su perplejidad por el hecho de que Fellows ya no estuviera en el equipo, el abogado fue categórico al dinamitar las últimas esperanzas de su cliente de que sus finanzas pudieran soportar otro percance.

—Perdona que te hable de forma tan sincera, David —le había dicho—, pero Skouras te tiene cogido por los huevos. Y tú y yo sabemos que, si le das la oportunidad, no dudará en apretar. Como tu abogado no tengo más remedio que recordarte que no te queda margen de maniobra.

Barry había estado en contra de la decisión de despedir a Huston desde el primer momento. Aquella rotundidad al plantearle sus opciones era su manera de decirle: «Te lo advertí.» Ambos lo sabían.

Pero también era la pura verdad.

Se produjo un incómodo silencio al final del cual el productor no tuvo más remedio que admitir:

—Pues no veo la forma de no meter a las autoridades italianas en esto, Barry. Han pasado varias horas y ni siquiera sabemos nada de los secuestradores.

La voz casi infantil de Brannen llegó como un mazazo desde el otro lado del Atlántico.

—Por desgracia, David, no puedo darte más opciones. Por mucho que duela, mi consejo legal no puede ser otro: llámalos. Y que sea cuanto antes. A cada minuto que pasa el motivo de no hacerlo resulta menos creíble. Y si la cosa no terminase bien para la chica, Dios no lo quiera, las consecuencias legales podrían ser desastrosas...

Selznick carraspeó y se despidió de su abogado sin ceremonia. Brannen le deseó suerte, le recordó que no dudase en llamarlo a la hora que fuese y colgó suavemente. El productor regresó al salón donde los demás continuaban encerrados, arrastrando su corpachón.

Nunca había parecido tan viejo.

Jennifer corrió a su lado e insistió una vez más en que deberían verle el ojo en un hospital. Pero la verdad era que el hielo había hecho su trabajo. Y aunque todavía le molestaba, estaba razonablemente seguro de que la córnea no había resultado dañada. Iba a repetir que no era un médico lo que necesitaba cuando oyeron llamar a la puerta.

Los cuatro se miraron como si los hubieran pillado haciendo algo malo. ¿Podían ser los *carabinieri*? Pese al cansancio, Selznick fue el primero en reaccionar:

—¡Pase!

La puerta se entreabrió para dejar paso a la vacilante figura de Kate. Todos

se tranquilizaron al verla, pero el alivio de Selznick duró poco. Se había olvidado por completo de ella, pero era otro problema por resolver. Sabía hasta qué punto aquella joven había sido una apuesta personal de Arthur y solo por eso la experiencia le pedía que la echara a ella también. Y cuanto antes. Pero, por otro lado, aquella universitaria bonita y eficiente le recordaba mucho a Marcella y todo lo que había oído de ella eran elogios.

No tenía ningunas ganas de resolver ahora aquel dilema.

Viéndola entrar con la prudencia de un explorador que atraviesa un viejo puente colgante, se temió que estuviese allí para interceder por su jefe. De ser así, perdía el tiempo. Y, aún peor, le hacía perder el suyo. Si no se daba cuenta ella solita de que no era el momento, lo mejor sería darle el pasaporte y olvidarse de ella para siempre.

Kate se quedó cerca de la puerta.

—Buenas noches —empezó, con una entonación que quería abarcar a los cuatro, aunque le miraba solo a él—. Señor Selznick, necesito hablar con usted. Es muy importante.

Selznick puso cara de fastidio.

—Mire, señorita O’Neil, lamento tener que ser tan brusco, pero, por si no lo sabe, tenemos toda una crisis entre manos. Estoy seguro de que comprenderá que, sea lo que sea, puede esperar a una mejor ocasión...

El tono era de los que ponen fin a una conversación, pero Kate no se movió de donde estaba.

—Discúlpeme otra vez, señor, pero es precisamente de eso de lo que vengo a hablarle. —Tomó aire y le soltó la historia que había preparado—: Hace un rato dos miembros del equipo detectaron un comportamiento extraño por parte de otro compañero y decidieron hacérmelo saber. Hemos hecho algunas averiguaciones y puedo decirle que estamos seguros de saber quién retiene a la señorita Caputo.

Todo el cansancio que empujaba a Selznick contra la tapicería del sillón desapareció al escuchar aquello. Se levantó con el ímpetu que había hecho posibles sus mejores películas.

—Perdone mi brusquedad, señorita O’Neil. Me temo que estamos todos muy alterados. Pase y cuéntenos, por favor. No se guarde nada.

Kate se unió al cuarteto y empezó a contarles todo cuanto Bardo había descubierto. Jennifer volvió a estremecerse cuando confirmó que el objetivo original de los secuestradores era ella e, instintivamente, tomó a Hudson por el antebrazo. Aunque hubiese sido de forma involuntaria, él era el responsable de que estuviese allí ahora mismo. Y le estaba tremendamente agradecida.

Cuando terminó de hablar, Selznick ya había tomado una decisión:

—Bien, lo que acaba de contarnos lo cambia todo. Tenemos que llamar a la policía ahora mismo y poner a ese indeseable en sus manos. Pase lo que pase con la película, nuestra primera prioridad debe ser la de devolver a esa joven a su familia, sana y salva.

Marton hizo una mueca de satisfacción mientras Jennifer y Hudson asentían a la vez. Pero Kate no había terminado.

—Señor, si me lo permite, existe otra posibilidad...

Selznick la miró, confundido.

—Perdone, pero no termino de comprenderla. Acaba de decirnos que esa muchacha, Cinnia Caputo, está en manos de una banda de delincuentes comunes a la que uno de los miembros de nuestro equipo puede ayudar a identificar y detener. ¿Qué otra cosa podemos hacer si no llamar inmediatamente a la policía italiana?

Parecía esperanzado e irritado a partes iguales. Kate sabía mejor que nadie en aquel salón lo que le supondría hacer esa llamada.

—Verá, señor: nuestros amigos italianos están convencidos de que llamar a

la policía no es la mejor forma de conseguir que la señorita Caputo salga de esto bien parada. El cómplice asegura que son gente muy peligrosa y sin ninguna clase de escrúpulos. Confían en que podrán conseguir lo que quieren sin que llamemos a la policía. Por eso, si en algún momento creen que lo hemos hecho, las consecuencias podrían ser fatales.

Jennifer se llevó ambas manos a la boca al oírlo. Selznick le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—¿Y tienen nuestros amigos italianos alguna sugerencia sobre cómo deberíamos proceder? —preguntó.

—En realidad, sí la tienen, señor. Aunque eso podría requerir que tanto usted como la señora Jones tuviesen que implicarse de una forma muy directa.

—¿Directa? —contestó el productor, acentuando su expresión de extrañeza—. No la entiendo...

—Me temo que es una forma de proceder muy poco convencional, señor. Muy a la italiana. Pero estoy convencida de que podría funcionar, dadas las circunstancias. Si me permite, tengo a alguien a quien conoce esperando al teléfono que podrá contárselo todo mucho mejor que yo. —Señaló el receptor—. Pero no tenemos ni un segundo que perder.

A Selznick podía acusárselo de muchas cosas, pero jamás de quedarse sentado sin hacer nada. Sin dudarle, dio dos zancadas, levantó el auricular y rugió:

—David O. Selznick al aparato. ¿Con quién hablo?

Don Impanato se llevó a la boca el tenedor rebosante de *Bucatini all'amatriciana*, tratando de no mancharse la barba de salsa. Tonino, su barbero, llevaba un par de días en cama. Nada grave, le habían asegurado al hombre que había enviado a interesarse por él. Un día o dos y estaría otra vez al pie del cañón. *Va bene*: en ese caso, prefería esperar a quien llevaba veintidós años afeitándole a diario que permitir a un desconocido ponerle una navaja en la garganta. Sospechaba que algunos de sus *soldati* más jóvenes se reirían de él a sus espaldas por aquella precaución. *Non importava*. No había sobrevivido a dos guerras mundiales ni llegado a lo más alto de su organización siendo confiado. Y aunque pasaba de los setenta y era católico practicante, no tenía ninguna prisa por saber qué le esperaba al otro lado.

Levantó la cabeza para echar un vistazo a lo que se entreveía más allá del reservado. El local estaba semivacío. A los turistas les estaba costando más de la cuenta dejarse atraer. *Niente di nuovo*: las cosas habían empezado a torcerse el verano pasado, e iban a peor.

El local se marchitaba y don Impanato no entendía por qué.

La comida continuaba siendo tan buena como siempre, él lo sabía mejor que nadie. Pero ya no bastaba. Los clientes buscaban otras cosas. O eso le aseguraba su experto: un *marmocchio* ceñido como una bailarina de ballet y que disparaba conceptos a ritmo de ametralladora, al que había contratado para asesorarlo. El diagnóstico había sido demoledor: o echaba el local abajo y lo reconstruía piedra por piedra, o su clientela se reduciría a italianos de la generación del Duce. *Cambia o muori*, pontificó. Una buena comida casera

ya no era suficiente. El restaurante tenía que entrarles a los clientes por los ojos para destacarse de los de la competencia.

O tempora, o mores...

Don Impanato lo había escuchado hablar sin parar durante más de media hora, dudando entre hacerle caso o mandar que lo echaran al Tevere. Al final, había optado por una decisión salomónica: su querido restaurante no se tocaba. *Ma il marmocchio non era un testa di cazzo*, de manera que le dio carta blanca para buscar una ubicación que le pareciera idónea y montar otro local. Si llevaba razón, tendría que empezar a admitir que los jóvenes ya no decían solo sandeces, como en su época.

Y si no, *bene...* el Tevere no iba a moverse de ahí.

El Don se recostó en su asiento. Se estaba haciendo viejo. Desde la guerra, el mundo iba más deprisa de lo que él era capaz de asumir. Ya nadie respetaba las reglas ni la jerarquía.

Suspiró. Compadecía a quien tuviera que ocupar su puesto cuando él decidiera dejarlo.

Las tablas del suelo crujieron bajo el peso de unos pies, devolviéndole a la realidad. La silueta maciza de Licata se plantó frente a él. Pese al calor, vestía pantalones y chaqueta a juego, aunque llevaba la camisa blanca abierta y sin corbata. Bajo la americana, destacaban los tirantes, negros y brillantes. Al Don le gustaba aquel hombre: insobornable, de la vieja escuela.

—*Vabbè, Calogero, che c'è?*

—*Mi scusi don Impanato, ha una visita.*

El Don torció el gesto. Su trabajo consistía precisamente en eso: recibir a quien quisiera hacer negocios con él. Pero cualquiera que lo conociese un poco sabía que detestaba que lo interrumpiesen pasada la hora de la cena. ¿*Che cosa diavolo* había que no pudiera esperar a una hora decente?

Mejor que fuera algo importante. Hoy no tenía humor para demasiadas

pruebas.

—*Chi è?*

Licata se inclinó y le susurró un nombre al oído. La tormentosa expresión de don Impanato se iluminó de repente al escucharlo.

—*Allora, fallo entrare!*

Licata se dio media vuelta, mientras el Don se apresuraba a rellenar de vino el vaso que tenía delante y vertía una cantidad similar en otro que siempre tenía en la mesa para ocasiones como aquella. La visita era doblemente grata, por inesperada. Una gran sonrisa se instaló en su rostro apenas el recién llegado traspasó el umbral.

—*Maestro! Sei più che benvenuto. Si accomodi, per favore.*

De Sica, todo sonrisas, inclinó modestamente la cabeza mientras se sentaba a la mesa.

—*Col suo permesso, don Impanato.*

El anfitrión le puso delante el vaso que acababa de llenar para él y levantó su copa en un brindis, al que De Sica se unió enseguida. *Cent'anni!* El cineasta meneó la cabeza en un gesto de alabanza. Si la comida de aquel sitio era buena, el vino era aún mejor.

—¿Ha cenado ya, *maestro*? ¿Puedo ofrecerle algo? Los *bucatini* le han quedado especialmente ricos a nuestro Vincenzo...

De Sica no tenía hambre. Pero uno no conseguía que le hicieran un favor siendo descortés.

—Pues sí que he cenado, la verdad —respondió, zalamero—. Pero ni aun con el estómago lleno soy capaz de resistirme a los *bucatini* de Vincenzo. Si no es mucho pedir...

Satisfecho, don Impanato solo necesitó levantar un brazo para que acudiese un camarero al que De Sica ya tenía visto de otras veces. Obsequioso, el hombre se apresuró a servirle un plato lleno a rebosar de aquella pasta que

cualquiera que no fuese italiano habría confundido con unos *spaghetti bolognese*.

De Sica los probó y dejó escapar un gemido de placer supremo.

—Don Impanato, ni mi madre, que en Gloria esté, los hacía tan ricos. Aunque —añadió con un guiño de complicidad—, como usted comprenderá, fuera de estas cuatro paredes solo lo reconoceré bajo tortura.

Ambos hombres comieron y rieron, mientras intercambiaban cortesías. Las entrevistas con el Don rara vez eran tan largas, pero aquel era un caso especial. El cine era su pasión. Compartir mesa con una gran estrella y que alabase su comida le proporcionaba una satisfacción incomparable. No tenía ninguna prisa en que se fuera y hasta sintió un pinchazo de tristeza cuando, después de un tiempo mucho más que prudencial, De Sica decidió por fin revelar qué lo había llevado hasta allí.

—¡La mejor comida que he probado en años! —repitió el actor tras aceptar un cigarro—. Pero lo cierto es que los *bucatini* me han hecho olvidar que yo había venido a verle por un motivo...

El Don disimuló una sonrisa detrás de la servilleta. *Va bene, vediamo cosa vuole*.

—Si puedo serle de alguna ayuda, *maestro*, no tiene más que decírmelo. Cualquier cosa, excepto que le deje ganar a las cartas —bromeó—. ¡Todavía me duele aquel full de sietes y ochos que me sacó la última vez!

El póker era su otra debilidad. Se había aficionado después de la guerra, haciendo negocios con sargentos de intendencia americanos que buscaban regresar a casa con algo más que un uniforme usado y la Luger de un oficial de la Wermacht. Pero, aunque le ponía dinero y ganas, lo cierto era que el *five-card draw* no era lo suyo. En su momento, los astutos oficiales del V Ejército le habían dejado ganar en bien del negocio. Pero cuando los americanos regresaron por fin a casa y había tenido que vérselas con

jugadores sin interés en congraciarse con él, la realidad se había impuesto. Aunque ni eso había conseguido quitarle las ganas. De manera que, aunque perdía tres partidas de cada cuatro, nunca se le iba la cabeza apostando. Y la vez que la suerte le sonreía le compensaba por las otras.

De Sica agitó la cabeza, recordando aquel full. Había sido una noche gloriosa. Y más todavía porque don Impanato consiguió mitigar sus pérdidas gracias a un tercer jugador, que se dejó una cantidad enorme sobre el tapete como el que se olvida el paraguas en la barbería. Siempre se había preguntado qué habría pasado de no ser por aquel pardillo providencial y su generosa manera de perder.

Dependiendo de cómo se tomase lo que iba a proponerle, aún tendría la ocasión de comprobarlo.

—Verá, don Impanato... —Carraspeó—: Unos buenos amigos míos, gente del cine, *americani*, están en un grave apuro. Han acudido a mí por si creía que podía hacer algo y se me ha ocurrido que alguien de su posición quizá...

El Don lo miró, impasible. Pero De Sica era demasiado buen intérprete como para no darse cuenta de cuándo alguien actuaba en el mismo escenario que él. Las palabras *cine* y *americani* habían obrado el efecto esperado. Don Impanato tenía el mismo aspecto que cuando recibía una buena mano y trataba de no dar pistas.

Pero los signos estaban allí y él los veía igual que un letrero de neón en una noche de estreno.

Esperanzado, empezó a contarle el resto.

Luca Sartoreti entró en el bar, echó un vistazo y respiró al comprobar que tenía una cabina, con puerta, al fondo. Desperezándose como si hubiese hecho un largo trayecto en coche en lugar de los escasos kilómetros que lo separaban del cobertizo, se acercó a la barra y le pidió al barman un Cinzano y una ficha para el teléfono.

El hombre era de los que creían que, en su oficio, la conversación era tan importante como el vino. Mientras le llenaba generosamente la copa, inició una charla al azar

—¿Qué, amigo? ¿Mucha carretera?

Luca echó un trago para darse tiempo a decidir: mandaba al diablo a aquel jodido *ficcanaso* o le seguía la corriente.

Se decidió por lo segundo.

—No más que de costumbre —dijo poniendo voz resignada—. Cuando te dedicas a lo mío, es el pan de cada día.

El barman trató de calibrarlo con la mirada. Con aquella ropa no parecía probable que lo suyo fuese conducir un camión.

—*Commesso viaggiatore?* —aventuró.

Luca se obligó a sonreír.

—¡Buen olfato! Ya veo que es usted un lince calando al personal.

El otro se dejó regalar los oídos.

—Va con la profesión. Como lo suyo con la carretera. Y dígame, ¿qué es lo que vende?

El romano lo maldijo sin dejar de sonreír.

—Ropa interior de señora —improvisó—. ¿Le interesa algo para su *signora*? Podría hacerle un buen descuento.

El otro puso cara de fastidio. La idea de ver a su esposa en paños menores había dejado de seducirlo ya hacía mucho. En cambio, se imaginó a Nicoletta, la de la frutería, con un bonito camisón... Se vio regalándole uno a escondidas y luego quitárselo, poco a poco, con los dientes. ¡Ah! Aquello sí que le ponía. ¡Se bebería hasta el agua de la bañera donde se bañaba Nicoletta! Esa era la pura verdad. Pero en aquella mierda de pueblo era imposible tener un secreto. Seguro que su mujer se enteraría de todo incluso antes de que la frutera pudiera sacar el camisón de la caja.

Y el bar, que había sido de su padre, continuaba a su nombre. *Dannazione!*

Toda aquella historia lo había puesto de mal humor. Cuando otro de los parroquianos lo llamó, murmuró una excusa ininteligible y se fue al otro extremo de la barra, sin ganas de regresar. Luca apuró la copa, esperó un momento más y, por fin, aparentando desgana, atravesó el local para meterse en la cabina.

No necesitó consultar el listín. Llevaba el número de la centralita del hotel apuntado. Levantó el auricular, lo marcó y cuando escuchó el *pronto* de la telefonista, pidió que lo pusiera con Mr. Selznick. La naturalidad con que ella lo hizo esperar lo dejó más tranquilo. Si hubiese tenido un policía al lado, se lo habría notado en la voz. Los uniformes ponían a la gente de a pie tan nerviosa como los propios delincuentes. A veces incluso más.

Mientras aguardaba, sacó el papel donde llevaba escritas, en inglés, sus demandas. Había estado ensayando y creía que se haría entender sin problemas. Por el contrario, él no entendería lo que le dijera el americano, de manera que no pensaba dejarle hablar. Pero el plan cambió cuando escuchó cómo le hablaban en italiano desde el otro lado del hilo telefónico:

—*Con chi sto parlando?*

Pese a la sorpresa, Luca contestó enseguida.

—¿Es usted Selznick?

—Andrew Marton. El director de la segunda unidad. El señor Selznick está a mi lado. Me ha pedido que sea su voz porque hablo un poco de italiano.

Más que un poco, pensó Luca. *Migliore per lui*. Con calma, le expuso sus demandas a aquel hombre caído del cielo.

—¿Doscientos mil? —Marton trataba de aparentar serenidad, pero le notaba la inquietud en cada sílaba. Aquello era bueno—. Amigo, no sé si es consciente de que se han equivocado de persona.

—Escúcheme, *americano di merda* —le espetó. Era su oportunidad de dejarle claro quién mandaba y no pensaba desaprovecharla—: El que no parece ser consciente de lo que tiene entre manos es usted. Una vida es una vida y eso es lo que hay en juego. Por no hablar de lo que pasará con su película si la policía llega a enterarse de esto. *Duecentomila. Domani*. Volveré a llamar antes de mediodía. —Hizo una pausa y añadió, aún más amenazador—: Y si no los tienen le devolveré a la chica por entregas. No aceptaré excusas ni les daré más tiempo, *capisci?*

La amenaza surtió efecto.

—Por supuesto que lo he entendido —se apresuró a disculparse Marton—. No se altere. Haremos lo posible para cumplir sus demandas. Pero entienda que es mucho dinero.

Luca no iba a pasar por ahí.

—Si piensan de esa forma, acabaremos muy mal —advirtió—. Sé que tienen el dinero y que pueden disponer sin problemas de él. Si cuando hablemos mañana me dice otra cosa que no sea dónde deben entregarlo, ya pueden ir despidiéndose de la *ragazzina*.

Marton no pudo disimular su desprecio cuando respondió:

—No le toque ni un pelo, ¿me oye? Tendrá su maldito dinero, se lo

garantizo.

—Mejor para todos que así sea. —Luca quiso tener la última palabra. Después, colgó sin dar tiempo para nada más.

Salió de la cabina y se acercó otra vez a la barra.

—*Cosa le devo?*

Sin esperar respuesta, dejó sobre el mármol una de las nuevas monedas de veinte liras que se habían puesto en circulación recientemente y le dijo que se quedase con el cambio. El hombre le hizo un gesto apreciativo.

—¿Seguro que no quiere nada para la *signora*? Llevo cosas que resucitarían a un muerto.

—La próxima vez... —respondió el barman, volviendo a pensar con frustración en la prohibida frutera del Edén.

Luca hizo un ademán con la cabeza, *usted mismo*, y salió del local satisfecho de su actuación. Si alguna vez la policía llegaba preguntando por alguien sospechoso, seguro que aquel tipo no incluiría en la lista a un viajante de ropa interior más bien pesado.

Selznick increpó a Marton apenas este dejó el auricular en la horquilla.

—¡Por Dios, Bandi! ¡Habla de una vez! ¿Qué te ha dicho?

Marton seguía consternado. No era de los que se dejaban intimidar fácilmente, pero la frialdad con la que le había hablado aquel hombre lo había impresionado.

—Quiere doscientos mil dólares, David —dijo por fin—. Debemos tenerlos mañana mismo, sin retrasos. Ha insistido mucho en eso. En caso contrario, asegura que matará a la muchacha.

Selznick juntó las manos en el gesto de orar. No es que se esperase algo mejor, pero estaba claro que el topo que tenían en el equipo los había

informado bien. Era la máxima cantidad de la que podían disponer en tan poco tiempo. Y, en otras circunstancias, hasta les habría permitido continuar con la filmación. Por desgracia, en el actual estado de cosas, pagar equivalía a hacerle el harakiri a la película.

Suspiró.

—¿Puedes pedirle a la telefonista que me ponga con Barry Brannen, en Los Ángeles, por favor? —le pidió, con voz cansada, mientras se quitaba las gafas y las limpiaba con un pañuelo con un gesto mecánico—. Y trata de no preocupar demasiado a Jennifer cuando les cuentes lo que acaba de pasar. Suavízalo cuanto puedas. Yo hablaré con ella luego.

Marton asintió con la cabeza. No conocía demasiado bien a su jefe. Era la primera vez que trabajaba con él y todas sus referencias provenían de lo que había oído en los corrillos de Hollywood, donde no era precisamente popular.

—¿Qué vas a hacer, David?

Selznick volvió a ponerse las gafas y lo miró a los ojos.

—Pedir que nos traigan el dinero cuanto antes —respondió—. ¿Qué más puedo hacer?

Loredana fingía, como casi siempre. Hacía años que se preguntaba qué oscuro mecanismo llevaba a los hombres a confiar tan ciegamente en su capacidad para volver locas a las mujeres que montaban.

¡Si sospechasen la de veces que ni siquiera se acercaban!

Poveri diavoli.

Sintió cómo él se acercaba al límite y empezó a llamar a gritos a Dios y a toda su corte celestial. Sabía que eso los excitaba y aceleraba aún más el proceso. Y si algo deseaba era terminar de una vez. Este, y a casa. Los clientes habían escaseado durante todo el día y no le quedaba voluntad para permanecer más tiempo en aquel cuartucho, esperando algún paracaidista nocturno.

Además, no lo necesitaba.

Aquel baboso sería el último.

Confiaba en Luca: *un gran figlio di puttana, vero*, pero sabía lo que se hacía. Pronto habría dinero de sobras y ella podría dejar atrás aquella vida de mierda, de una vez por todas. La sobrecogió un cansancio inmenso. Agónico. Había puesto todas sus esperanzas en aquello. Si la cosa se torcía no sabía de dónde sacaría las fuerzas para continuar como hasta ahora.

El tipo estaba a punto de vaciarse cuando ella oyó crujir la puerta. Trató de incorporarse, para ver qué pasaba, pero él gruñó y la empujó sobre el colchón. *Non ho ancora finito!* Estaba a punto de quitárselo de encima de mala manera cuando dos pares de brazos de boxeador le hicieron el trabajo. El pobre diablo se vio levantado en el aire para aterrizar en la alfombra

polvorienta un segundo después.

—*Ma che diavolo stai facendo?* —exclamó, indignado, tratando de ponerse en pie.

La bofetada le cruzó la cara con violencia haciendo que se tambalease, aunque sin llegar a derribarlo. No hizo falta otra. Era solo un tipo de mediana edad, mustio y sobrepasado, que se había dejado caer por allí para pasar un buen rato. Lo último que quería era que le rompieran la crisma por hacerse el héroe. Se quedó mudo e inmóvil, mientras el que le había abofeteado lo apuntaba con un dedo en forma de pistola.

—*Questa cosa non ti riguarda* —le advirtió—. Ponte los pantalones y sal de aquí antes de que cambie de idea. *Capito?*

E hizo el gesto de disparar. *Bang.*

Al tembloroso cliente le faltó tiempo para recoger la ropa de la silla y abandonar la habitación, sin ponérsela siquiera.

No miró atrás ni se preocupó por ella.

Que cada palo aguante su vela.

El matón lo vio salir por piernas, desnudo como había llegado al mundo, y dejó escapar una risita mezquina.

—*Uomo intelligente* —dijo, bajito. Y volviéndose hacia la prostituta añadió —: A ver si tú resultas ser igual de lista, *stronza.*

Loredana no era de las que se arrugaban fácilmente, pero en todos sus años de profesión nunca se había visto en una igual. No recordaba que ninguno de aquellos dos hubiese pasado por su cama. No podían tener nada que reprocharle. ¿Trataban de comerle la tostada a Luca? Si era eso, no sería ella quien se lo pusiera difícil. Inconscientemente, trató de taparse con la sábana, pero el tipo que llevaba la voz cantante se la arrancó sin contemplaciones.

Aunque no le hizo daño, terminó de asustarla de verdad. Le salió una voz entrecortada cuando trató de razonar con ellos:

—¿Qué queréis? ¿Dinero? Está todo en el cajón de arriba de la mesilla de noche. Cogedlo. *Solo non fatemi del male!*

El que todavía no había abierto la boca buscó donde le había dicho y mostró en alto las modestas ganancias del día. Con un gesto de menosprecio, arrojó los billetes al suelo.

—Hoy es tu día de suerte, zorra. No es tu pasta lo que buscamos. Ni tampoco tú nos importas una mierda. Queremos a tu chulo. Dinos dónde está y tengamos la fiesta en paz.

—¿Luca? *E come cazzo faccio a saperlo?* ¿Os creéis que me cuenta adónde va y lo que hace? Me limito a darle lo suyo un par de veces por semana y punto. Ya sabéis cómo va esto...

El que había ahuyentado al cliente la abofeteó de ida y vuelta. Loredana sintió cómo el cuello le crujía por la fuerza de ambos golpes y toda la habitación empezó a dar vueltas, como si su cerebro fuera un huevo y alguien acabara de cascarlo y tirarlo en una taza. Notó el sabor salado de la sangre en los labios y un desagradable zumbido le invadió los pensamientos.

El hombre se le acercó hasta que pudo olerle el ajo en el aliento.

—Tst, tst, tst... ¿Cómo puede equivocarse tanto una veterana como tú? ¿Es que no te das cuenta de con quién te las estás viendo? *Senti, vecchia*: es tarde y no tenemos nada contra ti. Hagamos esto por las buenas, *vuoi?* Porque si nos obligas a hacerlo por las malas, te juro que te arrepentirás.

Atrapada entre el cabezal de la cama y la barbilla rasurada de aquel tipo, Loredana se debatía entre dos opciones igualmente intolerables. De una forma que no acertaba a entender, aquello tenía que ver con lo que estaba pasando en el lago, *sicuro*.

Si hablaba, no habría botín. Y ella se quedaría encadenada de por vida a aquel catre apestoso y a aquel cuchitril.

Pero si se callaba...

Tragó saliva.

—*Giuro che non ne so niente* —dijo con la voz hendida—. Escuchad: Luca es un malnacido, lo sabe todo el mundo. ¿Por qué iba a jugarme el tipo por él? Me dijo que iba a estar fuera de la ciudad unos días y que vendría a verme cuando volviera. Nada más. *Lo giuro*.

El hombre hizo una mueca y se echó atrás. Miró a su compañero.

—¿Qué te parece?

—*Non ci credo, cazzo*. Déjame que le corte un par de dedos y veremos si entonces sigue diciendo la misma mierda.

El jefe fingió considerarlo un momento.

—OK. Pero empieza por la mano izquierda. Por *puttana* que sea, sigue siendo una *donna*.

Se movieron al unísono, como si ya hubiesen hecho aquello otras veces. El de la barbilla rasurada la agarró por la muñeca, obligándola a extender el brazo izquierdo, mientras su compañero se sacaba del bolsillo una navaja de barbero y la abría con un golpe seco. Loredana trató de resistirse inútilmente. Cuando vio que la hoja afiladísima se le acercaba empezó a chillar.

—¡No! ¡Por favor! *Vi dirò tutto!* ¡Pero no me cortéis el dedo!

La navaja se detuvo cuando el filo ya le rozaba la piel. Barbilla Rasurada volvió a poner el rostro frente al suyo. Su aliento le pareció mucho más agrio que hacía solo un instante.

—Última oportunidad —escupió—. ¿Dónde está Luca?

Loredana sintió cómo el mundo se le hundía bajo los pies. Después de aquello ya nada la sacaría del agujero. Estaba condenada. La historia de su vida: correr como una loca hacia la meta y, cuando estaba a punto de atravesar la línea, que alguien le rompiera las piernas.

Al menos, conservaría los diez dedos.

Dejó escapar un sollozo de impotencia y les contó cuanto querían saber.

Apenas cruzó el umbral del hotel, Kate lamentó no haberse echado algo sobre los hombros. Era pleno verano, pero las noches continuaban siendo frescas a orillas del Misurina. La oscuridad solo le permitía intuir el lago frente a ella, pero con aquel silencio se podía escuchar el viento patinando sobre la superficie del agua, lisa como un espejo. Se acordó de cuando era niña y su padre los llevaba de acampada a los Montes Santa Cruz. Entonces nada dependía de ella y todo era fácil y se reducía a hacer lo que le decían.

La vida había cambiado un poco desde aquellos días.

Hasta esa tarde había pensado que eso era precisamente lo que quería. Ahora ya no estaba tan segura. Ninguna universidad te preparaba para una situación como aquella.

Buscó a Gino en la oscuridad. Después de hablar con Selznick, había querido estar solo y los había dejado plantados en mitad del hall. Con delicadeza, Bardo la había disuadido de ir tras él. *Dagli un minuto, cara*. Pero después de esperarle durante más de media hora no había podido más y decidió salir a buscarlo. Recorrió el porche de un extremo al otro sin encontrarlo. Zaherida por la impotencia, bajó los escalones y atravesó el aparcamiento, en dirección al pequeño embarcadero del hotel.

Estaba allí, al borde mismo del agua. Las nubes ocultaban la luna y la poca luz que tenían era la del resplandor que les llegaba desde el hotel. Se volvió al oír el crepitar de sus talones contra la grava.

—¿Estás bien? Estaba preocupada. Llevas una eternidad aquí fuera.

Él hizo un ademán que podía querer decir muchas cosas, o ninguna.

—¿Se sabe algo?

—Todavía no. Pero estoy segura de que el señor De Sica no nos fallará. Tú mismo le has oído. Y Bardo piensa igual.

Él sacudió la cabeza, sin convicción. Lo estaban fiando todo a un intento desesperado, con muy pocas posibilidades de salir bien. Volvió a desviar la mirada hacia el lago.

—Gino, no te entiendo. Te comportas como si lo que ha sucedido fuera culpa tuya...

—No se trata de eso, Kate —contestó con una octava de exasperación en la voz.

—¿Y entonces?

Por un instante, lo abrumó la tentación de contárselo. Se había portado como un *miserabile* con Cinnia. Si no volvía a verla aquella culpa lo perseguiría para siempre. Llevaba partido en dos mitades incompatibles desde la maldita noche, en el Teatro 8. Pero ahora que Cinnia corría peligro, mantener el equilibrio de aquella balanza imposible lo superaba.

De alguna forma, consiguió remeter sus sentimientos. Decirle todo aquello a Kate solo serviría para empeorar aún más las cosas. Tenía que sobrellevarlo solo.

Se lo había ganado a pulso.

—*Senti*, ya sé que no conoces a Cinnia. Pero de todas las personas del mundo, no hay nadie que merezca menos estar en una situación así. ¡Si ni tan solo la querían a ella! ¡Es esa americana quien debería estar en su lugar! Pero la historia es siempre la misma: somos los de abajo los que recibimos todos los palos.

Se quedaron callados. A Kate le dolía que aquel *los de abajo* significase los italianos, y que a ella, americana, la estuviese viendo como alguien *de arriba*. Ajena, al fin y al cabo. El abismo que se interponía entre los dos salía

de vez en cuando en sus conversaciones y aunque trataban de salvarlo con humor, era algo que permanecía allí, tácito y ominoso. No soportaría que en el peor de los momentos se abriera más que nunca y les impidiese apoyarse el uno en el otro.

—Es verdad que no la conozco —admitió—. Pero eso ahora no importa, ¿sabes? Es alguien de nuestro equipo y una buena persona. Merece que hagamos lo que sea por ella y te juro que lo haré. Y estoy segura de que el señor Selznick piensa igual.

El giró la cabeza para mirarla.

—¿En serio? ¿Crees que pagará un rescate por ella, llegado el momento?

Kate llevaba un buen rato haciéndose aquella misma pregunta.

—Sí. Lo haré.

—¿Por qué?

—Porque es lo que hay que hacer. Lo correcto.

—Ya. Y los americanos siempre hacéis lo correcto, *non è vero?* Como en vuestras películas.

Kate sintió cómo las lágrimas le asomaban a las pupilas. Se obligó a contenerlas allí. Por suerte, la oscuridad se las ocultaría a él.

—Todos no —respondió con la voz agrietada—. Pero espero que al menos pienses que yo sí.

La mitad de Gino que había permanecido callada hasta entonces se rebeló. *Che stai facendo?* Avergonzado, dio dos pasos para abrazarla.

—*Perdonami* —le susurró, estrechándola fuerte—. Soy un idiota. Un *imbecile*. Nada de esto es culpa tuya. Ni siquiera de tu señor Selznick. Pero es que me siento tan terriblemente inútil.

Kate estaba exhausta y desolada. Una vez más, la sorprendió su capacidad para reconfortarla. Aquel italiano tenía algo que no era capaz de definir, pero que intuía que no volvería a encontrar en nadie más. Cerró los ojos, le rodeó

la cintura con los brazos y recostó la cabeza en su pecho. Si los sentimientos eran tan sencillos, ¿por qué todo lo que les atañía resultaba siempre tan complejo?

—No es necesario que digas nada —le susurró ella al oído—. Solo quedémonos un rato así, ¿quieres?

El la estrechó aún más. Un viento benigno barrió la superficie del lago. Las aguas sisearon una melodía muy antigua y las copas de los árboles les devolvieron la tonada con la misma sutileza. Una vez más, solo fueron ellos dos; las piezas encajaron y las cosas, el conjunto completo, volvieron a estar bien.

Luego, el resplandor de unos faros y el murmullo de un motor acercándose por la carretera acallaron al viento. Al llegar al cruce, el coche giró en dirección al hotel.

El momento había pasado. Kate y Gino levantaron las cabezas mientras lo veían acercarse, se resignaron a separarse y fueron a su encuentro.

Cinnia estaba muy asustada.

No paraba de repetirse que todo saldría bien. Que aquellos hombres se habían equivocado de persona y que no tenían ningún motivo para hacerle daño. No podría decirle nada a la policía sobre ellos, aunque quisiera. Al final, acabarían dándose cuenta de que no valía nada y la dejarían marchar.

Era lo más lógico.

Pero las últimas palabras del hombre con el que había hablado la torturaban: *Reza para que paguen*. ¿Quién iba a pagar por ella? Solo sus padres. Y ellos no tenían ni una lira.

¿La iban a matar por eso?

Tiritaba. No sabía si era de frío o de miedo. El verano allí no era como en Roma, y menos aún de noche. El lugar donde la habían abandonado era frío y azotado por las corrientes. Por inverosímil que pareciese, estaba helada. Además, se moría de ganas de ir al baño, pero no se atrevía a pedirlo. Estaba a punto de hacérselo encima.

Las cosas no podían ser peores.

Pese a que había conseguido contener el llanto, de vez en cuando la sacudía algún sollozo que amenazaba con hacerle perder el control.

Jamás se había sentido tan sola.

Se obligó a pensar en algo bonito, como le decía su padre que hiciera cuando estaba triste. Se lo imaginó consolándola en el silencio de su habitación. Luego, a su madre, pidiéndole que la ayudase a tender la ropa. A sus hermanos, chinchándola para que jugase con ellos. Incluso a Giulia,

retándola a puntuar a los chicos que las miraban con disimulo desde otra mesa.

De pronto, deseó con todo su corazón que Gino estuviera allí. Recordó su primer beso, en el *tram*. Nunca había sido tan feliz como en aquel momento. Se aferró al recuerdo con todas sus fuerzas. Al sabor dulce de sus labios. A la dureza y la calidez de su pecho. A su olor a limpio.

Se había repetido a sí misma que sería incapaz de perdonarlo ni en cien años, pero en aquel trance terrible, lo único que deseaba era que estuviese allí.

Luca entró en el cobertizo y se encontró a los otros dos sentados uno frente al otro, bebiendo de la misma botella. Torció el gesto, pero Rendina no pareció darse cuenta y extendió el brazo para ofrecerle un trago. En otro momento se lo habría apartado de un manotazo, pero estaba de buen humor y se limitó a pasar.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Latuzzi, levantándose.

—Pagarán —respondió, exagerando su confianza—. Tendremos el dinero mañana a mediodía.

—*Bella notizia!* —exclamó Rendina, levantando la botella en un gesto de triunfo. Pero su compañero no parecía tan convencido.

—¿Estás seguro de que no es una trampa? —dijo, reticente—. *Duecentomila* me parece mucho dinero por una *signora nessuno* como la que tenemos ahí atrás...

La mirada de Luca se ennegreció. ¿Ahora iba a tocarle los huevos aquel idiota?

—No pagarán por ella —dijo, tratando de contener su enojo—. Creía que había quedado claro. Pagarán para evitarse problemas y males mayores.

—Sí, ya —insistió Latuzzi—. Pero suponte que al final se lo piensan mejor y deciden no pagar. Podría suceder, ¿no? ¿Has pensado qué haremos entonces? Santino y yo lo hemos estado hablando y queremos dejar las cosas claras.

Luca se recostó contra la pared. La mano descendió desganadamente a la altura del bolsillo de la chaqueta, hasta palpar la forma familiar de la *Madonna*.

—*Già* —estuvo de acuerdo—. Siempre es mejor dejar las cosas claras. ¿Qué proponéis?

—Verás, Luca —intervino Rendina, conciliador—, Eddie y yo lo vemos así: si pagan, *ottimo*. Pero si el asunto empieza a torcerse, lo mejor que podemos hacer es soltarla y desaparecer. La chica no sabe nada. No puede hacernos ningún daño.

—¿Tú crees? —Luca se apartó de la pared, enderezándose—. Antes de empezar a hablar, puede que no. Pero ahora... Tu amigo del alma te ha llamado por tu nombre. Y tú, *ritardato*, acabas de revelarle el mío. ¿No habéis caído en que desde ahí atrás puede oíros? No quiero ni pensar en la de cosas que habréis largado sin daros cuenta mientras estaba fuera. Si la dejamos viva, ¿cuánto pensáis que tardaremos en tener a los *carabinieri* llamando a la puerta?

La sonrisa se heló en el rostro de Rendina. De repente, todo el calorillo que le había proporcionado el vino se evaporó y el cobertizo le pareció más gélido e inhóspito que nunca. Se atropelló al responder:

—No... hemos dicho nada. A-además, seguro que no nos oye. Hace un rato le he echado un vistazo y dormía —mintió—. No necesitamos...

—No, por supuesto. —Las palabras de Luca rezumaban sarcasmo—. Entonces, la soltamos y nos vamos a casita, tan tranquilos. ¿Cuántas veces has estado en el trullo, Santino? —Levantó la voz al decir su nombre.

—¿Y qué tiene eso que ver? —Se revolvió Rendina, mientras sus manos le pedían involuntariamente que hablase más bajo—. No fue culpa mía. Lo sabe todo el mundo...

—*Quante volte?* —insistió Luca, acercándose aún más.

—*Due volte...* —tuvo que reconocer.

—*Due volte!* Pues ya veo que debió de gustarte, porque parece que estás deseando volver. Con lo que sabe, no podemos dejarla viva. Ni aunque paguen.

Rendina se revolvió. Aquello estaba yendo demasiado lejos. Nunca había matado a nadie, ni participado en nada que hubiera terminado en sangre. No quería empezar ahora. Y mucho menos con una *ragazza* cuyo único pecado era haber estado en el lugar equivocado, en el momento erróneo.

—Luca, *non precipitare*. La chica no hablará. Démosle un buen susto antes de soltarla. Seguro que con eso bastará.

—Y si no basta, ¿qué? ¿Cumplirás tú condena en mi lugar? Porque te recuerdo que son diez años, mínimo.

Rendina vaciló. Por nada del mundo quería volver a la cárcel. Maria Grazia no esperaría una tercera vez. Y menos aún diez años. Pero cortarle el cuello a una pobre chiquilla... Se volvió hacia Latuzzi, que todavía no había abierto la boca.

—*Cosa ne pensi tu, Eddie?* —le preguntó.

Latuzzi era un matón de poca monta. Había roto un par de huesos y repartido unas cuantas *ostias*, nada más. Cuando Sartoreti le había propuesto participar en aquello, no se había hablado de matar a nadie.

—¿Que qué pienso? Que esto se nos está yendo de las manos. *Io sono fuori* —dijo, resuelto—. A partir de ahora no quiero saber nada más. Quedaos con mi parte y que os aproveche.

Hizo el ademán de irse hacia la puerta, pero Sartoreti se interpuso. Su

mirada era más oscura que nunca.

—¡De aquí no se va nadie! —amenazó—. Empezamos esto juntos y lo terminaremos juntos. ¿O es que crees que me fío más de ti que de ella si te largas ahora?

Latuzzi cerró los puños y los levantó poco a poco. Luca era más alto que él, pero ni la mitad de fuerte. Parecía un tipo duro, sí. Pero él también lo era. Si peleaban, le sacaría el alma a golpes, estaba seguro.

—*Amici, calmiamoci.* —Trató de poner paz, Rendina—. Esta no es la manera. Estamos a punto de ganar mucho dinero, no lo estropeemos. Seguro que podemos encontrar una solución...

—He dicho que me largo de aquí. Y ningún payaso con ínfulas de *gangster* me lo va a impedir —respondió Latuzzi, muy frío—. Así de sencillo. Quita de en medio, Santino, o habrá también para ti.

Con el rostro crispado, Rendina hizo lo que le ordenaban. Luca, por su parte, se quedó muy quieto, obstruyendo el camino hacia la puerta. Su mirada negra oscurecía la habitación entera. Había sacado la *Madonna* del bolsillo, pero mantenía la hoja plegada. Latuzzi la vio, pero imaginó que su rival la empuñaba para dar más contundencia a sus golpes.

—*Sicuro di volerlo fare?* —preguntó aún mientras se le acercaba con precaución—. Sería mucho más fácil para todos si me dejases salir, sin más.

Luca no contestó, ni se movió. Latuzzi movió la cabeza, con hastío. *L'hai voluto tu.* Convencido de que nada podría evitar la pelea, decidió acabarla por la vía rápida. Apretó los puños y se fue a por él.

Luca aguardó hasta el último momento. Cuando lo tuvo encima, se apartó con una agilidad que el otro no había previsto. Esquivó el puñetazo y presionó la palanca oculta en la *Madonna*. La hoja saltó con un chasquido que Latuzzi oyó cuando ya era demasiado tarde.

Ni siquiera llegó a verla.

Pero sintió cómo se le hundía, hasta el mango, en el estómago.

Soltó el aire por la boca y se quedó quieto, mientras su asesino desclavaba el estilete y daba un paso atrás. Aún sin entender lo que acababa de pasar, Latuzzi bajó la vista y contempló, incrédulo, cómo una mancha roja brotaba en el blanco de su camisa y se agrandaba a ojos vistas.

—*Che mi hai fatto?* —murmuró.

Lo sacudió una arcada y expulsó un vómito sanguinolento que le anegó los zapatos y le salpicó la pechera. Las piernas le flaquearon y cayó de rodillas, sin dejar de mirar a los ojos de Luca. Intentó inútilmente contener la hemorragia con las manos, pero solo consiguió pintarse los dedos de muerte.

Confuso, levantó el rostro por última vez.

—*Come...*

No pudo terminar. Cayó de bruces, como si alguien hubiese apagado el interruptor de su vida. Bajo él, la sangre continuaba derramándose y oscureciendo el polvo acumulado en el suelo del cobertizo.

Rendina observaba la escena, horrorizado, incapaz de creer el rumbo que habían tomado las cosas. ¡Pero si no hacía ni cinco minutos que estaban brindando porque iban a pagar! ¿Cómo demonios habían llegado a eso?

Luca ya había tomado una decisión: no necesitaba a ninguno de aquellos *pazzi* para lo que le quedaba por hacer. Santino había sido un lastre desde el principio. Y, ahora, además, era un testigo. Lástima que aquello lo obligaría a ocuparse también de su mujer cuando volviese a Roma. Pero la vida tenía esas cosas. A veces giraba a tu favor y otras...

Sin dudarle, salvó con dos zancadas el espacio que los separaba. Rendina lo vio llegar y solo le quedó tiempo para soltar un chillido de sorpresa.

Cinnia no podía más.

Desde donde estaba y con la cabeza metida ahí dentro, apenas era capaz de descifrar la mitad de lo que se decían aquellos hombres. Aun así, había podido seguir la discusión con creciente angustia y entender de lo que estaban tratando.

Cuando los sonidos empezaron a sustituir a las palabras, el pánico la dominó. Horrorizada por lo que le hacían imaginar, ni siquiera fue consciente de cómo la orina le empapaba las braguitas y corría, cálida, piernas abajo. Escuchó claramente el ruido de un cuerpo al chocar contra el suelo. Luego, pasos, un alarido seguido por vagidos entrecortados y otro golpe seco.

Hubo un silencio muy, muy largo. Luego, volvió a escuchar un suspiro y unos pasos que se le acercaban.

Ahora le tocaba a ella.

Empezó a sollozar. El miedo y la arpillera le dificultaban la respiración. Se estremeció, convulsa, mientras los mocos se mezclaban con las lágrimas y las súplicas.

—*Non lo dirò a nessuno, lo giuro!* —repetía, entrecortadamente—. *Ti prego, non fatemi del male. Non parlerò. Non parlerò!*

Los pasos no se detuvieron. Ciega y aterrada, no se le ocurrió otra cosa que dejarse caer al suelo, y ovillarse.

Gino adivinó más que vio el tejado del cobertizo entre las copas de los árboles. El hombre que tenía a su derecha le hizo una señal para que se agachase y no hiciera ruido. Obedeció al instante. Mientras se acercaban con sigilo, pensó que aquellos hombres tenían que saber que aquello estaba allí. Era imposible descubrirlo desde la carretera y más aún en plena noche. Trataba de confundirse con las sombras cuando advirtió que el otro tipo que lo flanqueaba metía la mano bajo la chaqueta y sacaba un Smith & Wesson del 38, de cañón largo, como los que llevaban los PM americanos en la cintura después de la guerra.

Se sorprendió de no estar asustado. Solo pensaba en llegar antes de que le hiciesen algo a Cinnia. Todo lo demás quedaba en segundo plano.

Cuando aquellos dos gorilas habían llegado al lago, preguntado por él, se le había encogido el estómago, pero los había seguido sin dudarlos. Kate también quería ir, pero, gracias a Dios, el que iba en el asiento del copiloto se había cerrado en banda. *Solo lui, signorina*, había murmurado. Aunque no era lo que le pedían el corazón y la cabeza, no le había quedado otra que resignarse. *Ten mucho cuidado, por favor*, le había dicho, abrazándolo. Y había visto alejarse el coche, sin poder hacer otra cosa que quedarse allí, con el corazón encogido.

Mientras los faros del coche iluminaban a duras penas la carretera desierta, Gino había tratado de sacarle algo a aquel par. Dos paredes de ladrillos habrían sido más habladoras. Al final, el copiloto había girado la cabeza para mirarlo de soslayo: Todo lo que necesitaba saber era que estaban allí a

instancias del *maestro* y que iban a tratar de ayudar a su amiga.

¿Conforme?

Sa dove si trova?, había saltado Gino al oír aquello. El hombre arrugó el mentón: *Lo scopriremo presto*. Luego se había vuelto hacia delante y el silencio había vuelto a instalarse en el interior del vehículo.

Aunque el trayecto no fue largo, a Gino, carcomido por la angustia en el asiento trasero, se lo pareció. Por fin, en mitad de ninguna parte, el conductor paró el motor y dejó que la inercia arrastrase el automóvil hasta que se detuvo. Ante la mirada vacilante de Gino, los dos hombres se bajaron del coche casi a la vez.

Vieni o no?, le soltó el copiloto, viéndolo indeciso.

Gino se apresuró a seguirlos.

El conductor, grueso y sudoroso incluso en una noche como aquella, fue hasta el maletero y extrajo una escopeta de cañones yuxtapuestos del interior. Abrió el cierre, colocó dos cartuchos, y volvió a cerrarla. ¡*Clac!* Satisfecho, le hizo una señal a su compañero y ambos se internaron en el bosque, dejando a Gino a sus espaldas.

No necesitaron andar más de dos o tres minutos para descubrir el cobertizo que se escondía tras los árboles. Tenían la puerta casi al alcance de la mano cuando el copiloto empuñó el revólver de cañón largo y se volvió para advertirle en voz baja:

—Quédate detrás nuestro, *bambino*. Y no hagas que te peguen un tiro, ¿OK? Eso me traería muchos dolores de cabeza.

Las preguntas burbujearon en el cerebro de Gino: ¿Estaba Cinnia allí? ¿Iban a entrar, así como así? ¿No debería llevar también él un arma? Cuando escuchó lo de no dejarse pegar un tiro fue como si le arrojasen encima un cubo de realidad helada. Dejó que los dos hombres le precedieran, pero, venciendo el miedo, se pegó a ellos.

Incluso con la puerta cerrada, escucharon los chillidos ahogados de Cinnia al otro lado.

—*Merda!* —exclamó el copiloto—. *Faremo tardi. Dai, dai, dai!*

El de la escopeta se echó atrás, apuntó el cañón del arma contra la cerradura y descargó uno de los cañones. Media puerta saltó con el impacto de los perdigones y la otra media se hizo añicos cuando su compañero la hundió de una patada y se precipitó al interior, con la amenazadora boca del 38 por delante.

—*Non muoverti!* —gritó apuntando hacia el extremo del cobertizo que quedaba fuera de la vista de Gino—. ¡Tira eso o te juro que no lo cuentas!

El hombre de la escopeta siguió a su compañero y él fue detrás, apenas un par de segundos después. Cuando puso los pies dentro, lo primero que vio fue el cadáver de un hombre, tendido bocabajo sobre un charco sanguinolento, y el de otro que había quedado con la espalda contra la pared y parecía querer advertirlo del peligro con sus ojos vacíos y desorbitados.

Venciendo el horror, apartó al hombre de la escopeta y se precipitó hacia el otro extremo del cobertizo, semioculto por una manta colgada de una cuerda, a modo de separador.

—*Cinnia! Sei qui?*

Apartó la manta de un manotazo y casi se dio de bruces con un tipo alto y de mirada oscura que tenía los brazos levantados mientras el copiloto lo encañonaba con el revólver. Aquel rostro lo impresionó tanto que tardó un momento en darse cuenta de que, tras él, acurrucada en el suelo, estaba Cinnia.

Quiso ir a ayudarla, pero el de la pistola lo contuvo.

—*Ehi, non così veloce, ragazzo* —le advirtió, mientras se adelantaba para cortarle el paso—. Tú, de rodillas y mirando a la pared —ordenó al prisionero—. He visto lo que has hecho con esos dos pobres diablos. No quiero

sorpresas.

Los sollozos de Cinnia llegaban, ahogados, desde el otro lado de la arpillera. Se estremecía sin entender qué estaba pasando. A Gino, esperar a que el secuestrador hiciera lo que le ordenaban le costó tanto como todo por lo que había tenido que pasar para llegar hasta allí.

Al fin, cuando el de la pistola consideró que no había ningún riesgo, lo dejó pasar. Se arrodilló junto a Cinnia y le quitó el saco de la cabeza, con toda la delicadeza de la que fue capaz.

—Ya está, ya está —repetía—. *Sono qui*. Se ha acabado. Nadie va a hacerte daño.

Tirada en el suelo, esperando una cuchillada, Cinnia había sentido el miedo como una sensación física. Un dolor que le había atenazado el pecho igual que una mano escarchada que tratase de arrancarle el corazón y las entrañas. Estaba tan asustada que cuando oyó el estampido y los gritos que lo siguieron no fue capaz de interpretarlos. Luego, le pareció escuchar la voz de Gino entre las otras que hablaban. Pero no estuvo segura de que fuera él hasta que lo sintió arrodillarse a su lado y quitarle el saco que le tapaba la cabeza.

Pese a la poca luz que había, necesitó un momento para que los ojos se adaptaran después de tantas horas bajo la arpillera. Como en un sueño sintió que él le liberaba las manos mientras repetía palabras de consuelo. Parpadeó y se secó las lágrimas y los mocos con la manga. La cara de Gino, crispada por la preocupación, apareció por fin detrás de todo aquello.

¿Estás bien?

Cinnia parpadeó, incapaz de contestar. Después de haber deseado tanto tenerlo a su lado, tuvo un miedo atroz de que todo fuese una jugarreta de su cerebro. Cada vez que cerraba los ojos, al abrirlos temía encontrarse de nuevo

el rostro de aquel hombre terrible, dispuesto a matarla.

No conseguía superar el *shock*.

—*Stai bene?* Por favor, dime algo. ¡Por lo que más quieras!

Por fin, una palanca se accionó en su cerebro y se convenció de que todo era real. Estaba a salvo. Él había venido a rescatarla.

El llanto regresó, incontrolable, mientras le echaba los brazos al cuello y enterraba la cara en su hombro.

El frío de la madrugada recibió a Selznick de uñas apenas pisó el porche. Se subió el cuello de la chaqueta de lana, agradeciendo que Jennifer hubiese insistido tanto en que la llevase. El aliento se le condensaba frente a los ojos, mientras arrastraba los pies en dirección a la barandilla de madera trabajada. Las estrellas todavía eran visibles en el cielo y, levantando la cabeza, trató de recordar los nombres de las constelaciones que conocía. Su padre se los había enseñado muchos años atrás. Eran como guías, le decía, mientras le contaba el largo camino que había entre América y el atribulado país a orillas del Báltico del que había decidido largarse, harto de la miseria, la religión y los soldados del Zar.

Si eres capaz de reconocerlas, muchacho, siempre podrás saber dónde estás y hacia dónde debes ir.

Aquello no le vendría nada mal ahora mismo: saber dónde estaba y, especialmente, adónde tenía que ir. Pero su padre había olvidado decirle que en la vida había veces que ni las estrellas podían guiarte. Solo podías fiarte de tu intelecto y tu instinto.

Selznick había adorado al viejo Lewis: un hombre que había puesto los cimientos mismos de la industria del cine en su país de adopción, había amasado una fortuna personal de más de diez millones de dólares —cuando diez millones eran *dinero* de verdad— y hasta se había permitido mofarse del Zar en persona. En noviembre del 17, en plena revolución bolchevique, le había puesto un cable al gobernante recién depuesto cuyo texto todavía recordaba palabra por palabra: Cuando era un chiquillo algunos de sus

policías no fueron demasiado amables conmigo ni con mi gente STOP Así que emigré a América y prosperé STOP Ahora oigo con tristeza que se ha quedado usted sin trabajo allí STOP No le guardo rencor por lo que hicieron sus policías, si quiere venir a Nueva York puedo darle trabajo como actor en mis películas STOP El salario no será un problema STOP Conteste a cobro revertido STOP Saludos a la familia.

A principios de los años 20, el eslogan *Selznick Presenta* era el más conocido del mundo del cine. Pero Lewis nunca se había tomado aquel negocio de la misma manera que lo hacían sus contemporáneos. Y cuando las cosas se torcieron durante el exceso de producción que agitó la industria en el 23, los otros magnates —con el malnacido de Zukor comandando el pelotón de ejecución— se le arrojaron a la yugular. Lewis J. Selznick Production, Inc. fue a la quiebra y su padre nunca volvió a *presentar* otro film. De los diez millones solo quedó el recuerdo y él, el ojito derecho de papá, inició su cruzada personal para recuperarlos y encumbrar de nuevo el apellido Selznick a la cima que nunca debería haber abandonado.

Un David contra muchos Goliats. Demasiados, habría cabido pensar. Y, aun así, había tenido una piedra en la honda para cada uno de los que se habían interpuesto en su camino.

Alguien había dicho una vez que uno no hacía una fortuna siendo amable. David habría añadido que tampoco buenas películas. Por eso, en aquellos treinta años no le había temblado el pulso ni una sola vez para conseguir que las cosas fueran como él creía que debían ser. Aunque para ello tuviera que traspasar alguna línea roja. Este *modus operandi* se había demostrado tan eficaz para llegar a lo más alto como para dejar tras él una estela de personajes de todo calado que compartían un deseo común: verlo caer.

Le odiaban tanto que, cinco años atrás, cuando su estrella había empezado a declinar, hasta se habían atrevido a hacer una película sobre él. *Cautivos del*

mal estaba tan indisimuladamente inspirada en su historia y la de su padre que incluso había puesto a Barry a estudiarla fotograma a fotograma por si encontraba algo susceptible de ser demandado. Por fin, cuando su dictamen fue que, lamentablemente, no lo había, no le quedó otra que consolarse pensando que el argumento era tan bueno que había merecido un Oscar. Y hasta se había sonreído con la ocurrencia del malnacido de Charles Schnee de hacer que su personaje, el ruin productor Jonathan Shields, se arruinase rodando una película épica sobre la Guerra Civil Americana.

Eso y que un tipo más bien bajo como Kirk Douglas lo interpretase eran los dos mejores chistes del conjunto.

Pero, como la realidad siempre superaba a la ficción, parecía que el mejor chiste aún estaba por hacerse: a la hora de la verdad, se arruinaría por haberse empeñado en rodar una cinta épica sobre la Primera Guerra Mundial.

Nunca deberían haber venido a Italia. ¡Nunca! Solo en aquel país de locos a una banda de forajidos de tres al cuarto se les ocurriría la idea de secuestrar a una estrella de cine. Y solo en aquel país de locos seguirían en sus trece incluso después de haber metido la pata hasta el fondo. Italia había hecho el ridículo durante la guerra y parecía dispuesta a continuar haciéndolo indefinidamente.

Aunque eso no impediría que se lo llevase a él por delante.

Recordó cómo habían sido las cosas después de que su padre lo perdiera prácticamente todo: los acreedores se les habían echado encima y Lewis a duras penas consiguió impedir que los desahuciaran de su propia casa. Habían empeñado o vendido hasta la última: joyas, muebles u objetos de arte. Y el viejo había tenido que arrastrarse para que antiguos amigos le prestasen lo mínimo para ir saliendo del paso.

Él había sido espectador privilegiado de aquel drama. Había aprendido hasta de la última experiencia y había jurado que no volvería a pasarle. Como

Scarlett al final de la primera parte, clamando al rojo atardecer de Tara.

Y ahora allí le tenías: al borde del abismo. Si la película no se terminaba, Skouras sería su Zukor particular, y todo lo que había levantado con tanto esfuerzo se iría por la taza del váter.

Todo.

Por un momento acarició la idea de no pagar. Quedaba poco por filmarse. Seguro que en aquel país de Duces y gondoleros podría untar las manos adecuadas para conseguir el tiempo imprescindible para terminar las escenas que faltaban y salir por piernas. Una vez en Los Ángeles, los tribunales romanos podían llamarle hasta desgañitarse. ¿Qué le debía él a aquel país? ¡Si ni siquiera habían estrenado *Lo que el viento se llevó* hasta 1949 para proteger sus patéticas peliculitas! Que se apañasen, ellos y sus malditos mafiosos.

Italia y sus leyes se la traían al paio.

Pero a la muchacha sí que le debía algo.

Cinnia Caputo, pronunció el nombre en voz baja. Sería incapaz de identificarla entre otras cinco aspirantes en un casting, de acuerdo. ¿Y qué? Trabajaba para él. Era parte del equipo y, por lo tanto, su responsabilidad. Eso por no hablar de que era Jennifer quien la había metido en aquel coche. Cuando le había dicho a Arthur que ninguna película valía una vida humana podía parecer pomposo, pero hablaba en serio.

Meneó la cabeza: Artie Fellows.

Otra cosa más que le habría costado aquella maldita película. Se palpó la mejilla, que aún le dolía por culpa del puñetazo. Nunca volverían a trabajar juntos, por supuesto. Dudaba que volvieran a hablarse y, siquiera, a verse. Y aunque de puertas afuera se aseguraría de que todo el mundo supiese lo que había hecho, en la soledad de su despacho lo echaría de menos.

Mucho.

Veinte años no se borran, así como así.

¡Por Dios bendito, Artie! ¿En qué estabas pensando?

Oyó el ruido de la puerta al abrirse. Era Jennifer. Se le acercó con los ojos rebosantes de cariño y se abrazó a su espalda.

—Llevas demasiado tiempo aquí afuera —le riñó con suavidad—. A nadie le va a servir de nada que pilles una pulmonía. Y a mí, menos que a nadie. Vamos, ven adentro.

Selznick se quedó donde estaba. Ya no notaba el frío y no tenía ganas de volver a recluirse en uno de los salones del hotel. No podría pegar ojo hasta que supieran si el insensato plan de los italianos tenía éxito. Se le ocurrió contarle a Jennifer algo acerca de las estrellas, pero al buscarlas se dio cuenta de que ya no estaban. Amanecía. La noche se retiraba y las aguas del Misurina recuperaban lentamente la tonalidad azul. El gélido arrullo del viento bajaba de las montañas para mezclarse con los primeros cantos de los pájaros, saludando al sol.

—¿Ya es de día? —se preguntó en voz alta—. ¿Cuánto más van a tardar? Esto es una locura.

Jennifer no dijo nada. La llamada *in extremis* del italiano era solo una pieza más de aquel puzzle improbable en el que se había convertido el rodaje desde la tarde anterior. De Sica le parecía un hombre encantador, y muy inteligente. Pero no alcanzaba a entender cómo un artista podría hacer, ni remotamente, el trabajo de la policía. Aquello no era un capítulo de una de esas películas por episodios que tanto le gustaban de niña, en las que un detective sagaz le ganaba siempre por la mano al uniformado de turno. Les gustase o no, estaban en la vida real. Y en la vida real los actores actuaban y los agentes de la ley ponían a los malos tras las rejas.

Pero David había dicho que adelante y, como siempre, ella había estado de acuerdo.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —dijo, por decir algo.

—Eso me repito a cada instante, pero las horas pasan... —Se dio media vuelta para mirarla—. Se suponía que las cosas no tenían que ser así, ¿verdad?

Jennifer se encogió de hombros. ¿Acaso lo eran alguna vez?

—Cuando mi padre perdió su estudio, me juré que eso no me sucedería a mí.

Él nunca le había hablado con detalle de aquella parte de su vida. Esa era una de las cosas que más le envidiaba a Irene, su primera esposa: que nunca llegaría a conocerlo como ella. Aun así, después de quince años juntos, Jennifer entendía cuánto le había marcado la bancarrota de su padre. De alguna manera, intuía, su marido había vivido el resto de su vida pensando en aquello.

—Nosotros no vamos a perder nada, querido. No es la primera vez que nos ponen contra las cuerdas, y siempre salimos.

Selznick se forzó a parecer confiado. Sí, no era la primera vez que las cosas se torcían. Pero nunca antes había necesitado tanto un éxito como ahora. Y ya no se sentía invencible como en el 38. Un par de años atrás se había visto obligado a dejar de jugar al tenis porque su cuerpo ya no daba más de sí. Y las cosas no habían mejorado. Se quedaba sin aliento cada vez que tenía que subir unas escaleras. Muchas mañanas experimentaba mareos al levantarse y casi siempre llegaba exhausto a la noche. Además, de vez en cuando notaba pinchazos en el pecho, dolorosos, aunque fugaces. Tenía decidido visitar al doctor Griffith apenas regresara a Los Ángeles, aunque no quería preocuparla a ella con eso.

Iba a decir algo cuando, por la carretera, les llegó del norte el runrún de un automóvil. Se miraron, como si no pudieran creerlo, y corrieron a las escaleras. Alcanzaban el parking cuando el coche dobló la curva, en dirección

al hotel.

Selznick notó la mano de Jennifer presionando la suya. Trató de parecer calmado, aunque era consciente de que, si quedaba alguna posibilidad de poder salvar la película, iba en ese coche.

El vehículo abandonó el asfalto y se deslizó sobre la tierra hasta detenerse frente al hotel, donde aguardaba la pareja. La puerta del copiloto se abrió y este se apeó para dejar salir a la pareja que iba detrás. Jennifer soltó un chillido de emoción al reconocer a Cinnia, del brazo de un apuesto muchacho al que recordaba de los platós. Se desasíó de la mano de su marido y corrió a abrazarla.

—¡Santo Dios! ¡Estás bien! ¡Qué alegría!

Cinnia tenía la vista clavada en el suelo, pero al oír las exclamaciones en inglés levantó la barbilla. Se obligó a sonreír a Jennifer, aunque la verdad era que verla la hizo sentirse aún más avergonzada. Estaba sucia, fea y al borde del agotamiento y Jennifer, pese a la noche en vela, continuaba pareciendo una estrella de Hollywood. Se dejó abrazar por la actriz, aunque lo único que quería era poder quitarse aquella ropa que no volvería a usar jamás y meterse bajo la ducha.

Aprovechando que Cinnia se había desasido de él, Gino se volvió para mirar a los dos hombres. El copiloto le dedicó un breve saludo con la cabeza. *Ci vediamo*. Luego se montó en el coche y ambos desaparecieron de la misma manera que habían llegado.

No eran buenas personas, seguro. Y más le valdría no volver a encontrárselos. Pero aquella vez les habían salvado. El diablo no parecía tan malo cuando jugaba en tu equipo.

Pero continuaba siendo el diablo.

Se dejó de filosofadas y volvió a rodear a Cinnia por los hombros, para llevarla al interior. Subieron las escaleras y antes de llegar al porche, la puerta

del edificio se abrió, revelando a Kate y a Bardo.

—*Mannaggia! Stai bene, bambina!* —exclamó el veterano, saliendo al exterior para abrazarla—. ¡Estoy tan feliz de verte!

Kate observó desde el umbral cómo Cinnia, sollozando, se dejaba envolver por el maestro carpintero. La invadió una sensación de alivio y sintió lágrimas resbalándole por las mejillas para ir a humedecerle la sonrisa. No se molestó en secárselas. Buscó la mirada de Gino con la suya y se sintió reconfortada por lo que encontró en ella. También estaba llorando, aunque él sí se esforzaba por disimularlo.

Lo echó terriblemente de menos pese a tenerlo a tres metros escasos de ella. Nada la habría hecho más feliz que poder cogerlo de la mano, pero no se atrevió con Selznick delante.

Tampoco estaba segura de que Gino quisiera. Parecía tan concentrado en Cinnia. Se odió a sí misma por sentir aquellos celos estúpidos y fuera de lugar. La pobre acababa de pasar por un infierno. Cómo podía pensar siquiera... Y, sin embargo, una parte de ella la envidiaba por despertar todo aquello que intuía en él.

Atrapada en una corriente de sentimientos contradictorios, se apartó para dejarlos entrar. Desde aquel segundo plano vio a los dos italianos subir las escaleras con ella, mientras la señora Jones se quedaba en el rellano, con las manos plegadas sobre la falda. Como si sintiera que la observaba, la actriz se dio media vuelta y le dedicó una de las sonrisas excesivas que había empezado a cultivar.

—Es maravilloso, ¿verdad? Jamás pensé que De Sica pudiera conseguirlo.

Kate meneó la cabeza. La verdad era que ella tampoco tenía demasiadas esperanzas.

—¡Santo cielo! ¡Qué país! —concluyó Jennifer. Y liberada de la culpa que la había estado atormentando toda aquella noche interminable, fue en busca

de Hudson y Marton, que parecían no haberse enterado de lo sucedido.

Kate iba a cerrar la puerta cuando vio a Selznick de pie en el porche, con los ojos fijos en el Misurina. De repente cayó en la cuenta de que ni siquiera estaba segura de si, tras lo sucedido con Fellows, aún continuaba trabajando en la película.

No encontraría otro momento mejor para preguntárselo.

Salió al porche y se aseguró de cerrar la puerta lo bastante fuerte como para que él la oyera. Selznick ablandó la expresión al darse cuenta de que era ella.

—¡Ah! La señorita O’Neil: la heroína olvidada de esta historia. —La invitó a acercársele con un ademán—. Permítame darle las gracias ahora, antes de que el resto de los asuntos apremiantes a los que aún nos enfrentamos me lo impida. Estoy en deuda con usted. No lo olvidaré.

Kate habría dado lo que fuera por tener a un equipo de Fox Movietone filmándolos. ¡David O. Selznick diciéndole que estaba en deuda con ella! No conseguiría que ni su padre la creyese.

—Es usted muy amable, señor. Solo he hecho mi trabajo. Hablando de eso. —Hizo una pausa muy cinematográfica—... No estoy muy segura de dónde me deja la marcha del señor Fellows. Porque me imagino que no va a volver, ¿verdad?

Selznick suspiró.

—Mucho me temo, Kate, ¿puedo llamarla Kate?, que Arthur Fellows no solo no volverá a trabajar en esta película, sino que le costará encontrar otro empleo en Hollywood. —Él también hizo una pausa dramática antes de añadir—: En cambio, usted, querida, es harina de otro costal. Estaría loco si la dejase escapar. Pasado mañana mi hijo Jeffrey llegará para sustituir a Artie Fellows. La necesitará para ponerse al día cuanto antes. Cuento con usted. Todavía tenemos una gran película que terminar aquí. Siempre y cuando

todavía le interese el trabajo, por supuesto...

Kate volvió a lamentar que ninguna cámara dejase constancia de aquella charla. Habría pagado el sueldo de un año por aquel rollo de película.

—Por supuesto que me interesa, señor. Muchas gracias.

Selznick la contempló. Ay, si fuese un poco más joven...

—No, Kate: gracias a usted. ¿Sabe? Mi padre solía decir que no había ningún otro negocio en el que un hombre necesitase tan poco cerebro como el del cine. Siempre he creído que era una de las pocas cosas en las que se equivocaba. En todo caso, puedo asegurarle que ninguna mujer sin cerebro hará carrera en Hollywood. Y a usted, estoy convencido, la veremos llegar muy alto.

Le apretó suavemente el antebrazo como despedida y volvió adentro arrastrando los pies. A Kate le pareció inmenso y frágil a un tiempo. Un coloso cuya época llegaba a su fin, pero todavía magnífico.

Se llenó los pulmones con el aire frío del amanecer e, incapaz de volver adentro, decidió ir hasta el embarcadero. El sol todavía no había asomado por detrás de las montañas que coronaban el otro extremo del lago, pero el cielo era cada vez más azul. No faltaba demasiado para verlo aparecer.

Acababa de vivir uno de esos momentos únicos, que te acompañan el resto de tu vida. *Estaría loco si la dejase escapar. La veremos llegar muy alto.*

David O. Selznick *dixit*.

Kate miró su imagen reflejada en la prístina superficie del lago. Se quedó un buen rato allí.

Luego, dio media vuelta y volvió, resuelta, al hotel.

Don Impanato contemplaba a Luca con el hastío del que se ve obligado a lidiar con un caso perdido.

Se lo habían traído desde el norte, sin un rasguño, tal como había ordenado. Otra cosa era el aspecto. Había recorrido setecientos kilómetros en el interior de un maletero, atado como un *culatello*, en pleno mes de agosto. Cuando por fin lo sacaron del coche se había vomitado encima y estaba semiinconsciente. Tuvieron que echarle un par de cubos de agua para reanimarlo.

Con cuidado de no mancharse, Calogero lo levantó en volandas y lo mantuvo en pie con la ayuda de su compañero, tan silencioso como de costumbre. Luca tardó un buen rato en estar lo suficientemente entero como para darse cuenta de lo que se le venía encima. Cuando lo estuvo, miró a don Impanato, incrédulo:

—*Ma perché mi sta facendo tutto questo?* —alcanzó a preguntar.

El Don no estaba de humor. No le gustaba dejar el reservado de su querido restaurante y menos aún para tener que poner los pies en sitios como la vieja cochera reconvertida en garaje donde habían ocultado al prisionero. El lugar era un horno que se caía a pedazos y apestaba a orines, a queroseno y a óxido añejo. En las antípodas de los sabrosos aromas que salían de la cocina y a los que estaba acostumbrado. Se dio cuenta de cuánto lo había ablandado la buena vida y eso lo hizo ponerse todavía de peor humor.

Acabemos cuanto antes.

—*Sei un disastro, Luca* —le dejó ir cuando el otro ya empezaba a pensar

que no iba a obtener una respuesta—. Una decepción constante. Nunca debí haber confiado en que podrías serme de alguna utilidad.

Sartoreti no tenía esperanzas de salir vivo. Esta vez no se molestó en medir las palabras.

—¿Qué le he hecho yo, viejo? Todo estaba saliendo según lo planeado. ¡Iban a pagar! Y yo se lo hubiera dado *tutto a lei. Tutto!* ¿Por qué me la ha jugado de esta manera? *Dov'è l'onore in questo?*

Don Impanato no estaba dispuesto a que le diesen lecciones de honorabilidad. Y menos aún un bastardo como Sartoreti.

—¿Dónde? —Se rio, sarcástico—. Quizás deberías preguntárselo a los dos pobres *pazzos* que confiaron en ti y que ahora se pudren en el suelo de una cabaña, en mitad del bosque. *Questo è l'onore* que conoces y el único al que pueden aspirar los de tu calaña.

Don Impanato hizo que la parte posterior de la mano se le escabullera desde el cuello hasta la barbilla, en un gesto despectivo para reforzar las palabras. Aquello le hizo parecer más que nunca un viejo campesino.

—En cuanto al dinero... —prosiguió—. ¿De verdad eres tan estúpido como para creer que los *americani* iban a pagar por recuperar a una pobre *ragazzina* italiana? Si es así, todavía eres más *pazzo* de lo que creía. Te dejé bien claro cómo irían las cosas si fracasabas. Solo estoy cumpliendo mi palabra.

—¡Su palabra! *Col cazzo!* ¡No me ha dado tiempo!

—No necesito darle tiempo a la fruta que se cae del árbol para pudrirse. Sé que lo hará en cuanto toca el suelo. ¿Para qué esperar a que vengan las moscas? Se presentó la posibilidad de sacar algo de todo este desastre y la aproveché. No me culpes de tu torpeza.

De manera que en eso se resumía todo: alguien le había ofrecido un trato mejor. Al darse cuenta del alcance de la traición, Luca arrugó los labios en

una mueca de asco.

—*Fanculo a te e pure a tua madre, stronzo.* ¿Sabe qué? Máteme y acabemos con esto de una vez. Al menos me libraré de tener que seguir escuchando sus mierdas.

Pero don Impanato no picó.

—Eso te gustaría, ¿verdad? A mí también, lo admito. Pero he dado mi palabra a alguien a quien respeto de que no habría sangre en esta historia. Al menos, no sangre derramada por mí. Tengo las manos atadas.

Luca sintió flaquear las piernas.

—¿Qué va a hacer conmigo?

—¿Yo? Nada. Pero los *caribineiri* estarán encantados de poder resolver tan deprisa el doble asesinato que acaban de encontrarse en los alrededores del Misurina. No es que esos *infelici* de Rendina y Latuzzi le importasen demasiado a nadie, pero ya sabes cómo son los polizontes. Les encanta aparentar eficacia. Hace que la buena gente se sienta segura. Y eso es bueno para los negocios.

Sartoreti sintió que un abismo se le abría bajo los pies. La cárcel no. Prefería mil veces una bala que pasarse los próximos treinta años de su vida en una habitación enrejada.

—*Vi prego, máteme* —suplicó, con un hilo de voz—. Al menos tengo derecho a eso.

El Don lo meditó un momento.

—*Mi dispiace.* Ya te he dicho que he dado mi palabra de que no se derramaría sangre. Pero la cárcel es larga. Quizá cuando la cosa se olvide...

Luca se agarró a esa esperanza. Calogero empezaba a empujarlo de nuevo al coche cuando clavó los talones en el suelo e hizo una última pregunta.

—*Chi è che ha parlato?* Ha sido ese mierda de Fiore, ¿verdad?

Don Sabino le echó una última mirada piadosa.

—¿Me tomas por un puto soplón? —Calogero volvió a empujar, pero entonces el Don añadió—: Pero te daré un consejo para que pienses en ello mientras estés entre rejas: ningún hombre inteligente confía en una *puttana*. Y menos aún si no está *innamorata di lei*.

Luca bajó la cabeza, derrotado. Loredana. ¿Cómo no se lo había imaginado? *Maledetta*, ya podía correr a esconderse en un agujero bien profundo, porque como se la echase a la cara...

Pero quien fue a parar a un agujero oscuro fue él. El capó volvió a abatirse sobre su cabeza y lo dejó otra vez a oscuras, mientras el automóvil salía de la cochera, directo a una *stazione di polizia*.

Por una vez, De Sica había llegado al lugar de la cita antes que su amigo. El *maestro* nunca utilizaba los reservados: la gente era generosa con él y siempre lo hacía sentirse querido. Recibir su calor bien valía interrumpir la conversación de vez en cuando para atenderles como es debido. Hoy, sin embargo, deseaba intimidad. El camarero puso cara de sorpresa cuando le pidió que lo llevase a un lugar tranquilo, pero lo hizo sin rechistar. Sus razones tendría el *maestro*. Cuando Bardo llegó minutos más tarde, lo recibió con los brazos abiertos.

—*Benvenuto, caro!* Hay que ver en las que nos meten. Ya empezamos a estar mayores para estas cosas, ¿no te parece?

—Habla por ti, *vecchio brontolone* —contestó Bardo, con un tono que casi pareció sincero—. Yo estoy cada día más joven.

De Sica le palmeó la espalda y esperó a que se sentara para hacer lo mismo.

—Todavía no me creo que haya salido bien —confesó el carpintero, aceptando el vaso que el otro le llenaba—. Tienes que contarme cómo demonios te las apañaste.

—Pura *fortuna sfacciata* —admitió el *maestro*, haciendo chocar el vidrio contra el de su viejo camarada—. Estaría mal por mi parte atribuirme algún mérito. Como puedes suponer, don Impanato no entró en detalles sobre cómo pudo encontrarla. Pero, por lo poco que he podido entrever, juraría que los planetas se alinearon de una forma extremadamente inusual a nuestro favor. De no haber sido así, ni con su ayuda habríamos podido dar con nuestra

Cinnia. —Volvió a beber—. En fin: la suerte nos besó en la boca, no le pongamos pegatas. Por cierto, ¿cómo está la *ragazzina*?

—*Meglio*. Se va recuperando. Lo pasó muy mal, pero ha resultado ser mucho más fuerte de lo que aparenta. De hecho, la próxima semana volverá al trabajo.

De Sica fingió estar escandalizado.

—¿Tan pronto? Me imagino que es cosa de Isabella, *vero*? ¡Esa mujer es de hierro!

A Bardo siempre le había gustado que su amigo hablase de Isabella con naturalidad absoluta, como si no supiera lo que había pasado entre ellos. Después de tanto tiempo, él ya debería haber aprendido a hacer lo mismo.

—En realidad, es justo al revés —le corrigió—. Es Cinnia quien se ha empeñado en volver cuanto antes. Antes de que me olvide: ha insistido en que te diga que le gustaría muchísimo poder darte las gracias en persona.

De Sica iba a adoptar su pose de falsa modestia. De repente cambió de idea y prefirió hablar en serio.

—Por supuesto, estaré encantado de verla. Pero dile que no tiene nada que agradecerme. Cualquiera habría hecho lo mismo. Por una vez, mi maldita pasión por las cartas habrá servido para algo bueno...

Bardo no quiso lidiar con aquel toro. No quería que su viejo camarada pensase ni por un momento que lo juzgaba. Más de un compañero de partido lo hacía abiertamente: ¿cómo puede considerarse comunista y vivir como lo hace él?, le echaban en cara. Mirad sus películas, les respondía siempre Bardo. Eso es lo que quedará.

En cuanto a lo otro, *bene*... tenía que ser muy difícil no caer en contradicciones ideológicas cuando se era una estrella de cine y el dinero entraba casi tan fácilmente como salía. Cuando todo el mundo estaba tan dispuesto a decirte siempre lo maravilloso que eras y las mujeres te miraban

de aquella manera.

Cualquiera tenía derecho a sus paradojas.

Él, al menos, se las concedía incluso a *il Duca di Visconti*, que era capaz de manifestar su apoyo al partido desde los lujosos salones de la ópera de Milán, bebiendo champán, tan ricamente, al lado de Coco Chanel o ese fascistoide de Salvador Dalí.

—¿Sabes lo que será divertido de verdad? —le soltó de pronto De Sica, sorteando la melancolía a la que parecía abocado hacía solo un instante—: Llevar a Jennifer a cenar con don Impanato. Es una *bella donna*, créeme. Pero, *Dio*, a veces parece que le hayan metido un palo por el trasero. ¡Va a ser digno de verse! Ella, con sus perlas y sus blusas de seda; y él, con su pinta de *campagnolo* y sin hablar una palabra de inglés. Cada vez que pienso en cómo será la velada me echo a temblar. Deberías acompañarnos.

Bardo todavía no se creía el papel que los *americani* habían aceptado jugar en todo aquello. Nunca se lo habría imaginado. A ellos tampoco hubiese debido juzgarlos. Pero de ahí a verse metido en aquel jardín...

—Te lo agradezco, pero paso. No sé qué me haría sentir más incómodo: si una *santarellina made in Hollywood* o un capo mafioso que nunca sabes cuándo va a querer que veas de cerca su *lupara*. Estos asuntos los dejo enteramente en tus manos, *maestro*.

De Sica pensó que era el momento de decirle a su amigo lo que le quemaba en el paladar desde que había entrado.

—Hablando de malos tragos, querido: ¿has decidido ya qué vas a hacer con respecto a Fiore?

Bardo fijó la vista en un manchurrón que había en la pared. Su tono se había enfriado cuando volvió a hablar.

—Lo que ha hecho es imperdonable. Estuvo a punto de costarle la vida a Cinnia. Tiene que ir a la cárcel. No hay más que hablar.

De Sica sintió que se le enturbiaba la vista.

—Viejo... Todos sabemos la clase de *cattivone* que es Fiore. Eso no te lo voy a discutir. Pero tú sabes qué lo llevó a hacerlo. Y hay que reconocer que cuando supo que la muchacha estaba en peligro, habló enseguida. Si hubiera pensado más en salvar su pellejo las cosas habrían sido muy distintas. Ya está suficientemente *fregato*, ¿no crees?

Bardo no contestó. Su mirada continuaba perdida en algún lugar de la pared y a su amigo le pareció que también en algún momento, muchos años atrás.

—*Bello*, te conozco. Sé dónde estás ahora mismo. Acepta un consejo por una vez: *lascialo stare*. Todo sucedió hace demasiado tiempo para continuar todavía atrapado en esa mierda. No creas que no te comprendo: te jodió la vida bien jodida, lo sé. Y, además, tal y como han ido las cosas luego no te han permitido pasar página. Pero, reconócelo: tú tampoco eres perfecto. Después de tantos años, el destino te ha dado la oportunidad de tomarte la revancha. Pero, sinceramente: ¿de qué te va a servir enviar a la cárcel a ese pobre *figlio di puttana*? Porque si me dices que de verdad te hará más feliz, entonces, *avanti!* Pero si no es así...

Bardo puso la punta del dedo índice sobre el mantel y recorrió con ella uno de los cuadros del estampado.

—¿No se suponía que tú eras el frívolo y vanidoso y yo el hombre con los pies en el suelo? Pues entonces ¿por qué demonios estás diciendo tú las cosas con sentido y yo comportándome como un imbécil? Tenemos que hablar con nuestros guionistas y que nos reescriban este diálogo *di merda*.

A De Sica se le iluminaron los ojos. Ese era el hombre al que quería desde hacía tanto tiempo.

—Para una vez que no me toca hacer el papel de *pazzo*, déjame recrearme un poco más...

Bardo esbozó un atisbo de sonrisa.

—Ok. Pero solo un poco. Si dejas de hacer de *pazzo*, tu carrera está acabada. Ya no tienes edad para llevarte a la chica. Eso, ahora, es cosa de Mastroianni.

De Sica juntó las puntas de los dedos y levantó ambas manos.

—¡Mastroianni! Es bueno, el muy... Será una gran estrella, oye lo que te digo. Pero no me llega ni a la suela de los zapatos.

—Sigue soñando, dinosaurio. —Se quedaron un momento en silencio, como si reflexionasen sobre todo aquello. Luego, Bardo preguntó—: ¿De verdad Fiore está tan mal?

—¿Mal? ¡Se mezcló con un *sicario* para urdir el secuestro de Jennifer Jones! ¡Así de mal está! Escucha, viejo: Fiore tiene lo que ha estado pidiendo a gritos toda su vida. No le des más vueltas. Pero antes de volver a mi querido papel de *buffone*, voy a decirte la última verdad que necesitas oír: tienes que hablar con Isabella. Tienes que sacar de una vez lo que lleva años pudriéndose ahí dentro. —Le puso la palma de la mano en el pecho—. Eso te hará mucho más bien que mandar a la cárcel al *mascalzone* de Fiore. O incluso al paredón... —añadió, como lo habría hecho en una de aquellas comedias suyas que encandilaban a media Italia.

De Sica sabía cuándo había que gritar *stop* para no estropear una buena escena. Se levantó trabajosamente de su asiento, dejó unas cuantas liras sobre la mesa, le puso una mano en el hombro a Bardo y se fue por el pasillo, silbando por lo bajinis la melodía que lo había convertido en una estrella hacía ya un cuarto de siglo.

Parlami d'amore Mariù

Tutta la mia vita sei tu

Carlo se miró otra vez al espejo. *Ideale*. Había acertado con el corte de pelo, lucía un bronceado de portada y el esmoquin, por prestado que fuera, parecía cortado a medida. Sonrió para los fotógrafos que deberían rodearle siempre. *Cheese!*

Rock había rodado su última escena la tarde anterior. Oficialmente, el rodaje era historia. Y, aunque llevaba semanas repitiéndose que no pasaba nada, que lo llevaba bien, la realidad se revelaba, por fin, tan terca como de costumbre.

Uno nunca lleva bien que lo traten como a un juguete que ha dejado de ser divertido.

Había intentado convencerse de que lo peor sería decirle adiós a aquella vida a la que era tan fácil acostumbrarse: los coches, los restaurantes, el lujo. Pero era casi tan malo mintiéndose como actuando. La parafernalia le gustaba, por supuesto. ¿A quién no? Pero lo que realmente lo tenía enganchado como un fumador a su pitillera era Rock. Y no solo porque era una de las pocas personas que había en el mundo cuya cara podía proyectarse en una pantalla de tres pisos de altura y salir bien parada del trance. Carlo se movía en ambientes donde la belleza nunca escaseaba. Eso nunca había sido un problema.

Lo malo era que Rock iba mucho más allá de lo que se veía a simple vista.

Cuando no se dejaba llevar por aquella estúpida comedia de *Charlie astro de cine*, era el hombre más dulce, considerado y divertido con el que había estado nunca. Y de eso su mundo ya no iba tan sobrado.

Por no hablar del animal que había resultado ser en la cama.

Carlo sintió una punzada de lástima por él. Aquella desesperación con la que se entregaba en cada una de sus relaciones por fuerza tenía que estar relacionada con cómo era su vida en América. Ser lo que ellos eran no era fácil en ninguna parte, seguro. Pero la vida de un don nadie también tenía sus cosas buenas. A él le bastaba con ser discreto para poder hacer y deshacer a su antojo.

Y, aun así, en ocasiones, la mentira se le hacía sofocante.

Se imaginó cómo sería para Rock: siempre en el centro de atención, fuera adonde fuese. Con las cámaras apuntándole permanentemente y el público queriendo saber de él. Invadir su privacidad. Descubrir qué había detrás de la fachada perfecta.

Si alguna vez llegaba a permitírsele, su recompensa sería el desprecio y el ostracismo. No quería ni imaginarse lo que era vivir con esa espada de Damocles encima.

Habían estado juntos menos de tres meses. Pero no había necesitado más para darse cuenta de que Rock era una olla a presión, permanentemente a punto de estallar. Solo cuando se permitía relajarse y dejaba escapar un poco de vapor aparecía aquel hombre por quien, en vano, había intentado no sentir nada, y al que nunca dejaría de echar de menos.

Después de aquella conversación, Rock ya no había vuelto a hablarle de ir a América. Paradójicamente, aquel silencio también le había dolido.

Pedimos la verdad, pero, cuando la obtenemos, descubrimos que lo que en realidad queríamos era que nos dijeran lo que deseábamos oír.

Así de claro.

Sacó el paquete de Nazionali del bolsillo del esmoquin y salió a fumar al balcón. Mientras encendía el pitillo, echó un vistazo a la hora. Rock llegaba tarde. Le había prometido una última noche para que lo recordase siempre —

¡como si olvidarlo fuese posible!—. Solo le había pedido que se consiguiese un esmoquin. Y él había entrado en el juego. *L'ultimo urrà*. ¿Por qué no? Teniendo en cuenta que el típico adiós lacrimoso en el aeropuerto estaba descartado, qué mejor manera de despedirse que quemando la ciudad una última vez, como dos Nerones magníficos.

Fumó en silencio, contemplando, como tenía por costumbre, la torre de la iglesia. Desde allí podía ver la campana de bronce e imaginarse los ojillos de la bandada de palomas que vivían encima. Si miraba abajo, había callejones estrechos, con casas que parecían encaballadas unas sobre otras. Y, por todos lados, azoteas con ropa puesta a secar en tendederos de poleas.

¿A quién pretendía engañar? Él era más romano que la Lazio. En América se habría muerto de pena sin todo aquello. A los dos meses de estar en aquella ciudad interminable, toda edificios y autopistas, estaría atracando una licorería para poder pagarse el billete de vuelta.

Una última noche memorable. Eso era todo lo que quería.

Se terminó el cigarrillo sin ver detenerse ningún coche ante su portal. Algo no iba bien. Trató de imaginarse qué. ¿Habría decidido Vidor rodar alguna escena adicional o repetir otra? Con aquel hombre todo era posible, pero Rock habría tenido tiempo de sobra de avisarlo. Quizá, sencillamente, lo retrasaba el tráfico.

Volvió adentro. Su casa no era gran cosa: tres habitaciones pequeñas con un suelo de baldosines marrones y un techo irregular. Tenía pocos muebles: la cama, una cómoda vieja, una mesa inestable y cuatro sillas en diferentes estados de precariedad. Eso era todo y, de momento, le había bastado. Con Rock había experimentado cómo vivían los de arriba y dar marcha atrás nunca era sencillo. Pero no quería pensar en eso.

Se sentó un momento en la silla que mejor estaba. Enseguida se levantó y empezó a pasear por el cuarto. *Dove sei, piccolo?*

Oyó que llamaban a la puerta y se le iluminó el semblante.

Finalmente!

Lo que se encontró al abrir no fue la marmórea barbilla y la sonrisa de revista de su amante, sino el perfil sudoroso y hastiado de un repartidor que pedía a gritos el final de una larga jornada.

—*Martuffi, Carlo?*

—*Sì, sono io.*

El tipo pareció aliviado. Entregaba el maldito bulto y se iba a casa.

—*Ecco, ho un pacco per lei. È da parte di Rocco.*

Le entregó un pequeño paquete envuelto en papel de regalo. Confuso, Carlo lo aceptó sin saber qué hacer. El mensajero se quedó esperando, repartiendo el peso del cuerpo de un pie al otro. Habían sido cuatro pisos sin ascensor...

El joven hurgó en el bolsillo sin encontrar nada. Se encogió de hombros a modo de disculpa, mientras el otro le miraba de arriba abajo, esquinado. Mucho esmoquin, pero tan mondo y lirondo como cualquier hijo de vecino, ¿eh?

Meneó la cabeza, murmuró algo que Carlo agradeció no haber entendido y se fue escaleras abajo, maldiciendo la suerte que lo había abandonado en aquel trabajo de mierda, en aquella ciudad de ratas.

Carlo cerró la puerta a su espalda y caminó lentamente hasta la habitación que le servía de comedor. Dejó el paquete encima de la mesa, como si se tratase de la Caja de Pandora. No sabía por qué, pero estaba seguro de que no podía contener nada bueno. Se quedó mirándolo un buen rato, pero eso no le sirvió para hacerlo desaparecer.

Echó todo el aire por la boca. Lo abriese o no, se quedaría allí.

Por fin, rasgó el bonito papel satinado. Lo primero que vio fue la elegante letra D, dorada, que llevaba grabada la cajita en el extremo inferior derecho.

Un involuntario sollozo le sacudió el pecho. Terminó de desenvolver el regalo, con el rostro desencajado.

Un Dupont de oro.

Lo sacó de la caja y accionó el pulsador. Como no podía ser de otra manera, una llamita orgullosamente anaranjada coronó el elegante encendedor de oro.

Inclinó la cabeza. *Maledetto Rocco.*

Entonces vio la nota pegada a la parte posterior de la caja. Dejó el mechero, la abrió nerviosamente y leyó las escasas líneas: *Nunca me han gustado las despedidas. Y no necesito hacer nada especial para recordarte, porque nunca te olvidaré. Mejor hagámoslo así, ¿quieres? Por favor, bello, sé feliz. (Y ve a clases de interpretación, yo no era mucho mejor que tú cuando empecé.)*

Firmaba, *Charlie astro de cine.*

Carlo se dejó caer sobre la silla. No estaba enfadado. Le hubiera gustado tenerlo en su cama una última vez, por supuesto. Pero prefería mil veces conservar aquella nota, que podría tocar y releer cada vez que quisiera.

—*Sii felice anche tu, Charlie divo del cinema* —murmuró por fin.

Se llevó una mano al cuello para aflojarse aquella maldita pajarita que tanto le había costado anudar. La arrojó sobre la cama y se despojó de la chaqueta. Al menos, ya no tenía que llevarla.

Encendió otro cigarrillo con su flamante Dupont nuevo y salió a fumar al balcón. Roma continuaba tan llena de vida y de conflictos como hacía un rato. La ciudad no se detenía ni siquiera por los habitantes que más la querían.

Igual que las estrellas de cine.

Aspiró profundamente el humo y lo hizo bajar, mezclándolo con la tristeza que lo anegaba. Una tristeza con regusto dulce, mucho más cercana a la

nostalgia que a la desesperación. Más como un río del que se podía salir nadando limpiamente que de una ciénaga que se te traga a traición.

Le haría caso, decidió: sería feliz.

Y, sí, tomaría clases de interpretación.

Al verla doblar la esquina, Giulia soltó un gritito y corrió a encontrar a su amiga. Le echó los brazos al cuello e, incapaz de decidir si reír o llorar, optó por ambas cosas a la vez. Cinnia todavía se sentía muy frágil y las lágrimas le brotaron sin quererlo. Las dos amigas permanecieron un buen rato de aquella manera, hasta que Giulia recordó que le tocaba a ella ser la fuerte. Se tragó el llanto, sacó un pañuelo del bolso para secarse las lágrimas y luego se lo ofreció a ella. Cinnia lo aceptó y poco a poco recuperaron la entereza.

Giulia dio un paso atrás y le echó un buen vistazo.

—Cin, te veo la mar de bien. ¡Estás guapísima!

Tenía razón. Llevaba un bonito vestido de verano, topos blancos en fondo negro, ceñido a la cintura y con la falda ligeramente por debajo de la rodilla. Su madre había tirado la casa por la ventana para que pudiera verse bonita y conseguir que se animara. Hasta le había añadido un pañuelo de seda blanco para la cabeza y sandalias de talón alto, de esas que estaban tan de moda. Aunque Giulia habría sido un poco más atrevida con el maquillaje, la verdad era que todo le sentaba de maravilla.

—¿De verdad? Eres un cielo por decirlo. Tú sí que estás preciosa, *Giu*.

Giulia respondió dando un giro sobre las punteras de sus zapatos. Iba más de *pin-up* que nunca: atrevido vestido a cuadros beis y negros con escote de bañera, el pelo recogido con una diadema roja y un cinturón ancho, a juego. Peep-Toes de tacones vertiginosos y una pulsera de perlas negras de bisutería completaban el conjunto. Había tenido que ahorrar mucho para poder pagárselos, pero valían cada lira invertida.

—Somos las dos chicas más guapas de Roma, ¿no es cierto? —exclamó alegremente—. ¡Demos un paseo y hagamos que los *ragazzi* se mueran por nuestros huesos!

Giulia pretendía que su amiga se sintiera cómoda y feliz. Solo tenía una vaga idea de por lo que había pasado, pero estaba determinada a ayudarla a olvidarlo. Y eso incluía aguantarse las ganas que tenía de que ella se lo contase todo. Ya lo haría cuando se sintiera con fuerzas. Entretanto, su trabajo era devolverle la alegría. Y hacerse mirar por los chicos era la mejor manera que conocía de venirse arriba. Por fortuna, esta vez Cinnia no se hizo de rogar. Se cogieron del brazo y echaron a andar, al amparo de la sombra benéfica que les brindaba la arboleda que se elevaba a orillas del Tevere.

Disfrutaron provocando un par de casos de tortícolis aguda y levantando un discreto coro de silbidos y piropos, más o menos atrevidos. Giulia se habría parado a coquetear un poco con algunos de aquellos muchachos, pero esta vez se amoldaba sin discusión al ritmo que le marcaba su amiga. Y Cinnia tenía bastante con levantar aquel revuelo, pero sin pararse a recoger los frutos. Después de un buen rato paseando, le propuso que se sentaran en una terraza de las que abundaban junto al río para tomarse una Coca-Cola.

Buscaron un lugar fresco y sombreado y pidieron las bebidas. Mientras esperaban, Cinnia parloteaba animadamente. Habría podido engañar a cualquiera, pero Giulia la conocía demasiado. Se daba cuenta de lo vulnerable que estaba todavía y, aunque trataba de disimularlo, sufría por ella.

Estaba contándole cómo su madre había decidido comprarle aquel vestido tan caro cuando, sin previo aviso, empezó a relatarle cómo había ido a parar al coche que debió haber ocupado Jennifer Jones, y lo que había sentido cuando se abrieron las puertas de repente y aparecieron aquellos dos hombres.

Ya no se detuvo. Giulia la escuchaba, entre conmovida y aterrorizada. Se estremeció como si hubiese estado allí cuando le describió el sonido terrible de los cuerpos al caer al suelo o cómo se le había encogido el alma cuando aquel hombre horrible le había susurrado al oído: *reza para que paguen*.

—*Brutto figlio di puttana* —murmuró, casi para ella, mientras Cinnia continuaba aquella historia que hubiese deseado no tener que contar nunca.

Cuando terminó, estaba agotada. Giulia se levantó y dio la vuelta a la mesa para abrazarla otra vez.

—*Sono qui, mia cara. Ora andrà tutto bene, te lo prometto.*

Lloraron un poco otra vez, pero Giulia se obligó a rehacerse.

—¡Basta de lágrimas! Se nos va a correr el maquillaje, y por ahí no paso. —Se fijó en las dos botellas de refresco que habían quedado sin tocar sobre la mesa. C cogió la suya y le dio la otra, obligándola a entrechocar los cuellos—. Por nosotras, *Cin. Cento anni!*

Cinnia sintió que la embargaba una cálida sensación de seguridad. Otra vez dio gracias por tener a Giulia Vecchio

—*Amiche per sempre* —respondió, aceptando el brindis.

Bebieron un buen trago cada una. Cinnia dejó la botella sobre la mesa y se quedó mirándola como si tuviese vida. De repente, aquel envase altivo y aflautado, tan americano, le recordaba a la mujer a la que ya ni siquiera podía guardarle rencor, puesto que había jugado un papel determinante en su liberación.

Como si le leyera la mente, Giulia le preguntó:

—Bueno, y cuéntame: ¿qué ha pasado con *tu* Gino? ¿Por qué no has vuelto a verle?

Cinnia bajó la cabeza hasta que la barbilla le tocó el pecho.

—No seas mala, *Giu*. No es *mi* Gino. Ya nunca lo será.

La otra arqueó las cejas. *Scusa?*

—¿Cómo que no es *tu* Gino? ¡Pues claro que lo es, *sciocca!* Vino a rescatarte sin importarle el riesgo, ¿no? Te sacó en brazos de ese lugar horrible y estuvo contigo todo el tiempo. Si eso no es estar por ti, ya me dirás qué más necesitas. Si vas a echarlo a la basura, luego no te sorprendas si voy, lo recojo y lo convierto en el *signore* Vecchio.

Cinnia no tuvo más remedio que sonreírse.

—No es tu tipo —le recordó—. No tiene ni una lira.

—Los caballeros de brillante armadura son el tipo de todas, *bella*. Y por lo que me has contado, la de tu hombre ahora podría dejarme ciega con su resplandor. De verdad que no te entiendo. Tenías mi bendición cuando hablabas de estrangularlo después de lo que oíste aquella tarde; pero si ni con eso ha logrado que lo perdones... ¿Qué pretendes que haga, el pobre? ¿Qué te construya un Taj Majal de madera?

Cinnia se removió sobre la silla. No era tan sencillo. Gino y esa americana estaban juntos. *Juntos* de verdad. Y había algo que empeoraba aún más las cosas:

—Bardo me contó que sin su ayuda nada habría sido posible. Y eso que yo había estado aprovechando cualquier oportunidad para ser una bruja con ella. Además, deberías verla: ¡es guapísima! Podría estar en la misma habitación que Alida Valli y la gente no sabría a cuál de las dos mirar. Alguien como yo no tiene ninguna posibilidad contra una mujer así.

Giulia no pensaba dejar que se rindiese.

—¡De eso nada! Mira, Cin, te conozco desde el jardín de infancia. Y nunca te había visto como con ese chico. *Nunca*. Si lo dejas escapar, te pasarás el resto de tu vida pensando en él. *D'accordo*, la americana esa resulta que es un bombón y, para colmo de males, bastante decente. Eso nos lo pone más difícil, lo admito. Pero hay veces en la vida en que una mujer tiene que sacar las uñas para luchar por lo que quiere. Y estoy convencida de que ella no lo

quiere más que tú.

Cinnia se sentía arrojada a un remolino: con sus sentimientos tirando de ella hacia un lado y sus miedos empujándola en dirección opuesta. Su amiga le pedía que nadase, pero ella sentía que nada podría evitar que acabase engullida.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que vaya y le saque los ojos a alguien a quien podría decirse que le debo la vida? ¿O que me arrastre y le suplique que me lo devuelva? No, *Giu*. Si me conoces, sabes que no soy ninguna de esas dos mujeres.

—*Ok*. Y entonces ¿qué? ¿Te echas a un lado y les deseas que sean muy felices? Eso podía ser una solución para nuestras madres. Pero estamos en 1957. Aunque creas que sí, cada vez se lleva menos lo de quedarse sentadita, esperando a que alguien te saque a bailar. Estás enamorada de Gino hasta las trancas, ¿no? ¡Pues arriésgate y ve a por él, boba! Los hombres no se quedan siempre con la más guapa, ¿sabes? A veces te sorprenden y eligen a la que saben que los quiere más. Y te aseguro que ahí no tienes rival. Pero, claro, si no estás dispuesta a hacérselo ver...

Giulia se había inclinado hacia delante y la miraba, como una gata enfadada, por encima de la mesa. Esperando hacerla reaccionar. Pero ella volvía a sentirse triste y exhausta. Aunque su amiga estuviese en lo cierto, no se veía capaz de luchar contra su propia naturaleza y salir airosa. Giulia podría llamarla tonta, y con razón. Pero siempre había sabido qué debería hacer un hombre para que le entregase su corazón. Y no creía pedir demasiado: solo que se acercase, la cogiera de la mano y se lo pidiese sinceramente.

Nada más.

Pero si no podía tener ni eso, entonces... quizá se había equivocado de hombre.

Jennifer se removía, inquieta, en el asiento trasero del automóvil. Su nerviosismo tan patente contrastaba con la relajación que exudaba De Sica, sentado a su lado. El *maestro* era perro viejo en aquel tipo de situaciones. Cuando Roma se convirtió en el plató preferido de los *americani*, él había sido uno de los anfitriones recurrentes a la hora de dar la bienvenida a visitantes ilustres del otro lado del Atlántico. Tenía un buen montón de anécdotas de aquellas ocasiones y no estaba preocupado por lo que les depararía la noche. Difícilmente llegarían al nivel de la embarazosa vez que había acompañado a Margaret Truman a cenar a uno de los restaurantes de moda de la ciudad. La cosa había ido rodada hasta que a la hija del presidente americano —actriz mediocre y cantante aún peor— le habían pedido que firmase en el libro de honor del local. Estaba a punto de estampar su rúbrica cuando vio algo que la hizo detenerse. Se volvió con ademán de dignidad ofendida hacia el sonriente propietario y, con voz escarchada, le espetó que no pensaba firmar en un libro donde antes lo habían hecho tipejos como Himmler y Goebbels. Consternado, el dueño trató de disculparse diciendo que no hacía tanto que Italia había sido ocupada por los nazis. Pero la hija del presidente no había tragado: *Seguro que nadie le obligó a pedirles un autógrafa a esos hombres, ¿no es así?*, repuso, devolviéndole la pluma.

Ni a su señor padre a enviarles a Fat Man y Little Boy, envueltos para regalo, a los agonizantes giapponesi, podía haberle respondido él. Y le habría sobrado la razón. Pero prefirió dar media vuelta, llevándose el libro de la discordia. Y, con un poco de mano izquierda por su parte, la noche todavía se

había salvado de manera más que digna.

All'italiana.

De Sica era muy consciente de que, si Dante estaba en lo cierto, don Impanato no iría a parar muy lejos del círculo del infierno donde ya ardían los jefes nazis. Pero eso Jennifer tampoco necesitaba saberlo. Así que había preferido describirlo como un hombre de negocios venido a más, que cultivaba algunas *relazione pericolose* que, mira tú por dónde, les habían venido de perlas para salir del atolladero.

Una versión para *Girl Scouts* de Sinatra y su *Rat Pack*.

Jennifer había fingido creerle mientras él le pintaba aquel retrato bucólico del Don. Pero tenía ojos en la cara y había estudiado en buenos colegios. Aunque pudiera representar el papel de manera convincente, no era ninguna ingenua.

—¡Es que no tengo ni idea de qué voy a hablar con ese hombre! —estalló, inesperadamente—. ¿Cómo sé que no voy a meter la pata en cualquier momento, Vittorio? ¿Qué se le dice a un...? ¡Dios! ¡Nunca debería haber aceptado este chantaje!

De Sica se dio cuenta de que tenía que hacer algo. Si alguna cosa había aprendido de Jennifer después de haberla dirigido en la pantalla era que no soportaba encontrarse en situaciones que no pudiese controlar. Eso, y que anhelaba tanto aquel control como sentirse tutelada por alguien en quien pudiese depositar su total confianza. La que se disponían a protagonizar no dejaba de ser otra comedia y sin David a su lado para decirle lo que tenía que hacer, se sentía perdida.

Y, cuando sus inseguridades afloraban —recordaba la confianza que le había hecho una noche de coñac y póker el *difunto* Arthur Fellows—, su tendencia natural era romper a llorar y salir huyendo. Así de sencillo.

Antes de subir al coche, ella todavía había insistido una última vez en que

su marido los acompañase. Pero don Impanato había sido muy claro al respecto: deseaba cenar a solas con *la divina* Jennifer Jones. Y aunque compartir mantel con un mítico productor también era plato de su gusto, le seducía mucho más la perspectiva de poder contar con la atención de una estrella de Hollywood para él solo.

En realidad, aquel había sido el precio que había puesto para ayudarlos a recuperar sana y salva a Cinnia. Si ahora toleraba la presencia de De Sica en la mesa era, únicamente, porque necesitaba a un traductor.

Aunque la noche del secuestro Jennifer se hubiera ofrecido a hacer lo que fuese necesario para recuperar a la joven costurera, a la luz del día había tenido tiempo de arrepentirse. David podía haber puesto a su disposición a los mejores maquilladores de la industria y haberla vestido con ropa de los mejores diseñadores para asegurar su estatus de diosa. Pero debajo de todo el oropel continuaba viviendo una muchachita de Oklahoma para quien el control y la confianza lo eran todo.

Y, ahora mismo, ni dominaba la situación ni estaba segura de poder confiar en él.

El italiano consideró cómo actuar. Sabía que muchos de los que se sentaban a su lado en las entregas de los Oscar o la invitaban a sus elegantes fiestas pensaban de Jennifer que solamente había triunfado gracias a su predisposición a dejar que el gran David O. Selznick la convirtiera en la personificación de su particular concepción de la belleza femenina. Que cuando él no estaba ella era solo una marioneta a quien le habían cortado las cuerdas. Que sin él se habría pasado la vida haciendo de florero en producciones de serie B. Y eso con suerte y siendo amable cuando y con quien había que serlo. Pero De Sica discrepaba. La había dirigido y creía conocerla. Selznick le había allanado el camino, sí, eso no se discutía. Pero los retos a los que se había enfrentado eran tan grandes como lo habrían sido

para cualquier otra. Y su talento le pertenecía solo a ella.

Solo tenía que insuflarle esa confianza que necesitaba más que el respirar.

En toda su vida había tratado de resultar más encantador que en aquel instante.

—Jennifer, mírame: ¿Confías en mí?

Ella se sintió atrapada entre la espada y la pared con aquella pregunta. Pero, tras considerarlo, pudo responderle con sinceridad:

—Sí. Confío. Por supuesto.

—*Bene*. Te seré sincero: don Impanato es un gánster. Uno de los gordos. Como Edward G. Robinson en *Hampa dorada*. Pero también es un hombre de negocios que está a punto de abrir un restaurante en el que ha invertido mucho dinero. Y, más aún, un gran admirador del cine americano en general y de ti en particular. Tendrías que escupirle en la cara para que dejase de ser el viejecito entregado que nos encontraremos. Compórtate como lo haces en cualquier fiesta de Beverly Hills y todo irá como la seda.

Jennifer pareció tranquilizarse un poco. Tenía un director y unas instrucciones claras sobre cómo interpretar la escena. Ahora ya podía sentirse cómoda en el escenario.

—¿Y qué hago si empieza a hacerme preguntas indiscretas? Ya sabes cuánto odio tener que hablar de ciertas cosas.

De Sica la tomó de las manos y se las estrechó con calidez.

—Querida, es un gánster, pero también es un *cavaliere*. Y estarás en su casa. Preferiría pegarse un tiro a hacer nada que pudiera resultarte ofensivo o desagradable. Querrá saber lo que quieren todos los admiradores: cómo es trabajar con Gregory Peck, qué tal te llevaste con Gina Lollobrigida, cuál es tu película favorita; ese tipo de cosas. Desempolva las anécdotas más inofensivas que tengas y te garantizo que le harás feliz.

—¿Solo eso? ¿Seguro?

—¿Solo, dices? —De Sica levantó los brazos hasta casi tocar la capota con la punta de los dedos—. ¡Eres Jennifer Jones, *cara!* Te aseguro que si haces lo que te digo le proporcionarás a ese hombre una de las noches más memorables de su vida. Piensa en esto: ha visto *Duelo al sol* ocho veces. ¡Ocho! Y siempre llora cuando tú y Greg os morís, abrazados en el barro.

Jennifer suspiró, aliviada. Sin darse cuenta se llevó la mano al collar de perlas de cuatro vueltas que llevaba. Se había arreglado como para un estreno: elegante vestido azabache con escote francés, estola de piel de marta cibelina blanca pese al calor y labios sanguíneos y perfectamente delineados. Había llevado lo mismo en la última gala a la que fue con David. Aparentaba diez años menos de los que tenía. Y tendría un público entregado.

Podía hacerlo.

—¿Acordamos una señal por si hago algo incorrecto? —quiso asegurarse todavía.

De Sica sintió una corriente de afecto por ella. No por la estrella que había moldeado David hasta el mínimo detalle, sino por la mujer terriblemente tímida y patológicamente celosa de su vida privada que tenía delante.

—Estoy *absolutamente* seguro de que no será necesario. Pero, para que estés más tranquila, si algo se tuerce derramaré un poco de vino. En ese caso, llévame la corriente y déjame hacer a mí. Pero te apuesto cien dólares a que el mantel se queda impoluto.

Jennifer se rio. Estaba tranquila, relajada. Había superado la crisis.

—Ya sabes que nunca apuesto. Eso se lo dejo a David, que nunca pierde.

Eso es lo que él debe de contarte, sicuro, pensó De Sica sin alterar ni un ápice la expresión.

El coche se adentró en el *rione* Monti para detenerse en la Via di San Giovanni in Laterano, entre el Coliseo y la bonita y discreta Basilica di San Clemente. La portezuela se abrió apenas los neumáticos dejaron de girar y en

su lugar apareció una mano de dedos sudorosos para ayudar a bajar a Jennifer. Ella suspiró y salió del vehículo con la misma decisión con la que habría pisado el escenario la noche de un estreno.

La calle, estrecha y con la calzada de adoquines antiguos, estaba salpicada de locales de nombres atrayentes: Colosseo Café, Naumachia, Hostaria i Clementini; pero uno destacaba por encima del resto gracias a un gran letrero luminoso en el que podía leerse una sola palabra.

Hollywood.

Y, en la puerta del restaurante recién inaugurado, el rostro de don Sabino Impanato, tan rústico como de costumbre, pero ahora resplandeciente de una ilusión casi infantil. Por una vez en la vida, tenía las mejillas perfectamente rasuradas y vestía un traje a medida, de raya diplomática, que casi conseguía ocultar su linaje de destripaterrones.

—*Benvenuta. Io sono molto onorato di conoscerla* —la saludó, yendo hacia ella como el devoto que se aproxima a la estatua de una diosa.

Jennifer le tendió la mano y el Don se la besuqueó con galantería. Desde detrás, De Sica asistía a la escena pacientemente, encantado de ver cómo las cosas se desarrollaban según sus previsiones. Don Impanato estaba tan feliz que solo le faltaba dar saltitos por la acera. Y Jennifer, segura de sí misma, a sus anchas en el rol de diosa benéfica que se aparecía por una vez a sus adoradores para arrojarles un poco de luz divina.

—*Vi prego gentilmente, di raggiungere.*

Jennifer le dedicó una mirada fugaz a su acompañante y el *maestro* le hizo una indicación sutil para que entrase. El Hollywood resultó ser un local muy grande, en las antípodas de la vieja *trattoria* que tanto le gustaba al Don: muebles nuevos y resplandecientes, mantelería y vajilla a la moda y lo más importante: las paredes decoradas con afiches de películas y fotos dedicadas de actores y actrices americanos e italianos. Don Impanato guio al grupo

hacia una salita que se abría a la derecha e invitó a pasar a Jennifer con un ademán teatral.

Se quedó boquiabierta. La habitación era prácticamente un altar dedicado a su persona: en las paredes, lujosamente enmarcados, estaban los carteles de sus mayores éxitos. *La canción de Bernadette, Jennie, Desde que te fuiste, Cartas a mi amada, La colina del adiós*. También *Estación Termini*, de la que no guardaba tan buen recuerdo pero que compartía aquellas paredes por razones obvias. Y, por encima de todas las demás, *Duelo al sol*. Don Impanato había recopilado carteleras de diferentes países y, además, les había añadido una buena colección de imágenes de Jennifer, en su papel de Perla Chávez. La rabiosa belleza que había exhibido en el filme de King Vidor los intimidaba desde todos los ángulos posibles.

—*Abbiamo fatto tutto il possibile. Spero sia di suo gradimento* —dijo el anciano, con el pecho henchido de orgullo.

De Sica se lo tradujo a Jennifer y enseguida le trasladó su respuesta al impaciente Don.

—*Ha detto che non potrebbe piacergli di più. È veramente commossa*.

Don Impanato no ocultó la satisfacción que le producían aquellas palabras. Señaló una mesa dispuesta hasta el último detalle:

—*Onorevoli ospiti, prego, sedetevi. La cena sarà servita subito*.

Jennifer no necesitó mirar a De Sica para saber qué había dicho. El Don en persona le apartó la silla para que se sentara.

—¡Qué amable! —Aceptó, coqueta—. Vittorio, ¿te parece adecuado que le diga a nuestro anfitrión que me recuerda un poco a Ward Bond?

De Sica sonrió. *Vedete?* Bien dirigida, Jennifer era una actriz de primer orden. Él también había visto la cartela de *Hondo* colgada en el pasillo, pero nunca se le habría ocurrido aquel cumplido. Una improvisación de primera por su parte. Se lo tradujo enseguida al Don, que quedó encantado. *Hondo* era

su western favorito.

—*Davvero lo credete? È molto gentile da parte sua.*

No lo había visto nunca tan risueño. Ni cuando ganaba una buena mano. Se relamió en silencio. Cuántas anécdotas podría contar de aquella velada.

La cena resultó exquisita. Un menú a base de especialidades calabresas que incluía *Sopa de cipudduzzi, Fhilatierj, Maccarruni i'casa, Pose, Bucatini cu Stoccu, Bucalàci, Piscispata 'rustùtu cu'sarmorìgghiu* o *Melanzane ripiene con lo Stocco*. Siguiendo las recomendaciones de su *marmocchio* particular, don Impanato había invertido una pequeña fortuna en robarle el chef a uno de los restaurantes más selectos de la ciudad. Pero el hombre había resultado valer hasta la última lira. Ni la *sua mamma* preparaba unos *Frittole* como los que les habían servido.

Mientras el Don se hartaba sin complejos de todas aquellas delicias, Jennifer jugueteaba con la comida del plato y apenas se llevaba la suficiente a la boca para no resultar maleducada. Antes de que don Impanato preguntase si algo no era de su agrado, De Sica se apresuró a contarle que las estrellas de Hollywood estaban condenadas a permanecer siempre atentas a la báscula. Incluso en el Olimpo se pagaban peajes. El Don removió la cabeza, solidario. En su juventud había sido delgado como el alambre que delimitaba los campos y la comida nunca había sobrado. Pero de eso hacía mucho. Ahora, cada año tenía que añadirle un agujero más a su viejo cinturón. La sola idea de ver racionadas sus comidas diarias le hizo estremecerse. Y, por ende, admirar aún más a aquella mujer que se mantenía esbelta y bellísima no por arte de magia, como había creído, sino a base de sacrificio y voluntad.

Se lo hizo saber a De Sica, que se lo tradujo a Jennifer con algunas variaciones. Ella aún no había decidido con qué cumplido iba a responder

cuando el Don quiso saber algo.

—*Maestro*, ¿podría preguntarle a nuestra invitada qué significa la O. del apellido de su esposo? Siempre he sentido curiosidad...

De Sica se lo dijo a Jennifer en el mismo tono distendido que habían mantenido hasta entonces, pero enseguida se dio cuenta de cómo la incomodaba a ella.

—¿Hay algún problema? —inquirió, confuso.

—Bueno, verás... —Jennifer vacilaba. Aquello no era realmente un secreto, pero tampoco era algo que quería confesarle a cualquiera. Al final, no tuvo más remedio—: David pensó que añadiendo esa O le daría más lustre a su nombre. En realidad, no significa nada.

De Sica levantó las cejas. Luego se lo tradujo a don Impanato, que se quedó igualmente perplejo. Tanto, que dejó los cubiertos en el plato y consideró el asunto por un instante.

—Sabino O. Impanato. —Paladeó por fin—. Es cierto que le añade prestancia al conjunto. Aunque quizás yo debería probar con otra inicial. Pregúntele a la dama si tiene alguna sugerencia, ¿quiere?

Jennifer se tomó bien la humorada y, tras algunas pruebas, decidieron que la *M* era la más adecuada. Satisfecho, el Don aseguró que la usaría en algunas de sus relaciones comerciales. *Las más selectas*, puntualizó. Jennifer no supo si lo decía en serio o era otro de sus chistes italianos y se limitó a responderles con una de aquellas sonrisas sobrealimentadas suyas que solo le gustaban a David.

Fue precisamente con otra, muy parecida, con la que se fotografió junto a su anfitrión, antes de poner fin a la velada. El Cirò había corrido generosamente e incluso Jennifer notaba un agradable mareo que la hacía sentirse mucho más cómoda que cuando habían empezado a cenar. Ni siquiera se lo tomó a mal cuando su anciano anfitrión se le arrimó un poco

más de lo debido en un par de las instantáneas que se hicieron juntos.

Había sido una tonta al tenerle miedo a aquel hombre tan agradable. Su abuelo no debía de haber sido muy distinto.

Se despidieron, como los mejores amigos, bien pasada la medianoche. Jennifer prometió que recomendaría el Hollywood a todos sus colegas que tuvieran previsto rodar en Roma y don Impanato respondió dejando libre una pared para poder llenarla con las fotos de las estrellas de cine que pasarían por aquel local. Sería la guinda del pastel de su nuevo establecimiento: la clientela *Made in USA*.

En toda la noche no se habló ni una sola vez del acontecimiento que los había reunido allí. Solo dos nuevos amigos, conociéndose y disfrutando de una deliciosa cena.

Jennifer se dejó besar la mano por última vez y se metió en el coche. De Sica todavía tardó un momento en unírsele. Cuando el motor arrancó y se quedaron solos, a ella se le escapó una risita espontánea. Fue entonces cuando el italiano comprendió de una vez por qué Selznick había puesto fin a un matrimonio de casi dos décadas con la hija de uno de los magnates más poderosos de Hollywood para poder casarse con una aspirante a actriz, hija única del dueño de una pequeña cadena de cines de Oklahoma.

—¡Vittorio, tenías razón! —exclamó, agitando un pie para hacer saltar el zapato, lo que demostraba hasta qué punto estaba borracha—. No había ningún motivo para estar nerviosa. Don Sabino es un hombre encantador. Educadísimo. Y qué local tan magnífico. Voy a llenárselo de gente del cine, palabra.

—Has estado sublime —la piropeó él—. *Bravissima*. Si llegamos a quedarnos un par de horas más, estoy seguro de que te pide en matrimonio.

Jennifer volvió a reírse. Estaba divina. Deslumbrante. De Sica había bebido el doble de Cirò que ella, aunque no sufría ni un cuarto de sus efectos.

Aun así, tuvo la tentación casi irresistible de besarla en la oscuridad de aquel asiento trasero, separados del conductor por un cristal de lo más conveniente. Habría sido un error fatal. Por suerte para él, tenía demasiado mundo como para no darse cuenta de según qué cosas.

Resignado, se dio por satisfecho haciendo el último comentario ingenioso de la velada. Era más de lo que había sacado en limpio muchas otras noches.

—Un encanto, ¿verdad? —dijo, casi como si se lo creyera—. Pero permíteme que te dé un buen consejo, *cara*: no pierdas nunca una partida de póker con él. Al menos, no si no puedes pagarle enseguida.

PARA: Charles Vidor

Este es mi último memorando para ti relacionado con Adiós a las armas.

Antes del estreno mundial de la película, el próximo 18 de diciembre, y sea cual sea la recepción que tenga por parte del público, querría expresarte mi gratitud por tu talento y tu infatigable entrega a la película, bajo las más extraordinariamente difíciles circunstancias. Valga lo que valga, mi opinión personal es que has hecho un magnífico trabajo de dirección y tengo la ferviente esperanza de que después del estreno del film seas reconocido como uno de los mejores directores del mundo.

Entretanto, recemos... D.O.S.

Selznick releyó la nota cuatro veces antes de considerar que tenía el tono adecuado. Aunque aquel condenado magiar había sido un auténtico dolor de muelas, quería acabar de buenas con él. Lo último que ahora necesitaba la película era otro director echando pestes por ahí. No le importaba tragarse el orgullo sin con ello obtenía lo que necesitaba.

Vidor había sido un incordio hasta el final. En un postrer arranque de autor, se le había ocurrido narrar la escena de la muerte de Catherine a través de las reacciones de Henry. Selznick se había echado las manos a la cabeza. Tenía a una de las actrices más respetadas de Hollywood en su mayor desafío hasta la fecha y pretendía prescindir de ella a cambio de un galán

voluntarioso que acababa de ver cómo un recién llegado le birlaba el Oscar. ¿Acaso él era el único que aún conservaba la cordura en aquel rodaje?

Aquella manera de abordar la escena era totalmente absurda. Ir con la cámara de un protagonista al otro solo conseguiría restarle fluidez a la narración. Una cosa era respetar la frase de Hemingway, *Henry se echó a llorar*, y otra muy distinta filmar a un actor mugiendo a moco tendido como no se había hecho desde que Al Jolson derrochase lágrimas en *El loco cantor*. ¿Se habían vuelto locos, o qué? ¡Era la escena de la muerte de Catherine! El protagonismo tenía que recaer totalmente sobre ella y no sobre las reacciones de su amado.

¿Cómo podía no verlo?

Dios era su testigo de que se había mordido la lengua hasta sangrar mientras asistía al derroche de miles de dólares en material secundario o irrelevante que quizá ni aparecería en el montaje definitivo. Todo para tener contento a Vidor. Pero hasta ahí. No le permitiría que dinamitase la escena más importante de la película solo para que él pudiera dejar su marca. ¡Por favor! Estaban hablando de la escena de muerte más famosa de la literatura moderna y Vidor planeaba filmarla como lo hubiera hecho cualquier artesano de tres al cuarto al que le hubiesen confiado un melodrama sentimental de serie B. No quería ni imaginarse lo que dirían los devotos de la novela. Por no hablar del descerebrado de Ernest. Ese era capaz de ir a por ellos con su escopeta de matar elefantes.

Había tenido que imponerse, *manu militari*. La cámara se había centrado totalmente en Jennifer. Como debía ser. De hecho, hasta el último aliento de ella, el espectador solo podría ver la nuca de Hudson y escuchar sus sollozos con la cabeza enterrada en el costado de la moribunda. A cambio, Jennifer había respondido como esperaba: había estado dulce, frágil y conmovedora. La perfecta Catherine en su momento final. Todo aquel magnífico trabajo

interpretativo se habría echado a perder si llega a permitirle a Vidor rodar la escena de la manera ridícula como la había planificado.

Permítele a un cineasta tener el control sobre su obra y los resultados serán devastadores tres de cada cuatro veces. Esa era la lección que le habían enseñado treinta y cinco años en el oficio.

Después de aquello, prácticamente no habían vuelto a dirigirse la palabra con Vidor. La película estaba terminada y todo el mundo tenía ganas de regresar a casa cuanto antes. El director había sido de los primeros en hacer la maleta. Nada que reprocharle. Su contrato especificaba que no pintaba nada en el montaje de la película. Lo único que podía esperarse si se quedaba eran problemas. Pero ahora que ya habían pasado unos días y las cosas se habían enfriado, Selznick consideraba que lo mejor era hacer las paces con él. Además, parte de lo que le decía en la nota era enteramente cierto: había puesto toda su voluntad en aquel proyecto que no era suyo y se había encontrado con circunstancias muy difíciles. Al César lo que era del César.

Por lo demás, era muy consciente de que se habían pasado más de ochocientos mil dólares del presupuesto acordado con la Fox. La única manera de que no saliera malparado de aquella era que la película diese mucho dinero. *Muchísimo*. Y tal y como estaba el negocio del cine eso solo se conseguiría si remaban todos en la misma dirección.

Por la cuenta que le traía, él estaba dispuesto a ser, una vez más, el timonel.

Puso la nota en uno de sus sobres y la dejó sobre la mesa. Aunque se marchaban ya, Shirley estaba sobre aviso y se encargaría de que Vidor la recibiese. Echó una última ojeada a aquel despacho. Posiblemente, el más bonito en el que había trabajado nunca. Pero no lo iba a echar de menos. Ni a Roma, ya puestos. Estaba deseando subirse al avión y dejar atrás aquel maldito país.

Una cosa era segura: nunca volvería a rodar una película allí. ¡Jamás! Palabra.

Miró el reloj con impaciencia. Jennifer se retrasaba. ¡Menuda novedad! Reprimió las ganas de meterle prisas. En lugar de eso, se puso a darle vueltas otra vez a la decisión del departamento de ventas de la Fox de estrenar en diciembre. Entendía sus motivos: el potencial de la Navidad era indiscutible y haciéndolo llegaban a tiempo para optar a todos los premios de la crítica. Pero, por otro lado, la imprevisibilidad de los críticos neoyorquinos siempre lo había echado atrás. Aquellos cretinos envarados tenían una habilidad diabólica para ensalzar películas que uno no habría imaginado ni en sueños que podrían gustarles. Y lo mismo sucedía a la inversa: les presentabas algo que estabas seguro de que les entusiasmaría y se lanzaban a destrozarlo con el mismo frenesí con el que una turba lincharía a un cuatrero. Definitivamente, abandonarse a la benevolencia de la crítica le parecía tan buena idea como jugarse sus próximos diez años de vida a la ruleta rusa.

Tenía que encontrar la manera de involucrar al cien por cien a Skouras en la promoción, pensó. Había hecho cálculos: solamente recuperaría su inversión si conseguían ocho millones en la taquilla doméstica. Y necesitaba llegar a los diez para salir ganando. Con una industria tan deprimida y vacilante como la que tenían ahora, iba a necesitar un milagro. La Fox, por contra, saldría ganando un dinerillo con una recaudación de seis. Selznick temía, con razón, que Skouras le dejase tirado después de todo aquel esfuerzo. Solo le quedaba una posibilidad de salir airoso si el estudio decidía poner toda la carne en el asador. Necesitaba desesperadamente de toda la teatralidad que el griego y sus hermanos habían traído al negocio y que habían puesto a la Fox en su lugar de privilegio.

En fin, tenía un largo vuelo transoceánico para pensar en cómo conseguiría convencerlos. Volvió a mirarse la muñeca.

¡Santo Dios, Jenny! ¿Es que no piensas bajar nunca?

Jennifer se dio un último toque de carmín en los labios. Se había puesto una blusa de seda de color malva, pantalones rosa y su collar de perlas favorito; además de unas pulseras grandes, de oro viejo, que le gustaban mucho.

El espejo emitió su dictamen irrevocable: continuaba siendo una mujer muy hermosa, sí. Pero no joven. De la salvaje belleza de Perla Chávez apenas si quedaban los vestigios.

¿Podía continuar siendo una estrella de cine?

David le repetía constantemente que sí. Que *Adiós a las armas* le valdría su segunda estatuilla. Pero esta vez ella no las tenía todas. A grandes rasgos, estaba bastante satisfecha con su interpretación. Y eso a pesar de que Vidor no había hecho sino jugar en su contra. Le gustaba especialmente la escena final y creía que ella y Rock habían tenido una química aceptable en toda la película.

Pero tenía un mal presentimiento.

¿Y si había llegado el momento de dejarlo?

La sola idea le produjo vértigo.

Quizá no necesitaba ser tan drástica. Podía seguir trabajando, por supuesto. Alguien de su categoría siempre tendría ofertas. Especialmente, si accedía a rebajar su caché. Pero no necesitaba hacer del cine el centro de su existencia, como hasta entonces. Había vida más allá de los platós. Y David empezaba a acusar los años. Ignoraba el estado real de sus finanzas, pero por fuerza debían de tener dinero.

¿Por qué no utilizarlo para vivir a sus anchas? Se lo habían bien ganado. Los dos.

Se retocó un poco el pelo. Nunca lo había llevado demasiado largo. La vez que más, cuando interpretó a Perla. Entonces le caía hasta los omoplatos, como una cascada nocturna. Ya no podría volverlo a llevar de aquella forma. A las mujeres de su edad les quedaba mucho mejor más corto. Sin sobrepasar la nuca.

A las mujeres de su edad.

Suspiró. La vida había ido tan deprisa. A veces le daba miedo.

Volvió la cabeza. Sobre la cama tenía el guion de *Suave es la noche*, otra adaptación, esta de vez de Scott Fitzgerald. A la espera de que se materializara lo de Wallis Simpson, David creía que el personaje de Nicole Driver debía ser su siguiente paso; y quería a Cary Grant para dar vida a su esposo en la pantalla. No la seducía demasiado interpretar a una mujer con problemas mentales, la verdad. Pero sí que la atraía, y mucho, la posibilidad de trabajar con él. ¿Y a quién no? Tener a Grant a bordo era una garantía de éxito. Y, además, era unos cuantos años mayor que ella, no como Rock. Lástima que todavía no había dicho que sí.

La angustiaba un poco recordar que, en los años 30, cuando se planteó llevar el libro al cine por primera vez, Fitzgerald en persona había querido a Norma Shearer para el papel de Nicole. Al final, la película no se había hecho porque Irving Thalberg en persona la había vetado. Le costaba un poco entender por qué lo que no había sido bueno para los Thalberg, entonces, podía serlo para ellos, ahora. Pero, al menos, la película la iba a dirigir el bueno de Henry King. Con él tras la cámara había ganado su Oscar y alcanzado su última nominación.

Confiaba plenamente en aquel hombre de aspecto severo pero gran corazón, que disfrutaba haciendo películas aún más que jugando al golf y cuya versatilidad le permitía enfrentarse con igual solvencia a un western psicológico que a un alegre musical.

Con él nunca le sucedería como con Vidor. ¡Ojalá hubiesen podido tenerlo en *Adiós a las armas!* Pero, desgraciadamente, estaba ocupado rodando *¡Fiesta!* El Hemingway equivocado, querido Henry.

Pero bueno: de nada servía llorar por la leche derramada.

Rodeó la cama y recogió el libreto. Pesaba. Lo ojeó: más de ciento cuarenta páginas. Casi tan largo como el que acababan de hacer.

Por suerte, Fitzgerald era diez veces mejor novelista que Hemingway.

En fin, le echaría un vistazo en el avión.

Como siempre, la *signora* Bianchetti era la última en marcharse.

Cerró cuidadosamente la puerta y se guardó la llave en el bolsillo de su bonito vestido moteado. Ser la jefa del departamento de vestuario de Cinecittà tenía sus ventajas. La mejor de todas: poder vestirse muy por encima de sus posibilidades. Con aquel modelo con escote de barco y falda plisada, cualquiera habría dicho que era la propietaria de uno de esos elegantes apartamentos de la Via Veneto, bajando a tomarse su copa vespertina en el Harry's Bar.

Aunque el verano empezaba a decir adiós, las tardes todavía eran largas y agradables en Roma. Le apetecía el paseo hasta la parada del *tram*. Echó a andar bajo las copas de los pinos, sin anudarse el habitual pañuelo en la cabeza. El sábado anterior se había atrevido a hacerse un peinado egipcio, con el flequillo casi hasta las cejas. Creía que la favorecía mucho, y tenía ganas de lucirlo. Siempre había sido coqueta y la edad no la había cambiado. No se trataba de competir con niñas como Cinnia, con las que no tenía nada que hacer. Simplemente, de hacerle saber al mundo que una mujer podía hacerse mayor sin tener que convertirse necesariamente en una uva pasa.

Fue pasando frente a los diferentes *teatros*. La jornada tocaba a su fin para técnicos y operarios, pero casi nadie parecía tener prisa por irse. Los comprendía. Para la mayoría de los que tenían la suerte de pertenecer a aquel mundo —y ella no era ninguna excepción— hacer películas era mucho más que un trabajo: era una pasión. Cada vez que veía en la pantalla un vestido que había salido de su taller, sentía un orgullo que le costaba disimular. El

público no lo apreciaba en su justa medida, pero ella sabía hasta qué punto el vestuario y el maquillaje contribuían a convertir a las estrellas de cine en diosas y héroes. Ver a Deborah Kerr, Rossana Podestà, Marina Berti o Audrey Hepburn, tan hermosas, enfundadas en aquellas prendas que había cosido con sus propias manos, la hacía sentirse casi como si ella misma estuviera en la pantalla. Giancarlo, siempre tan universitario, él, se reía y le decía que no fuera absurda. Que, por la misma regla de tres, el artesano que cosía un balón podría reclamar el mérito cuando Egisto Pandolfini marcara un gol con él. Y tenía razón, como siempre. Pero lo que su marido olvidaba era que la razón no tenía nada que ver con todo aquello. El cine, al menos como ella lo concebía, no era cabeza. Era pura magia. Corazón *al cento percento*.

Pensaba en lo bobo que podía llegar a ser alguien tan inteligente como su Giancarlo cuando descubrió a Bardo, apoyado en el tronco de uno de los enormes pinos que flanqueaban la entrada. Aun después de tantos años, el corazón le dio un vuelco. Era algo digno de estudio cómo habían logrado evitarse todo aquel tiempo, pese a compartir un espacio relativamente pequeño como eran los estudios. De haber trabajado en cualquier otro lugar, ella se habría marchado, sin dudar. Pero después de cómo habían ido las cosas, perder también Cinecittà le habría resultado demasiado penoso. Y, por fortuna, Giancarlo no era el típico marido italiano, celoso y suspicaz. No le había puesto pegamento a que se quedase. Tenía una vaga idea de lo que había habido antes de él, pero nunca había preguntado.

Isabella lo había querido mucho más por ello.

Sus miradas se encontraron y, lentamente, Bardo despegó la espalda de la corteza para ir a su encuentro. El corazón de la mujer latió con más fuerza. En su cabeza, había vivido muchas veces aquel instante. Pero ninguna se había parecido, ni remotamente.

Suspiró. En el fondo, se alegraba de que por fin estuviera pasando.

—*Buona sera*. ¿Te molesta si te acompaño hasta el *tram*?

Solamente Bardo habría elegido aquella frase para romper más de dos décadas de rencoroso silencio. Tuvo unas ganas casi incontrolables de asestarle un capirotazo. En lugar de eso, quiso facilitarle las cosas y le regaló una sonrisa de carrillos sonrojados y plagada de arrugas.

—Te juro que me había preguntado muchas veces qué sería lo primero que me dirías si *qualche volta* volvíamos a hablar. Reconozco que has conseguido sorprenderme. —Cuando vio que él arrugaba el entrecejo, confuso, se apresuró a añadir—: Será un placer.

Bardo, inquieto como un ladrón en misa, se relajó un poco al oírlo. Se colocó a su lado y echaron a andar.

—Bonito peinado.

—*Davvero lo pensate?* ¿No es para alguien más joven?

—¿Insinúas que estamos viejos?

Isabella respondió sin mirarlo:

—*Caro*, ¿cuánto hace que no te miras al espejo? Pero te agradezco que te hayas incluido en la frase.

Bardo hizo una mueca. Aquel simple *caro* había sido suficiente para conseguir que se le removieran muchas cosas. Mientras reunía la determinación para llegar adonde de verdad quería, le preguntó por Cinnia. Isabella le respondió lo que ya sabía: la muchacha estaba siendo muy valiente. Se sentía orgullosa de ella.

Bardo meneó la cabeza. *Bene, benissimo*.

Cuando atravesaron el portalón, Pappalardo los vio pasar desde su garita y solo le faltó frotarse los ojos. Se levantó de un salto de la silla donde mataba el tiempo y, con una gran sonrisa que nadie había visto desde antes de la guerra, se quitó la gorra para desearles *buona sera* desde el umbral. Sin

necesitar ponerse de acuerdo, ambos le devolvieron el saludo con la misma naturalidad con que lo habrían hecho si hubiesen estado saliendo juntos, cada tarde, los últimos veinte años.

Isabella esperó a estar segura de que ya no podía oírla.

—Es un día de milagros. Primero tú vuelves a hablarme y luego resulta que Pappalardo oculta un *sentimentale* debajo del guardapolvo y la gorra de plato. No creo que mi corazón soporte otra sorpresa más, así que ve con cuidado con lo próximo que piensas soltarme.

Bardo se detuvo, obligándola a hacer lo mismo. La parada del *tram* estaba a dos pasos. Si iba a hablar, tendría que ser ahora.

—Isabella, ¿sabes lo que hizo Fiore?

Aquella era la última pregunta que ella se esperaba.

—No estoy segura de comprenderte —dijo al fin—. Hace poco vino a verme, casi de la misma manera que tú lo estás haciendo ahora. Me pidió perdón, ¿puedes creerlo? *Dopo tutto questo tempo!* Me quedé con la sensación de que había algo más, pero no quiso sacarlo. El pobre no eligió un buen día. Tenía a todos esperándome en casa. Debí haberle insistido. Reconozco que me quedé con mal cuerpo cuando se fue, como un perro apaleado.

Bardo trató de imaginárselo de esa guisa. No pudo. Y tampoco quería que ella lo viese así. Su voz se endureció:

—Fiore estaba compinchado con los que secuestraron a Cinnia. Él les dio todos los detalles. Nunca habrían podido hacerlo sin su ayuda.

Isabella recibió la noticia como una bofetada.

—*Non ci posso credere* —murmuró.

Más pausadamente, Bardo le contó toda la historia. Llegó un *tram* y se marchó. Luego otro. Y otro más. Por fin, cuando hubo terminado, le hizo la pregunta que lo había llevado hasta allí:

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

Él se encogió de hombros, como si fuese obvio:

—*Cosa dovrei fare?* ¿Denunciarlo a la policía?

Por primera vez desde que habían empezado aquella conversación, Isabella se enfadó.

—¿De verdad has roto más de veinte años de silencio para venir a traspasarme a mí esta carga, Bardo? ¿Tanto rencor me guardas todavía? *Sei davvero incredibile!*

Él se revolvió incómodo. No era eso. O no *solamente*.

—Me parece que no me estás entendiendo...

—*Certamente ti comprendo!* Fiore era tu amigo de la infancia, y te traicionó. Primero, se afilió al PNF y luego te quitó la *fidanzata*. Nunca se lo perdonaste, y ahora, media vida después, el azar te pone en las manos la posibilidad de mandarlo a la cárcel. Pero como nunca te ha gustado ser el malo de la película, decides ir a ver a la perversa mujer que te traicionó, con quien no hablas desde ni te acuerdas, y pasarle el muerto a ella. *Vi sfido a dirmi che non è così.*

—Isabella...

—¡No, nada de Isabella! —Llevaba demasiado tiempo llevando aquello dentro como para permitirle que le impidiese soltarlo ahora. Lo miró con ojos encendidos: ¡ni te atrevas a interrumpirme!—. *Senti*, Bardo: eres un buen hombre. Siempre lo has sido. Te merecías un amigo mejor que Fiore y, desde luego, una *donna migliore di me*. Y no sé por qué la vida no te los dio. Pero fue así. En cuanto a mí, ¿qué puedo decirte? Era joven y tenía la cabeza llena de pájaros. Me dejé impresionar por Fiore, sus delirios de grandeza y ese uniforme que le sentaba tan endiabladamente bien. Sabe Dios que no fui la única. ¡No tienes ni idea de cuántas veces estuve a punto de llamar a tu puerta

y pedirte perdón de rodillas! Lo que te hice fue el peor error de mi vida. Me llevaré ese pesar a la tumba, te lo aseguro.

Isabella tenía los ojos brillantes y le palpitaba el escote. Ni cuando era joven la había visto hablar con tanta pasión. Todo el resentimiento que anidaba todavía en su interior cuando se había acercado a ella se desvanecía ahora, como el humo al abrirse una ventana. La dejó seguir, sin tratar de interrumpirla.

—Pero ¿sabes qué, Bardo? Al final pasé página. Y la vida volvió a traerme cosas buenas. Un marido. Hijos. El mejor trabajo del mundo. No sabes cuántas noches me despertaba pensando que no me los merecía, mientras tú continuabas obstinadamente solo. Hasta que un día me di cuenta de que no era cierto. Todos nos equivocamos. Somos egoístas. Estúpidos. Hacemos daño a los que más queremos. Pero hay que seguir adelante, porque solo tenemos una vida, y dura muy poco. Lo que te hicimos Fiore y yo estuvo mal. Pero lo que te hiciste luego a ti mismo estuvo aún peor. Tuviste oportunidades, ¿crees que no lo sé? Mariangela, la secretaria del *signore* Marconi, estuvo años coqueteando contigo después de la guerra. ¡Lo comentaba todo el mundo! ¿Por qué la rechazaste? ¿Por qué no quisiste seguir adelante?

Bardo la miró fijamente a los ojos. Como solía hacer muchos años atrás. Ella se sintió indefensa bajo aquella mirada.

—No pude —dijo, simplemente—. Quise hacerlo, te lo juro. Lo intenté. Pero tú estabas siempre allí. *In due si è in compagnia, in tre un'orda*. Al final no quise hacerle más daño.

Isabella no salía de su asombro.

—Por eso aceptó tan deprisa aquel trabajo horrible en Olivetti... —murmuró, recordando.

—No era tan malo. Le pagaban mucho mejor que aquí. Y la hicieron

directora de algo, creo...

—No seas cínico, Bardo. No te pega nada. Ella adoraba todo esto, lo sabes muy bien. Además, tuvo que mudarse a Ivrea.

—Dicen que el norte es bonito, especialmente en primavera.

—*Vai a farti fottere!*

—¿Eso es lo que te ha enseñado ese cirujano tuyo? Antes eras toda una señorita...

—No le echés la culpa a él. Si hubieses tenido hijos sabrías lo terriblemente mal que habl...

Dejó la palabra en suspenso, como si se hubiese pinchado la lengua con ella.

—Sé a lo que te refieres —se apresuró a contestar él, con un tono que indicaba que no le había herido—. Tengo a *molti ragazzi* en la cuadrilla.

Isabella se sintió aliviada. Giancarlo era el hombre de su vida, pero ahora se daba cuenta de cuánto había echado de menos poder hablar con alguien como Bardo.

—Sí, ya sé que los tienes. Especialmente hay uno que creo que trae de cabeza a nuestra Cinnia. Pero no te descubro nada, ¿no es cierto?

Bardo hizo un ademán con las manos que tomó prestado del repertorio de De Sica.

—*Beh...* como comprenderás, no puedo estar al tanto de las idas y venidas de todos esos muchachos. Pero quizás haya oído algo sobre eso, sí.

—¿Y terminará bien? —Se sorprendió preguntando ella.

—¿Ahora eres *sensale* además de jefa de vestuario?

—Solo de las chicas a las que raptan unos malnacidos. ¿Acaso te parece mal?

—En absoluto. —Levantó él los brazos, capitulando.

—¿Y vas a contestarme?

Lo meditó un momento.

—Una vez, una mujer sabia me dijo que incluso la gente buena es capaz de ser egoísta, estúpida y de hacer daño a los que más aman.

Isabella asintió, pensativa.

—Entonces ¿ella debería pasar página?

Él volvió a tomarse su tiempo.

—En otra ocasión conocí a un hombre *stupido* que no supo perdonar y acabó lamentándolo toda su vida. —La miró con ternura—. Quizás antes de que pase página alguien debería contarle la historia de ese pobre idiota a Cinnia...

La figura achatada de un *tram* se acercaba traqueteando por la vía. El cielo estaba adquiriendo una tonalidad entre azul y rojiza. Solo quedaban ellos dos en el andén.

Isabella miró su reloj y se escandalizó.

—*Devo andare*. Es tardísimo. En casa pronto empezaran a llamar a los hospitales. Pero me gustaría pensar que esta no será la última vez que hablemos.

Bardo desvió la mirada.

—No... No lo será, palabra. *Solo dammi un po' di tempo*. Para que las cosas vuelvan a ponerse en su lugar...

Isabella supo que estaba mintiendo. Lo entendió. También se sentía como si la hubieran cogido por los tobillos y la hubiesen sacudido hasta sacarle media vida por la boca. Estaban demasiado viejos. Las cosas les habían salido *così* y ya no tenía sentido darle más vueltas.

Pero, al menos, la herida que le había dolido tantos años había dejado de palpitar.

—¿Vas a cogerlo?

—Mejor no. Creo que caminaré un poco. Hace buena noche.

Isabella miró a su alrededor. Nadie. Solo Pappalardo pudiera, quizás, atisbarlos desde su eterna casilla. Pero su secreto estaría a salvo con don Gaetano. Siguiendo un impulso, le acarició la mejilla con la palma derecha y le rozó los labios con los suyos.

—Me ha gustado verte —susurró, alargando el instante tanto como le fue posible.

—*Anche a me. Prenditi cura di te, cara.*

Isabella fue hacia el vagón y subió sin volverse. Bardo se quedó de pie, donde estaba, hasta que el *tram* se perdió de vista. Luego, suspiró y echó a andar en la misma dirección.

Mientras la contemplaba bajar por las escaleras, Gino pensó que en la vida volvería a conocer a una chica tan guapa como Kate O'Neil.

Se recreó una vez más en ella. Aunque se había colmado con su olor a limpio y su tacto sedoso, le seguían fascinando la melena rojiza y aquella piel de una blancura tan septentrional.

Una diosa norteña que descendía por última vez a la tierra desde su montaña para que él la adorase. De esa manera le hacía sentirse.

Iba vestida mucho más informal que la primera vez que salieron: blusa blanca, holgada, con las solapas anchas y el cuello vuelto hacia arriba, falda plisada de color melocotón y sandalias romanas marrones. Con los labios muy rojos, solo una ligera sombra de ojos y las joyas exiguas de siempre.

Bellissima.

Kate le buscó con la mirada donde solía esperarla y le recibió con la sonrisa que ya solo esbozaba para él. Gino hubiese querido congelar aquel instante perfecto para quedarse a vivir en su interior.

—Tan puntual como de costumbre, *signore* Grecchi —le susurró, besándolo ligeramente en los labios.

—*Mi sei mancata, Caterina.* No podía esperar.

La cogió de la mano y salieron a la calle. Roma se había puesto un vestido de verano tardío para acompañarlos en su cita. La luz del sol era pura y cegadora como la miel. Una brisa dulce, que anunciaba el otoño, recorría la ciudad de arriba abajo.

Se habían visto poco desde el lago Misurina. El nuevo jefe de Kate, Jeffrey

Selznick, había resultado ser un joven casi de su edad, bastante más apuesto que su padre e infinitamente menos entregado al negocio. Solo la insistencia de David y el inesperado final de la relación con Fellows habían conseguido que accediera a dejar su cómoda ocupación para la Fox —básicamente, hacer de niñera de Marlon Brando y Monty Clift y asegurarse de que llegaban sobrios y a tiempo al rodaje de *El baile de los malditos*— y se arremangase para terminar *Adiós a las armas*. Resultado: si Fellows ya había confiado mucho en Kate, el joven Selznick se había apoyado en ella como un cojo en su muleta.

Jeffrey no había nacido para aquello, Kate se dio cuenta enseguida. Pero era eficiente y tenía muchas ganas de demostrarle a su legendario papaíto de lo que era capaz. Usando un doble de Rock Hudson, se puso a trabajar con la impagable segunda unidad para rehacer algunas tomas de montaña. Ordenó cargar camiones de nieve para transportarla hasta el set y recrear así las condiciones que habían tenido en abril. Incluso llegó al extremo de replantar de amapolas una ladera de la montaña, ahora desnuda, para que tuviera el mismo aspecto de la primera vez. Pero ese perfeccionismo, tan Selznick, iba acompañado de un carácter arbitrario y dominante, que se hacía más virulento cuando tenía que tratar con los italianos. Enseguida consiguió que la mayor parte del equipo le cogiese ojeriza. Como consecuencia, Kate se había visto obligada a recurrir a todo su encanto para limar asperezas con los cada vez más molestos técnicos locales. Y a dedicarle a la película muchas más horas aún que con su antiguo jefe.

Había echado terriblemente de menos al señor Fellows y sus maneras impecables. Con frecuencia se preguntaba hasta qué punto tenía que haberle presionado el señor Selznick para que terminase reaccionando como lo hizo. Un par de veces trató de contactar con él, para que pudiera contarle su versión de los hechos. Pero Arthur Fellows parecía haberse convertido en

humo después del incidente.

Al final, la dinámica del día a día la hizo desistir. Quizá más adelante, cuando las cosas se hubiesen enfriado.

Después de concluir su trabajo para Jeffrey, a Kate le quedaban pocas dudas sobre su capacidad para trabajar en el negocio del cine. Tenía más ganas que nunca de volver a casa y empezar a buscar empleo en algún gran estudio. Y, por si aún le hacía falta, atesoraba una carta de recomendación del mismísimo David O. Selznick que Shirley le había hecho llegar poco después de que él se fuera. Tenía otra, de agradecimiento, escrita con un estilo mucho más personal. Pero esta era solo para sus ojos.

Todo aquel endiablado esprint final le había dejado muy poco tiempo para pensar en ella misma. Llevaba semanas sin cambiar con Harold más que unas pocas frases perezosas, a horas intempestivas para alguno de los dos. Ya nunca le preguntaba por cómo iba el rodaje y hacía tiempo que parecía haber dejado de interesarle cuándo se terminaría aquella película inacabable. Su novio —le costaba mucho seguir pensando en él de esa forma— estaba volcado en conseguir ese ascenso en el bufete que lo aposentaría de forma definitiva en la cumbre antes de los treinta. Cuando se casasen, no tendrían dificultad alguna para comprarse una bonita casa en los suburbios y un par de coches con los que poder ir él al bufete y ella, a la compra y a llevar a los niños al colegio. Y los aceptarían con los brazos abiertos en cualquier buen club de campo, donde pasar plácidamente los domingos. Los maridos, jugando al golf y comparando los traseros de sus secretarias y las esposas... bueno, haciendo lo que fuera que hiciesen las esposas.

Cualquier otra mujer estaría contenta de haberle echado el lazo a esa joya, le habría repetido su madre.

¡Con lo fácil que le habría resultado ser cualquier otra mujer y le había tocado ser precisamente ella!

Cada minuto que había podido arañar de ese último y frenético tramo del rodaje Kate se lo había dedicado a su amor italiano —le costaba mucho no pensar en Gino como su amor—. De día, estaba demasiado atareada ocupándose de la cantidad ingente de temas que su nuevo jefe dejaba en sus manos. Pero por las noches nunca conseguía dormirse sin hacerse la misma pregunta: ¿qué pasaría cuando terminaran?

No había encontrado una respuesta.

Aun así, había disfrutado de cada minuto juntos. Gino era su cómplice, la hacía reír y la comprendía. Y nadie la había hecho sentirse tan mujer como él. Ciertamente que, después del lago, a veces lo había notado distante. Como si un velo invisible se interpusiese entre ambos. Kate no era ninguna ingenua. Sabía que esa muchacha, Cinnia, tenía algo que ver. Pero no creía que fuese honesto preguntarle directamente por ella.

No sin luego tener que hablarle de Harold.

Y a esas alturas, aquello le daba demasiada vergüenza.

Después de dudar mucho, se había atrevido a sacar el tema con Shirley la última vez que se vieron, antes de que saliera para Los Ángeles.

—Hummm... ¿Un amor de rodaje? ¿Y en Italia? —le había respondido ella, poniendo aquella cara de dama sureña escéptica que habría encajado tan bien en *Lo que el viento se llevó*—. Cariño, esa historia es tan vieja como este negocio. ¿Qué quieres que te diga? Conozco a algunos, muy pocos, que se conocieron así y siguen juntos. Selznick y Jennifer, sin ir más lejos. Otros, muchos más, lo intentaron y les salió mal. Como puede fracasar cualquier matrimonio, por otra parte. Lo más común es darse un buen revolcón de despedida el último día y llevarte a la tumba un bonito recuerdo. De esos casos, podría contarte docenas. —Al ver que ella no decía nada, Shirley le dedicó una mirada cómplice—. ¡Ay, Dios mío! ¿Te ha dado muy fuerte, cielo?

Kate no estaba acostumbrada a compartir su intimidad de aquella manera. Apartó la mirada un momento. Pero enseguida cambió de parecer. Era ella quien había sacado el tema.

Y, además, era Shirley.

—En toda mi vida no me había gustado tanto un chico. Me da miedo pronunciar la palabra, ¿sabes? Pero si no lo estoy ya, lo acabaría estando. Como una loca.

Shirley, siempre pródiga en abrazos, la atrajo hacia ella.

—Eso son palabras mayores, encanto. ¿Qué ha pasado? ¿Te has contagiado de nuestros desventurados Catherine y Henry? Eso también sucede muchas veces durante los rodajes. Aunque, casi siempre, a los actores.

Kate no sabía exactamente cómo contárselo para que la comprendiese.

—No es eso, Shirley. Llevaba mucho tiempo aquí, lejos de casa. De... —Se calló y su amiga le hizo un gesto para que entendiera que no hacían falta detalles—. Me sentía muy sola. Y un día, así, por casualidad, apareció. No me di cuenta hasta que ya había sucedido.

Shirley meneó la cabeza, comprensiva.

—¿Quién es? ¿Un actor? ¿Productor, quizá?

Kate hizo un mohín.

—Carpintero... Pero le gusta el diseño de producción. Y tiene talento, te lo aseguro. Podría llegar a ser muy bueno.

—¡Carpintero! ¡Jesús! Entonces es que estás loca por él. —Se tapó la boca al darse cuenta de que casi había pronunciado la palabra prohibida. Luego, más en serio, añadió—: Si el tema es como lo pintas, cariño, cualquier cosa que te diga será en balde. El amor y los consejos combinan peor que los lunares y las rayas.

Como siempre, Shirley había tenido razón. Y así, indecisa y enamorada, había llegado al momento de la verdad. Su avión salía por la mañana,

temprano, y aún no habían hablado ni una palabra del futuro, más que para decir vaguedades que no significaban nada.

No habían recorrido ni dos manzanas cuando Gino vio un puesto callejero de flores y corrió a comprarle un ramito. A Kate nunca le habían gustado especialmente, pero no habría recibido un Cadillac con tanta ilusión como aceptó el *bouquet*, redondo y multicolor, que él le ofrecía.

—¡Qué galante! Gracias.

Gino puso cara de niño travieso.

—Bueno, es que esta vez es distinto. *Gli americani mi hanno pagato!* Esta vez no tengo que elegir entre invitarte a cenar y regalarte flores.

Kate se le colgó del brazo y le besó. Harold nunca habría... ¡No! Al diablo Harold. Esto les atañía solo a ellos dos.

—Eres un encanto. ¿Adónde vamos?

—Igual te parece una tontería, pero... ¿Te apetece que volvamos a los mismos lugares que la primera vez?

Kate aceptó encantada. Para una pareja normal, aquella primera vez sería aún demasiado reciente. Pero para ellos había pasado toda una película. Y eso, en su mundo, equivalía a una vida entera. Otra de las ventajas de trabajar en aquella profesión única, pensó mientras se dejaba llevar: vivir muchas vidas distintas.

Cuando llegaron a Piazza di Spagna, Gino la llevó cerca de la casa donde había muerto Keats. Kate se recostó en la barandilla y él se le arrimó para susurrarle al oído:

*Una cosa bella è una gioia per sempre:
Si accresce il suo fascino e mai nel nulla
Si perderà; sempre per noi sarà
Rifugio quieto e sonno pieno di sogni*

Dolci, e tranquillo respiro e salvezza.

Kate nunca lo había oído en italiano, pero después de tanto tiempo en aquel país, supo que él le estaba recitando un fragmento de *Endymion*. Recordó que le había contado que era su obra favorita del poeta. Le echó los brazos al cuello.

—Nunca me había sonado tan bien.

—Más me vale. Bardo me ayudó a encontrar el libro en italiano. Y el mismísimo De Sica se ofreció a enseñarme a declamarlo. No habría tenido perdón si llego a hacerlo mal.

Kate le besó otra vez. No podía haberlo hecho mejor.

El camarero del Antico Caffè Greco levantó las cejas al reconocerlos. Una *donna* como aquella no se le olvidaba fácilmente. Enseguida desvió la mirada hacia Gino: *Ragazzo, hoy no podré ser tan comprensivo como la última vez*. Gino le devolvió un atisbo cargado de intención: *non si preoccupi*. El hombre aceptó sin preguntar más. Esta vez, los condujo a través de las lujosas salas para acomodarlos en un lugar preferente.

—Perdone, ¿sería posible que nos sentásemos en el mismo lugar de la otra vez?

Gino le tradujo al camarero la petición de Kate y el hombre asintió, cómplice. Los llevó a aquella mesa, en un rincón, y esta vez pidieron dos sándwiches de los más caros y dos buenas copas de vino blanco. El hombre lo anotó en su libretita y le susurró a Gino:

—*Ti è andata bene, no?*

—*Benissimo. E grazie per avermi salvato l'altra volta.*

—*Piacere mio, socio!* —contestó, yendo a traerles el pedido.

Sorprendida por aquella conversación, Kate quiso saber:

—¿Os conocíais?

—No de una manera convencional. Pero le debo una.

Intuyendo que no iba a ser más explícito, Kate se conformó con aquella respuesta.

El sándwich estaba incluso más rico que la otra vez. Lo saborearon con ganas y, en mitad de la comida ella buscó un paquetito en su bolso y lo depositó frente a él.

—¿Y eso?

—¿Recuerdas que me dijiste que les habías echado el ojo a los galones de Rock Hudson? Al final, nos hemos pasado tanto del presupuesto que decidí que no nos vendría de otro par de dólares. Me los dio él en persona y los firmó por detrás. Espero que sean el souvenir adecuado. —Gino dejó el sándwich en el plato y se disponía a abrir el paquete, pero ella se lo impidió —. No, por favor. Luego, ¿quieres?

La *Bocca della Verità* les esperaba con las fauces abiertas y la mirada incluso más suspicaz que la primera vez. Se miraron. ¿*Juntos*? Se cogieron de una mano y metieron la otra, al unísono. Kate casi se sintió desilusionada cuando las sacaron sin un rasguño. Salieron de Santa Maria in Cosmedin sin desasirse. Kate temía que, si lo soltaba, sería para siempre.

—¿Sigues queriendo hacer tus películas en Hollywood, California, *Caterina*? —le preguntó él, como si le leyese el pensamiento.

Ella le oprimió los dedos aún con más fuerza.

—Es mi casa. Sé cómo funcionan las cosas allí. Y después de este rodaje, cuando regrese todo será distinto. Lo sé. He sembrado durante un año y ahora me tocará recoger.

Gino asintió con una media sonrisa.

—Te lo mereces. La película no sería la misma sin ti.

A Kate se le hizo un nudo en la garganta. Quería repetirle la oferta que le había hecho allí mismo, no hacía tanto. Entonces le había dado su palabra. Pero ahora tenía miedo. Una vez abrieran esa caja, ya no podrían volver a cerrarla. No se sentía con fuerzas para hacerlo todavía.

Sintió un gran alivio cuando él le propuso:

—No he reservado mesa en el Positano, pero nunca ha hecho falta. ¿Quieres que vayamos ya?

El tiempo había volado a su lado, como de costumbre. El cielo estaba mucho más oscuro de como lo recordaba la otra vez. Pero todavía era temprano.

—No pienso descolgarme de tu brazo en toda la noche, *signore* Grecchi. Puedes llevarme adonde quieras.

Kate suspiró cuando se detuvieron frente a la fachada del hotelito que había sido su casa durante tantos meses. Jamás habría imaginado que podría llegar a echarlo de menos. Ahora se daba cuenta de lo equivocada que estaba.

El corazón le latía con fuerza. Unos minutos antes todavía habría podido atribuirlo al cansancio. Había bailado con Gino como si nunca fueran a salir de aquel antro. Sin importarle la hora ni lo que aún le quedaba por hacer. Llenándose la memoria de instantes irrepetibles. La nariz con el aroma a madera de su pelo. Los ojos, del tono azulado de los de él. Las manos, de la suave aspereza de su barba incipiente. Los oídos, de aquel acento cantarín que le erizaba el vello cada vez que él le susurraba. Los labios, con el embriagador sabor a vino que dejaban sus besos.

Ahora sabía que si sentía cada latido como un aldabonazo en el pecho era

porque se les había agotado la arena del reloj.

Y, justo en ese instante, se dio cuenta de que siempre habían sabido lo que habría en la caja cuando la abrieran.

—Esto es un adiós, ¿verdad? —le susurró al oído, abrazándole muy fuerte.

Gino la estrechó de la misma manera.

—Somos gente de cine, *Caterina*. Los dos sabemos cómo debe terminar la película: la princesa vuelve a su palacio y el *paparazzo*, a la calle. Cualquier otra cosa sería estropear un gran guion. La vida no es siempre como a uno le gustaría.

Kate se separó un poco para mirarlo a los ojos. Le parecía imposible que estuviese a punto de dejarlo ir.

—Llevaré siempre en el corazón lo que hemos vivido en Roma, *signore* Grecchi. *Sempre*.

Le besó por última vez. Nunca había hecho nada tan difícil. Ojalá aquella carrera en Hollywood por la que tanto había luchado valiera la pena.

Cuando por fin se despegaron, se dio media vuelta sin decir nada. Ni hubiese encontrado las palabras, ni, en realidad, eran necesarias. Simplemente, anduvo lentamente el caminito que la llevaba hasta la puerta del hotel, sabiendo que la dejaría marchar de la misma manera que ella lo dejaba a él.

Gino la vio alejarse sintiéndose como el condenado al que torturaban en el potro. Una vez, Bardo le había dicho que la libertad de elección era un regalo envenenado. Entonces, no había estado en absoluto de acuerdo. ¿Qué podía ser mejor para un hombre que ser el dueño de su destino? Una vez más, se dio cuenta de lo mucho que le quedaba por aprender de su amigo. Habría sido infinitamente más sencillo dejar que alguien tomase la decisión por él que ver

marcharse a Kate sabiendo que, de haber querido, podría haber hecho algo para retenerla.

O haberse ido con ella.

Esperó a ver cómo la puerta se cerraba y echó a andar calle abajo. Entonces se acordó del paquete que le había pedido que no abriera. Se metió la mano en el bolsillo y lo rescató. Los galones de Hudson estaban allí, cuidadosamente envueltos en papel de seda. Pero había algo más: una cajita. La abrió y se encontró con el reloj de pulsera que el actor había llevado en la película. Hudson había firmado también la correa de cuero y había escrito otra cosa, que Gino fue incapaz de descifrar.

Sacó el reloj para ponérselo y se la encontró: pulcramente doblada debajo había una de las fotos que les había sacado su amigo la primera noche que fueron a bailar y de las que había conseguido copias para ambos. La desdobló. Kate y él miraban a la cámara, abrazados. Jóvenes, guapos e, inequívocamente, enamorados.

Siguiendo un impulso, le dio la vuelta al retrato y descubrió que había escrito algo detrás. Era un fragmento de *Adiós a las armas*, un libro que ella misma le había regalado y le había insistido que leyera.

Lo releyó mientras sostenía el papel con dedos temblorosos: *Aquella noche, en el hotel; nuestra habitación, el largo corredor vacío, nuestros zapatos en la puerta, una gruesa alfombra en el suelo de la habitación; fuera, la lluvia contra los cristales y en la habitación, una bonita luz, agradable y dulce. Luego la luz apagada y la voluptuosidad de la finura de las sábanas y de la cama comfortable. Sentirse en casa; no sentirse solo.*

Volvió la cabeza. Justo a tiempo de ver cómo la luz se apagaba en la que sabía que era la habitación de Kate.

E, igual que Henry al final de la película, lloró sin sentirse menos hombre por ello.

Bardo se sacó el reloj del bolsillo y le echó una ojeada. Las diez y media. Se llevó dos dedos a la boca y pegó el silbido que todos esperaban. La pausa del bocadillo. Los hombres cambiaron las herramientas por los tentempiés que les habían preparado en casa y se desparramaron en pequeños grupos por los rincones del teatro para saborear, en paz, los mejores veinte minutos de la mañana.

Echó mano al desayuno y buscó a su joven amigo. Desde que Kate se había marchado, Gino estaba alicaído como una bandera sin viento. No habían vuelto a hablar ni de su abortada aventura hollywoodiense, ni de cómo había acabado su historia con la americana. En cuanto a Cinnia, se había convertido en el mayor tabú de todos. Mantenían sus conversaciones ancladas en ese territorio brumoso construido a base de lugares comunes, de comentarios sobre el tiempo y de especulaciones sobre las posibilidades de la Lazio en el nuevo campeonato, después del esperanzador tercer puesto de la campaña pasada.

Pero, como la realidad era terca, todo aquello continuaba allí, como un monolito enorme que ambos se esforzaban por ignorar, aunque se viesan obligados a sortearlo constantemente para poder fingir que no pasaba nada.

Bardo empezaba a estar harto de aquella situación, de la que se culpaba. En su mejor tradición, había cometido todos los errores posibles: desde anteponer sus ganas de que el *ragazzo* se quedase en lugar de animarlo a aprovechar una oportunidad única, hasta haber juzgado terriblemente mal a aquella americana tan guapa. Kate no solo había sido fundamental en el

rescate de Cinnia, sino que le había demostrado con hechos que lo que sentía por Gino era real y no el capricho de una niña rica.

Había sido un *vecchio brontolone*. Un perfecto Pulcinella. Le debía una tonelada de disculpas a Gino. Y no sabía cómo empezar a pagárselas. Esa era la *maledetta verità*.

Cuando lo localizó en el decorado, fue a sentarse junto a él. Gino le dio la bienvenida con un cabezazo y le ofreció un trago de la Coca-Cola que sabía que él rechazaría con una mueca de asco. Al menos, esas bromas les seguían funcionando.

—Deberíamos haber traspasado a Humberto —empezó el chico, con acento distraído—. No niego que tiene técnica y olfato de gol, pero estos *brasilianos* van siempre por su cuenta...

Bardo se dejó caer a su lado. Estaba pensando qué podía decir sobre aquel díscolo *attaccante*, de quien no tenía una opinión formada, cuando se hartó de continuar mareando la perdiz.

—Gino... Lo he estado pensando y yo también te debo una disculpa. Fui *un totale imbecille* con todo el asunto de Kate. Tenías razón con lo de irte a América. No es que me diese envidia. Pero no quería echarte de menos y solo quise ver la parte negativa del asunto. En cuanto a Kate, bueno, ¿qué puedo decirte? Era una *donna splendida*, está claro. Y sincera en cuanto a lo que sentía...

Gino levantó una mano.

—Bardo, por favor, no es necesario. No estabas tan equivocado, ¿sabes? Cuando tuve que tomar una decisión me di cuenta de que solo había una cosa que me diese más miedo que dejarla ir: acompañarla. O incluso pedirle que se quedase. Y si la conozco un poco, diría que a ella le pasaba lo mismo. A la gente del cine nos gusta venderle al público que las buenas historias de amor son para siempre. Pero luego resulta que la mayoría de las nuestras duran lo

que una película. No hay que darle más vueltas: estuvo bien.

Le dio un bocado a su sándwich, masticó lentamente y luego preguntó:

—¿Sabes por qué tenemos que desmontar todo esto con tanto mimo? Es el doble de trabajo.

—Vamos a aprovechar toda la madera posible para otra película americana. La más grande que se haya hecho aquí, según he oído.

—¿También de guerra?

—Mejor; ¡de romanos! *Ben-Hur*, un *remake* de una muda, con Ramon Novarro, que también se rodó en Roma, pero antes de que existiera Cinecittà. En todo caso, a la madera le da igual cómo sea el decorado. Lo único que exige es que la tratemos bien.

Gino parpadeó, sin excesivo interés.

—Ben-Hur —repitió, casi paladeando aquel nombre—. ¿Crees que será mejor que la que acabamos de hacer?

—Más les vale que lo sea. He visto muchos rodajes, *ragazzo*. Y casi nunca sale nada realmente bueno de uno como el que hemos tenido. Lo único que se salva son nuestros decorados y la interpretación del *maestro*.

—¿Es tu opinión como crítico de la revista *Cinema*?

—¿Qué sabrán de cine esos pretenciosos? Es mi opinión como parte integrante de la *fabbrica dei sogni*, donde sí sabemos cómo se hacen las buenas películas.

Gino se rio. Cuando Bardo decidía ponerse a pontificar, era mejor no llevarle la contraria. Siempre acababa ganando él.

Cambió de tema:

—¿Es verdad lo que he oído de Fiore?

—¿Qué? ¿Que es un *cazzo* y un *mascalzone*?

—Que se jubila.

—Sí, eso también. De hecho, ya no volverás a verlo por aquí.

Gino le dedicó una mirada interrogativa que el viejo descifró a la primera.

—No he tenido nada que ver, *ti do la mia parola*. Se ha ido por su propio pie. Y con la pensión íntegra, además. Espero que le alcance para beber hasta reventar. Me gustará ver cuánto dura sin todo esto...

Gino esperaba que no demasiado. En su opinión, por mucho que se hubiese arrepentido, Fiore se iba de rositas de un asunto muy turbio. Pero Bardo le había contado que Cinnia insistía en que fuese así y él no pensaba llevarle la contraria.

—¿Te han ofrecido su puesto?

Bardo soltó una gran carcajada.

—*Ragazzo*, ni siquiera en esta casa están tan locos como para hacer eso. Bastante tengo con que no me hayan jubilado con él.

Gino le palmeó la espalda.

—Estarán locos si no te lo ofrecen. Y sabes que no soy el único que piensa así.

Comieron un poco más. El tiempo se les echaba encima. Bardo estaba feliz de haber derribado por fin aquel monolito nocivo que se había estado interponiendo entre los dos. Se animó a ir un paso más lejos.

—Hijo, ¿puedo preguntarte algo y contar con que serás sincero?

Gino se puso alerta. Solo le llamaba hijo cuando iba a sacar un tema espinoso. Y se temía cuál sería.

—Claro.

—Cuando decidiste dejar marchar a Kate... ¿De verdad que Cinnia no tuvo nada que ver?

Bueno, algún día iban a tener que hablar de ella, ¿no?

—¿Me estás preguntando si la quiero?

Bardo le dio un golpecito en el hombro.

—En realidad, era mi siguiente pregunta. Pero si prefieres ir directamente

al grano...

Gino ladeó la cabeza. Hablar de Cinnia le costaba incluso más que hablar de Kate.

—No te voy a mentir, *padrone*: ella siempre estaba ahí. Y cuando se la llevaron el mundo entero se me vino encima. Pero tú sabes cómo están las cosas. Me porté como un miserable, tú mismo fuiste testigo. No ha querido saber nada más de mí desde que regresó. Y no se lo reprocho.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Qué pretendes? ¿Que diga en voz alta que la quiero? ¡Pues claro que sí! Tú ya lo sabes. No me la he sacado de la cabeza desde el día que fui a arreglarle ese maldito armario. Lo único que me retenía aquí, además del miedo, era ella. ¡Y ya ni siquiera era mía! Pero la fastidié bien fastidiada y creo que no tiene remedio.

—¿Se lo has dicho a ella?

—Lo intenté. Fui a pedirle perdón a su casa. Me pasé una hora dando vueltas por la calle, tratando de reunir el valor para subir. Pero no pude.

Bardo le puso ambas manos sobre los hombros.

—Pedirle perdón es importante. Pero lo primordial es que le digas que la amas. Todavía no se lo has dicho y ella necesita oírlo más que nunca. Pero no esperes mucho más, *bambino*. Porque no te habrás dado cuenta y ya no tendrás la oportunidad. Hazme caso. Conozco a un tipo que cometió el mismo error y lo ha lamentado toda su vida.

—¿Y si me manda *fanculo*?

—Pues te lo habrás ganado a pulso. Pero al menos sabrás que hiciste lo que pudiste para arreglarlo. Entonces, saldremos por ahí, pillaremos una buena cogorza, y tú podrás volver a empezar.

Cinnia estaba cosiendo a máquina en la parte de atrás del taller cuando Gino entró. Sin decir nada, se levantó y, muy digna, fue a encerrarse en el baño lo más deprisa que pudo. El resto de las chicas dejaron lo que estaban haciendo y se quedaron mirando a la *signora* Bianchetti, que había presenciado la escena desde su puesto sin decir nada.

Isabella se quedó mirando la cara que traía el muchacho. Luego fingió consultar su reloj.

—*Signorine, dieci minuti di riposo!*

Ninguna necesitó que le dijeran que el descanso iba a ser *fuera*. Una tras otra, dejaron la labor que tenían entre manos y salieron del taller, no sin antes echarle un buen repaso a Gino. Aunque no conocían la historia, la mayoría se imaginaba lo que estaba pasando allí. Un par le dedicaron miradas de apoyo, pero le pareció que la mayoría lo censuraba.

Mal empezábamos.

La *signora* Bianchetti fue la última en salir. Ella también le echó una buena ojeada, que no supo interpretar.

—*Grazie* —susurró Gino.

—*Vedi di non fare casini, Romeo* —le soltó ella. Pero luego le dio un apretón amistoso en el antebrazo antes de salir con las demás, cerrando la puerta.

Gino tragó saliva y fue hasta donde había visto encerrarse a la muchacha.

Llamó ligeramente a la puerta, sin obtener respuesta.

—Cinnia, te lo suplico. No finjas que no estás. Te he visto entrar.

—¿Y no te dice nada que no responda? *Vai, ti prego!*

—¿Puedes abrir, por favor? Me gustaría poder mirarte mientras te digo esto.

—¿Qué pasa? ¿Tu novia americana te ha plantado y ahora te acuerdas de mí? Mira, puede que no sea tan *meravigliosa* como ella, pero no soy plato de

segunda mesa de nadie. ¡Vete, por favor!

—Cinnia, yo...

—¡Que te vayas!

Lo escuchó suspirar incluso a través de la puerta. Luego, solo silencio. Cinnia inclinó la cabeza hasta que la barbilla le tocó el pecho y dejó que las lágrimas brotasen.

Esta vez, su voz la cogió por sorpresa:

—Te voy buscando. Todo el día. Cuando doblo una esquina, o paso por delante del taller, o en la parada del *tram*. Espero tener la suerte de verte. Un segundo. Y cuando te veo, siempre tengo que tomar aire. Un poco. Y se me acelera el pulso y me sudan las manos. Verte. Hablar contigo. Tocarte. Solo pienso en eso. *Tutto il giorno. Ogni giorno.*

Cinnia se revolvió y abrió la puerta de golpe. Él estaba allí, de pie, mirándola como un perrillo miraría a su dueño mientras este lo abandonaba bajo la lluvia.

Le soltó una bofetada que le hizo resonar los oídos.

Gino se quedó con la boca abierta, helado, mientras el reproche que rebosaba en los ojos de ella le hería como un cuchillo.

¿Y qué había esperado que pasara? Después de todo, ella solo le daba lo que se merecía.

Se dio media vuelta, para irse.

—*Dove te ne vai, pazzo?*

Cinnia lo agarró del brazo y lo obligó a dar media vuelta. Le echó los brazos al cuello y le besó, igual que aquella primera vez en el *tram*.

—*Allora dimmelo* —le exigió apenas despegando los labios de su boca.

—*Ti voglio bene, Cinnia. Sono pazzo di te.*

Ella exhaló un gran suspiro y volvió a besarlo. Una vez. Muchas.

—*Ti amo, Gino. Sono pazza di te fin dal primo giorno.* —De repente se

separó y le observó, muy seria—. Pero si vuelves a hacerme algo semejante otra vez, te juro que...

Él no la dejó terminar.

—Nunca. *Te lo giuro*. Puedes confiar en mí.

Y, mientras se besaban de nuevo, ambos supieron con absoluta certeza que decía la verdad.

Roma, 2017

El anciano suspiró y se volvió para mirar a Jerry. Había anochecido y el decorado del Nueva York clásico era casi invisible a su alrededor. Cinecittà llevaba horas cerrada, pero nadie había venido a echarlos. Al americano ni se le pasó por la cabeza que podían haberse olvidado de ellos. Tenía demasiadas preguntas en la cabeza.

—Entonces... ¿Usted es Gino? ¿Gino Grecchi?

El viejo esbozó una mueca vivaracha.

—La última vez que me miré al espejo todavía lo era, sí. Había venido a despedirme de este lugar, ahora que parece que su suerte está echada, y me lo encontré a usted, *americano*. Y me hizo recordar...

Muy excitado, Jerry abrió la mochilita que llevaba. Después de su primer encuentro, había rebuscado en su maleta hasta dar con una vieja carpeta que había decidido incluir en su equipaje, aunque jamás habría esperado necesitarla. La sacó y de dentro extrajo una fotografía en blanco y negro, que le tendió al viejo, con delicadeza.

Gino se quedó atónito. Eran Kate y él. Mirando a la cámara, abrazados. Jóvenes, guapos y, después de tantos años, todavía inequívocamente enamorados.

Gino se llevó ambas manos a la boca, profundamente conmovido.

—¿Cómo tienes esto? —preguntó. Le temblaba la voz.

—Mi madre debió de hacerse otra copia antes de darle la suya a usted. La encontré entre sus papeles, después de que muriera. Había muchas cosas. Muchas. Pero esta foto estaba guardada de una manera especial. No había

nada escrito en el reverso ni la acompañaba ningún papel que contase cuándo había sido tomada. Pero, conociéndola, comprendí que era importante para ella. Cuando estaba preparando el viaje, decidí llevarla por si podía averiguar algo más. Y mire usted por dónde...

—¿Tu madre? ¿Kate O’Neil... era *la tua mamma*?

—Sí, señor.

—¿Por qué no me lo dijiste? Te he contado cosas que quizá nunca debería...

—Al contrario, *signore* Grecchi. —Gino se estremeció al oír al hijo de Kate llamarle de aquella manera—. Mi madre era muy discreta con respecto a su estancia en Roma. Pero siempre supe que había una gran historia detrás de aquel silencio. Ahora que ella ya no está, me merecía conocerla, ¿no está de acuerdo?

Gino no pudo decir que no.

— *È possibile*. Pero no quisiera haberle faltado al respeto a tu padre sin pretenderlo.

—No se preocupe. Mis padres se conocieron años después de que ella regresase. Mi madre había tenido un novio antes, en Estados Unidos. Un tal Harold, creo. Abogado. Lo dejaron antes de que mi padre apareciese en escena.

Gino no se sorprendió. Siempre lo había sospechado. Solo quiso saber algo:

—Dime que tu padre era un hombre de cine.

—Sí, señor. Hasta la médula. Hizo un poco de todo, pero acabó dedicándose a escribir guiones. Un par bastante buenos. Aunque no dieran demasiado dinero...

—El dinero es solo un accesorio. Algo que se necesita para poder hacer más películas.

—¡Es curioso que diga eso! Mi madre solía repetir algo muy parecido.

—¿Y de quién te crees que lo aprendí, *pazzo*?

Gino se levantó apoyándose en el bastón.

—Ya va siendo hora de salir de aquí, ¿no crees?

—¿Podremos? Ya deben de haber cerrado...

—Por supuesto. ¡Hace horas! Pero algunos todavía conservamos ciertos privilegios. No te preocupes.

Echaron a andar por el decorado que ahora barría un vientecillo fresco, pero sin llegar a resultar molesto.

De repente, Gino se levantó la manga izquierda.

—Es el reloj de Hudson —dijo, mostrándoselo con un deje de orgullo—. No me lo he quitado nunca. Y sigue dando la hora como el primer día. Suizo. Pienso hacerme enterrar con él. Aunque todavía no.

Jerry se atrevió a preguntarle:

—¿Y usted y Cinnia...?

Gino respondió con un ademán muy italiano:

—¡Toda una vida juntos! El mes que viene hará dos años que me dejó. Eso es lo único que podría reprocharle: que se fue demasiado pronto. Nunca pensé que me haría esa mala jugada. —Jerry vio que el viejo necesitaba hacer una pausa. Carraspeó y luego pudo seguir—. Sabía que el reloj era un regalo de tu madre, pero nunca puso pegas. Dime, ¿Kate y tu padre fueron...?

—¿Felices?

Gino asintió, sin palabras.

—Un hijo siempre quiere creer que sus padres son felices, ¿no le parece? Pero hicieron unas cuantas películas juntos, nos tuvieron a mis hermanas y a mí y estuvieron casados un montón de años. Y mi madre lloró lágrimas sinceras en su entierro. O sea, que juraría que sí: fueron felices. Al menos, yo firmaría su matrimonio. Dudo que mi ex lllore en mi entierro. Eso, si es que se

digna aparecer por el cementerio.

Gino se rio con su risa picarona.

—Tuvimos suerte, pues. Me alegro. El *maestro* siempre decía que el matrimonio era una libreta negra, llena de reproches.

—¿De Sica? Un gran cineasta, sin duda. Pero no lo habría elegido como consejero matrimonial, si me permite decirlo...

—Te lo permito, por ser el *bambino* de Kate. Pero ni una crítica más.

Capsici?

—*Capito.*

Anduvieron un poco más antes de volver a hablar.

—No te pareces nada a tu madre, ¿sabes? Disculpa la franqueza, pero ella era infinitamente *piú bella*. Y, sin embargo, puedo verla claramente en ti. ¿La hiciste sentirse orgullosa?

Jerry pensó en todas las veces que habían discutido.

—Verá... Ella creía que debería haber sido guionista, en lugar de escribir sobre las historias de otros. Pero siempre estuvo ahí. No me quejo, si es eso a lo que se refiere.

—Mejor. Así me evito tener que darte con el bastón. Y que sepas que seguro que tenía razón. La Kate O'Neil que yo conocí no se equivocaba nunca.

La que yo conocí tampoco, pensó Jerry. Pero no quiso admitirlo en voz alta.

Cuando llegaron a la puerta principal, el joven que estaba en la garita, un muchacho de aspecto agradable, en las antípodas del feroz Pappalardo, se levantó de su puesto para saludar respetuosamente a Gino y abrir las puertas. *Buona sera, commendatore Grecchi, e compagnia! Buona sera, Antonio!*

Un momento después estaban en la calle. Era el momento de decirse adiós, pero Jerry no quería despedirse aún. Ni de él, ni de Cinecittà, ni de la historia

que su madre había vivido allí. Gino lo adivinó.

—*Senti, Jerry...* No sé si tenías planes para esta noche, ni cuándo sale ese *maledetto aéreo* que te ha traído tan de cabeza. Yo estaba invitado a cenar con Gentiloni, en el *palazzo* Chigi. Pero estoy seguro de que el primer ministro lo comprenderá. No todos los días uno puede compartir mantel con alguien llegado de Hollywood, California. Y hablando de eso: no te lo creerás, pero el Hollywood todavía sigue abierto, y está casi igual que en aquellos tiempos. Sirven un plato fabuloso: el Perla Chávez. Si te apetece probarlo...

Jerry estaba a punto de proponérselo.

—Solo si me deja pagar a mí, *signore Grecchi*.

—Por supuesto que pagarás tú. Eso no ha cambiado: los *americani* aún seguís podridos de *dollari*.

Jerry pensó en su extracto bancario y sonrió. ¿Habría heredado el *Manifesto* de Bardo? Estuvo tentado de palparle con disimulo el bolsillo trasero de los pantalones.

Levantó la mano para detener un taxi. Tras darle la dirección al conductor, Gino se volvió para decirle:

—En cuanto a lo que te decía tu madre, muchacho... Siempre he creído que la historia que acabo de contarte daría para una película. ¿No te apetecería escribirla tú?

Jerry suspiró mientras veía pasar la noche romana por las ventanillas del automóvil. Cuando llegó a Cinecittà le embargaba un vago sentimiento de pérdida. De estar asistiendo al final de una época. Y no solo desde un punto de vista histórico. Él mismo se sentía de aquella manera: carente de proyectos e ilusiones. Cansado. Como si lo mejor de su vida hubiese quedado atrás y ya solo pudiese volver la cabeza para ver cómo se iba alejando.

Se imaginó escribiendo aquel guion y moviéndolo entre algunos de sus

contactos de Hollywood. No sería fácil, desde luego. Pero ¿desde cuándo era fácil levantar una película?

Le devolvió la sonrisa traviesa a Gino. De repente se sentía más joven y lleno de vida que en lo que llevaban de siglo.

—¿Que si me apetecería, dice? Nada en este mundo me gustaría más.

Agradecimientos

Con casi todos los libros sucede que hay personas sin las cuales aquellas páginas no habrían llegado a escribirse o, en el mejor de los escenarios, serían mucho peores. En mi caso, estas personas han sido especialmente brillantes y generosas, y sería un pecado que no apareciesen en los títulos de crédito, aunque para leer sus nombres haya que esperar hasta que las luces ya se hayan encendido y la sala empiece a vaciarse.

Vamos allá:

Gracias a Berta Bruna. Decir solo que es mi agente sería quedarme corto. ¡Tengo tantas ganas de demostrar que no te equivocas confiando en mí! A Esther Pujol, por dejarme ponerle palabras a una idea que fue suya desde el principio. Espero no haberte decepcionado. Y a mi editora, Carmen Romero, por sus valiosos puntos de vista. Se me ha hecho corto y me ha dejado con ganas de volver a trabajar juntos. De verdad.

Gracias también a Marga Codina, Laia Vidal, Marta Valdivia y Francesca Coll, que tuvieron la gentileza y la paciencia de leerse el manuscrito y me hicieron ver cosas que debería haber visto yo, pero que se me habrían pasado sin ellas. Siempre me fascina que haya personas dispuestas a dedicar su tiempo y sus energías a las cosas que escribo. Os mereceríais algo mucho mejor que un simple gracias, y espero poderos devolver el favor muy pronto.

Y gracias también a mis padres, que fueron los que me enseñaron que aquellas estrellas que aparecían en la pantalla tenían nombres y uno podía sabérselos todos. Y molaba. Y, ya de paso, me enseñaron otras muuuuuchas cosas. Sin su amor y su ejemplo no estaría aquí ni sería quien soy. Solo

espero hacerlo tan bien con Èric como vosotros lo hicisteis conmigo.

Claro que para mí es mucho más fácil: cuando tengo una duda solo tengo que pensar qué habrías hecho en mi lugar.

La vida puede ser la mejor película



Roma, 2017. Un periodista experto en cine llega a la capital italiana para escribir un reportaje sobre el cierre de la mítica Cinecittà, el lugar donde Fellini y De Sica rodaron algunas de sus obras maestras. Allí conoce a Gino, un anciano que ha trabajado toda su vida en los estudios y que le empieza a contar sus recuerdos del turbulento rodaje de *Adiós a las armas*.

Roma, 1957. La acción retrocede a los primeros días del rodaje, cuando John Huston deja en la estacada al todopoderoso y tiránico productor David O. Selznick. Mientras el director Charles Vidor viaja desde Nueva York para hacerse cargo de la película, Jennifer Jones ve en el filme la última oportunidad de relanzar su carrera y Rock Hudson vive un apasionado romance con un joven italiano cuando sale del plató.

Mientras tanto, el joven Gino —el mismo que seis décadas más tarde narrará su historia al periodista— se enamora de una de las chicas del departamento de vestuario. Así, el lector vivirá al mismo tiempo las peripecias de las estrellas de Hollywood que se han instalado en Roma para el rodaje y el día a día de los trabajadores de a pie, la verdadera alma de Cinecittà.

Julián Comas (Sabadell, 1966) ha colaborado con medios como *El Periódico de Catalunya*, *La Vanguardia*, *Diari de Barcelona*, TV3, RAC-1, 8TV, *Fotogramas* y *Fantastic Magazine*. También ha sido lector profesional de guiones. Su trabajo le ha permitido combinar sus dos grandes pasiones: el periodismo y el cine.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Julián Comas

Autor representado por la agencia Silvia Bastos

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6369-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Adiós a Cinecittà

Roma, 2017

Capítulo 1. Roma, marzo-agosto, 1957

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Roma/Madrid, 2017

Capítulo 6. Roma, 1957

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Roma, 2017

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Julián Comas

Créditos